AIDA BERLIAVSKY

Dorón Benatar

Berlín 10119

Dorón Benatar
Berlín 10119

Aída Berliavsky

Berlín, 11 de agosto de 1961

Los dos hombres de la Stasi que acababan de abandonar la relojería le habían metido el miedo en el cuerpo a Ernst Brecht. Sabía de lo que era capaz la policía secreta del Ministerio para la Seguridad del Estado y cómo podían detenerlo, amenazarlo o internarlo en un recinto psiquiátrico impunemente sin que nada ni nadie lo impidiera. Desde ese mismo instante, supo que su plan de escapar al lado Oeste tendría que adelantarse y llevarse a cabo esa misma noche; ya no podía esperar a que acabara el verano como era su intención. Le dolía tener que dejar atrás todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo desde el final de la guerra, pero sabía que desde ese instante sería objetivo de aquellos perros de presa. No habían hablado de la joya, aunque supuso que era eso lo que andaban buscando tantos años después, y su memoria retrocedió en el tiempo.

Sucedió trece años atrás, cuando abrió su negocio en aquel desolado Berlín convertido en un triste montón de escombros, mudos testigos de los millares de bombas caídas en racimos como una destructiva lluvia que no cesó hasta que Hitler decidió suicidarse y privar al resto del mundo del deseo de juzgarlo y condenarlo por tanta crueldad y barbarie. Solo entonces, las tropas alemanes se rindieron y, de común acuerdo, rusos, ingleses, franceses y americanos dividieron la capital en sectores. Con el tiempo, acabó convertida en el Berlín Este y el Berlín Oeste. Él se instaló en el lado Este y terminó descubriendo su error cuando ya era demasiado tarde.

En aquel fresco mes de abril de 1948, su relojería llevaba abierta un par de semanas, y aunque la ciudad continuaba respirando aire de ruina, poco le importó: estaba determinado a sacarla adelante arreglando, vendiendo o revendiendo todo reloj que cayera en sus manos. Igual daría que estuviera nuevo o usado; esa era su profesión y se sentía seguro de saber desempeñarla bien.

Aquel campesino de rostro curtido que entró en la relojería con aire desconfiado y aspecto hosco se paró frente al mostrador. Él lo vio recorrer con la vista el reducido espacio, y hasta estirar el cuello para escudriñar con ojos suspicaces el pequeño cuarto con la puerta entreabierta que hacía las veces de taller.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó secamente.

—No, estoy solo.

El desconocido observó con detenimiento los atractivos carteles de relojes suizos que decoraban las paredes de la tienda, un tanto desconchadas a pesar de la mano de pintura que habían dado al local

antes de abrirlo al público, y sin decir nada, metió la mano en el bolsillo de su arrugada chaqueta y extrajo algo envuelto en un más arrugado pañuelo de bolsillo, desató el cordel que unía las cuatro puntas y lo abrió como se abren las flores en primavera; lo que dejó a la vista fue una hermosa joya. Ernst desconocía su valor y lo que era, pero le gustó.

—¿Cuánto me da por este adorno? —preguntó con un marcado acento de algún pueblo del interior próximo a la frontera con Polonia, quizá Guben o Forst.

Por el estado de sus manos encallecidas, con dedos gordos y uñas sucias y amoratadas, supuso que era granjero.

—Hace poco que abrí mi negocio, y ahora lo que me interesa es vender, no comprar —le respondió sin tocar el objeto que le ofrecía.

—¿Me la cambiaría por alguno de esos relojes? —preguntó apuntando con su dedo a uno de los tres carteles publicitarios colgados de la pared, en el que se podían ver dos atractivos relojes flotando en un fondo estelar que recreaba el universo.

Ernst cogió el objeto y lo estudió con detalle; cabía en su mano y, por lo ligero de su peso, supuso que era hueco. Reconoció el metal del que estaba hecho; sin duda era oro de muy buena calidad, y aquellas piedras insertadas daban la apariencia de ser preciosas.

—¿Es robado?—inquirió.

—No, fue un regalo —respondió el hosco campesino.

Y no mentía del todo, cierto era que no lo había robado, pero tampoco podía decirse que fuera un regalo. Su encuentro con aquel «adorno» fue en Leningrado cuando iba de batida con su unidad militar. El ejército alemán mantenía cercada la ciudad con la cruel intención de hacer perecer de hambre a toda su población; la sitió durante casi tres años y esto llevó a la gente al canibalismo y a convertirla en un enorme cementerio en el que llegaron a morir más de un millón de personas. Aquella mañana, su pelotón recorría las calles entrando en las casas y buscando francotiradores rusos. A él le tocó entrar en un caserón con pinta de palacete medio en ruinas. Ya dentro descubrió a una ocupante oculta en uno de los armarios de la amplia y destartalada cocina; era una mujer de rostro cadavérico a la que el hambre debía de estar matando lentamente. La apuntó con su fusil dispuesto a descargar una o más balas, pero ella, aterrada por el miedo y con ojos suplicantes, extendió sus manos y le ofreció aquella joya confiando en que aquel acto salvara su vida. Impulsivamente, él se la arrebató, la observó con rapidez y se la guardó cuidándose de que nadie lo viera; luego fijó su fusil en la cabeza de aquella mujer más muerta que viva y se llevó un dedo a los labios exigiéndole silencio, cerró la puerta del armario y se fue. Podía haberla matado en ese instante, pero ya llevaba mucho

tiempo disparando sin saber dónde acababan alojándose las balas y prefirió seguir así hasta que no hubiera más remedio.

—¿Cómo lo ha obtenido? —se interesó Ernst sacando al hombre de su embeleso.

—Eso es cosa que no debe importarle. Para mí es solo un adorno al que no encuentro ninguna utilidad. A lo mejor usted le saca mejor provecho.

—Cierto, es cosa que a mí no me importa. ¿En cuál ha pensado?— preguntó señalando el cartel.

El visitante eligió un reloj suizo de señora que él colocó dentro de su correspondiente estuche y envolvió cuidadosamente para regalo. El hombre lo guardó en el bolsillo de su apergaminada chaqueta y le brindó una media sonrisa que dejó ver sus amarillentos dientes. A buen seguro, pensaba en el trueque a su favor que había hecho, y seguramente así sería, porque aquel adorno solo tenía belleza, mucha belleza, pero ninguna utilidad; aun así, a Ernst le había gustado desde el primer instante. Con la misma desconfianza con la que entró, el campesino abandonó la relojería sin decir nada más.

Ernst volvió a observar la figura labrada en oro, que incluía en su decoración pequeñas gemas preciosas encastadas. En el centro de aquella figura ovalada, una banda de oro de apenas cinco milímetros de ancho rodeaba el perímetro como si fuera un ecuador que lo cortaba en dos mitades. La repasó delicadamente con el dedo hasta descubrir una pestaña de cierre, extrajo de su pequeña caja de herramientas un diminuto punzón con el que abría las tapas de los relojes para ver sus tripas y, con delicadeza infinita, trasteó la argolla hasta lograr que la pieza se abriera en dos como las alas de una mariposa. Al hacerlo dejó al descubierto cuatro aros dorados que pudo girar como si fueran pequeñas ruedas. Cada aro daba saltos al girar. Alcanzó a contar hasta diez posiciones por cada uno de ellos. Debido al conocimiento adquirido como relojero, supuso que era un mecanismo de apertura como el de las cajas fuertes, lo que indicaba que su interior contenía algo. Intentó algunas combinaciones del engranaje pero no logró abrirlo, entonces cerró las dos bandas que ocultaban los aros de apertura de aquella cosa y la guardó en el interior del pequeño cuarto taller; en su casa encontraría la forma de abrirlo sin deteriorarlo. No sabía qué significaba esa joya, pero sí que era lo suficientemente hermosa como para evitar infligirle daño alguno.

La campanilla de la puerta de la relojería lo sacó de golpe de sus pensamientos y le provocó un sobresalto. El miedo que los policías le habían dejado de recuerdo se había instalado en su cuerpo y ya no se iría. Dejó los recuerdos a un lado y saludó a Albert Lummen, el dueño

de la tienda de calzado que había en su misma acera unos metros más arriba. Días atrás le había encargado un reloj para su hijo y venía a recogerlo; al día siguiente sería su cumpleaños y quería regalárselo.

—¿Cómo va el negocio, mi querido Ernst?

—Desde que el mundo aprendió a leer la hora, el tiempo es cada vez más importante.

—Cierto.

—¿Y cómo puede uno medirlo bien?

—Con un reloj —respondió Albert sabiendo por dónde iba Ernst.

—No te pregunto cómo va el tuyo, porque desde que el hombre aprendió a caminar con los pies cubiertos, el negocio del calzado no ha dejado de crecer.

—Fíjate que el hombre puede llegar a tener unos pocos relojes a lo largo de su vida.

—Eso si los cuida bien —apuntó el relojero.

—Pero zapatos, ¿cuántos necesitará mientras viva? —preguntó Albert.

—No había visto la ecuación desde ese punto de vista, pero sin duda, sales más favorecido que yo.

Abrió uno de los cajones que tenía tras el mostrador y extrajo un reloj de esfera grande y vistosa, un Certina suizo automático hecho en acero que incluía segundero y disponía de ventana para ver el día; era duro y resistente, y estaba seguro de que sería del gusto del muchacho.

—Buena elección —dijo Albert poniendo el reloj en su muñeca y observándolo con meticulosidad para luego devolvérselo.

Ernst lo colocó dentro de su estuche y lo envolvió con mimo en papel dorado para dar mayor porte al regalo. Mientras lo hacía, el zapatero comentó su extrañeza respecto a un detalle que había llamado su atención en los últimos días.

—Algo debe de estar pasando. Vengo observando con asombro gran cantidad de camiones que llegan al cuartel que hay próximo a mi casa; vienen cargados de sacos de cemento, ladrillos y hasta alambre de espinos. ¿No te parece raro? —preguntó esperando recibir alguna respuesta que disipara su incertidumbre.

—Pensarán hacer obras —respondió Ernst sin querer mostrar la preocupación que le causaba el comentario.

También él había notado un ostensible movimiento de tropas por los alrededores de los puestos fronterizos durante sus secretas observaciones, en las que tomaba notas de horarios y costumbres para así tener una cierta ventaja llegado el momento de la fuga.

—Puede ser, pero entonces, ¿para qué tanto alambre de espinos? —insistió Albert.

El relojero se encogió de hombros y le entregó su compra. Albert hizo otro tanto, pagó y se despidió.

Ernst había visto esos materiales en otra ocasión, eran los mismos que habían usado los nazis para cercar el campo de concentración de Bergen-Belsen. Los vio cuando entró con el ejército inglés a liberarlo poco antes de que la guerra terminara. Él era alemán, pero acabó luchando contra las tropas del Tercer Reich. Como judío no le quedó más opción que esa, la otra habría sido formar parte del batallón de víctimas que murieron exterminadas. Las dolorosas imágenes de lo que vio allí no se le habían borrado de su memoria ni se le borrarían nunca en la vida. Dentro de aquel recinto fortificado yacían decenas de miles de cuerpos de hombres, mujeres y niños que las SS, en su precipitada huida, no pudieron enterrar en las enormes fosas comunes abiertas para hacer desaparecer las pruebas de tanta barbarie. Luego supo que había habido muchos campos más, como Mauthausen-Gusen, Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Dachau, Buchenwald, Sachsenhausen y así hasta superar la treintena. Aquel día, viendo los cuerpos descompuestos de aquellos seres indefensos, miró al cielo y consideró que si el Todopoderoso había permitido un exterminio de inocentes tan salvaje y cruel, no tenía por qué seguir creyendo en Él. Ahora volvían a usarse esos mismos materiales, y supuso que, una vez más, no serían para nada bueno.

Sin darle más vueltas, decidió que era el momento de adelantar la huida porque sabía que cuando la Stasi fijaba sus ojos en alguien, ya no lo soltaba. Habría preferido irse el domingo aprovechando el dinero que ganaría el sábado —el mejor día de la semana para el negocio—, pero algo en lo más profundo de su ser le avisó de que no debía esperar tanto, que tenía que hacerlo ya, esa misma noche si era posible. Cerró la tienda, pasó a la pequeña trastienda, tomó el teléfono y llamó a su esposa.

—Esta noche iremos a ver a tus padres y cenaremos con ellos. Prepara a los niños, seguro que les hará ilusión verlos —fue toda la conversación, no hacía falta decir más.

Ellos dos ya habían acordado un código con el que entenderse ante la seguridad casi absoluta de que los teléfonos tenían escuchas. Era consciente de que la llegada de la policía a su tienda llevaría aparejada la puesta en marcha de la maquinaria de control social hábilmente engrasada por el estado; esa maquinaría incluía que su vecino, o incluso el propio Albert, a quien consideraba su amigo, acabaran convertidos en informantes y soplones, unas veces amenazados y chantajeados, otras veces corrompidos a cambio de tratos de favor tan mezquinos que harían sonrojar de vergüenza a cualquiera. Por eso no tenía tiempo que

perder.

La joya que habían venido buscando los policías, aunque no preguntaran por ella directamente, era su mal menor. No le había reportado ningún beneficio poseerla, así que bien podría inventarse una excusa y entregarla como acto de buena voluntad ciudadana, pero tenía claro que eso no evitaría su investigación una vez despertados los recelos de los funcionarios, de por sí desconfiados. Si eso llegaba a ocurrir, dificultaría el plan que llevaba meses tramando, el plan para escapar al otro lado. Era una decisión que había tomado junto con su esposa en primavera y se habían puesto como meta huir antes del invierno. Al principio se preguntaron si valía la pena abandonar la nueva vida que habían conseguido labrarse juntos. Desconocían cómo les iría en la otra Alemania, pero acabaron por considerar que era tiempo de rectificar el error cometido al haberse quedado en ese lado de la línea que había dividido el país en dos naciones.

Por qué se quedaron en Berlín Este no tenía más razón que el miedo. Terminada la contienda, él se quedó en aquella parte porque se sintió más seguro después de haber visto los campos de concentración y saber que en uno de ellos habían perdido la vida todos los miembros de su familia. Pensaba que si lo habían hecho una vez y nadie lo había impedido, lo podrían volver a hacer y nadie se opondría. Además, el trato que recibieron los judíos supervivientes de los campos de exterminio de gran parte de las naciones europeas de Occidente una vez liberados fue mezquino y miserable.

Con el tiempo, la consigna «haz lo que yo te diga, pero no lo que yo haga» se convirtió en ley escrita por los privilegiados funcionarios y dirigentes del estado de la engrandecida República Democrática Alemana, una ley que el resto de la población debía aprenderse por las buenas o con los tanques en la calle; esa era la elección.

Su esposa Marietta tardó más en aceptar la idea de escapar. Para ella, allí estaba la casa que juntos habían comprado y arreglado con sus manos, la casa en la que habían volcado todas las esperanzas que la guerra se esforzó en arrebatarles. Qué más daba tener que vivir en silencio y hablar entre susurros, decía ella. Por fin acabó por admitir que aquel no era el mundo que querían para sus hijos, y desde entonces planearon la huida al otro lado.

Ernst habría podido irse sin riesgo alguno; no tenía más que alegar que necesitaba comprar unos relojes por encargo de miembros del Politburó, y el funcionario de turno no tardaría en darle un salvoconducto, como había ocurrido otras veces. Las muchas idas y venidas con ese mismo procedimiento habían creado el clima de confianza necesario para no levantar sospechas. Pero en esos viajes no

podían ir ni su esposa ni sus hijos, ese beneplácito era solo para él. A pesar de lo fácil que lo tenía, nunca pensó en abandonarlos, porque sabía muy bien que las represalias caerían de inmediato sobre ellos. Siempre consideró aquella retención como un chantaje con el que obligarlo a volver.

A la hora de la comida, echó el cerrojo a la puerta pero mantuvo el cartel: «Abierto. Llamen al timbre». Regresó a la trastienda, recogió la mesa de trabajo y dispuso sobre ella un mantel. Calentó su tartera en un pequeño infiernillo, y el reducido lugar se fue llenando del olor a arenque ahumado con patatas que Marietta le había preparado; se sirvió y acompañó la comida con una Berliner, le gustaba esa cerveza.

Al terminar, recogió el mantel, sacó del bolsillo de la camisa su pequeña libreta e hizo números otra vez. « Si hubiera podido llegar al domingo…» pensó con desazón. Pasó la tarde intentando dominar el nerviosismo hasta que llegó la hora de cerrar. Volvió a hacer números y cuadró sus cuentas. Había hecho nueve ventas, tres de las cuales eran relojes caros para ciertos dirigentes del Partido Democrático Campesino, una media muy propia de los viernes, aunque los sábados eran mejores, y por esa razón disponía en esos momentos de un buen lote, en su mayoría modelos suizos, algunos otros rusos y unos pocos de lujo que únicamente mostraba a los funcionarios del Politburó que se pasaban por allí para comprarlos casi en secreto; en su mayoría eran relojes de señora que se llevaban para sus esposas y, sobre todo, para sus amantes. Ahora tendría que cargar con ellos en su huida, ya vería cómo, porque solo se llevarían lo imprescindible.

Recogió las piezas del escaparate y echó el cierre. Antes de pasar a la trastienda se detuvo y miró todo a su alrededor: los carteles publicitarios obsequio de sus proveedores, el reloj de pared con caja de roble que había encontrado abandonado entre escombros y que le llevó su buen tiempo arreglarlo… Pocas cosas más había en la tienda debido a sus pequeñas dimensiones, pero todas en su conjunto conformaban la atmósfera que había arropado su trabajo en los últimos trece años. Colocó su cartera abierta sobre la mesa y envolvió y protegió cuidadosamente cada reloj. Uno a uno los fue guardando en su interior desechando los estuches que tanto gustaban a sus clientes. «Para qué más bultos», pensó.

De regreso a casa con el ocaso a su espalda, pasó nuevamente frente a la calle que había fijado como su puerta de escape para esa misma noche. Observó desde lejos a los dos jóvenes muchachos de la Volkspolizei parados en la esquina y los vio inspeccionar un coche que pretendía entrar a la zona Este. A él también se lo habían hecho en alguna ocasión cuando regresaba de comprar relojes por encargo, pero a

pesar de la orden tajante que tenían de impedir el lucrativo negocio del contrabando entre un lado y otra de la ciudad, no le requisaron nada; llevar un permiso con el sello de la SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands) imponía lo suficiente a la policía de frontera.

El retén de vigilancia estaba situado en la Bernauer Strasse. No había elegido ese lugar al azar para escapar cuando podía hacerlo por otro paso fronterizo más cercano a su casa. Prefería ese, porque, a base de idas y venidas, había descubierto que uno de los guardias mantenía relaciones con una señora de muy buen ver que podía doblarle la edad y que habitaba en uno de los pisos del edificio de la esquina. Cuando al joven policía le tocaba el turno de noche, solía pasar más tiempo con ella que en el puesto de vigilancia, y esto lo llevó a preparar su plan para pasar al otro lado y aprovecharse de ese detalle. Pero ahora, con las prisas y forzado a adelantar su fuga, se veía obligado a improvisar. La información recibida de Albert, el zapatero, había despertado sus peores sospechas.

Al llegar a su casa estacionó su coche IFA F9 frente a la puerta; lo había comprado seis años atrás y aún no había terminado de pagarlo. Desde el interior observó su casa, y un nudo en la garganta le impidió tragar saliva. Le gustaba su hogar, estaba alejado del centro de la ciudad porque así lo habían decidido él y Marietta cuando se casaron. Durante meses buscaron y buscaron casa hasta que acabaron dando con ella en el apacible distrito de Treptow; estaba algo alejado y no muy bien comunicado, pero no les importó. La calma que ofrecía el paisaje con el río Spree que cruzaba el barrio, su lago, el bosque, y al fondo la colina más alta de Berlín lo hacían un lugar soñado para ellos dos después de tanta guerra. En el centro de la capital tendrían que haberse conformado con un piso en uno de esos enjambres de enormes bloques de viviendas que se estaban construyendo y que poco o nada les gustaban. Ellos prefirieron adquirir una vieja casa baja desvencijada y maltrecha, pero rodeada de un amplio jardín en el que plantar el árbol que con el tiempo les diera sombra y que sirviera de juego para los hijos que estarían por venir; poco a poco, y con el empeño que dan los sueños, la irían reformando y dejándola a su gusto. Y así fue, pero ahora que la tenían como la habían soñado y que el castaño estaba bien crecido, decidían abandonarla sin haber tenido tiempo siquiera de malvenderla.

Bajó del vehículo sujetando con fuerza el maletín con los relojes y entró en la casa. La cara de su esposa denotaba preocupación, pero la disimulaba tras una dulce sonrisa. Por el contrario, la de su hija Esther se veía tensa porque intuía que algo no iba bien, era una chica muy inteligente y con una gran sensibilidad. Lejos de todo problema, su hijito lo recibió como de costumbre, exuberante de energía y con ganas de

jugar hasta agotarlo.

—Mi querido Marcus, hoy jugaremos los cuatro a la búsqueda de un tesoro y sé que tú serás quien primero lo encuentre.

—¡Qué bien! ¿Qué tengo que hacer? —preguntó resuelto el chiquillo.

—Ahora vamos a cenar y luego os lo explicaré a los tres.

Marietta dispuso la mesa. Había preparado una sabrosa cena, aunque ella no podía probar bocado; estaba bloqueada por los nervios, que se le habían agarrado en el estómago. Hacía ya muchos años que no se bendecía la mesa, pero esa noche ella lo quiso, cabía la posibilidad de que pudiera ser la última. Aun sin palabras, Ernst supo interpretar la mirada de su esposa porque en su pensamiento rondaba la misma idea. Ella fue de nuevo a la cocina y regresó con dos velas que colocó sobre la mesa, las encendió, se llevó las manos a los ojos y comenzó la plegaria del Shabat; poco importaba que el sol se hubiera ocultado hacía rato. Los atónitos ojos de su hija intentaban no perder detalle de aquel ritual que nunca había visto en casa. Miró a su padre desconcertada y este se llevó un dedo a los labios; pedía mantener el silencio que se había creado. Impresionados por la seriedad con que se había cargado el momento, tanto la hija como el pequeño permanecieron callados pero con los ojos bien abiertos. No había vino que ritualizar ni tampoco pan trenzado recién hecho, pero esa cena sería diferente a todas las que habían tenido juntos.

Una vez terminada, les habló con calma intentando transmitir la seguridad y confianza que a él le faltaba pero que debía aparentar.

—Esta noche necesito la ayuda de mi familia, porque vamos a comenzar una aventura y preciso que seáis valientes y sagaces.

—¿Qué aventura? —preguntó Marcus, excitado ante la propuesta de su padre.

—Vamos a ir en busca de un tesoro, pero para ello tenemos que lograr que nadie nos vea, porque nos lo podrían quitar. Por lo tanto, tenemos que ser sigilosos en nuestros movimientos y estar en silencio en todo momento; nos comunicaremos por señas —hizo una pinza con los dedos sobre los labios para reforzar sus palabras y el pequeño Marcus copió el gesto.

—¿Qué tesoro? —preguntó su hija con extrañeza. En su mirada había un poso de desconfianza ante todo lo que estaba sucediendo.

Su padre nunca se había comportado así y tampoco había visto a su madre tan visiblemente preocupada, por mucho que quisiera ocultarlo tras el candor de su mirada. Estaban siendo demasiadas cosas raras para un solo día.

A Ernst le habría gustado decirle a las claras que el tesoro era ese derecho innato que tiene el ser humano a ser libre y que le permite

tomar sus propias decisiones, incluyendo la de equivocarse. Por ese derecho había luchado en una guerra contra unos alemanes que habían dispuesto secuestrarlo a quienes no pensaran como ellos. Le habría gustado decirle con claridad que, de nuevo, otros alemanes estaban repitiendo la historia. A sus doce años, Esther ya no era una niña, iba camino de ser una mujer y no se la podía engañar con tanta facilidad como a Marcus. Pero él había luchado en el frente y sabía que cuanto menos supieran los soldados, más iniciativa tendrían y más resolutivos serían. Quiso adaptar ese principio a sus dos hijos y mantuvo el tipo mostrando su mejor ánimo.

Marietta ya había colocado en una maleta las cosas que los acompañarían en ese viaje a lo desconocido, incluida la desconfianza. Muchos comentarios había oído de cómo era el otro Berlín, de sus tiendas de comida bien surtidas, sus escaparates con ropa fina, sus coches elegantes y sus calles llenas de luz, pero aun con todo, no dejaba de asaltarla el temor de que aquella Alemania que la dejó huérfana y llevó a toda su familia a los campos de exterminio, no volviera a hacerle lo mismo.

Ernst miró su reloj, se levantó del sofá y salió al jardín. Al instante apareció su hija Esther, que, en silencio, se situó a su izquierda. La noche era fresca a pesar de ser verano, el río y el lago cercanos ayudaban a ello.

—Qué bello es el cielo —dijo él—. Parece un gran manto al que le hayan cosido millones de minúsculas luces centelleantes. A lo mejor resulta que D-os es un buen sastre.

—Papá, D-os no existe, y esas no son más que estrellas en un espacio infinito. No hay nadie allá arriba —señaló su hija. Era lo que le habían enseñado en la escuela—. ¿Qué está pasando? —preguntó asustada. En su semblante podía notarse el miedo—. ¿Qué es ese tesoro que vamos a buscar?

—No temas, no es más que un juego. ¿No te gustaría hacer algo distinto esta noche?

La conversación fue interrumpida con la llegada de Marietta, que se situó detrás de su hija y pasó las manos suave y cariñosamente por su cabello.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó nuevamente Esther.

—No ocurre nada, hija. Tu padre sabe lo que debemos hacer, y estoy segura de que todo saldrá bien.

Ernst la miró con dulzura sin decir palabra.

—Decís que me he hecho una mujer, pero me seguís tratando como a una niña —replicó enojada antes de regresar al interior de la casa.

Los dos esposos se miraron en silencio y cada uno apreció en el otro

el miedo y la incertidumbre.

—¿Tienes hecha la maleta? —preguntó él.

—¿Dónde voy a meter todo esto? —se quejó ella echando un rápido vistazo a lo que la rodeaba.

La ocultaba en un rincón de su habitación lejos de las miradas de Esther y Marcus. No quería que la cosieran a preguntas, y esperaba que fuera Ernst, a su estilo, quien les explicara lo que pensaban hacer esa noche. Guardar la vida de los cuatro en esa maleta con correas le había llevado toda la tarde. La hizo y deshizo unas cuantas veces mientras seleccionaba entre todo lo acumulado en los últimos doce años de su vida; de los anteriores solo poseía pesadillas y miedo, un miedo profundo ambientado por miradas perdidas, por sacos de huesos con respiración rota por la tos yaciendo apilados en camastros helados… porque eso era todo lo que había en el campo de exterminio del que milagrosamente salió con vida casi muerta, no así el resto de su familia: ellos sí murieron del todo. Condicionada por el recuerdo de ese frío que aún guardaba en su memoria, acabó por llenarla con zapatos y abrigos aunque fuera verano.

—Voy a hacer la mía —dijo Ernst entrando en la casa.

Fue directamente a la habitación y abrió el armario en el que colgaban unas pocas camisas, un par de pantalones y un traje, el único que tenía y que solía utilizar cuando viajaba al otro Berlín. Buscó al fondo entre unos gruesos jerséis de lana y extrajo un bolso de mano de plástico negro con cremallera en el que guardaba sus documentos de valor. Se sentó sobre la cama, lo abrió y examinó los papeles que contenía apilándolos sobre las rodillas. Uno a uno los fue revisando, eran recibos pagados, contratos y otros documentos. Al final, únicamente se quedó con las escrituras de la casa, aunque sabía que en cuanto la abandonara, alguien vendría a ocuparla. Se cambió de ropa y se puso el traje; si no había sitio para nada más, se lo llevaría puesto. Iba a iniciar otra vez una nueva vida y necesitaría buscar un trabajo; así vestido, quizá pudiese disimular todas las demás carencias. Luego, separó con gran esfuerzo el armario de la pared, se arrodilló y, cuidadosamente, levantó una de las maderas del suelo, introdujo su mano en la oquedad que quedó al descubierto y extrajo una pequeña caja que inmediatamente guardó y acomodó dentro de su maletín. Volvió a poner todo como estaba antes y fue al salón.

Dejaron pasar las horas muertas hasta que la ciudad durmió profundamente, igual que Marcus. Pasadas las dos de la mañana, en silencio y con sigilo, Ernst colocó los bultos en el coche. Esther se acomodó en el asiento trasero y Marietta subió delante con el pequeño en brazos. Arrancaron con rumbo a la Bernauer Strasse. Él esperaba

que todas las horas dedicadas al estudio y vigilancia del retén militar del turno de las tres de la madrugada tuvieran como resultado el cumplimiento de sus previsiones.

Cuando estuvieron próximos al lugar, aparcaron el coche y se mantuvieron dentro en completo silencio esperando que llegase la hora. Por suerte, Marcus seguía dormido, al contrario que Esther, que estaba más despierta que nunca, víctima del miedo y sabiendo ya que aquello era una huida. Pasado un rato, Ernst se levantó la manga de su chaqueta y miró una vez más el primero de los varios relojes que ocupaban su brazo; parecía un vendedor de contrabando. Se aproximaba la hora del cambio de guardia, el momento justo que tendrían que aprovechar para la fuga. En el tiempo dedicado a observar el lugar, había llegado a descubrir que durante el ritual militar, la zona quedaba sin observación: Era el momento perfecto para cruzar al otro lado y hacerlo por una parte de la calle convertida en un punto ciego gracias a la oscuridad de la noche.

Repasó con resignación y también con dolor el interior del coche que tendría que abandonar allí mismo. «Ahora que me faltaba poco para terminar de pagarlo», pensó. Abrió la puerta cuidadosamente para no hacer ruido, bajó y se aproximó a la esquina del edificio ante el que se encontraban. Desde allí veía a los soldados bajo la farola encendida, pero sabía que ellos no podían verlo a él. Si ninguno de los cuatro hacía ruido, tendrían tiempo de cruzar la calle y entrar en el portal. Regresó al coche, bajó la maleta y su maletín dejando entreabierto el maletero para evitar golpes que pudieran delatar su presencia, cargó a su hijo, que seguía dormido, y bajaron su esposa y su hija; siempre con señas, les indicó que lo siguieran. Con Marcus en su brazo izquierdo y la mano derecha cargando la pesada maleta, caminó pegado a la pared seguido de Marietta, que llevaba el maletín donde él había metido las cosas de mayor valor. Detrás iba Esther, que también cargaba una bolsa que se había empeñado en llevar, en la que puso sus más íntimas y valiosas pertenencias, ocultas incluso a la vista de sus propios padres.

Cuando la calle vio roto su silencio por el desfilar del retén de soldados, con pasos firmes y secos, camino del cambio de guardia, Ernst supo que era el momento y aceleró el paso hasta cruzar la calle seguido por ellas. Fue solo un breve espacio de tiempo, apenas unos segundos, pero a él, que estaba acostumbrado a medirlo con pulcritud, le parecieron los más largos de su vida. Se acercaron al portal del edificio, dejó la maleta en el suelo y empujó lentamente la puerta para evitar hacer ruido hasta dejar el hueco suficiente por el que poder entrar. No había sido cuestión de suerte que no tuviera la llave echada, sino de muchas horas de intensa vigilancia durante los meses anteriores hasta

saber que era una norma de esa calle. De esa forma, los soldados podían entrar en el edificio durante sus rondas de vigilancia e inspección. Una vez dentro, atravesaron el largo pasillo de puertas, detrás de las cuales dormían a esa hora los vecinos, bajaron al piso inferior y llegaron al cuarto de calderas, fueron directos a la ventana, y allí, Ernst dejó a Marcus en brazos de su madre, colocó la maleta en el suelo y pegada a la pared, se subió encima y manipuló la apertura del cristal hasta que cedió y pudo abrirse; había hecho ese ejercicio unas cuantas veces antes en noches de prueba aun a riesgo de ser descubierto. Esther fue la primera en traspasarla; luego, Ernst pasó a su hijo con cuidado de no despertarlo del todo, ayudó a su esposa a hacer lo mismo y, finalmente, coló los bultos. Con un ágil impulso sacando fuerzas de donde no tenía porque el miedo las minaba, se encaramó a la ventana y la cruzó ayudado por Esther, que en esos instantes se había hecho mayor.

Los cuatro se fundieron en un largo abrazo, habían conseguido cruzar juntos la imaginaria línea fronteriza que dividía la ciudad, en la que un simple bloque de pisos podía señalar el límite entre un lado y otro del país. Con pasos todavía nerviosos, recorrieron la calle rumbo a la pensión en la que Ernst sabía que serían bien recibidos.

Un día después, a esas mismas horas de la noche, una legión de obreros y soldados cerraron esa y otras muchas calles más con ladrillo y cemento, sellaron todas las puertas y ventanas de los edificios colindantes y extendieron kilómetros de alambre de espino. Se estaba levantando el Muro de Berlín.

Las imágenes de gente descolgándose precipitadamente por los edificios cuyo portal daba al Este y las ventanas traseras al Oeste explicaron a la perfección lo que sería el futuro de una nación dividida y de un mundo aún más dividido por un telón de acero.

Irene

El baile de manos que repasaban con ardor cada uno de los cuerpos comenzó dentro mismo del ascensor que los llevaba a los dos hasta el último piso, donde Dorón tenía su buhardilla. Con habilidad y presteza, ella hurgó dentro de la bragueta del pantalón y comenzó un suave y delicado manoseo. Él buscó bajo el vestido y posó su mano en la parte más ardiente sin encontrar resistencia. Para que su sexo fuera más accesible, Irene se había desprendido de las bragas en el restaurante donde habían estado comiendo; una de sus fantasías eróticas era soñar que alcanzaba secretamente el orgasmo mientras degustaba en público unos exquisitos ñoquis con champiñones, y lo había logrado con el plato aún sin acabar. Él también estuvo a punto de correrse al verla recrearse en el placer que le proporcionaba discretamente bajo la mesa. Juntos comprobaron hasta dónde llegaban en el control de sus expresiones corporales en público.

En el interior del ascensor, sin más testigo que la imagen de los dos reflejando su pasión en el espejo del pequeño habitáculo, desataron su deseo. Cuando el aparato se detuvo en el último piso, él abrió ligeramente la puerta con un pie, lo suficiente para dejarlo retenido mientras ella seguía jugando deliciosamente con su boca allí donde en el primer piso había estado jugando una de sus manos.

El ruido de una puerta al abrirse y cerrarse los obligó a tomar conciencia de la realidad y, precipitadamente, se recompusieron lo suficiente para entrar en el apartamento a toda prisa. Una vez dentro, la energía se desbocó salvajemente en ambos, y con febriles movimientos, marearon sus cuerpos por la sala hasta encallar contra la barra de la cocina americana. Ella se subió a uno de los dos taburetes altos y se sentó con las piernas abiertas; entonces fue él quien se arrodilló y se perdió allí en cuerpo y alma.

El ritual continuó en la cama con un frenético vaivén mutuo hasta acabar en una silenciosa calma que Irene se encargó de romper de forma abrupta, como era su costumbre desde el principio de la relación.

—Esta es la última vez. Ahora sí que no volveremos a vernos.

—¿Vas a romper después de lo bien que lo acabamos de pasar? —preguntó él mostrando una fingida perplejidad.

—Justo por eso quiero hacerlo. Ayer estuve con Luis y hemos decidido intentarlo de nuevo.

Dorón cambió la expresión de la cara. No era la primera vez que

Irene quería romper; siempre lo hacía después de cada encuentro llevada quizá por su sentimiento de culpa, pero traer a la cama el nombre de su marido sí era nuevo.

—Creí que tu intención era divorciarte.

—¿Sabes las consecuencias que eso tendría? —en su mirada se podía percibir el miedo de solo pensarlo.

—Las mismas que han tenido otros muchos: división y dolor en su inicio, y distancia y olvido más tarde —respondió él—. Al menos, siempre será mejor que vivir engañando a quien dices querer aunque ya no lo ames.

—Te equivocas. Para mi esposo sería un paso atrás en su carrera política, y para mí… ¿sabes qué harían mi familia y mis amistades? Aislarme si supieran que estoy contigo. Somos diferentes, no lo olvides.

—Cierto, las mujeres sois de Venus, y nosotros, de Marte. No sé quién dijo esa estupidez, pero suena mejor que la aún más estúpida costilla de Adán —se burló él.

—Sabes a qué me refiero. Tú eres judío, y yo, católica.

—Si lo dices por la religión, debo corregirte, porque soy agnóstico, y si te refieres a mi cultura, no puedo corregirlo: es un gen defectuoso que, según se dice, únicamente afecta a los elegidos.

—Da igual, tampoco nos une la edad, soy diez años mayor que tú —mintió, eran algunos más.

—Con esa escasa diferencia no podrías ser mi madre, afortunadamente. De manera que no sentiré complejo alguno, si es lo que buscas. Además, sin pretender ser presuntuoso, no creo que hayamos hablado de mantener una relación más allá del sexo que, por cierto, siempre ha sido muy grato.

—También para mí —dijo ella mientras se levantaba e iba al salón a buscar la ropa que había quedado desperdigada por el suelo.

Cuando regresó, ya venía vestida.

—Interpretaré entonces que lo de esta noche ha sido una despedida.

—Y un agradecimiento. Porque reconozco que, debido a nuestra relación, he recuperado la seguridad y la autoestima que consideraba perdidas, quién sabe si debido a la crisis de los cuarenta o a que no me sentía necesaria al ver a mis hijos ya mayores. Sea lo que fuere, estos encuentros contigo han sido muy importantes y, aunque no nos volvamos a ver, estarás siempre en mi recuerdo ¿Puedo irme tranquila?

«Qué estúpida pregunta», pensó al verla marchar, como si su tranquilidad dependiera de él y no de la relación de falsas

apariencias que mantenía con su esposo, una relación que, estaba seguro, era la razón que la había llevado a aceptarle un café la mañana en que ambos coincidieron en la librería que la Casa del Libro tenía en la calle Hermosilla, una de las pocas con mesas para sentarse y recrearse en la lectura de libros que siempre acababa comprando una vez enganchado. Aquel café fue el principio de lo que ahora ella decidía dar por terminado. Tumbado en la cama recordando esa escena, dejó que sus ojos se cerraran; no tenía ganas de pensar en nada, solo le apetecía dormir.

Natalie

Los rayos del sol mañanero habían sido secuestrados por un manto de grises nubarrones que amenazaban con dejar caer el agua que llevaban en sus panzas. Dorón salió de su buhardilla en el barrio de La Latina con rumbo a la casa de sus padres, en Ópera. Era un recorrido que hacía paseando siempre que podía, porque caminar por la calle Bailén y darse de bruces con el Palacio Real resultaba un espectáculo al que difícilmente podía resistirse, por muchas veces que lo repitiera.

Cuando atravesaba el viaducto que salva la calle Segovia, comenzó un tímido chispear que, más que molestar, ayudaría a limpiar el ambiente de la orgía polinizadora primaveral que los árboles se traían sin descanso. Vestía camisa clara, vaqueros blanco roto y flexibles mocasines color marrón. Se había arreglado así confiando en que las nubes pasaran de largo, pero se equivocó: un suave chirimiri comenzó a caer. Miró al cielo y, sin preocuparse mucho, continuó su paseo sin intención alguna de alterar el ritmo.

Madrid se hace especial cuando llueve en primavera. Los paraguas negros y grises del invierno se cambian por otros más floridos y coloristas, porque aquí se tiene uno para cada estación del año, incluido el del verano, que se convierte en sombrilla. De igual forma, el semblante de los madrileños se torna dulce, y se deja atrás la expresión apagada, con el cuerpo encogido y el cuello perdido, que provoca el invierno. En primavera todo resulta más cordial, y el cruce de sonrisas próximo al galanteo se hace norma.

Llegó a la casa y, muy a su pesar, sorteó la librería —el negocio familiar en el que a buen seguro estaría su padre—. Su madre le había pedido puntualidad, y sabía que si entraba allí, acabaría de tertulia y el tiempo se perdería entre palabras. Por inercia, sacó la llave, pero acabó llamando al timbre. Instantes después, la puerta se abrió.

—¿No atinas con la cerradura o son ganas de hacerme levantar? —preguntó su madre.

Ella prefería verlo entrar sin avisar, porque eso le procuraba la sensación de seguir teniéndolo bajo su techo.

—Ya no vivo aquí y no quiero ser imprudente. Imagina que te encuentro en pleno desliz. Espero que, si es el caso, lo hayas metido en el armario. Me resultaría muy embarazoso verlo, y también muy doloroso si es más joven que yo.

—Si te refieres al chico del butano, aquí tenemos calefacción central. Además, perdí la práctica cuando me casé con tu padre.

—Pues dejémoslo así, no seré yo quien te anime a retomarla —dijo siguiéndola hasta la cocina.

Sobre la mesa reposaba un paquete de invitaciones finamente impresas junto a otro de sobres a juego. A un lado, un cuaderno de notas abierto, un bolígrafo, un cofre de madera y una taza de té que a él le provocó antojo. Comprobó que la tetera tenía agua y encendió la placa vitrocerámica.

—Sírveme también a mí —le pidió ella sin apartar la vista del listado sobre el que hacía anotaciones.

—¿Sigues haciendo cábalas o cavilando a quién invitas? —preguntó su hijo viéndola concentrada en un listado de nombres escritos.

—Haciendo cábalas sería lo más apropiado. Tengo más compromisos que invitaciones y no sé todavía con quién quedar mal, como es costumbre en estos casos.

—La tía Tamara es millonaria. Rectifico porque millonarios hay muchos: es rica, que son muy pocos. No creo que se arruine porque haya unos cuantos invitados más.

—No es la boda de mi hijo, que ya me gustaría, sino la del suyo. Ya quisiera yo para ti una chica como Jacqueline.

—Yo también —respondió él encogiéndose de hombros—, pero esa clase de chicas no se fijan en mí.

—¿Qué quieres decir? Es una muchacha correcta y educada.

—Justo por eso —señaló con indolencia mientras se deleitaba con el té.

—Entonces, ¿qué chicas quieren estar contigo? —no le gustó el tono desidioso de su hijo.

—Las chicas malas, mamá, solo ellas.

—No te he hecho venir para escuchar tonterías —cerró el cuaderno de notas y fue al asunto—. Tengo una amiga que quiere contratarte.

—Estoy retirado, lo sabes bien.

—Me lo ha pedido como un favor. Parece que alguien te recomendó a ella y me llamó para que vayas a verla.

—Te dije que mi etapa como detective privado había llegado a su fin. El chiringuito está cerrado y no creo que vuelva a abrirlo.

Dorón mantenía el tono de desinterés que tanto la preocupaba.

—Y mientras tanto ¿qué haces? ¿Consumir tus ahorros instalado en el desánimo a la espera de la llamada que no llega? Hijo, no están los tiempos para eso. En una crisis como la que estamos viviendo, rechazar el trabajo es un pecado.

—¿Rechazarlo dices? Si ahora me llamara el rector, mañana

mismo estaría impartiendo clases. Es todo mi deseo y, si no recuerdo mal, también era el tuyo.

—Y lo sigue siendo, pero mientras esperas, me gustaría que te ocuparas de algo más que de sentirte culpable y llenar tu pensamiento con ello.

—Evítame ser descortés y no sigas por ahí o me iré —hizo ademán de levantarse, pero ella lo retuvo.

Sabía que su hijo no atravesaba su mejor momento y que seguía manteniendo abierta la herida que le había causado la tragedia de Natalie. Pero ella, al igual que el resto de la familia, se había propuesto sacarlo de ese pozo profundo en el que se encontraba, y la oferta de su buena amiga Esther Brecht llegaba en el momento idóneo. De manera que recurrió a todas sus artes de persuasión.

—No se puede ir por la vida abandonándolo todo porque algo se torció, por muy cruel que fuera y por muy destrozado que te haya dejado. Tú, que siempre has hecho gala de una tenacidad a prueba de bombas, y cuya mejor cualidad ha sido la perseverancia, haz acopio de fuerzas y gana también esta batalla. En la vida podemos caer una y mil veces, pero son los momentos duros los que fortalecen nuestro espíritu y nos empujan a seguir hacia delante.

—Me desconciertas. Antes no te gustaba lo que hacía y me rogabas que no dejara las clases, aunque fueran miserables suplencias en esos colegios privados, más preocupados por sacar el dinero a los padres de los alumnos que por extraer de estos sus mejores cualidades para el futuro ¿Por qué ahora este cambio?

Era cierto. Siendo ella una maestra retirada de la docencia, ver a su hijo, un doctor en filosofía, convertido en detective privado nunca le había resultado fácil de asimilar.

—Porque el día que lo dejes quiero que sea una decisión que te haga feliz y no por un sentimiento de culpa. Lo que le pasó a Natalie te pudo pasar a ti.

—Y habría sido lo justo, era a mí a quien querían matar.

Anne sabía que su hijo seguía con el corazón roto y que los largos meses que habían pasado desde aquel fatal suceso no habían conseguido borrar ese recuerdo de su atormentada mente.

—Hazme el favor, hazlo por mí y no te pediré ningún otro así me esté muriendo.

Apelar a la familia era la única forma que tenía de mover los resortes de conciencia que en su hijo perduraban y perdurarían siempre; ella lo conocía bien, lo había parido y además lo había educado para que fuera de esa manera.

—Mi amiga Esther Brecht, ashkenazí como yo...

—¿También de Pereyaslav? —interrumpió él por ser este el lugar en el que su madre situaba con frecuencia las raíces de su origen ancestral aun habiendo nacido en México.

—No, de Berlín Este cuando existía el muro. Su padre consiguió escapar de allí con la familia la noche antes que lo construyeran.

—¿Cómo lo hizo?

—Ya te lo contará ella. El caso es que el mes pasado murió su madre. Su padre hace ya años que falleció, y el albacea que guardaba el testamento le entregó un sobre que contenía las escrituras de propiedad de la casa que dejaron al huir. Ella quiere que investigues qué ha sido de esa casa.

—¿Por qué no va a Berlín y la busca? Le saldrá más barato.

—Hace poco sufrió una caída y se accidentó. Además, piensa que tú lo harás mejor.

—Pero yo no hablo alemán.

—Ve a verla y ayúdala, es una mujer viuda y sin hijos varones. Sabes bien que nuestras costumbres nos obligan a ello. Te espera a las seis en su casa.

Le apuntó la dirección en un papel y se lo entregó, luego miró su reloj, abrió el cofre de madera, introdujo los sobres con las invitaciones y lo dejó todo recogido. Viendo a su hijo allí sentado, afloró el mismo sentimiento de ternura que le suscitaba cuando era un niño travieso que no podía estarse quieto ni un instante y danzaba dando vueltas a la mesa de la cocina como si la mantuviera en asedio. Le habría gustado abrazarlo como hacía entonces, pero sabía que no era lo que mejor aceptaría él en ese momento. Su espíritu roto pedía a gritos la paz, pero esta no le llegaba.

—¿Puedo preguntar cómo van los preparativos de la boda? —se interesó él por cambiar de tema.

—Los padres de la novia se están encargando de todo.

—Una boda en Melilla es el escenario perfecto.

Cerró los ojos para hacer más intenso el recuerdo envuelto en olor a té y café que impregnaba cada uno de los rincones de esa ciudad por los que de pequeño se escurría imaginándose vivir aventura tras aventura.

—¿En qué sinagoga será la ceremonia?

—En la Or Zaruah.

—¡Caramba, qué poderío! Eso son palabras mayores —exclamó sorprendido.

Los judíos de Melilla la seguían llamando por su viejo nombre, aunque era más conocida por *la sinagoga de los novios* o de *Yamin Benarroch*. Esto último era en honor de quien donó los fondos

necesarios para su reconstrucción y la convirtió en una de las más bellas del mundo.

—Por cierto, Luar se trasladará a tu casa estos días. Durante su estancia, obra con corrección y decoro —le dejó caer su madre de sopetón.

—¿Qué? ¿Y me lo dices así?

—¿De qué manera quieres que te lo diga? ¿Cantando? —Lo dijo con sorna porque eso era justo lo que había buscado, dejarlo sin tiempo para reaccionar—. Necesito tener libre su habitación porque pienso instalar a tus tíos allí; la tuya la ocupará el novio.

—¿Por qué? David tiene un apartamento mejor que el mío.

—Allí se instalará tu prima Orit y su marido, para eso es la mayor de los hermanos.

—No tengo problema en recibirla, pero ¿por qué no reservan en el Palace?

Su buhardilla únicamente disponía de una habitación, y asumir que le tocaría dormir en el sofá cama del salón no era tarea sencilla.

—Eso está bien para el resto de la familia, pero el novio y los padres deben estar con nosotros, como se ha hecho siempre.

Dorón sabía que cuando las tradiciones hacían acto de presencia con su madre, lo demás sobraba.

—Por cierto —continuó ella—, ¿puedes reservar para tus otras dos primas y sus maridos un par de habitaciones dobles en cualquiera de los hoteles que tenemos aquí cerca? Tú sabrás hacerlo mejor que yo. Llegan el viernes.

—Lo haré con mucho gusto.

—Por favor, cuida de tu hermana —le pidió tomándole la mano en un gesto que él interpretó como una velada petición de ayuda.

—Al menos, *Nech* se pondrá contento, le encantan las chicas.

—No se te ocurra subir a ninguna mientras ella esté allí.

Eso lo exigió sin rodeos y con las palabras justas y claras.

—¿De qué te preocupas? Tampoco quieren subir cuando no está.

Acababa de romper una breve relación, si es que podía llamarse así a lo que había tenido con Irene. Para él había sido el único contacto íntimo después de largos meses de silencio y soledad, y ahora pensaba que pasarían muchos más hasta que surgiera otro. Estaba muy bien solo y así quería seguir.

—¿Cuántos pensáis viajar a Melilla? —preguntó él.

—Todos, y me gustaría sumarte —recalcó su madre—; viajaremos juntos el jueves de la próxima semana. Tus primos quieren pasar estos días en Madrid, y tu hermana hará de anfitriona.

Se levantó y desapareció pasillo adelante hacia su habitación con la caja de invitaciones en la mano.

La boda de David con Jacqueline había roto la relativa calma de la casa desde el mismo instante en que la pareja anunció su deseo de contraer matrimonio. Su primo había venido a Madrid a terminar su doctorado en ingeniería en la Universidad Carlos III, pero solo le hicieron falta cuatro meses para enamorarse hasta las trancas, como buen mexicano de corazón blando que era. Un año después, el chico seguía *cacheteando pavimento,* una simpática expresión mexicana que recogía a la perfección el hecho de estar perdidamente loco por la chica.

Al conocer la noticia, la familia del otro lado del Atlántico se sumió en un drama de profundas consecuencias que, por supuesto, David no se atrevió a afrontar en persona; se limitó a comunicarlo por teléfono y a dejar que los acontecimientos se precipitasen. Se había ido de su casa con el compromiso contraído de casarse con Ruth a su regreso, y en poco más de cuatro meses se había acabado cumpliendo un refrán especialmente mexicano que dice: «Amor de lejos, amor de pendejos». Visto que su primo no era eso último, la consecuencia inevitable fue la boda que en unos días se celebraría.

Jacqueline Lazraque, la novia, era una joven judía melillense a la que sus padres habían mandado a estudiar a la capital. Después de haberse licenciado en periodismo, quiso foguearse en la profesión antes de regresar a su ciudad. Como era una chica con iniciativa, logró un puesto de ejecutiva en una agencia de comunicación y allí se quedó.

A Dorón, ella le caía bien porque, entre otras cosas, admiraba los relatos que él continuaba publicando en el periódico para el que colaboraba bajo el pseudónimo de Frank Arouet. Algunas veces habían salido los cuatro juntos, ella con David y él con algún emparejamiento ocasional y sin futuro, como era costumbre en los últimos meses.

Su madre regresó a la cocina y lo hizo salir de su ensimismamiento.

—Mi mayor alegría sería estar haciendo estos preparativos para tu boda y verte ocupando tu habitación aunque fuera por unos días.

—Prometiste aparcar ese tema.

—Sabes que lo hago porque me preocupo por ti.

Lo abrazó con el inmenso deseo de transmitirle un claro mensaje: «No estás solo, todos estamos contigo».

—Te llamaré después de mi entrevista con tu amiga —se despidió él.

—Ven a cenar y así te llevas a tu hermana —terminó por pedirle su madre antes de verlo marchar.

El sonido de la puerta al cerrarse la dejó a solas con sus pensamientos. Miró su reloj y fue a la habitación de su hijo, necesitaba dejarla arreglada para su sobrino. La tenía igual que la había dejado él cuando se marchó de casa. Para las madres, las habitaciones de sus hijos son un cordón umbilical con el que mantenerse unidas a ellos. Por eso seguía guardando, como si algún día fuera a volver y ocuparla de nuevo, los pijamas que cada invierno le regalaba mientras durmió en esa cama y a los que él les dio poco uso, pronto los cambiaba por sus camisetas caducadas que hacían la misma función y con las que dormía más cómodo. Guardaba también aquellas cosas que para su hijo tenían un significado especial, como las botas camperas que por capricho se trajo de México en uno de sus viajes y que apenas gastó después, o las zapatillas de deporte casi nuevas que un buen día acabó cambiando por un par de esparteñas, las alpargatas de lona con suela de esparto que cada verano compraba de un color distinto y de las que se deshacía llegado el otoño. Aunque en la habitación todo seguía igual, ella solía practicar el ritual de acomodar y reacomodar los objetos, convencida de que el espíritu de su hijo permanecía en ellos.

En ocasiones se sorprendió a sí misma oliendo la vieja cazadora negra de cuero con cremalleras en los puños que Dorón se había traído de Londres y que en su tiempo le daba un aspecto *rockabilly* que a ella le gustaba. El olor de su hijo había cambiado con los años, pero el actual seguía recordándole a aquel otro que desprendía su pequeña coronilla cuando era un bebé; podría quedarse ciega, que aun así lo identificaría entre un mar de gente solo con aspirarlo como si fuera un perfumista.

Había hecho cambios en otras partes de la casa, pero en esa habitación parecía que el tiempo se había detenido. La foto de su *Bar Mitzvá* colgada en la pared vestido con el *talit*. El escritorio en el que se había dejado los codos estudiando miles de horas. Sus libros de hebreo. Los cómics, en los que se mezclaban ejemplares de la colección Marvel con Mangas. Un buen número de libros de bolsillo de los grandes clásicos, de la colección Austral de siempre. El viejo estéreo con plato y pletina, y hasta la vieja y querida Polaroid, de la que tenía prohibido deshacerse. Su hijo ya no dormía en esa habitación, pero su presencia seguía estando allí.

Próximos a la casa había dos hoteles de esos clónicos que

pertenecen a grandes cadenas, en los que colores, olores y sabores son siempre iguales, incluso hasta los empleados dan la sensación de serlo también. Pero a Dorón le pareció mejor otro que estaba a espaldas de la calle, un hotel vanguardista que se escondía detrás de las paredes de un viejo aunque restaurado edificio singular de ladrillo. Viendo su fachada, nadie diría que allí dentro había un hotel lleno de color y diseño. Hasta su nombre resultaba desconcertante: Room Mate Mario. Estaba seguro de que cuando se lo dijera a sus primas, estas pensarían inmediatamente en una pensión de las de cuarto de baño compartido en el pasillo. Una malévola sonrisa apareció en su cara y entró dispuesto a reservar dos habitaciones desde las que pudiera verse la librería.

Tardó muy poco en hacer la gestión y regresó a su buhardilla. Por el camino pensó en la conversación con su madre. Siempre había podido hablar con ella de todo, igual que con su padre, pero ahora se resistía a tocar el tema de Natalie, porque el sentimiento de culpa que hacía mella en él seguía fluyendo como un río de fuego que quemaba sus entrañas. Seis meses era el tiempo transcurrido desde que la vio morir en sus brazos y no se acostumbraba a vivir sin ella. Todo sucedió tan violentamente que el recuerdo se había acabado convirtiendo en pesadilla.

En las noches de mal sueño, las imágenes regresaban a su memoria, y entonces despertaba con el llanto reprimido y el sudor resbalando por su piel. Cuando eso sucedía, salía a la terraza a llenar de aire fresco sus pulmones e intentaba desprenderse de la sensación de ahogo que lo invadía. Por mucho esfuerzo que hiciera, la pregunta surgía una y otra vez clamando por una respuesta que hasta el momento no tenía: «¿Por qué a ella, que era inocente, y no a mí?».

Nunca debió aceptar aquel caso. La mafia sudamericana que trafica con arte no es distinta de esas otras que lo hacen con droga o con animales exóticos, incluso con personas. Para esa mafia, España ha sido siempre un importante centro del mercado negro. ¿Acaso creía que el *glamour* de ese entramado restaría crueldad al delito? El largo brazo de la venganza llegó hasta él desde el otro lado del océano y ejecutó con disciplina militar la orden recibida.

Él no había sido nunca un chico de pandilla, de esos que a pesar de haber cumplido los treinta siguen quedando los fines de semana para salir de juerga y hasta hacen botellón. Tampoco sufría el síndrome de Peter Pan, ese del que adolecen quienes no quieren dejar de ser adolescentes aunque arrastren hijos en edad escolar. En su caso, hacía poco que había cumplido los treinta y tres, y ya

poseía su propia casa, aunque fuera una vieja buhardilla de hermosas vistas que con tanto mimo y cuidado había ido arreglando gracias a lo que ganaba con su profesión de investigador privado.

Natalie había llegado a encarnar todas aquellas bondades que la vida le había estado ofreciendo a retazos. Antes de ella, todos los demás intentos por lograr encontrar una mujer así habían sido vanos, y con nadie se había planteado compartir mesa, mantel y vajilla a diario. Por si había alguna duda de que era la elegida, hasta el propio *Nech* la había aceptado dentro de la manada que formaban ellos dos y competía rastreramente por sus atenciones y sus mimos. Los dos —él y el gato— la aceptaron con todos sus defectos: toleraron sus alardes de marimandona, sus manías por el orden o su imperioso deseo de comer helado a cualquier hora del día o de la noche. Tampoco les molestó esa costumbre suya de devorar galletas sobre la cama y dejarla llena de migajas. Todo le fue permitido sin oposición.

Ahora, siempre que la recordaba, a su cabeza venía también el aviso que le hizo su profesor y protector, el teniente Navarro, cuando supo que andaba metido en aquel caso de tráfico de arte, y lo hizo recordándole una escena de El Padrino III, esa en la que antes de que Michel Corleone cediese el testigo a su sobrino Vincent Corleone, le exigía una promesa que debería cumplir: «Tendrás que alejarte de mi hija, porque cuando vienen contra ti es para arrebatarte aquello que más quieres». Se dio cuenta la tarde que los dos salían de la enésima tienda que visitaban y él juraba en arameo que jamás volvería a ir de compras con ella. Comenzó un ligero chispear, preludio de la tormenta que se les venía encima. Eso los obligó a correr rumbo al coche y, viéndola vestida con su elegante traje oscuro entallado, que realzaba su estilizada figura, y los vistosos zapatos negros que acababa de comprarse, le cedió su abrigo. Ella se lo enfundó justo antes de cruzar la calle, y fue en ese instante cuando un todoterreno salido de la nada se les echó encima a toda velocidad. Él la quiso agarrar, pero no tuvo tiempo y fue lanzada contra el asfalto varios metros y pasada por encima después. Lo que parecía un accidente producto del descuido no lo fue en absoluto. Se dio cuenta nada más ver el rostro de aquel asesino de piel enjuta y rasgos indígenas que incluso tuvo la osadía de sacar una mano por la ventanilla del coche, exhibir el dedo corazón levantado y luego escapar derrapando.

Mientras venía la ambulancia, la tuvo muerta en sus brazos sin dejar de arroparla con su cuerpo mientras hacía de paraguas para que la lluvia no la mojara. Se dio cuenta de que le faltaba uno de

sus zapatos nuevos, y en su desesperación, pidió a los curiosos que se arremolinaban que lo buscaran; quería desdecirse de las palabras que poco antes le había dirigido y no paraba de repetirle una y otra vez que siempre iría con ella de compras, así nevara o hiciera un sol abrasador.

Tras la muerte de Natalie se había instalado en el desánimo, como decía su madre. Es posible que fuera así, pero a ese estado había llegado después de considerar que la búsqueda de un sentido en la vida, un sentido que mereciera vivirla con pasión y ganas, era un vano esfuerzo que siempre acababa en fracaso. Era como si nuestros deseos, por insignificantes que fueran, nunca estuvieran a nuestro alcance. Sumido en la reflexión, cayó en uno de sus soliloquios habituales.

—Ella no debió pagar por mis errores. Es injusto que tuviera que morir y que yo siga viviendo. Me entregó su corta vida como un tierno carnero. Vivimos la vida como si fuera un videojuego y nos hemos acostumbrado a pensar que si las cosas no salen como deseamos, siempre contaremos con una segunda oportunidad. Pero no es así, y son las experiencias duras las que se encargan de dejarlo claro.

Algunas veces soñaba que alguien llamaba a la puerta, y al abrir, la encontraba allí parada con la sonrisa en la boca. Lo primero que hacía era abrazarla, besarla y palparla toda: su espalda, sus brazos, su pelo, su cara. Buscaba cerciorarse de que era real. Ella lo miraba intrigada por su actitud. En ese abrazo, él sentía una presión tan fuerte en su corazón que lo hacía llorar, a pesar de no ser de lágrima fácil. El sentimiento era tan intenso que al rodearla con fuerza y estrecharla entre sus brazos temía ahogarla. Las lágrimas le corrían en un torrente emocional mientras no paraba de decirle que la amaba… Entonces despertaba y la realidad volvía a mortificarlo.

Cuando la pesadumbre lo vencía, recordaba las cientos de veces que no le había dicho que la amaba por considerarlo una cursilería. Ahora se arrepentía tanto…

—El día a día nos hace sentir que no es necesario expresarlo, que con el solo hecho de estar juntos se da por entendido, pero no es verdad, hay que decirlo, y decirlo a cada instante, sin vergüenza, sin temor al ridículo, porque cuando descubres que deberías haberlo hecho es porque ya no hay tiempo.

Alguien dijo una vez: «A los diez años sentía que los de veinte eran ancianos. La muerte no era siquiera una palabra en mi vocabulario».

En los últimos meses había tenido que madurar de cuajo y se sentía

infinitamente viejo.

Leonor Expósito

A las seis de la tarde, Dorón tocaba el timbre de un pequeño chalet situado en la zona de El Viso, en la confluencia de las calles de Velázquez y Doctor Arce. La puerta se abrió y frente a él apareció una mujer joven de pelo castaño, atractivos ojos y una boca bien delineada que perfilaba una sonrisa amable. No le dio a tiempo a presentarse porque ella se adelantó.

—Buenas tardes, soy Cecilia Villanueva. Usted debe de ser Dorón Benatar.

Él se limitó a asentir con la cabeza y acompañar el gesto con una de sus tantas veces ensayada sonrisa para *caer bien*. Disponía de un amplio catálogo que incluía también *parecer indiferente*, *resultar agradablemente sorprendido* aunque no lo estuviera, e incluso *ser odiado*.

—Tengo una cita con la señora Brecht, Esther Brecht.

—Es mi madre —dijo ella invitándolo a pasar.

La siguió adentro hasta un amplio salón en el que esperaba la señora Brecht. Por su apariencia, podría rondar los sesenta años. Su porte era distinguido a pesar de arrastrar la dolencia de la que le había hablado su madre. Al menos, esa impresión le dio al ver lo que le había costado incorporarse del sofá en el que estaba sentada y que había usado para ello un bastón que reposaba al lado.

—Muchas gracias por venir, señor Benatar; su madre me ha dado las mejores referencias sobre usted.

—Para ser sincero, le diré que me sorprende enormemente. Mi trabajo nunca ha sido del agrado de mi madre.

—Resulta llamativo y simpático que ella lo defina como «detective existencial». No es que usted se parezca mucho a la imagen que tengo de la gente de su profesión: hombres descuidados con gabardinas arrugadas y descoloridas, barba de dos días y ojeras de no dormir. Es una imagen poco glamurosa, pero produce la sensación de ser hombres que se levantan con los casos en su cabeza y se acuestan con ellos hasta que no los resuelven. Me habría gustado recibir a uno de esos y que me dijera que era un ex policía expulsado del cuerpo por indisciplinado y rebelde; así tendría tema con el que soñar.

—Si quiere que le diga la verdad, esa es una especie en extinción. Los de ahora hemos cambiado el alcohol y el tabaco por la tecnología de última generación. Son los tiempos. No obstante, puedo intentar representar el papel, pero no le aseguro que me gane el Óscar por ello.

—No importa, algo me dice que usted es mi hombre. Pero… —hizo un paréntesis de silencio— si Philip Marlowe entrara por la puerta, usted quedaría despedido en este mismo instante.

—Mi madre es una apasionada de la novela negra —quiso disculparla su hija.

—Quizá sea porque me recuerda la sordidez del Berlín en el que nací.

—¿Era tan duro como siempre se ha dicho? —preguntó él.

Se propuso encauzar la entrevista hacía el tema concreto: si ella le había dado pie, por qué no aprovecharse. Estaba allí por obligación, no por devoción.

—La verdad es que mis recuerdos de aquella época son bastante confusos; solo percibo con cierta claridad las imágenes de la noche en que mi padre nos invitó a correr una aventura nocturna en la que buscar un tesoro que acabé encontrando años después.

—¿Un tesoro? —preguntó extrañado.

—Fue la noche antes de que levantaran el muro. Mi padre llegó a casa como de costumbre, pero la cena fue diferente. Era viernes e hicimos nuestro primer Shabat. Yo no sabía lo que era, pero aquel tono de solemnidad me infundió un gran temor. En nuestra casa, la noche de los viernes no era diferente del resto de noches. Aquella sí lo fue.

La señora Brecht dirigió su mirada hacia la ventana y se perdió en un momento de meditación. Una solitaria lágrima escurrió por su mejilla hasta que el pañuelo que llevaba en su mano cortó el viaje.

—Le pasa eso cuando recuerda a mis abuelos —quiso disculpar Cecilia su momentánea ausencia.

—Tardé mucho tiempo en perdonarles que rompieran mi vida —dijo recuperando el hilo de la conversación—. Que me alejaran de mi colegio, de mis profesores, de mis amigas. Que un día fuera feliz viviendo en nuestra casa y que al día siguiente no tuviera nada y me encontrara en un mundo en el que todo me era ajeno. Mi hermano Marcus era aún pequeño, pero para una chica de trece años… ¿Sabe usted lo que significa entrar en la adolescencia en completa soledad?

—No, señora. Por fortuna, mis padres continúan viviendo en la misma casa en la que vivieron mis abuelos y, aunque yo ya tengo la mía, sigo disponiendo de mi habitación.

—Gracias al Todopoderoso, los judíos hemos vuelto a echar raíces, y espero que esta vez sean tan fuertes que nunca más haya quien las arranque.

—¿Por qué se fueron de Berlín? ¿Fueron perseguidos debido a su

condición?

—No. Como le he dicho, aquel fue nuestro primer Shabat, pues ni mi padre ni mi madre eran religiosos. Los dos habían perdido a toda su familia en la Shoá, y de paso habían perdido también la fe en D-os. De todas formas, si en algún momento la hubieran querido recuperar, bastaba con recordar que vivíamos en un estado comunista que consideraba la religión como el opio del pueblo.

—Me comentó mi madre su deseo de que investigue sobre esa casa que usted recuerda. ¿No ha vuelto nunca a Berlín? El muro hace ya un par de décadas que cayó.

—Nada nos queda allí. ¿Qué razón podría llevarme a regresar? Mi querida madre Marietta, que así se llamaba, sufrió la guerra y los campos de exterminio. Aunque consiguió sobrevivir, siempre guardó una gran desconfianza hacia el país que la vio nacer, pero que también mató a toda su familia, no en una guerra suicida como les pasó a muchos millones de alemanes que se dejaron llevar por la locura de ese psicópata al que jamás llamaré por su nombre, sino en un crimen masivo en el que trataron a seres humanos como si fueran material de desecho.

—Perdone entonces mi curiosidad ¿A qué viene ahora ese interés por la casa?

Fue Cecilia quien entró en la conversación que hasta ese momento estaba siendo acaparada por la señora Brecht.

—Hace menos de un mes falleció mi abuela, que llevaba enferma de Alzheimer varios años. Mi abuelo Ernst murió repentinamente de un infarto al corazón antes de la caída del muro. La pasada semana, nuestro buen amigo Alfonso de Queralt, albacea de mi abuelo, nos entregó un sobre que había tenido en custodia por expreso deseo suyo y con la orden tajante de entregárselo a mi madre únicamente después de la muerte de mi abuela. Dentro de ese sobre estaban las escrituras de la casa que habían abandonado en su precipitada huida. Nosotros queremos conocer el estado en el que se encuentra esa propiedad y saber si nos sigue perteneciendo.

—No quiero parecer descortés, pero eso lo pueden encargar a cualquier corredor de bienes inmuebles de allí y seguramente les dará un detallado informe.

—Podemos hacerlo, sí —exclamó la señora Brecht con vehemencia—, pero queremos que sea usted quien haga esa gestión. Si tan sencillo lo encuentra, será un dinero ganado cómodamente.

Entendió de inmediato el mensaje. La señora no tenía ninguna intención de volver a pisar Alemania y buscaba contratar a alguien a quien tener cerca y pedir cuentas. Y ese alguien sería él.

—Esperemos que el idioma no sea un freno, no hablo alemán.

Era una excusa más con la que invitar a la señora Brecht a desistir de contratarlo.

—Mi hija lo ayudará siempre que lo necesite, ella sí lo habla. Pero no olvide que será usted quien se responsabilice del trabajo. Y para que así sea, estoy dispuesta a aceptar sus honorarios sin negociar, cosa poco frecuente en mí.

—Es la primera vez que la oigo decir que no regateará cantidad alguna. —Cecilia la tomó por la cintura y la abrazó con cariño—. Mamá, me tienes sorprendida.

Dorón supo que no habría manera de escapar del caso y acabó por solicitar una fotocopia de las escrituras. Se las entregaron y se comprometió a viajar a Berlín e investigar el estado de la propiedad. Saldría al día siguiente y buscaría la casa. En su cabeza rondaba la idea de dejar en manos de algún corredor de fincas el trabajo de investigar en el registro y conocer su estado actual, luego regresaría a Madrid por la tarde.

Abandonó la casa de la señora Brecht y, al volante de su práctico Smart, tomó la calle Serrano. Al llegar a la altura de la plaza de la Independencia, la rodeó y se detuvo un breve instante en un lateral. La imponente Puerta de Alcalá se erguía majestuosa en el centro. Bajo aquel monumento había mucha historia concentrada. Contra su piedra blanca de granito traído de la sierra madrileña se habían estrellado balas y cañonazos en tiempos de guerra, sus arcos habían sido cruzados por rebaños trashumantes de ovejas en tiempos de paz, y ahora pasaba una procesión de gente dispuesta a inmortalizarla cámara en mano. Quizá condicionado por la conversación mantenida con la señora Brecht, ir pensando en un muro que cerró una ciudad y media Europa, y encontrarse con una puerta abierta como aquella le produjo una reconfortante sensación de libertad que agradeció.

Al llegar a su casa buscó en Internet un vuelo de bajo coste y acabó por encontrar una buena oferta de última hora a Berlín. Organizó el viaje y dispuso sobre la cama las cuatro cosas que llevaría en su pequeña maleta de mínimos. Miró su reloj y recordó que tenía una cita en el periódico. Dejó la maleta para más tarde y salió para allá.

El señor López, el director, que además ejercía de jefe de redacción, quería hablarle respecto a un tema que no le adelantó por teléfono; era de esas personas a la antigua a quienes les gusta decir cara a cara las cosas que estima importantes.

En la recepción, Dorón saludó a Tomás, el vigilante de seguridad, que después de dos años renovando contratos de trabajo semestrales había conseguido que lo hicieran fijo. Ahora atendía la centralita y se encargaba de llevar el registro de las visitas. Subió hasta la planta donde se encontraba el despacho del señor López y encontró la puerta abierta, como solía tener por norma; se detuvo unos instantes en el umbral y lo encontró absorto en la lectura de unos papeles que tenía sobre su escritorio, tocó con sus nudillos el marco metálico del cubículo acristalado y no se movió hasta que fue invitado a pasar.

—Te estaba esperando —dijo el director al verlo allí parado.

—Pues todavía quedan cinco minutos para la hora de nuestra cita y, que yo recuerde, nunca he llegado tarde con usted.

—Hecho que te agradezco en extremo. La puntualidad es cada vez menos frecuente en nuestros días —se quejó.

—Mis años de estudiante en Londres me enseñaron algo más que literatura inglesa —respondió Dorón. Fue allí donde aprendió que las excusas por llegar tarde no tenían cabida; el inglés no aceptaba que se malgastara su tiempo en esperas sin sentido con la alegría con que se hacía en España.

—Pues quizá deberíamos plantearnos la posibilidad de mandar a un mayor número de jóvenes allí para ver si se les pega.

—¿Con beca Erasmus o de camareros, como es costumbre? —preguntó él de manera un tanto sarcástica.

Le entristecía y enrabietaba la profunda injusticia que este país suyo tenía con una juventud que sobrevivía trabajando diez horas diarias en una de esas respetables empresas que cotizaban en bolsa y buscaban ansiosamente el reparto de dividendos para sus accionistas, pero que luego pagaba miserablemente a su empleados sin cargo y bonificaba sustancialmente a sus directivos aunque la arruinaran.

—Bien, vamos a lo nuestro —estaba claro que el señor López pasaba de recoger el envite lanzado—. ¿Te interesa un puesto de periodista en la redacción? La oferta económica no es muy atractiva como puedes imaginar, pero antes de proponérsela a otros, te la ofrezco a ti.

Dorón guardó un momento de silencio antes de responder. No quería el caso de la señora Brecht ni tampoco el trabajo que le ofrecía el señor López. En ese momento no quería nada.

—Como usted sabe, mi verdadero sueño es dar clases en la universidad —quiso excusarse sin parecer grosero.

—La de escribir también, o por lo menos, eso creo haberte oído

decir en alguna ocasión.

—Cierto, pero convertirme en un periodista mal pagado en busca de la exclusiva con la que llenar las ocho columnas y verme obligado a escribir ciñéndome a los hechos sin que pueda intervenir la imaginación sería traicionar mis sueños. Usted sabe que a mí lo que me gusta es la fantasía, no la cruda realidad. Le agradezco de verdad la oferta, pero la declino. Prefiero seguir con nuestras colaboraciones si no le molesta —dijo con forzada sonrisa.

—Al menos debía intentarlo, pero si prefieres trabajar en la librería de tu padre, aceptaré con resignación que lo tuyo es talento malgastado —en sus palabras se notaba cierto poso de pesadumbre —. El otro tema sobre el que quería hablarte es acerca de esos cuentos que me diste a leer ¿Son de tu madre? Quiero decir que si es ella quien se los inventa o bien pertenecen al vulgo de esos mundos de Dios en los que los sitúa.

—Si se refiere a si son cuentos populares, le diré que no; son de ella, puede estar seguro.

—Pues el periódico estaría en disposición de hacer la edición de un libro que los recoja ¿Para cuándo estimas que podrías tenerlo si te pones con ello?

—Tendría que pensarlo —respondió con cierto escepticismo.

Tampoco eso le atraía ahora. Además, mientras su madre siguiera amenizando las sobremesas con sus relatos, el libro no se terminaría.

—Pues intenta que sea para Navidad, es una buena fecha para poder publicarlos.

—Veré qué puedo hacer.

—También tengo que decirte que tu último relato, ese de la banda que robaba los coches a los famosos, ha gustado mucho ¿De dónde sacas tanto realismo?

—De la imaginación y de los malos pensamientos, ¿de dónde si no?

Nadie en el periódico sabía de su trabajo como detective privado, y también desconocían que los relatos cortos —mitad fantasía, mitad realidad— que le publicaban bajo pseudónimo surgían de algunos de sus casos. Se había buscado la tapadera de la librería de la familia como modo de subsistencia y todos la aceptaban con naturalidad.

Se despidieron y Dorón se encaminó a la librería, donde encontraría a su padre… si es que su madre no lo había mandado a hacer algún encargo raro para la boda de David; la mujer traía alborotados a todos con el acontecimiento.

Por fortuna, lo halló trabajando en el taller en uno de los numerosos libros repartidos en sus enormes estantes de recia madera que cubrían las paredes del local desde el suelo al techo.

—Necesito un favor tuyo —le dijo nada más entrar.

—No dispongo de efectivo —indicó su padre. No veía con buenos ojos la actitud displicente de su hijo para con la vida, por mucho que entendiera su dolor.

—Hace mucho que no te pido nada. Lo que preciso de ti es otra cosa.

—En ese caso, estoy dispuesto a escucharte.

—Verás, mamá me ha recomendado a una clienta que me obliga a viajar a Berlín mañana mismo ¿Conoces a alguien allí?

La noticia animó a Isaac; llevaba tiempo deseando que su hijo abandonara la apatía en la había caído.

—A mi buen amigo Leopold Mendel, un excelente librero y, además, experto en Goethe, ¿te gusta Goethe? Porque si no te gusta, vale más que no lo llame.

El comentario de su padre transformó el semblante de Dorón, que de pronto irguió su casi metro noventa, cerró sus manos convirtiéndolas en duros puños y, de forma amenazante, se plantó frente a él.

—¿Qué quieres de mí, espíritu maligno? ¡Que te firme en bronce, mármol, pergamino o papel! También dejo a tu elección si debo escribirlo con un buril o una pluma.

—¡Cuánta palabrería! —gritó Isaac—. Basta un pedazo de papel cualquiera con tal de que lo escribas con una gota de tu sangre —se miró las muñecas—. La sangre es un fluido muy especial.

Ambos se relajaron. Había sido uno de esos momentos de catarsis que en ocasiones les daba por tener.

—Haces muy bien de Mefistófeles, algo de diablo debes de tener —apuntó su hijo, admirado por el dramatismo que su padre había puesto en sus palabras.

—Fausto. Qué gran obra. Un día de estos volveré a leerla, ahora que me la has hecho recordar.

—Regresando a lo nuestro. Lo que necesito es más bien un abogado de confianza.

—Lo llamaré y se lo comentaré. ¿Algo más?

—Es todo por ahora.

—Yo también tengo algo que pedirte. Tu hermana se quedará contigo hasta después de la boda.

—Ya me lo ha dicho mamá. ¿Subimos a cenar?

—Ve tú, yo llamaré a mi buen amigo Mendel y le pediré ese

abogado para que puedas verlo mañana.

Dorón salió por la puerta interior de la librería que daba al portal y subió al primer piso, donde se encontraba la casa de sus padres. Esta vez abrió con su propia llave. En la cocina se encontraban su hermana y su madre disponiendo todo para la cena. Un aroma anisado flotaba en la estancia.

—Salmón al hinojo —señaló él aspirando profundamente—. Se acompaña bien con un vino blanco fresco y joven.

—He puesto la botella en el frigorífico hace un rato —indicó su hermana.

Él abrió el que estaba destinado a las carnes, ya que su madre, fiel a los preceptos kashrut prescritos en la Torá, contaba con otro frigorífico para los lácteos. Extrajo del congelador unos cubitos de hielo, los depositó dentro de la cubitera y le añadió agua, los removió con una cuchara hasta que estos comenzaron a deshacerse y el líquido cogió una temperatura de frío que él estimó adecuada. Luego abrió la botella de vino, olió el corcho y la dejó reposar y airearse dentro de la cubitera. Entendía que el cuidado trabajo que había exigido aquel vino desde la viña hasta la mesa bien merecía un tratamiento igual de considerado a la hora de beberlo.

Su padre entró en la cocina justo en el momento en que Anne abría el horno y una nube de aromas variados despertaba las papilas de los presentes cegando los demás sentidos.

—¡Salmón al hinojo! —exclamó Isaac—. Mi plato preferido.

—Unos de tus cien mil platos preferidos querrás decir —apuntó su esposa—. Desde que te conozco, para ti todos son tus preferidos.

—Eso dice mucho de tu buen hacer culinario. Deberías sentirte orgullosa de ello —señaló su marido a la par que se alejaba camino del lavabo.

—Creo que el vino ya está en su punto de temperatura.

Dorón tomó la botella y sirvió en las copas el preciado líquido dorado del que emanaba un aroma irresistible.

Su padre se incorporó a la mesa y levantó la suya para brindar.

—*¡Lejaim!*

El brindis fue seguido por el resto de la familia y dio comienzo el baile de bandejas con entremeses, que fue pasando de mano en mano.

El segundo plato fueron los deliciosos lomos de salmón al hinojo, una planta que desprendía un embriagador perfume anisado y convertía el pescado en un placer aromático aún más sabroso. En esta ocasión, su madre lo había hecho acompañar de unas chalotas confitadas que embelesaban. Así era el placer de comer en su casa:

un recreo para los sentidos y no solo para el estómago.

A los postres, su madre acaparó la conversación casi en exclusiva. Necesitaba poner en conocimiento de todos los aspectos logísticos de la boda y aprovechó para destinar a cada uno el desempeño de las actividades que les corresponderían durante la estancia de los Horowitz, que vendrían en tropel desde México con la tía Tamara a la cabeza. A su padre le tocó distraer al tío Abby, a su hermana le fue adjudicada la labor de entretener a sus primos para que su madre y su tía pudieran aplicarse a fondo en la boda, una tarea que tendrían que hacer las dos en coordinación con la familia de la novia, y tomando en consideración que el acto sería en Melilla, no iba a ser tarea fácil. A él le tocó la ingrata función de no hacer nada, eximido ante la obligatoriedad de ayudar a la señora Brecht. Únicamente tendría que reservar el hotel en el que se alojarían sus primos, y eso ya lo había hecho.

La boda sería un gran acontecimiento para todos, pero especialmente para su padre, porque pasaría unos días en su querida Melilla, su tierra natal. Había sido una agradable coincidencia que la chica de la que se enamorara su sobrino fuera melillense y, además, de los Lazraque, un apellido de siempre en esa tierra y a quienes conocía bien.

—Qué días tan hermosos aquellos en los que esa ciudad me pertenecía por entero; éramos pocos pero bien avenidos —recordó su padre—. Hasta los pobres soldados que allí llegaban de reemplazo eran recibidos con cariño.

—No creo que a ellos les hiciera mucha gracia semejante destino —apuntó su hijo.

—No lo veas de esa forma. Aquellos eran tiempos de hambre en la península. Y aunque sacarte de tu pueblo para llevarte a África, como ellos decían, era dejar a la familia sin unas manos para ayudar al sustento, el que más y el que menos aprovechó sus permisos para hacer negocio con el pequeño contrabando, ya que Melilla era puerto franco.

—¿Acaso vosotros lo pasasteis mal cuando íbamos con el abuelo en verano? —preguntó Anne a sus hijos.

—Yo, de maravilla. Nunca he comido tantos helados como en esa ciudad —respondió Luar.

—¿Sabéis qué era lo que más me gustaba? —preguntó su madre nuevamente.

—¿La soldadesca? Tanta testosterona uniformada por la calle debía de impresionar lo suyo a las mujeres —apuntó su marido.

—No —dijo ella—, los ratos que pasábamos los tres —miró con

ternura a sus dos hijos— cuando me acompañabais en mis meditaciones en la playa frente al mar al caer la tarde.

—¿Qué pensarían quienes nos veían allí sentados en posición de loto escuchando mantras en el radiocasete? —sonrió Dorón evocando las imágenes— Seguro que de locos no nos bajaron.

—Pues daría lo que poseo por estar de nuevo allí con vosotros dos y dejar que la paz nos embriagara —todos en la mesa sabían por qué lo decía—. Ahora cuando estés con tu hermano —se dirigió a Luar—, oblígalo a que medite contigo. Tengo un CD con mantras nuevos que son maravillosos y que te voy a prestar ahora mismo —ofreció a Dorón.

—Con mucho gusto los escucharé y cantaré sabiendo que eso te hace feliz —señaló él.

—También me gustaría que te hicieran feliz a ti. Los mantras sirven para sosegar la mente y conducirnos a nuestra esencia.

—La primacía de la existencia sobre la esencia, propugnaba Kierkegaard. Yo en estos momentos no soy más que un «existente» puramente subjetivo que huye de trascendencias divinas.

—No hablamos de nada divino, y tú lo sabes. La meditación no precisa fe, solo paz —expresó su madre.

—Lo haremos juntos —se comprometió Luar, que no veía a su hermano con ganas de polemizar, como hacía antes—. Además, por muy existencialista que aparente ser, me consta que medita con más frecuencia de la que crees.

No lo dijo para tranquilizar el espíritu de su madre, sino porque sabía que Dorón efectivamente solía hacerlo.

—Eso que dices —intervino Isaac viendo a su esposa— me ha recordado a mi amigo Rafael. Tenía su casa en Jerusalén, junto a la vía que lleva al Muro de las Lamentaciones. A diario veía pasar a un ferviente ortodoxo que se dejaba sus buenas horas meditando. Un buen día no pudo evitar pararlo, y después de alabar su constancia, le preguntó sobre sus demandas al Todopoderoso.

—Verá, yo le pido que acabe con el hambre y las enfermedades. También, que termine con las guerras y, además, que los gobernantes del mundo sean honestos.

—¿Y siente usted que el Señor le escucha? —preguntó mi buen amigo.

—Pues oiga, por ahora ¡Como si le hablara a la pared!

La risa, la ansiada risa que él buscaba puso un alegre broche final a la sabrosa cena. Después, aprovechando que su esposa había ido a buscar el CD de mantras y que Luar había ido a su habitación a coger dos pequeñas maletas que se iba a llevar, dio a su hijo los

datos de contacto de un abogado de confianza en Berlín.

Al llegar a la casa, y nada más entrar en la buhardilla, encontraron a *Nech* parado en la puerta mirando con sus grandes ojos oscuros a la invitada. Luar dejó todo en el suelo y se puso a hacer carantoñas al gato que, como ya la conocía, se dejó hacer y deshacer. Se notaba que era un gato alfa y que le iba la marcha.

Dorón acordó con ella que dispondría de la habitación y de la mitad del armario donde colgar sus vestidos. Había limpiado a conciencia en cuanto supo que vendría su hermana y había eliminado el poco rastro de presencia que Irene había dejado en sus breves escarceos amorosos. Mientras Luar deshacía el equipaje temporal y vio lo que traía, Dorón pensó qué habría sido de él si hubiese sido invierno; a buen seguro se habría visto obligado a llevar parte de su ropa a uno de esos trasteros de alquiler. Él dormiría en el sofá cama de la sala, un trasto igual de incómodo como sofá que como cama. A cambio, Luar se encargaría de dar de comer a *Nech* y limpiar su bandeja de deposiciones.

Arregló el sofá cama, se recostó con el portátil sobre las piernas y miró sus mensajes de correo. Entre ellos destacaba uno que llamó su atención, venía a través del correo de su web. Si bien no disponía de oficina por considerar el Café del Círculo de Bellas Artes el mejor lugar donde recibir y tratar a sus clientes, sí tenía una cuidada y mínima presencia en Internet, que había decidido dar de baja al abandonar su carrera de detective privado. Pero como nunca se acordaba de hacerlo, en algunas ocasiones —pocas— recibía correos que le entraban por ahí. El encabezado del asunto era significativo: «Usted es mi única salvación». Lo abrió y leyó:

Señor Benatar.

Mi nombre es Leonor Expósito y le escribo desde la prisión de mujeres Madrid I, en Meco. Estoy cumpliendo una condena máxima por un crimen que no he cometido. Se me acusa de haber matado a mi hijo, pero desde este momento le aseguro que yo no lo hice, no soy una criminal, aunque todas las que estamos aquí digamos lo mismo.

Fui acusada de provocar, premeditadamente dicen, el incendio de mi casa, en el que murió Pedrito, uno de mis dos hijos; Gustavo, el más pequeño, sobrevivió. Me han dicho que está en un hogar de acogida porque he perdido la patria potestad, y las autoridades, a quienes no conozco y con quienes no me han dejado hablar, dicen que ya no la recuperaré nunca.

Es posible que me merezca este castigo, ni siquiera me importarían los años de condena que me han impuesto si los dos hubieran muerto, pero solo pensar que mi pequeño está ahí fuera, a expensas de una

adopción que igual puede ser buena como no serla, me rompe el corazón, y más sabiendo que ya no podré verlo nunca.

No puedo llorar porque he agotado todas mis lágrimas, y el dolor que arrastro me empuja al abandono, por mucho que a veces me esfuerce en luchar para que eso no suceda; este email es una muestra.

Me apunté a unos cursos de informática que nos dan aquí únicamente con la intención de acceder a un medio por el que buscar ayuda del exterior. Mis compañeras internas me decían que me consiguiera un buen abogado, pero una me dijo que lo que debía hacer era buscar un buen detective. Cuando encontré su página web supe que era a usted a quien yo necesitaba; incluso he leído algo sobre el existencialismo y, aunque apenas lo entiendo, me he sentido reflejada porque yo también conozco la realidad por lo que me ha tocado vivir. Como dicen esos filósofos, la experiencia ha sido mi única escuela.

Mi historia es simple. Yo vivía sola con mis dos hijos en la casa que heredé de mi madre, pues mi marido, con el que me casé muy joven, se marchó un día después de dejarme los huesos rotos de una paliza y nunca más regresó. Con el miserable sueldo de limpiadora por horas tuve que darles de comer y vestir, pero tanta miseria me llevó a encontrar refugio en el vino y me aficioné a él, quién sabe si por imitar a mi padre, que desde que lo recuerdo fue un borracho hasta que el alcohol lo llevó a la tumba.

Una noche, después de beber, me quedé dormida y se produjo un incendio en la casa, una vieja vivienda de dos plantas en el pueblo de Alcalá de Henares que no sé si todavía estará en pie. Arriba dormían mis dos hijos y yo estaba abajo durmiendo la borrachera con la tele puesta. No supe lo que pasaba hasta que los gritos de uno de ellos, que bajaba arrastrándose y medio asfixiado, me despertaron. Intenté subir la escalera para ayudar al otro, pero todo estaba oscuro, porque habían saltado los plomos, y me caí; debido a la flojera que tenía no pude levantarme, el vino hace estas cosas. Los vecinos consiguieron sacarnos, pero Pedrito murió. Nunca me lo perdonaré.

En el juicio todos dijeron que fui yo quien lo había provocado. Encontraron restos de oxígeno líquido —no sabía ni qué era eso— en la alfombra junto a un cigarrillo mío, y algunas personas también comentaron que con frecuencia me oían decir, refiriéndome a mis hijos, que ojalá se murieran y me dejaran tranquila. Es cierto que lo decía, pero era el vino el que hablaba, yo nunca les hubiera hecho daño alguno.

Soy una mujer que no dispone de recursos, no tengo con qué pagarle ahora. Sin embargo, algo en mi interior me dice que usted me ayudará.

Le adjunto el informe de mi caso y le doy las gracias anticipadas por

la ayuda que me pueda prestar.

Leonor Expósito.

—Al menos se ha preocupado en conocerme.

Volvió a leer la interpretación que esa mujer hacía del existencialismo, copió la carta en un documento, abrió una carpeta y la colocó dentro. Leyó el informe por encima, lo imprimió todo y cerró el ordenador, lo puso en el suelo y echó mano del libro *Diario de una buena vecina*, de Doris Lessing, que tenía a los pies del sofá, y se concentró en su lectura.

Viaje a Berlín

A la mañana siguiente estacionó su coche en el aparcamiento del aeropuerto convencido de que regresaría en el día. Después de facturar, y mientras esperaba la apertura de la puerta de embarque, navegó por Internet con su móvil y buscó el servicio GPS que utilizaría en Berlín para orientarse por la ciudad. Treinta minutos después fueron entrando en el avión. Miró su reloj y esperó que la eficiencia germana se impusiera al hecho de que su vuelo fuera de bajo coste; quería ser puntual y estar en Berlín a la hora prevista.

Instalado en su asiento extrajo de su mochila la carpeta con todo lo que había imprimido del caso de Leonor Expósito. Era la primera vez que le llegaba una petición de esas características y le sorprendió el hecho de que alguien, desde un lugar tan cerrado y sórdido como una cárcel, contactara con él a puerta fría y le pidiese ayuda con un simple *e-mail*. El mundo estaba cambiando, lo sabía, pero ese detalle le mostraba hasta qué punto. Volvió a leer la carta y percibió en ese texto una profunda desesperación. «Ayuda, señor Benatar. ¡Soy inocente!». Era un grito desesperado lanzado a su conciencia. Un caso sin dinero de por medio, sin fama ni prestigio, y con todas las pruebas apuntando en contra. Resumiendo: un caso destinado al fracaso. Sin embargo, ese grito se esforzaba por encontrar acomodo en su cabeza y alojarse en su primer nivel de recuerdo, y lo hacía dando patadas y empujones.

Metido en el análisis del informe, el viaje se le hizo, si no corto, al menos, entretenido. Tres horas después estaba saliendo del aeropuerto Berlín-Tegel. Iba con tiempo suficiente y quiso ahorrarse un dinero, de modo que en vez de tomar un taxi cogió el autobús que lo llevó a la Alexanderplatz, en el centro. Y entonces sí, desde allí cogió un taxi que en pocos minutos lo dejó frente al edificio donde se encontraba el bufete de abogados. Reyner Hazle, el contacto que su padre le había ofrecido, ya lo estaba esperando. Era un hombre agradable, unos pocos años mayor que él y con una sonrisa franca y sincera. Después de tomar asiento y aceptar gustoso un agua mineral fría, Dorón pasó a explicarle su encargo. Quería que averiguase en qué situación se encontraba la casa que su cliente tuvo que abandonar precipitadamente un día antes de levantarse el muro que dividió la ciudad por espacio de veintiocho años.

—¿Es posible que la propiedad siga figurando a su nombre aunque haya estado todo este tiempo sin pagar los impuestos reglamentarios? —preguntó al abogado. Desconocía qué leyes regían en Alemania respecto a la propiedad de bienes inmuebles,

pero sí sabía que había que pagar impuestos. Para saber eso no era necesario ser un registrador ni tener grandes luces, hasta en el pueblo más recóndito del mundo había que pagar.

—Depende. Si el Estado se la expropió y se la cedió a otro inquilino, el nombre que debe figurar es este último. Pero si alguien se hizo con ella y no la registró a su nombre, como era frecuente en Berlín Este para evitarse el pago, su cliente podría tener suerte y seguir contando con todos los derechos sobre la propiedad; únicamente tendría que ponerse al corriente de los pagos para recuperarla. Esa información me llevará un par de horas obtenerla.

Dorón le entregó la copia de las escrituras y acordaron verse al cabo de un rato. Como no tenía mucho que hacer, la curiosidad lo llevó a visitar el lugar donde se encontraba la casa. Cogió el metro siguiendo las indicaciones recibidas por Reyner y llegó hasta Treptower Park. Antes de salir de la estación observó el mapa informativo de la zona y se dirigió a la dirección que tenía. Era un barrio tranquilo, muy verde, limpio y ordenado, con pequeños bloques de casas y amplios jardines. Para su sorpresa, en el lugar en que debía encontrarse la casa había ahora un solar cercado con grúas y operarios que levantaban el esqueleto de lo que parecía un edificio de oficinas de poca altura. En una valla publicitaria podía leerse: *Erwobene land von Frager Realer Zustand.* Con su teléfono móvil tomó fotos del lugar desde diferentes ángulos y luego fotografió también el cartel anunciador. Vio la hora que era y regresó de nuevo al despacho.

Frente al escritorio del abogado, le explicó lo que había visto en su paseo por el lugar donde en su tiempo había estado la casa de los Brecht.

—Allí se levanta ahora un edificio. Hay una valla publicitaria —extrajo el móvil de su bolsillo y le mostró las fotos tomadas —. ¿Qué dice?

Reyne cogió el móvil y observó la foto.

—Terreno adquirido por Frager Realer Zustand —tradujo—. Esto coincide con la información que he obtenido. Según el informe, la casa es ahora un terreno propiedad de esa misma empresa.

—¿A quién se lo compró?

—En el registro no figura ninguna referencia al señor Brecht. Indagaré un poco más atrás —señaló el abogado mientras centraba su atención en la pantalla del ordenador y movía con rapidez sus dedos sobre el teclado—. Aquí está, la compra se hizo a la empresa RMZ Real Estate GMBH.

—Y anterior a esa empresa ¿quién figura?

—No hay datos al respecto.

—Entonces, estas escrituras ¿de qué sirven? —preguntó Dorón temiéndose lo peor.

Necesitaba obtener la mayor información posible de cara al informe que elaboraría para su cliente, aunque comenzaba a considerar que el viaje no había servido para gran cosa.

—Sirve de mucho porque es posible que nos encontremos ante un caso más de alteración documental con apropiación indebida de la propiedad.

A él le sonó bien lo de *apropiación indebida,* pero quiso asegurarse.

—¿Me lo puede explicar mejor? No quiero hacerme una idea errónea de sus palabras.

—Puede haber sucedido que quien ocupó la casa una vez abandonada por los Brecht no lo hiciera con todas las de la ley, si es que en esa zona de Alemania había ley en aquel tiempo, y pudo ocurrir que para ahorrarse pagar, decidiese no modificar nada. De esa forma evitaría tener que mencionar el hecho a las autoridades. Si la casa estaba pagada, los nuevos inquilinos solo se habrían hecho cargo de los gastos de agua, luz, etc. Vamos, que quienes la ocuparon lo hicieron poco menos que a mesa puesta.

—Entonces deberíamos investigar quién fue el último dueño antes de ser vendida a esa inmobiliaria.

—Eso me llevará un poco más de tiempo.

—¿Cuándo podrá tener resultados? Había pensado regresar hoy mismo a Madrid.

—Mañana, no puede ser antes.

—Entonces tendré que buscar un hotel donde alojarme —se resignó aceptando lo inevitable.

—Le buscaremos uno. La noche en Berlín es rabiosa y divertida —señaló Reyner luciendo una media sonrisa cómplice en su cara—. ¿Ha estado antes?

—No he tenido oportunidad, pero es una idea que arrastro desde hace tiempo.

—Pues convierta el contratiempo en una aventura.

Aceptó el reto de buen grado. Tampoco es que en Madrid tuviera mucho que hacer. Ese último pensamiento le provocó una súbita reflexión: quizá su madre llevase razón y fuera tiempo de ocupar los días en hacer algo más que pasear su amargura.

«La soledad produce malos hábitos y algunos vicios», pensó mientras se iba felicitando por el contratiempo.

Reyner dio a su secretaria el nombre de un hotel y le pidió que

reservara una habitación, le pidieron un taxi para que lo llevara hasta allí y fijaron verse a media mañana del día siguiente.

El hotel resultó ser un lugar agradable y acogedor próximo a la zona golfa de Prenzlauer Berg. Tras registrarse en recepción, le dieron una tarjeta electrónica con el número de habitación y tomó el ascensor a la segunda planta. Al entrar dejó su mochila sobre la cama porque era todo el equipaje que llevaba, había descartado la maleta de mínimos pensando que sería un viaje de horas. A primer golpe de vista, la habitación le resultó coqueta y muy luminosa; desde la ventana veía un cuidado y frondoso jardín interior en el que se podía disfrutar de paz y tranquilidad a pesar de estar en pleno centro de la ciudad. Inspeccionó el baño y vio que el set de aseo contenía todo aquello que podía necesitar, en monodosis de miniatura pero completo: pasta de dientes, cepillo, peine, jabón, espuma de afeitar, cuchilla, champú y hasta un preservativo.

«Estos alemanes están en todo», pensó al verlo.

Decidido a aprovechar su forzada estancia en Berlín y disfrutar un poco, se recostó en la cama y, con su móvil conectado a Internet, buscó una guía del ocio que le aportara información precisa de bares y restaurantes de la zona donde poder darse un gusto a base de especialidades de la ciudad. Encontró unas cuantas referencias cercanas y se propuso perderse ante unas cuantas *biergartens*, esas potentes jarras de cerveza que tanto impresionan cuando se habla de Alemania; con un par de ellas regaría sin temor ni desmayo un buen plato berlinés. Era temprano aún para una salida nocturna y se acomodó para echarse una pequeña cabezada, así saldría descansado y con ganas de comerse la noche. Se quedó en calzoncillos y tardó muy poco en dormirse.

El despertador de su móvil lo sacó del sueño y lo devolvió a la realidad. Se dio una ducha rápida para despejarse de la modorra que arrastraba y se preparó para la aventura nocturna.

El paseo hasta Prenzlauer Berg apenas duró quince minutos caminando a paso de embeleso, ese que llevan los turistas pendientes del cielo y la tierra que los rodea. La zona era un antiguo barrio del Berlín Este con un buen número de bares, clubes, cafés, conciertos y vida, mucha vida.

«Lo que son las cosas —pensó al ver el ambiente—, el mismo Berlín comunista, que en otro tiempo fue un lugar anacrónico y tristemente narcotizado por la desconfianza y el miedo, es ahora el lugar de la buena movida. Paradojas de la vida».

Guiado de su sexto sentido a veces torpe, a veces sorprendente, se metió en uno de los bares. El lugar estaba bien, y las *biergartens* con las que soñaba iban y venían por todo el local en manos de resueltos camareros capaces de llevar tres y cuatro en cada mano sin derramar una gota. Se acomodó en una mesa con mantel a cuadros y pidió pollo a la parrilla con ensalada de patatas y una de esas enormes cervezas para empezar; tenía apetito y no se iba a privar de embarrarse los dedos y devorar el pollo al estilo teutón de los tiempos medievales.

Cuando le trajeron el pedido no se anduvo por las ramas; con paciencia y esmero fue dando debida cuenta de un pollo asado entero y una buena ensalada de patatas hasta terminarse todo como un jabato, ayudado por tres de esas *biergartens*. Durante su breve e improvisada estancia en Berlín no se iba a privar de nada y se daría con gusto a los excesos. El rato largo que pasó allí comiendo, bebiendo y observando pasaría al archivo de sus buenos recuerdos.

En Internet había leído buenas referencias sobre algunos locales de moda en la zona de Friedrichshain, y al salir del local paró un taxi, mencionó al conductor la Simon-Dach-Strasse y hasta allí lo llevó en un corto trayecto. La ciudad era grande, pero todo parecía estar cerca. La calle estrecha y arbolada tenía su encanto, así que paseó por la zona, se veía buen ambiente en sus terrazas. Visitó un par de bares con buena coctelería y gente guapa. Podía intentar unas palabritas con alguna teutona atractiva, pero si salía resultona y pegaba el chicle, como dicen los mexicanos cuando pretenden ligar, tendría que dedicarle su atención, y esa noche le apetecía observar y andar de bar en bar. Callejeó un poco hasta encontrarse con uno de aire retro, lleno de iconos de la vieja Alemania socialista, que le trajo a la mente la razón de su estancia en la ciudad. Llevado de la curiosidad entró y tomó una cerveza, la pidió atraído exclusivamente por su llamativo nombre: Octubre Rojo.

El rato que pasó allí no fue nada del otro mundo, pero sirvió para decidirse por regresar al hotel; era ya tarde y al día siguiente quería estar fresco, un viaje de tres horas de avión cansa el doble cuando uno no va lo suficientemente descansado. Dejaría para una próxima visita el famoso barrio de Kreuzberg, y entonces sí pondría empeño en buscar con quién hablar y algo más; incluso se hospedaría por allí e intentaría actuar como integrado, aunque fuera solo por un fin de semana. Era algo que hacía cuando viajaba en plan *doctor-Livinston-supongo* porque le gustaba meterse en la piel del lugar, y Kreuzberg tenía fama de merecerlo por ser un barrio indecente que presagiaba sorpresas.

En el trayecto de vuelta al hotel se hizo presente en su cabeza el recuerdo de Natalie, le ocurría siempre que disfrutaba de algo que le habría gustado compartir con ella. Durante el tiempo que estuvieron juntos fue la compañera ideal, fueron pocos los viajes de que disfrutaron, pero en todos ellos agotaron las palabras en sus conversaciones y siguieron comunicándose con sus silencios uno junto al otro.

Al entrar en la habitación se preguntó si su cuerpo le jugaría la mala pasada de siempre y se pasaría la noche dado vueltas en la cama incapaz de encontrar la postura por hallarse fuera de su hábitat natural. Le sucedía siempre que viajaba, por mucho cansancio que llevase encima. Desgraciadamente, en todas las ocasiones había acabado conciliando el sueño en la segunda o tercera noche, cuando por fin se hacía con las coordenadas de la cama y le agarraba el punto. Esta vez no iba a ser una excepción, si bien no le importaba mucho, porque el solo hecho de pensar en el sofá que le habría tocado en su casa y que le tocaría mientras estuviera Luar hacía que esa cama resultara un mal menor.

Herr Schmidt

Durante la noche acabó dando más vueltas que una peonza. El sueño roto por intermedios prolongados le hizo echar de menos no solo su cama rica, sino también su cocina, porque de buen gusto se habría preparado una tisana al primer despertar y algo habría ayudado a que pudiese dormir de un tirón el resto de las horas.

Antes de que el despertador de su móvil lo avisara, ya tenía la tele puesta y conectada a la CNN americana; los noticieros en alemán no eran su fuerte. Se desperezó y tomó una ducha, debajo del agua se entretuvo más de lo habitual esperando que el líquido elemento hiciera una labor reparadora, pero tampoco se podían pedir milagros, y estos no llegaron. Después de arreglarse, bajó a la cafetería a recobrar energías con un potente desayuno.

Sobre la mesa del *buffet* había fruta, quesos, salmón, embutidos y una pastelería tan atractiva y sugerente que no dudó en comérsela toda con los ojos, con la boca fue algo más mesurado. Mientras disfrutaba del festín mañanero, no pudo quitarse de la cabeza el email de Leonor Expósito; había sido el pensamiento recurrente en sus ingratos despertares durante la noche para no quedarse en blanco en esos momentos, porque podían resultar nefastos y corría el riesgo de convertir esas pequeñas lagunas duermevela en vastos océanos de insomnio. De forma que utilizó el caso para buscar el sueño entre despertar y despertar. Lo que esa mujer decía en el correo no se parecía a la súplica de una asesina de su propio hijo, sino a la de una madre imprudente que se siente culpable y no necesita que ningún tribunal se lo dictamine porque ella misma lo sabe, pero de eso a ser la asesina podía ir un mundo.

Aún faltaban dos horas para su cita con Reyner y decidió que, ya que tenía el estómago asentado y la cabeza un poco más lúcida, bueno sería despejarse del todo dando un paseo. Tomó el metro hasta la Adenauer Platz y desde allí subió caminando la Kurfürstendamm; esa calle tenía fama de ser la milla de oro del comercio. El despacho estaba en una de las calles adyacentes.

El viaje en metro no le impresionó, a pesar de conocer su ajetreada historia y sus estaciones fantasmas en tierra de nadie cuando aún el muro dividía la ciudad. Cogió la línea cinco hasta Jungferheide y allí hizo trasbordo hasta la Adenauer Platz.

Como había imaginado, si no era la zona noble de la ciudad, al menos lo parecía; era de suponer al ver los edificios de lustre antiguo exquisitamente cuidados que acababan en cúpulas mirando al cielo con poderío, mientras a pie de calle, las tiendas Gucci,

Bulgari, Cartier, Chanel se sucedían una tras otra. Sombreando las aceras como parasoles, hileras de árboles bien frondosos se alzaban a cada lado de la calle y también en su camellón central hasta cubrirla casi por entero. Se adivinaba el lujo y la riqueza, pero se notaba la sobriedad de la clase bien.

—Una mezcla bien equilibrada —se dijo.

Subió hasta la iglesia Gedachniskirche, con su cúpula rota por las bombas y sus relojes dorados, que aparecen en la mayoría de las postales cuando se quiere recordar la guerra. Como símbolo de aquel error y horror que esperaba fuera irrepetible, merecía la pena que siguiera dando la apariencia de sombría piedra abandonada y en ruinas. Sin embargo, le habían endosado un memorial que le restaba gravedad al recuerdo, al menos eso le pareció al ver el oscuro tótem hexagonal que se alzaba como vigía y que podía parecer todo menos lo que era: la torre de una iglesia.

Se aproximaba la hora de su cita y abandonó el lugar para dirigirse al despacho de Reyner. Poco después, estaban los dos reunidos.

—El terreno pertenece a Frager Realer Zustand, la empresa que está edificando allí —expuso el abogado, que giró la pantalla de su ordenador para que pudiera ser vista por los dos y comenzó el pormenorizado informe de su investigación—. La compra fue realizada hace cuatro años a la RMZ Real Estate GMBH. Coincidentemente, tanto esta como Frager Realer Zustand son propiedad de un *holding* al frente del cual se encuentra Rudolf Schmidt, un importante político del régimen comunista reconvertido ahora al capitalismo más salvaje gracias a sus malas mañas y peores artes para doblegar voluntades.

—¿A qué me suena? —se preguntó él en voz alta recordando los casos de corruptelas y prevaricaciones que habían provocado la burbuja inmobiliaria que acababa de explotar en España y que amenazaba con llevarse medio país por delante, si no tres cuartos.

—Este señor tiene mucha influencia y amigos muy poderosos —continuó el abogado con su exposición—. Acapara amplias extensiones de terrenos rústicos a las afueras de Berlín en lo que antes era la Zona Este y se mantiene a la espera de que sean recalificados. Cuando eso sucede, sus empresas comienzan a edificar y obtienen enormes plusvalías. También posee edificios y propiedades en el centro de la ciudad, siempre en lo que fue la Zona Este.

—¿Tenemos alguna posibilidad sobre ese terreno, o esas escrituras que ayer creíamos suficientes se han vuelto ahora

insuficientes?

Lo preguntó porque percibió en el abogado una cierta cautela ante el personaje mencionado.

—Antes de responderle, dígame si es posible que su cliente aceptara la venta de la casa poco antes de la caída del muro.

—Eso es del todo imposible. El señor Brecht falleció muchos meses antes de ese acontecimiento y, que yo sepa, desde su huida no volvió a pisar esta ciudad.

—Lo que me temía. El documento de compraventa que figura en el registro es una falsificación que, sin embargo, lleva la que se supone era su firma.

—Pues salvo que se levantara de la tumba, dudo que nos estemos refiriendo al mismo Ernst Brecht —dijo Dorón.

Recordaba lo categórica que había sido su clienta en ese sentido: ni su padre, ni su madre ni ella misma habían vuelto por aquellos lares desde su huida, y de eso hacía varias décadas.

—Entonces, estas escrituras siguen siendo un documento valioso y posiblemente el único que nos permita una buena negociación con la constructora desde una postura de fuerza —determinó el abogado blandiendo las fotocopias que le había entregado el detective en su primera reunión.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó este. La exposición de Reyner había ganado toda su atención, sobre todo al oír la palabra *falsificación*.

—Adelantándome a su aprobación, me he permitido remitir a la empresa de Herr Schmidt una notificación y, para mi sorpresa y asombro, la respuesta ha sido inmediata —le dijo mostrándole un correo electrónico en alemán.

—Lo siento, de alemán conozco lo básico para pedir una *biergarten* y poco más —respondió Dorón—, pero si me lo traduces, te lo agradeceré mucho.

Había introducido el tuteo con disimulo porque parecía que la cosa iba a dar juego, y tanto protocolo le estaba comenzando a cansar un poco.

—Es una cita para vernos en sus oficinas dentro de una hora. Parece que el email ha despertado inquietud.

—¿Puedo acompañarte? Aunque no entienda alemán podré observar sus gestos y expresiones. A veces el cuerpo dice más que las palabras.

Las largas horas dedicadas a seguir, observar y estudiar a sus presas durante la investigación de sus casos le habían enseñado mucho sobre lo que los ingleses llaman *body language*, el lenguaje

del cuerpo.

—Por mi parte nada que objetar —apuntó el abogado.

—¿Tienes una idea de lo que puede costar hoy el terreno donde estaba la casa de mi cliente?

—Esa zona es ahora una de las más revalorizadas de la ciudad, pero debido a que ya se está construyendo en él, ese valor se multiplica. En caso de rechazar una negociación, podemos denunciar el caso y paralizar las obras.

—Parece que mi viaje a Berlín va a resultar más interesante de lo que yo esperaba.

—El señor Brecht fue muy inteligente al llevarse las escrituras de propiedad cuando se marchó de aquí.

—Antaño, los judíos se llevaban las llaves de las casas de las que eran desposeídos cuando los echaban de las tierras y los mandaban a la Diáspora. Supongo que para mi cliente, la escritura de propiedad jugó el mismo papel —respondió Dorón recordando los destierros a los que los judíos se habían visto abocados a lo largo de la historia en más países de los que quisiera recordar.

—Yo también soy judío —respondió Reyner.

—Pues lo disimulas muy bien, pero no te preocupes, guardaré el secreto, y más en este país —apuntó él con una mordaz sonrisa. Le sobraba la declaración porque lo daba por sentado.

—Considerando que el trayecto hasta la oficina de RMZ nos puede llevar unos veinte minutos en el mejor de los casos, es conveniente que nos vayamos ya —propuso el abogado.

Colocó su cartera sobre la mesa, introdujo en ella la carpeta con los informes obtenidos y se dirigieron a la cita.

La sede de RMZ Real Estate GMBH estaba situada en un moderno edificio ubicado en la Leipziger Strasse, donde ocupaba la quinta planta por completo. Se identificaron en recepción y le fue entregada a cada uno una tarjeta electrónica que pasaron por un pequeño escáner, solo entonces pudieron mover los tornos de bloqueo y acceder al interior del edificio. Tomaron el ascensor hasta la quinta planta, y cuando las puertas se abrieron, se encontraron en el descansillo con una amable señorita que los recibió y los condujo hasta el despacho donde los esperaba Rudolf Schmidt, gran mandamás de la empresa y antiguo preboste municipal del extinto Berlín Oriental. Las primeras palabras entre Reyner y él sonaron cordiales, pero nada más. El abogado presentó a su cliente y, para su sorpresa, Herr Schmidt utilizó el inglés:

—Así podremos entendernos todos —dijo a la vez que le extendía la mano.

Dorón la estrechó y pudo sentir un saludo frío y rudo, quizá muy germano, o a lo mejor una de esas rémoras del antiguo *stablishman* al que había pertenecido al otro lado del muro y de la que quizá nunca había podido o querido deshacerse ese Herr Schmidt. Tomaron asiento en torno a una mesa de reuniones y, sin más rodeos, el empresario solicitó ver las escrituras:

—Estoy muy extrañado por este suceso y me gustaría salir de dudas si me lo permiten.

—Lo entendemos —Reyner las extrajo de su maletín y se las entregó.

—Son fotocopias. ¿Cómo sé yo que no han sido alteradas?

Más que decepción, en su tono se podía percibir una ligera mueca de preocupación que se esforzaba por disimular.

—Llegado el momento, podrá ver las auténticas. No me he desplazado hasta Berlín para gastarle una broma —señaló Dorón.

—Sin duda, con eso solo me haría perder el tiempo, y la vida es breve, señor Benatar. Soy un hombre muy ocupado que tiene que atender muchos asuntos —respondió altivo.

Herr Schmidt estaba dispuesto a borrar cualquier atisbo de debilidad que se le hubiera podido escapar, y para ello, qué mejor que hacer alarde de fuerza. Reyner se mantuvo en silencio y dejó que la conversación siguiera su propio rumbo, pero Dorón no estaba por la labor de aceptar por las buenas esa indisimulada soberbia y mostró entonces su peor sonrisa, la que guardaba para momentos desagradables.

—Friedrich Hebbel apuntó una vez que a más de uno de los que dicen que la vida es breve, en algún momento de su existencia el día puede llegar a parecerles demasiado largo —dijo recurriendo a la estratagema de sus citas literarias, le faltó añadir «entre rejas», pero estaba seguro de que el empresario lo había captado.

Herr Schmidt sonrió, hasta dio la impresión de que le había gustado la osadía.

—¿Quién es ese Hebbel? ¿Algún familiar suyo?

Las preguntas llevaban su buena dosis de sorna, pero Dorón aprovechó para darle caña y ridiculizarlo hasta donde pudiera.

—Fue un excelente poeta y dramaturgo del siglo XIX que, además, era alemán. Sería bueno que leyera algo de él, quizá lo ayude a entender el valor del tiempo en su justa medida.

No daría tregua a ese tramposo. Reyner lo supo enseguida e intervino, ya se habían repartido las cartas sobre la mesa y ahora tocaba jugarlas.

—Supongo que usted nos ha citado aquí para algo más que ver

las escrituras.

—Mi empresa también tiene un documento que prueba que el señor Ernst Brecht vendió la propiedad en su día, como figura en el registro de la misma.

—Estoy deseoso de verlo, ya que en la fecha que indica dicho documento, mi cliente llevaba bastante tiempo muerto y enterrado.

Ahora sí, había dado en la diana, y lo supo nada más ver la expresión descompuesta en el rostro del señor Schmidt. Este tardó poco en volver a recomponerse, pero ahora sin remedio.

—Será necesario confirmar ese dato ¿Tiene usted alguna prueba al respecto?

Dorón sabía que era una pregunta retórica porque lo había pillado y bien pillado, hasta el mismo Reyner lo había captado.

—Mañana mismo estará sobre su mesa. ¿Le vale con el acta certificada de defunción?

—En ese caso, si le parece bien, esperaremos la prueba y volveremos a reunirnos aquí mañana a la misma hora —se levantó y dio por finalizada la reunión—. ¿Puedo saber dónde falleció el señor Brecht? —lo preguntó con indolencia, como queriendo restar importancia al dato en un último esfuerzo por no dar la impresión de haber quedado tocado.

—Lo podrá leer cuando le traiga el acta de fallecimiento —indicó Dorón.

—Fue una pena que su cliente abandonara Berlín. Muchos políticos de entonces lo echaron de menos. Según tengo entendido, era muy bueno escogiendo relojes para sus esposas.

—No abandonó Berlín, eso sería dotar al acto del grado de libertad del que él no dispuso. Lo más propio sería decir «escapó», porque salvo que usted me corrija, la República Democrática de Alemania en la que vivía mi cliente, ni era república ni mucho menos democrática. Más bien era un estado secuestrado por una banda de políticos infames sin moral alguna, como pudimos saber más tarde cuando el muro cayó y ya no pudo taparles sus miserias.

Herr Schmidt no quiso recoger el guante que le había arrojado a la cara Dorón, quien lo hizo porque no pudo aguantar tanta altanería.

—Lo que son las cosas: ahora esa misma calle en la que estaba su relojería, la Almstadtstrasse, es un sitio en el que no queda ni el más mínimo rastro judío, porque él era judío ¿verdad? —preguntó antes de despedirse.

Fue un claro comentario antisemita al que Dorón no quiso responder. Lo haría en su momento, cuando Herr Schmidt se viera

obligado a rascarse el bolsillo y pagar por la propiedad a un judío.

Les abrió la puerta del despacho y los invitó a salir. No se estrecharon las manos: todo lo más que el empresario les ofreció fue una simple sonrisa forzada. Mientras los veía alejarse hacia los ascensores, vinieron a su pensamiento los recuerdos de otro tiempo. Se sentó frente a su escritorio, descolgó el teléfono y habló con su secretaria.

—Busque a Bernard Pittner y dígale que venga a verme cuanto antes, lo necesito con urgencia.

Colgó y se mantuvo pensativo. Había olvidado ya el nombre de Ernst Brecht, un nombre que con el paso de los años había llegado a convertirse en una especie de mito recurrente entre miembros del Politburó del gobierno del Partido Socialista Unificado de la RDA. Se le perdió la pista un día antes de levantar el muro y nunca más se supo de él… hasta hoy. Tenía que actuar rápido antes de que alguien más pudiera llegar a saberlo.

De regreso al bufete, el abogado puso a Dorón sobre aviso respecto a Herr Schmidt. Le había gustado su actitud retadora, pero veía necesario advertirle de que fuera prudente.

—Con este hombre conviene andarse con cuidado; fue muy poderoso en el Berlín comunista y sigue siéndolo ahora.

—Novalis decía: «Cuando creas ver un gigante, examina antes la posición del sol; no vaya a ser que sea la sombra de un pigmeo».

—¿Quién es ese Novalis? ¿Algún familiar tuyo? —sonrió el abogado imitando la pose altiva de Herr Schmidt.

—Fue un poeta romántico de finales del siglo XVIII.

—¿Te gusta recurrir con regularidad a citas célebres?

—En realidad es un recurso que utilizo para hacer más verosímil lo que quiero expresar.

El abogado quedó unos segundos meditando el argumento.

—Bien pensado, es posible que comience a usarlo yo también en mis juicios —volvió a hacer una breve pausa de silencio y le lanzó una pregunta que rondaba en su cabeza—. ¿Tu cliente tenía una relojería en la Almstadtstrasse?

—No tengo la menor idea —El abogado torció el gesto ante la respuesta, y ese gesto le preocupó—. ¿Tiene eso alguna importancia?

—Simplemente me resulta llamativo que Herr Schmidt conozca ese detalle. Estamos hablando de un hecho que sucedió hace casi cincuenta años. —A Dorón le llamó la atención el comentario del

abogado, pero no dijo nada—. ¿Sabes? Antes de la Segunda Guerra, esa calle se llamaba Grenadierstrasse y era el lugar principal de los judíos de Berlín. Allí se podían encontrar joyerías, librerías hebreas, tiendas kosher, escuelas talmúdicas e incluso algunas pequeñas sinagogas que estaban pared con pared con tabernas y burdeles.

—Buen ambiente entonces.

—Se decía que tanto las sinagogas como los burdeles eran visitados con igual fervor por quienes pisaban la zona, incluidos algunos rabinos.

Dorón había oído hablar con frecuencia de la escasa presencia judía que tenía Berlín en la actualidad, nada que ver con los casi doscientos mil judíos que llegó a tener antes de la llegada de Hitler al poder.

—Si no estás cansado y quieres darte un paseo, te recomiendo esa zona, es la 10119 —le propuso Reyner—. Se la conoce como Scheunenviertal, el barrio de los graneros. En su tiempo fue campo de batalla de sus buenas luchas políticas, y hasta Hermann Göring, lugarteniente de Hitler, llegó a convertirla en un pequeño campo de concentración.

—¿Un ghetto?

—No, nada de ghetto. Un campo de concentración puro y duro, no oficial, claro está —le aclaró—. El barrio se encuentra a un lado de la Rosa Luxemburg platz.

—Eso está cerca de mi hotel —cada vez se mostraba más interesado en los comentarios del abogado—. Me daré una vuelta por allí.

—Tu estancia aquí comienza a alargarse. ¿Te fue bien anoche por Berlín? Nuestro alcalde dice que es una ciudad muy sexy.

—Tiene su encanto, no cabe duda. Pero aunque mi viaje no contemplaba pasar una noche aquí, y menos aún dos, no haré ascos a la aventura una vez más.

Cuando llegaron al despacho, Dorón llamó a Cecilia, la hija de su cliente, y le pidió que solicitara de inmediato un acta de defunción de su abuelo Ernst Brecht y se la remitiera por correo electrónico con copia al abogado. No quiso adelantarle nada a pesar de la insistencia de la chica, que de paso, confirmó el dato respecto al negocio de su abuelo en la Almstadtstrasse. A petición de Reyner, le solicitó también que certificara una copia de las escrituras y las llevara al registro del consulado alemán.

—Si mañana no vemos intenciones de negociación, tendré preparado el recurso para que en cuanto dispongamos de toda la documentación necesaria, lo presentemos en el juzgado. Así

seremos nosotros los que tengamos la posición de fuerza.

—En el caso de que haya negociación ¿cuál será nuestro siguiente paso? —preguntó Dorón interesado en conocer la estrategia que iban a seguir.

—Solicitaremos que nos hagan una oferta por la propiedad, ya que aún pertenece a la familia Brecht. En función de lo que nos presenten, decidiremos si hacemos contraoferta. En cualquier caso el precio deberá ser alto. Después de descontar los impuestos y tributos correspondientes, la cantidad resultante será notoriamente atractiva para tu cliente.

—¿Tan seguro estás de que ese tipo no presentará un recurso o algo así?

—Puede hacerlo, pero desde la caída del muro han sido muchos los contenciosos judiciales como este que han sido ganados por los denunciantes. Además, no creo que a Herr Schmidt le interese que el caso pueda saltar a los periódicos —su tono era amenazador.

Acordaron comunicarse cualquier novedad y se citaron para el día siguiente. A la salida del despacho, Dorón conectó de nuevo el GPS de su móvil y, siguiendo las indicaciones que aparecían en pantalla, se fue dando un paseo hasta la Almstadtstrasse.

Resultó ser una calle como otra cualquiera y, como había dicho el propio Herr Schmidt, no había rastro alguno de presencia judía ni tampoco olía a rancio; le decepcionó un poco. El barrio judío estaba muy próximo, en la Oranienburger Strasse. Sabía por lo que había visto en Internet que allí sí lo habría, pero prefirió ir caminando a su hotel; ya lo vería más tarde.

Durante el placentero paseo que dio, percibió cultura y diseño en movimiento por sus calles, y eso le agradó. Al observar el rostro de la gente en los cruces de miradas, se encontró siempre con una cordial sonrisa en los labios y se preguntó entonces por qué ese Berlín moderno y desenfadado no aparecía en las guías turísticas con la misma frecuencia con que lo hacían París, Londres e incluso Ámsterdam. Él mismo creyó intuir la respuesta: era una ciudad despreocupada de lo que pudiera decirse de ella, y eso le encantó.

En toda conversación sobre escapadas turísticas de fin de semana, siempre había quien proponía las capitales de siempre y daba sus recomendaciones sobre sitios y lugares a los que ir con lujo de detalles, pero únicamente unos pocos apuntaban Berlín, y esos pocos resultaban ser la gente más interesante por su carácter creativo. Esa urbe era una asignatura pendiente, y ahora que estaba allí por obligación, tantearía el terreno de cara a una próxima visita de placer. Aprovechó, y en una tienda de ropa informal compró una

camisa y un pantalón que ponerse el día siguiente, no quería repetir vestuario y dar apariencia de desarreglado.

Un rato después llegó al hotel. Ya en su habitación, se propuso descansar porque pensó que una pequeña siesta no le vendría mal, pero antes llamó a su hermana para indicarle que pasaría allí un día más. Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos y, tumbado en la cama, abrió la carpeta del caso de Leonor y le echó un vistazo, que fue breve ya que pronto le sobrevino el sueño; el duermevela de la noche anterior ayudó a que así fuera sin mucho esfuerzo.

Acabó desperezándose entrada la tarde. ¿Por qué será que en las siestas, el cuerpo siempre se adapta bien a la cama aunque esta sea ajena y, sin embargo, por la noche no hay forma? se preguntó. Se dio una ducha para quitarse de encima la modorra y se volvió a poner la misma ropa para evitar «perfumar» la nueva en los bares que pensaba visitar. De lo que sí se había cambiado por la mañana era de calzoncillos y calcetines, de esos siempre cargaba dos pares de repuesto cuando salía de viaje aunque no tuviera previsto quedarse a dormir. Como decía su padre fuera de todo pesimismo: «¿Y si pasa algo? Nunca sabe uno en qué hospital puede acabar».

Le apetecía cambiar de aires, buscar otro ambiente distinto al de la noche anterior. En la guía del ocio había encontrado un club que se preciaba de ofrecer las mejores noches de jazz; tomó un taxi y se plantó allí.

El lugar se encontraba próximo a la Savigny Platz, y aunque el ambiente en esa zona era algo distinto al bullicioso que había visto la noche anterior, entró en un bar con gente *cool* y distraída, o al menos, eso aparentaban mientras observaban con aire indiferente a los que entraban. Se recreó haciendo lo mismo, pero sin aparentar ni disimular, mientras daba cuenta de un Manhattan que puntuó con notable alto. De allí cambió a otro que resultó ser del mismo estilo y repitió trago con igual suerte: se notaba que tantos años de presencia americana habían dejado su huella en los camareros berlineses. Ninguno de los dos sitios le pareció lugar para ligar, porque entre la gente *cool* eso no se lleva si no eres previamente presentado, y él no conocía a nadie allí dentro. Acabó en el que tenía por objetivo y ahí sí se encontró con uno de esos antros muy clásicos en el que hay que bajar una escalera que conduce a la sala donde está el entarimado que hace de escenario. La decoración era como de otro tiempo, pero el sonido que tenía era más que aceptable. Buscó una silla próxima a los músicos y, dejándose llevar por la recomendación del camarero, aceptó un Sloupisti, un whisky

alemán que resultó todo un hallazgo, igual que lo fue el directo de jazz-blues de los cinco tipos que componían la banda. Después de escuchar cómo versionaban con bastante decencia a Charlie Parker, Dizzi Gillespie, Sonny Rollins y Chet Baker, consideró oportuno abrirse y regresar al hotel. Algo en su interior le decía que el día siguiente sería difícil.

Mientras esperaba un taxi, un coche paró a su lado inesperadamente y dos hombres se apearon con rapidez y decisión. En un minuto los tuvo encima y, sin mediar palabra, intentaron inmovilizarlo. Instintivamente, y a pesar de la rapidez con que todo sucedió, las alarmas de supervivencia se le despertaron —tras la muerte de Natalie andaba siempre en guardia— y luchó contra esos desconocidos con más furia que arte. Su primera reacción fue lanzar una patada al que tenía enfrente, que hizo blanco en la espinilla y acabó por tumbarlo. El que tenía a su espalda e intentaba inmovilizarlo le asestó una lluvia de golpes rápidos y precisos, pero él, llevado de una ira largamente contenida explotó allí mismo y se enzarzó a golpes con los dos sin dejar de gritar rabiosos insultos en inglés; era como una catarsis.

Ese estado, casi fuera de control, llamó la atención de la poca gente que pasaba por el lugar. Algunos que, como él, salían de los bares abiertos en la zona utilizaron sus móviles, y esto provocó que los dos individuos regresaran al coche a la carrera y se perdieran en la calle a toda velocidad.

Aturdido y con el hígado y el bazo adormecido por los golpes, se esforzó por tomar aire sin perder de vista todo lo que se movía a su alrededor, en alerta por si había más sorpresas. A duras penas se fue reponiendo ante los atónitos ojos de los transeúntes, que veían la escena con estupor. Se revisó los bolsillos y encontró la cartera y el teléfono móvil; eso lo tranquilizó un poco. Sin perder detalle de la calle, se palpó el cuerpo temiendo encontrar algún boquete sangrante que en la pelea no hubiera sentido. Por fortuna no lo halló y pensó que había salido entero de milagro.

Un coche de la policía hizo acto de presencia y paró a su lado. Los dos agentes se apearon, y mientras uno de ellos se dirigía hacia él, otro repasó el lugar en una rápida mirada y fue hacia las personas que seguían observando la escena con cara de estupefacción. El policía que intentaba ayudarlo le habló sin que pudiera entender que decía.

—Estoy bien —dijo él en inglés.

El agente le preguntó entonces en ese idioma qué había sucedido y él se lo explicó mientras se identificaba. Los dos policías cruzaron

entre ellos unas palabras y le pidieron que los acompañara a la comisaría, querían que pusiera una denuncia.

Subió al coche patrulla y se fue con ellos. Sabía que serviría de poco, quizá únicamente para sumar otro número a la estadística que luego sería utilizada por sesudos funcionarios para diseñar sus planes de seguridad ciudadana, pero no le importó.

Entre su relato del asalto, la breve explicación que dio de su estancia en Berlín, que limitó a unas breves vacaciones sin mencionar la verdadera razón de su presencia, y el posterior papeleo de su declaración, pasó una hora en comisaría. Por fin, un agente le solicitó un taxi para que lo llevara al hotel. En el corto trayecto pensó en la suerte que había tenido; no había salido del todo indemne, pero sí completo, y eso, hoy día que los delincuentes van armados y bien armados, era como haber tenido un billete ganador.

Unos minutos más tarde se encontró introduciendo la tarjeta electrónica de acceso en la puerta de su habitación. Cuando abrió, la sorpresa volvió a desconcertarlo. Todo estaba revuelto: la ropa que había comprado y que cuidadosamente había dejado colgada en el armario reposaba ahora sobre la cama de cualquier manera; el cajón del escritorio estaba abierto, igual que su mochila. No había mucho que escudriñar, pero de ese poco no se había escapado nada. Echó en falta la carpeta con el caso de Leonor y ese dato llamó su atención. De inmediato pensó que el intento de robo en la calle no había sido tan casual como creía; a su primer nivel de recuerdo le vino la escena y todo fue tomando sentido. Esos tipos tenían preparación militar, sus golpes habían sido precisos y casi certeros, lo habrían sido del todo si la rabia contenida que llevaba acumulada desde la muerte de Natalie no hubiese explotado en ese momento; fue como si se hubiera metido al cuerpo una sobredosis de energía. El coche en marcha lo llevó a pensar que la acción podría no haber sido un robo, sino un intento de secuestro, y eso sí le preocupo más que cualquier otra cosa. Meditó un instante si dar queja en recepción, pero se imaginó de nuevo en comisaría y prefirió no decir nada. Eso sí, bloqueó la puerta con la mesa. Sabía que no impediría a los asaltantes entrar, pero al menos contaría con tiempo para hacer mucho ruido y llamar la atención. Se tumbó en la cama y esperó a que el dolor remitiera. El caso comenzaba a tomar visos tan interesantes como peligrosos, algo con lo que no había contado. Una leve excitación se impuso por encima del dolor y sintió entonces que volvía a la vida.

En otra zona de la ciudad, y a pesar de la hora —pasadas las doce de la noche—, Rudolf Schmidt vestido de bata y pantuflas no tuvo reparo en recibir en su casa a Bernard Pittner, su hombre de confianza. Lo hizo pasar a su estudio, se acomodaron y escuchó aquello que tenía que decirle y que no podía esperar a mañana.

—No pudimos meterlo en el coche, se resistió con fuerza y había demasiado público; algunos mirones ya tenían el móvil pegado a la oreja y seguramente estaban llamando a la policía.

—¿Encontrasteis algo interesante en su habitación?

—Estos documentos.

Extendió una carpeta que el preboste tomó y repasó con cuidado. No entendía lo que estaba escrito porque estaba en español, pero imaginaba que tendría que ver con el caso de Ernst Brecht.

—Mañana a primera hora mandaré que me traduzcan estas hojas. Tú continúa pegado a él pero con discreción; seguramente, a partir de este momento estará en alerta. Debemos saber de dónde viene, con ese nombre que tiene no consigo situarlo. Lo mismo puede ser italiano que francés, español o portugués, quién sabe. Hay que descubrir dónde se encuentra la familia Brecht.

—¿Cree que estarán en Alemania?

—Si así fuera, ya lo sabríamos —quedó pensativo un instante—. Cuando escapó, se le perdió la pista. En aquel tiempo no podíamos movernos por el mundo como nos movemos ahora.

—Estuve cerca de meterlo en el coche, pero es fuerte; tenía que haberlo dormido al primer golpe —se lamentó.

—Si lo hubieras hecho, ahora sabríamos quién es y de dónde viene. En la próxima oportunidad que tengas dale más duro y que no se te escape. Quiero respuestas, y las quiero cuanto antes. Este contratiempo complica la reunión de mañana.

—Las tendrá, puede estar seguro —dijo Pittner antes de levantarse y despedirse.

Regreso a Madrid

Con las primeras luces del día iluminando la habitación, Dorón tomó una ducha ligera y examinó en su cuerpo las huellas dejadas por los desconocidos. El dolor había remitido pero no así los hematomas, que se habían hecho bien visibles. Pidió a recepción que le tuvieran la cuenta preparada y solicitó un taxi: todo su deseo era llegar cuanto antes al despacho de abogados.

Antes de subirse al vehículo con la maleta en la mano, tomó con su móvil una foto del coche con el número de licencia bien visible y llamó a Reyner.

—Te estoy enviando en estos momentos la imagen del taxi que me llevará contigo; si no llego en quince minutos y no contesto a tu llamada, dirígete a la policía.

—*¿Qué ha ocurrido?* —preguntó este entre sorprendido y preocupado.

—Anoche dos tipos me atacaron en la calle, y creo que su intención era secuestrarme. Ahora que llegue te lo explicaré, pero antes asegúrate de que el conductor me lleve a tu oficina. Y, por favor, dile a tu secretaria que me busque una plaza en el primer vuelo a Madrid.

Le pasó el móvil al taxista; este habló con el abogado y luego se lo devolvió, arrancó y se dirigió a la dirección recibida. Dorón siguió hablando por el móvil.

—En un principio creí que me habían intentado atracar, pero cuando regresé al hotel, mi habitación estaba manga por hombro.

Mientras le explicaba a Reyner lo sucedido, miraba a su espalda buscando un coche que pudiera estar siguiéndolo y, de paso, describía el paisaje para que el abogado confirmara si el taxi iba por el camino correcto. Por fin llegaron al edificio y él se sintió algo más seguro.

Nada más entrar en el despacho de Reyner, este le lanzó la pregunta que andaba dando vueltas en su cabeza.

—¿Piensas que ha sido obra de Herr Schmidt?

—¿De quién si no? —le espetó Dorón sin disimular su rabia.

—¿Cómo supo dónde te alojabas?

—No lo sé. Supongo que nada más salir de nuestra entrevista con él fuimos sometidos a vigilancia; incluso es posible que en estos momentos siga siendo objeto de su control.

—El método cuadra con el personaje. A ver qué nos dice al respecto.

Sin pensarlo dos veces, Reyner descolgó el teléfono y llamó a

Herr Schmidt. Debido a que la conversación fue en alemán, Dorón no se enteró de nada, pero por el tono, supo que la cosa iba en serio y sin rodeos.

—Su secretaria no ha querido pasarme con él, dice que está reunido. Le he dejado dicho que la reunión prevista será en nuestra oficina, no en la suya. Me llamará más tarde para confirmar la hora.

—Por mi parte, estimo que no necesito más reuniones. No acepto el castigo sin rechistar, y en estos momentos, no tengo la calma necesaria para verle la cara a ese bastardo y contener el deseo de partírsela a golpes. Prefiero regresar a Madrid y dejar la gestión en tus manos. Los documentos que pedimos ayer a mi cliente no tardarán en llegar a tu correo y al mío, utilízalos a tu criterio.

—Lo haré.

—También quiero pedirte un favor. Por seguridad, me gustaría que me acercases al aeropuerto; no descarto que quieran volver a intentarlo, y este es un terreno que no controlo y no sabría hacia dónde tirar.

—De acuerdo. Dame solo un minuto, debo hablar con alguien.

El abogado entró en otro despacho, cerró la puerta y poco después salió acompañado de un señor mayor e hizo las presentaciones. Era Jules Moch, socio presidente del bufete.

—El señor Hazle me ha puesto al corriente de lo sucedido, y quiero decirle que tenga la absoluta seguridad de que exigiremos que se investigue a fondo lo sucedido.

—Preferiría que no lo hicieran —solicitó.

Estaba interesado en descubrir el trasfondo de aquella acción porque algo le decía que, o bien la casa valía una fortuna, o bien había algo más.

—Pues entonces, sepa que convertiremos su caso en algo personal y que seremos muy rigurosos y exigentes con los derechos de su cliente ante un personaje tan deplorable como Herr Schmidt —había en sus palabras un indisimulado tono beligerante—. Ahora, Reyner lo acompañará hasta el aeropuerto para su mayor seguridad. Shalom —se despidió.

En el aeropuerto, mientras esperaba para embarcar, le relató la sucesión de los hechos de la noche anterior. Según lo hacía, pudo notar cómo la indignación del abogado iba en aumento. Él se interesó por la actitud del socio presidente del bufete.

—¿Tiene alguna razón específica el desagrado de tu socio por Rudolf Schmidt o es que se toma todos los casos con igual vehemencia?

—Él, como muchos otros alemanes entre los que me incluyo —respondió Reyner—, pensamos que la reunificación de Alemania ha tenido un coste excesivamente elevado, debido en gran medida a las corruptelas de personajes como Herr Schmidt. Muchas personas como él se han valido de su estatus para lograr salir impunes de todas las fechorías que hicieron cuando aún estaba el muro. Pero puedo asegurarte que si está detrás de tu agresión, Jules le va a hacer sudar sangre. El que más y el que menos en toda Alemania, y especialmente en esta ciudad, ha sufrido en sus carnes o en la de familiares queridos las consecuencias que supuso el telón de acero y la barbarie de una clase dirigente corrupta, incompetente y cruel como fue la de los políticos de la RDA.

Se despidieron frente al área de control y acordaron seguir en contacto.

Cuando le tocó embarcar, quiso ser de los primeros en entrar al avión y observar al resto de los pasajeros; en esos momentos desconfiaba hasta de su sombra.

Las tres horas que duró el viaje se le hicieron interminables y profundamente dolorosas; ni la aspirina que pidió a la azafata, ni la lectura, la música o la película que pasaron a bordo consiguieron hacerle olvidar las punzadas que salían de sus costados aún no repuestos de los golpes. Se mantuvo entretenido durante todo el trayecto y no cerró los ojos ni por un instante.

En el despacho de Rudolf Schmidt tenía lugar una reunión bien distinta. Al otro lado del escritorio, Bernard Pittner recibía instrucciones precisas:

—Tu información del vuelo tomado por ese tal Dorón Benatar coincide con la traducción de este informe —levantó en su mano la carpeta que le había dado la noche anterior—. Estos papeles no tienen nada que ver con nuestro caso, pero parece que es un detective privado que vive en Madrid, luego presiento que lo que queda de la familia Brecht se encuentra allí. Ya he hablado con nuestro hombre en esa ciudad y le he ordenado que abandone lo que esté haciendo y comience la investigación.

—Si tan importante es, creo que debería dejarlo en mis manos —solicitó Pittner a su jefe.

—¿Estás seguro de conseguirlo? Aquello no es Berlín.

—Conozco Madrid. Ya he estado allí antes. Usted lo sabe.

—Entonces sal cuanto antes, pero no vayas solo.

—Ya lo había pensado —se adelantó el fiel guardián—. Lo mantendré informado —dijo a la vez que se levantaba y

abandonaba el despacho.

Herr Schmidt sabía que Pittner se movería con soltura por Madrid, igual que lo hacía por París, Roma, Londres o Varsovia. Para eso lo tomó a su cargo y lo preparó a conciencia desde su puesto de alto funcionario del Ministerio para la Seguridad del Estado. Juntos crearon una tupida red de colaboradores espías a su servicio en países donde la República Democrática Alemana no podía disponer de representación diplomática porque no mantenía relaciones de ningún tipo; España era uno de ellos. El gobierno del general Franco nunca quiso establecer contactos con países comunistas. La red estaba formada por ciudadanos de a pie a fin de evitar sospechas y fueron reclutados entre estudiantes y trabajadores simpatizantes con la causa socialista de la RDA. Cuando cayó el muro y vino la reunificación, él consiguió reciclar a algunos de esos espías en su propio beneficio y los integró en el entramado empresarial que tenía montado, los puso al frente de las delegaciones comerciales que abrió y España se convirtió en una de las más importantes, debido al auge inmobiliario y las facilidades que ofrecía para mover dinero negro. Lo había visto hacer con éxito a la mafia rusa y también a la italiana. Además, la costa española estaba llena de jubilados alemanes con casa propia, y cada vez eran más los que se iban allí buscando el sol y el calor que a Alemania le faltaba para ser perfecta.

Nada más aterrizar, Dorón recibió en su móvil un mensaje de Reyner en el que le informaba del aplazamiento de la reunión prevista con Herr Schmidt; su secretaria había llamado y la había anulado sin dar explicación alguna. Le anunciaba también que al día siguiente sin más tardar pondría la demanda contra la empresa Frager Realer Zustand y, por extensión, contra RMZ Real Estate GMBH. Se dirigió directo hacia la salida con rumbo al *parking*; el hecho de ser un viajero de mínimos aportaba el beneficio de evitar la tensa espera en la recogida de equipajes ante la cinta transportadora, con la duda siempre presente de que la maleta nunca llegara y por error estuviera rumbo a Singapur o Buenos Aires. Como estaba cansado, cogió la M30 y evitó cruzar la ciudad por el centro. Al llegar a su casa comprobó que Luar no estaba, por lo que decidió aprovechar y prepararse algo de comer.

Cuando su hermana apareció, él se encontraba enfrascado en la cocina elaborando *un foie* braseado con cebolla caramelizada. Le gustaba cocinar; era una actividad creativa que lo calmaba por el mimo y cuidado que ponía en la preparación de los platos. Para

este, había cortado unas finas lonchas de manzana que mezcló con uvas pasas, le añadió un chorrito de vino tinto y le sumó una buena porción de *foie* antes de introducir el plato en el horno.

—¿Quieres comer? —le ofreció él.

—Ya lo he hecho con mamá y vengo saciada.

—¿Me acompañas con el vino?

—Prefiero un café —dijo ella

—Pues te tocará prepararlo —se excusó mientras arreglaba la mesa sin faltar detalle.

—¿Qué tal te ha ido por Berlín?

—Un poco agotador. Los viajes en avión ya no son lo que eran, han perdido todo su encanto y *glamour*. Ahora, los fabricantes, supongo que por indicación de las aerolíneas, hacen los asientos cada vez más pegados para incrementar el número de pasajeros. Si eso es incómodo para personas de estatura media, imagínate cómo resulta para gente como yo —no quiso asustarla contándole su accidentado desencuentro nocturno y prefirió cambiar de tema—. ¿Qué tal los preparativos de la boda?

—Mañana llega el primer pelotón con la tía Tamara a la cabeza.

—¡Comienza el espectáculo! —exclamó Dorón levantando la copa de vino.

—Hacía tiempo que no había boda en la familia, será divertido —levantó su taza de café en un simbólico brindis que su hermano no aceptó.

—Pues si tanto te gustan esas cosas, ya sabes: que la siguiente sea la tuya.

—Lo haré, pero solo después de ti, que para eso eres el primogénito.

—Entonces, ve haciéndote a la idea de una soltería sin fin. Además, ese argumento denota que únicamente buscas escurrir el bulto sacando ventaja de una vieja tradición ya fuera de lugar.

—Es posible, pero sabes tan bien como yo que si lo digo en casa, contaré con el apoyo incondicional de mamá. De manera que procura no tocar el tema en público.

—Y desde este momento, ni en privado tampoco —dijo él, ahora sí, levantando nuevamente su copa de vino para simbolizar el pacto de silencio conformado con su hermana.

—Amén —exclamó ella—. ¿Puedo preguntarte cómo llevas lo tuyo?

Se refería a Natalie. Con frecuencia le dejaba caer la pregunta esperando que su hermano se abriera y dejara escapar al aire los sentimientos que guardaba para sus adentros y que se negaba a

compartir.

—Puedes, pero no esperes respuesta —respondió él con desgana.

Había levantado un muro de dolor a su alrededor, tan cerrado que no tenía puertas. La consecuencia resultante era que no podía salir y tampoco nadie podía entrar.

—Cuando decidas hablar, aquí me tienes —se ofreció Luar.

Comentaron con detalle el programa de actividades que su madre había elaborado para los días que precederían a la boda, y según la escuchaba, aumentaba en él la desgana y meditaba un plan que le permitiera ausentarse de allí hasta el mismo día de la boda si fuera posible. Desgraciadamente, Berlín no sería ya un buen refugio ni la mejor excusa. Al terminar de comer, solicitó la cama a su hermana para echar una cabezadita. El sueño tardó en llegar pero finalmente lo venció.

Se despertó a media noche y encontró a su hermana tumbada en el sofá con su portátil en las piernas; no había querido despertarlo y andaba entretenida trabajando en un proyecto que tenía encargado. Cambiaron de lugar porque él supuso que tardaría en dormirse, y para pasarse la noche en vela, el sofá no sería un problema. Decidió imitarla y abrió también su portátil; necesitaba ver su correo e indagar un poco en la Red acerca de ese tal Schmidt. Como de costumbre, además de los emails basura que recibía de Rolex y Viagras más falsos que un billete de mil euros, se le habían sumado también un buen número de correos basura con mensajes de amor de chicas de Kazajistan, Ukrania, Georgia y demás repúblicas ex soviéticas. Eran mujeres que se presentaban diciendo que lo querían y se describían a sí mismas con un perfil que incluía entre sus cualidades ser enfermeras de niños, amar a los gatos, tener veintidós años y acompañar la pulcra descripción con fotos en las que se apreciaban unos generosos escotes donde se confundían las tetas con las amígdalas, eso sí, todas estaban buenas hasta el empacho. Vio también el correo de Cecilia con los documentos adjuntos solicitados y comenzó su búsqueda de información sobre el sujeto en cuestión. Encontró muy poca en inglés y decidió buscarla en alemán. Ayudado del traductor de Google, recopiló algunos datos interesantes, pocos pero suficientes para conformarse un perfil que no hacía presagiar nada bueno.

Rudolf Schmidt resultó ser un personaje de cuidado. Durante los últimos momentos del régimen comunista, navegó con la bandera de una pseudoindependencia y colaboró con los alemanes del oeste, a los que consiguió engañar. Nada tonto, presintió rápido los vientos de cambio que llegaron en forma de huracán y que

arrasaron con todo, incluido el muro. Durante el largo proceso de unificación de las dos repúblicas, su nombre estuvo asociado al crimen organizado, al lavado de dinero y a otros asuntos turbios, aunque no se pudo llegar a probar del todo en ningún caso.

Dorón confiaba en que no hubiera una próxima entrevista y que Reyner pudiera encargarse de todo. No obstante, si esta llegaba a tener lugar porque no había más remedio, sabría entonces cómo tratar a ese cabrón.

La tía Tamara

La primera llamada que Dorón hizo entrada la mañana fue a Cecilia para citarla en el café del Círculo de Bellas Artes. Acordaron verse una hora después.

Se apresuró por llegar el primero y para ello cogió su coche. Le gustaba caminar, pero el magullado cuerpo le pedía pocos esfuerzos. Nada más llegar y acceder al salón, comprobó que su mesa junto al ventanal central que daba a la calle de Alcalá estaba desocupada; se sentó y esperó la llegada del camarero, que no tardó en aparecer.

—Te veo mala cara —dijo Rodolfo mientras limpiaba la mesa pasándole una bayeta húmeda.

—Estuve de viaje en Berlín y me crucé con dos tipos que tenían muy malas formas.

—¿Tú peleándote? —preguntó extrañado—. Lo siento, no lo imagino; lo tuyo es la dialéctica.

—Te agradezco la buena opinión que tienes de mí, considérala recíproca, pero esto no me lo he hecho en la bañera.

Le mostró los cardenales que aún seguían siendo bien visibles en un costado y en la espalda.

—¡Caramba! Sí que son duros los alemanes ¿Fue una pelea de bar por una chica o en acto de servicio? —preguntó sorprendido Rodolfo.

—Si hubiera sido por una chica, al menos tendría un sentido homérico, pero creo que me he metido en un caso que puede acabar mal.

—¿De nuevo en la trinchera?

Al camarero se le iluminó la cara, por fin su máximo referente regresaba a la acción.

—Suena un tanto belicoso, pero digamos que sí.

—Eso tienes que contármelo —le solicitó cada vez más interesado.

—Lo haré, pero ahora el cliente está a punto de llegar. Sírveme un té lo antes que puedas para que crea que llevo aquí más tiempo.

—Cuenta con ello.

—Por cierto, ¿qué tal tus clases en la facultad? —se interesó Dorón.

—Chico, es otro mundo. Gente más seria. Profesores más cualificados, y entre ellos, el teniente Navarro, que otra vez te envía saludos. Además, ahora mi mujer me mira de otra manera, para ella soy casi un dios.

—Me alegro mucho porque realmente te lo mereces.

Rodolfo había conseguido aprobar su examen de acceso a la universidad, con una calificación de suficiente, para acceder a la carrera de criminología. Ese camarero pasaba de los cuarenta, tenía esposa e hijos y una tenacidad a prueba de fracasos. Si el veinte por ciento del alumnado tuviera su empeño, fuerza y coraje, este país sería el semillero europeo de los mejor cualificados y no de los más frustrados. Y para demostrar su teoría no tenía que irse muy lejos, bastaba con mirarse a sí mismo y ponerse como un claro ejemplo de la voluntad torcida por la precariedad laboral. Era doctor en Filosofía, y en vez de tener un puesto de profesor universitario, se encontraba pagando su buhardilla con el dinero logrado como detective privado, eso sí, existencial y también titulado, porque no era amigo de las cosas mal hechas.

Cecilia no tardó en llegar y él se puso en pie para que ella pudiera verlo; con su altura, eso resultaba notoriamente sencillo. Después de un cordial saludo, ambos tomaron asiento justo en el momento en que Rodolfo aparecía con el pedido. El detective hizo las presentaciones de rigor porque aquel hombre que los atendía merecía siempre esa consideración. Ella pidió un café con leche con una sincera sonrisa que Rodolfo supo apreciar y a la que respondió con una ligera inclinación de cabeza.

—Te he citado a solas porque no quiero preocupar a tu madre —apuntó él mirándola fijamente—. Parece que el caso ha comenzado con buen pie para ella y mal pie para mí.

—¿Puedes explicarte mejor?

El comentario, en vez de entusiasmar, había generado inquietud.

—La buena noticia es que las escrituras posiblemente tengan validez, ya que los actuales dueños compraron la propiedad falsificando la firma de tu abuelo. Ya no queda nada de la casa porque ahora en su lugar se levanta un edificio de oficinas. Eso, a juicio del abogado que me está ayudando con el caso allí, revaloriza el terreno, y la empresa que se hace pasar por dueña del mismo tendrá que pagar bien si quiere terminar la obra.

—¿Y la mala noticia cuál es? —preguntó ella, más preocupada por lo segundo.

—Que estamos ante un grupo de gángsters que no se paran ante nada ni ante nadie, como lo demuestran estos golpes.

Echó un rápido vistazo a la sala por si alguien los observaba y se levantó la camisa con cuidado mostrando los hematomas. Cecilia se llevó la mano a la boca asustada por lo que estaba viendo.

—Esto me lo hicieron unos tipos, seguramente por encargo.

Buscaban las escrituras de la casa, pero se llevaron por error un documento que de poco les va a servir —continuó con su exposición —. Parece que la mafia inmobiliaria en Berlín es igual de dura que la de aquí. —No quiso exponerle su teoría sobre el posible secuestro para no preocuparla en exceso.

—¿Qué te hace pensar que fue por las escrituras?

—Porque también se pasaron por mi habitación del hotel y la dejaron patas arriba.

—¿Sabemos qué empresa es? —preguntó ella.

—No solo lo sé, sino que hasta tuve la ocasión de conocer al dueño, un gánster de la última etapa de la nomenclatura comunista alemana que seguramente se adueñó de otros terrenos con iguales artimañas y ahora disfruta de una posición privilegiada en el sector inmobiliario berlinés. Pero como las malas artes se enquistan en nuestras cabezas si no las echas antes, él sigue comportándose como un capo de la vieja escuela rusa.

—Creo que esto —señaló los hematomas del cuerpo de Dorón— debe saberlo mi madre, ningún terreno lo vale. Buscaremos un buen abogado y lo dejaremos en sus manos.

—¡Tan pronto me despides! —exclamó él mostrando su perplejidad—. Te he dicho que ya tenemos un buen abogado trabajando en el caso. Deja que siga adelante y espera un poco para contárselo.

—¿Ese abogado es de confianza? —en la mirada de Cecilia comenzaba a atisbarse el temor al peligro.

—Estimo que sí. Además, ha considerado este caso como algo personal —indicó él.

—Entonces esperaremos noticias. ¿Por qué crees que buscaban las escrituras?

—Porque Herr Schmidt, que así se llama ese delincuente, dijo tener un contrato de venta firmado por tu abuelo meses después de su muerte.

—Pero eso no es posible.

—Veo que lo vas captando.

Ella lo observó atentamente y en silencio unos momentos mientras él le sostenía la mirada.

—Lo siento, pero no puedo dejar de preguntarte cómo fue lo de los golpes.

Dorón sonrió porque sabía que pocos pueden resistirse al morbo de conocer los pormenores de un encuentro a puñetazos.

—Sucedió de regreso al hotel. Al principio creí que intentaban robarme y nos liamos a golpes, luego, cuando llegué a la habitación,

comprendí que no eran ladrones.

—Parece que dos días han dado para mucho. Te felicito por tus investigaciones, pero considero inadecuado exponerse nuevamente. Esperaremos a ver qué nos dice ese abogado y luego veremos lo que hacemos.

—No se hable más.

A pesar de los golpes y las pocas ganas que inicialmente tenía de trabajar, el asunto ya lo había atrapado.

Nada más irse Cecilia, Rodolfo se acercó con presteza a la mesa, la curiosidad lo corroía. Para él, Dorón representaba la quintaesencia de su deseo, por él estaba estudiando y soñaba trabajar con él algún día. Verlo de nuevo metido en faena y además en un caso peligroso le producía una ansiedad que le costaba dominar. ¡Cuánto habría pagado por estar ayudándolo! Su mayor deseo era terminar la carrera y acabar trabajando a su lado, por lo menos al principio y mientras cogía vuelo. Lo consideraba un buen detective y mejor persona.

—He solicitado unos minutos para fumarme un cigarrillo. ¿Tienes tiempo para acompañarme? —le pidió el camarero.

—Tú no fumas —se sorprendió Dorón.

—Qué importa. No resisto más tiempo sin que me lo cuentes.

Dorón pagó la cuenta, dejó la propina de rigor y salió por la puerta que da a la calle Marqués de Casa Riera. Momentos después hizo lo propio el camarero, y allí, junto a las taquillas del teatro Bellas Artes, expuso los antecedentes del caso a su curioso amigo.

—Esto se pone interesante, y aunque no creo que pueda serte de gran ayuda, cuenta con lo que yo pueda hacer —se ofreció Rodolfo de buena gana— ¿Me dejas ver los golpes?

Él sonrió y se subió ligeramente la camisa.

—¡Uff!… Qué dolor —exclamó el camarero.

Se llevó las manos a un costado como si la visión de los moratones le hubiera transmitido por ósmosis el mismo malestar que sufría Dorón.

—Te dejo, me apetece dar un paseo por la periferia de Madrid.

Se despidieron y Dorón se alejó rumbo a su coche.

Alcalá de Henares

A poco más de veinte kilómetros se encontraba Alcalá de Henares, ciudad Patrimonio de la Humanidad por su belleza, cuna de una de las más ilustres universidades de España y lugar de nacimiento del más insigne escritor de habla hispana de todos los tiempos: don Miguel de Cervantes. Con ayuda de su GPS y callejeando por uno de los barrios del casco antiguo, llegó hasta la dirección que figuraba en el caso de Leonor Expósito. Era una calle vieja asfaltada y adecentada que imaginó abierta y sucia en su tiempo, porque estaba seguro de que ese lugar había sido un asentamiento de casas hechas a retazos por sus propios dueños, de esas sin agua y sin luz que los emigrantes de provincia levantaban con sus propias manos; era gente que había llegado treinta o cuarenta años atrás, expulsados por un campo empobrecido que no daba ni para comer. Hombres y mujeres venidos de los pueblos pensando que la proximidad con Madrid ofrecería mayores oportunidades a sus vidas. Ahora, en ese mismo terreno, se apreciaban a simple vista pequeños bloques de modernos pisos que iban engullendo las casas y borrando todo vestigio de su anterior presencia. En una de esas casas, la última, la que hacía esquina y daba a un descampado, se veía el abandono y se notaba también en la parte alta de su fachada los restos de humo negro disimulado bajo una ligera capa de pintura blanca. Era la huella oculta dejada por el incendio.

Dio un pequeño rodeo a la casa y, por la parte trasera, escondido de miradas indiscretas, saltó la barda y se encontró en un amplio patio interior ocupado por una vegetación nacida a su antojo entre oxidados restos de muebles y enseres apilados de mala manera. La puerta que había era de chapa en su mitad inferior y de cristal en la superior defendido por un enrejado de herrería con sencillas filigranas; además de estar cerrada, se encontraba reforzada con un grueso candado. Observó que la ventana que había al lado era de doble puerta de madera despintada y casi carcomida por el abandono. Se situó frente a ella, extrajo de su mochila un pequeño set que siempre llevaba en el que guardaba su navaja suiza con memoria USB, desplegó una de las cuchillas de uso y, con cuidada precisión, la introdujo por la línea de separación entre las dos puertas, la subió con fuerza y logró que el cierre interior se desbloqueara y pudiera abrirse. Con la venta ya abierta, se introdujo dentro de un salto y la dejó ligeramente entornada.

La ausencia de luz le impedía ver el escenario porque todo

estaba cerrado y oscuro. Cambió la navaja por una linterna que sumaba en su set de herramientas de asalto y comenzó su inspección alumbrando los destartalados y polvorientos muebles de una cocina en completo estado de abandono. Abrió el grifo del viejo fregadero pero no cayó una sola gota. En los armarios no había ni un triste plato. Pasó a inspeccionar el espacio adyacente, que parecía ser la sala; la repasó concienzudamente sin saber qué buscar pero esperando que algo, por insignificante que fuese, le llamase la atención. Nada encontró y alumbró la escalera de acceso al piso superior. Antes de subir, movió con fuerza la barandilla para comprobar que era segura. Su mano se manchó con la fina capa de hollín adormecida por el paso del tiempo que aún lo recubría todo allí dentro. Comenzó a subir tanteando con precaución cada peldaño hasta llegar al piso superior, donde se hallaban las dos habitaciones y un estrecho baño solo con ducha. En el interior de una de ellas apreció que las paredes aún permanecían ennegrecidas por el humo y supuso que era ahí donde se había iniciado el fuego.

Entre sombras hizo un repaso de todo lo que se mostraba ante su vista. Le llamó la atención la ausencia de juguetes, calzado infantil o ropa de niños que recordara su presencia. No había platos en la cocina, ni muebles en ninguna parte de la casa. Si esa mujer atormentada que pedía su ayuda había sido detenida en el incendio, ¿por qué la casa estaba vacía de enseres? No parecía que hubiera sido asaltada, al revés: la pintura exterior delataba un mínimo de cuidado en su apariencia externa. Parecía como si hubiera habido un deseo incontestable de robarle el espíritu de hogar y limitarlo a un espacio sin alma.

Con los papeles del caso en la mano buscó la alfombra donde se había iniciado el fuego, pero no la encontró y supuso que se la habría llevado la policía como prueba. Repasó a conciencia la instalación eléctrica o lo que quedaba de ella; poco sabía de electricidad salvo cambiar las bombillas de su casa, pero al repasar el ennegrecido enchufe de la habitación, algo llamó su atención y acabó desmontándolo. Alumbró con la linterna los cables que terminaban en la conexión interior y observó que estos casi se deshacían en sus dedos: aquello no podía ser de otra cosa que de una sobrecarga. Extrajo de la mochila su pequeña cámara fotográfica y tomó algunas fotos de todo lo que le pareció prudente documentar.

Se remangó la camisa y comenzó a hurgar con cuidado removiendo entre los pocos trastos y escombros amontonados en el centro de la estancia. Debajo de toda aquella herrumbre encontró

un radiador; lo revisó concienzudamente y, sin dudarlo un instante, lo cargó y se lo llevó, dejó cerrada la ventana como buenamente pudo y saltó la barda cargado con el aparato.

Apostado dentro de su Smart, observó la calle antes de arrancar. Intentó imaginar cómo había sido la vida de Leonor, su infancia en ese barrio de aspecto vecinal que más pronto que tarde acabaría convertido en una impoluta zona de vistosas viviendas en cuanto desaparecieran las pocas casas viejas que aún quedaban en pie. Pensó en la boda de la chica siendo todavía una cría y la de sueños que debió de tener aquel día en su cabeza, porque cuando se es pobre y se lleva una existencia tan miserable, solamente se tiene una ilusión: salir de la casa paterna y soñar con una propia en la que depositar los anhelos y esperanzas. En la mayoría de los casos, es una fuga hacia adelante en la que acaba resultando peor el remedio que la enfermedad. Eso fue lo que quizá nadie había explicado a Leonor. Se la imaginó conociendo al que sería su marido: seguro que era el típico simpático de barrio que sabe ocultar muy bien su guadaña. El clásico perfil que enamora a las chicas cuando las pobres solo tienen dieciséis o diecisiete años, una edad en la que todo lo que importa es ir con el más guapo y más chulo, el que hace reír y con quien una se lo pasa bien sin pensar en el futuro. ¿El futuro? ¿Qué es eso? El futuro para los pobres es hoy lo que se siente en ese instante. El mañana resulta muy lejano y, además, si es como el que se ve en casa, mejor ni pensarlo. Imaginó a Leonor a esa edad y le puso un rostro cualquiera porque no la conocía; quizá no poseería más vestido fino que el de los domingos, y sus zapatos de tacón estarían pelados por detrás; quizá se adornaría con bisutería de la de todo a un euro. Es posible que fuera así, pero con toda seguridad, también poseería la frescura que da ser joven y llena de sueños por cumplir. ¿Quién a esa edad se pone a cavilar lo que puede ser su vida cuando la que comparte con un padre borracho es un infierno? La gente miserable no suele tener futuro, solo le queda el presente, y si se sobrevive un día más, ya es ganancia. Planificar el futuro es un privilegio que pertenece a las clases acomodadas y por acomodarse. La vida incierta de quien arrastra su existencia bajo mínimos no puede ser comprendida por quienes no la viven así, en la última pregunta. Para salir de un arroyo infectado de aguas negras, se necesita tener metida en el cuerpo una sobredosis de carácter y fortaleza que raras veces se alcanza a poseer, y cuando se posee, únicamente se utiliza para defender la propia supervivencia.

Desde nuestra buena posición, uno se pregunta: ¿existe un

arroyo así en Madrid? Parece una ciudad tan pulcra, siempre metida en trabajos cosméticos que la hacen aún más bella… Pero sí, esta ciudad también tiene su lado oscuro, a veces visible, a veces escondido. Ese lado negro y cruel de entresijos podridos, de tripas malignas que ni siquiera conviene ser mostrado y que es mejor ocultar en la periferia más aislada. Ahí abunda la miseria, el desempleo, las drogas, el alcohol, los golpes y el llanto, mucho llanto. En uno así había nacido Leonor Expósito, y de ahí buscó escapar a sus dieciséis años, adormecida por el canto de sirena de quien le prometió casa propia, calor en invierno y zapatos nuevos para los niños todos los principios de curso. Tarde debió de comprender que la puerta de gran pomo dorado que invitaba a ser abierta era falsa, tan falsa como sus dorados sueños de futuro color de rosa.

Con la mirada fija en la fachada de la casa que acaba de inspeccionar, Dorón recordó a un grupo de amigos que se autodenominaban *Bocatas*. Era un grupo de chicos y chicas que, en un acto de heroísmo semanal, dedicaban la tarde de los viernes a pedir comida sobrante en empresas de *catering*, llenaban sus coches y, con dos cojones, se adentraban de noche en el oscuro mundo de los poblados marginales convertidos en supermercados de la droga. En esos lugares montaban con un tablón una pequeña mesa y se ponían a regalar comida entre los drogadictos hambrientos. Muchas veces lo habían invitado a unirse y probar la experiencia, pero él siempre había rechazado el ofrecimiento. «No tengo alma, corazón ni cuerpo para aguantarlo», les decía después de escucharles sus anécdotas y ver las fotos de rostros desdentados, sucios, envejecidos y con la mirada perdida ante un plato de comida caliente en esos viernes de invierno. Volvió a mirar la calle, y en ese instante le nació el deseo de tocar las puertas de los vecinos y preguntar por Leonor a quienes la habían conocido desde niña, pero se contuvo. No era bueno llamar la atención por el momento. No obstante, lo haría si fuera preciso.

Antes de regresar a su casa quiso callejear y gozar un poco por el casco antiguo de la ciudad, una ciudad, Alcalá de Henares, que en su tiempo fue modelo ejemplar de un urbanismo renacentista del que poco habían aprendido los especuladores.

Pasó el resto de la mañana en su buhardilla desmontando la caja eléctrica del radiador ayudado de un catálogo del mismo modelo y marca que se bajó de Internet. También ordenó las fotografías que había tomado y las escrutó milímetro a milímetro, sobre todo las del enchufe quemado de la pared. Como no era un experto,

consideró necesario visitar a un electricista y se lo apuntó como tarea. A media tarde decidió ir a casa de sus padres; sabía que su madre agradecería el hecho de estar presente cuando llegaran sus tíos de México. Antes de salir recibió una llamada de Reyner.

—¿Sabemos algo de Herr Schmidt? —preguntó después del saludo protocolario de rigor.

—Creo que se está tomando su tiempo —respondió el abogado.

—¿Disponemos nosotros de alguna estrategia que lo haga salir de su letargo o vamos a ir a remolque de la suya? —solo de pensar en ese bribón se le calentaba la sangre.

—Por lo pronto, hemos puesto una denuncia que estamos seguros de que prosperará y logrará paralizar las obras; seguro que entonces se decidirá a negociar.

—Apriétalo hasta el límite y hazle mucho daño, más bien todo el daño que se pueda —no era una petición, era una exigencia.

—Entiendo tu malestar, pero como abogado te recomiendo que no conviertas el caso en un tema personal. Eso por lo general resta valor, mejor déjalo en nuestras manos. Posiblemente, el lunes o martes tengamos la vista preliminar en el juzgado y comience realmente la batalla. Te avisaré en cuanto tenga más noticias.

Se despidieron y pensó en llamar a Cecilia para informarle pero desistió; esperaría a tener información más relevante. Además, era viernes, y en unas pocas horas comenzaría el Shabat. Estaba seguro de que la señora Esther Brecht lo guardaba con pulcritud, algo que en él resultaba infrecuente, de no ser por lo ricamente que su madre surtía la mesa esa noche de la semana.

Cuando llegó a la librería se la encontró cerrada y subió a la casa. Desde el rellano de la escalera se oía con claridad el alboroto que había dentro, y supuso que la prole mexicana con su tía Tamara a la cabeza había llegado. Así fue, pues nada más abrir se encontró con su prima Miriam que abrió sus brazos y lo envolvió en un abrazo que acompañó de efusivos besos, lo tomó de la mano y lo condujo hasta el salón, donde se hallaban todos.

Dorón fue directamente hacia su tía. Esta se levantó y lo recibió como lo hacía desde que era niño: con una retahíla de piropos y lisonjas que habrían hecho enrojecer al más pintado.

—Aquí está el gachupín más *plantao* de toda España —dijo tras acabar con su repertorio de halagos y estrecharlo entre sus brazos.

Gachupín era una palabra que los españoles en su ignorancia interpretaban como insulto cuando la oían en México en sus viajes de turismo o de luna de miel en Cancún, pero él, filólogo por naturaleza, investigó su origen el primer día que la oyó, y supo que

en la lengua náhuatl de los aztecas venía a significar «el que enfunda sus pies», aunque otros investigadores apoyaban la idea de que su significado sería algo similar a lo que en nuestra lengua occidental quiere decir *centauro*, mitad hombre, mitad caballo, que no era otra cosa que la representación de las tropas de Hernán Cortés cuando desembarcaron en México, donde nunca antes habían visto un equino, y menos con un hombre barbado y erguido en su lomo. Fuera una cosa u otra, ambas definiciones le parecían curiosas y le gustaban por igual.

—¡Qué éxito tendría en México! —exclamó su tía dirigiéndose a su hermana Anne—. Dame tu beneplácito y este mismo año lo caso con la chica más guapa y rica de allí.

—Pídeselo a él; yo me conformo con que se case con quien quiera, pero que se case y me dé nietos —respondió su madre.

Dorón guardó silencio. Ahora era su turno, pero si bien en otro momento se habría esforzado por devolver los cumplidos elevando el halago hasta el infinito, en ese momento no se encontraba excesivamente creativo.

—Tú sí que estás guapa, tía. Recomiéndanos a tu cirujano plástico para cuando llegue el momento, porque lo que hace contigo es de auténtica genialidad. Estás cada vez mejor —se limitó a decir.

—¿Acaso me ves poniéndome en manos de esos doctores que dejan a todas sus pacientes con la misma cara de muñeca pepona de ojos rasgados, pómulos hinchados, nariz casi invisible y labios de boxeador? De eso nada, corazón. Mira tu madre qué piel más lisa y limpia tiene. Querido sobrino, las Horowitz somos así por naturaleza.

—Me tranquiliza saberlo porque espero que algo me toque —miró la incipiente calvicie de su padre y se pasó sus dedos por entre su abundante mata de pelo castaño— bueno, si los Benatar no lo impiden.

Isaac se encogió de hombros ante las risas de todos.

—Esperábamos tu llegada para que ayudes a instalar a tus primos en ese hotel de aquí cerca que has reservado —pidió su madre.

—Claro, y estoy seguro de que os va a gustar porque es un sitio con mucho encanto.

—Pues entonces en marcha; así vosotros descansáis un poco y yo voy preparando la cena —ordenó su madre, porque desde ese instante eso sería lo que haría en su papel de cabo cuartelero: dar órdenes.

David trasladó a su hermana Orit y su marido Miguel a su

estudio. Miriam y Ariel, junto con Lizset y Emanuel siguieron a Dorón hasta el hotel, donde entre risas y escándalo, como si de unos quinceañeros se tratara, acabaron instalados encantados por el estilo tan *cool* de las habitaciones.

Él regresó a casa de sus padres y encontró a su madre y a su hermana Luar metidas en faena en la cocina; se remangó la camisa y se dispuso a ayudarlas. Era un ritual al que se sumaba siempre, porque mientras pelaban, cortaban, lavaban, aderezaban, freían, horneaban y demás, él picaba de todo un poco.

Mientras cocinaban, Anne aprovechó para amenizar el trabajo y puso un CD en el estéreo de la cocina. Los tres se dejaron llevar por el ritmo de la *bossa* más sensual de Joäo Gilberto mientras se repartían el trabajo. Al rato llegó Isaac; había decidido cerrar la librería antes de la hora y se sumó a la fiesta y al trabajo. Los cuatro compartieron faena y danza en la que fueron sorprendidos por su tía Tamara, que se había levantado y buscaba un café con un poso de desesperación. Anne ya conocía esa peculiaridad de su hermana y había dispuesto un termo eléctrico bien lleno. Después del primer sorbo, comenzó a mover el cuerpo al ritmo cadencioso que marcaban los compases de *Aquarela do Brasil*, dejó la taza sobre la mesa y tomó de la mano a su sobrino. En aquel reducido espacio bailaron sincronizando el movimiento de sus cuerpos como si toda la vida lo hubieran estado haciendo. El estilizado talle de Dorón podría llevar a pensar en lo incorrectos que resultarían sus movimientos para un baile tan sensual, pero él era un maestro justo en esos ritmos gracias a las enseñanzas de su madre, una fiel amante de la samba, la *bossa* o la *batucada*, a las que consideraba ritmos espirituales.

—Ha sido un momento mágico —dijo Tamara besando tiernamente a su sobrino cuando finalizó la canción.

—Como no podía ser de otra forma —señaló Anne—. Los *tempos* musicales de la samba y la bossa nova producen melodías que se parecen al ritmo del cosmos —levantó los brazos y bailó girando su cuerpo repetidas veces—. Por eso, cuando la gente las escucha y siente que penetra en sus cuerpos, les brota una sensualidad especial, que no es otra cosa que la unión con el cosmos.

—Pues espero que seamos capaces de transmitir esa sensualidad a las ensaladas —apuntó Isaac— o el Shabat nos pillará con la cena a medio hacer.

Con el fondo de *Você e linda, Mais que nada, Desafinado, Garota de Ipanema* y otras canciones más se fueron haciendo las alcachofas fritas en forma de copa, la ensalada de pepino y tomate en dados

pequeños, las berenjenas rellenas, la tortilla de colores típica de Melilla, el guacamole, las fajitas de pollo en salsa ranchera y las albóndigas de pescado con salsa de limón hasta que todo quedó convertido en vistosos platos llenos de sabor y colorido.

Entonces, Isaac surtió de vino debidamente las copas de los cocineros, exceptuando la de Tamara, que continuaba asistiendo ocasionalmente a sus reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Todos los miembros de la familia fueron llegando en un goteo sin fin. David junto a su hermana Miriam y su marido Miguel fueron los primeros, detrás vino el resto hasta completar el mágico número de trece a la mesa.

Cuando todos estuvieron sentados, Anne cedió el lugar a Tamara para el encendido de las velas en su calidad de primogénita de los Horowitz, un gesto que ésta agradeció con un cariñoso abrazo a su hermana. La tía Tamara cerró los ojos, respiró con profundidad y, tras encenderlas, se cubrió los ojos con las manos y procedió con la oración y las bendiciones. Comenzó con su hijo David, para el que pidió amor, salud y felicidad junto a Jacqueline en su nueva vida de casados. Luego continuó deseando bienestar para el resto de los presentes y también para los aún ausentes, que no tardarían en llegar para la boda; pidió por la paz del mundo y por Erez-Israel, y terminó con sus demandas.

—¡Shabat Shalom! —exclamó finalmente.

El ritual de *Kidush* con la bendición del vino y los dos *jalots* de pan trenzado le correspondía realizarlo a Isaac como anfitrión, pero también cedió el testigo a su concuñado Abby, quien con solemnidad y puesto en pie, partió el pan en pequeños trozos y los fue repartiendo una vez mojados en sal mientras comenzaba con la bendición; luego tomó la copa y la llenó de vino hasta el límite porque la alegría debe ser completa y a rebosar, la mantuvo entres sus manos y siguió con la bendición hasta recitar el resto; vertió un poco en las copas de todos, bebió y todos lo siguieron.

Comenzó el baile de platos en la mesa y todos fueron pasando de mano en mano en un ir y venir interminable. El vino ayudó a que todo resultara más divertido de lo que ya era en sí mismo, y gracias a la viveza y creatividad que los mexicanos tienen para encontrar el doble sentido a las palabras, convirtieron las charlas en un constante devaneo de creatividad lingüística.

A los postres, fue Dorón quien levantó la mano. Ese era el código que tenía establecido con su padre para arrancar de su madre uno de sus hermosos cuentos de abuela, como ella los llamaba. Isaac golpeó su copa con el tenedor unas cuantas veces hasta lograr el

silencio de los presentes. Todos esperaban escuchar unas palabras de bienvenida, pero su hijo hizo otra cosa.

Coinciden dos chicos mexicanos en los lavabos de una cafetería del Distrito Federal en plena colonia Polanco y uno le pregunta al otro:

—¿Eres judío?

El interrogado cree estar ante un antisemita por el tono de la pregunta y se pone en guardia.

—Sí, ¿pasa algo?

—Eres de Tecamachalco, ¿verdad? —insiste el primero ante el asombro del segundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es que el rabino Minski de esa sinagoga es el único que hace las circuncisiones cortando en ángulo, y te estás orinando en mis zapatos.

La carcajada fue general. David se sintió aludido y solo acertó a mirarse la entrepierna con ojos de asombro.

—Puedo dar fe de que eso es un bulo sin fundamento y con muy malas intenciones —comentó su tía Tamara con fingida vehemencia —. Porque lo es ¿verdad? —preguntó dubitativa a su hijo ante las risas del resto de la familia.

—Necesitaríamos saberlo antes de enterarnos por nuestros futuros suegros. Sería una humillación difícil de superar —apuntó Abby.

—¡Ya está bien! —exclamó el chico—. Mis propios padres poniendo en duda públicamente mi perfecta circuncisión. Querido primo, tarde o temprano acabará llegando la hora de tu casamiento, y entonces seré yo quien ría más y mejor —señaló a Dorón con el dedo inquisidor.

—¡Que D-os te oiga y así se cumpla! —pidió con vehemencia Anne levantando sus brazos al techo queriendo llegar al cielo con su solicitud.

—Admiro el arrojo de David ante una decisión que estimo muy importante —apuntó Dorón—, y algo me dice que le saldrá bien y será para toda la vida. Pero parafraseando a Alejandro Dumas: «El matrimonio es una cadena tan pesada que para llevarla hacen falta dos y, a menudo, tres».

—Eso me recuerda la triste historia de Harel Goren —dijo su tía Tamara entendiendo la incomodidad de su sobrino con ese tema. Su hermana la había puesto al corriente en su día de lo acontecido con Natalie, y no quería verlo entristecido.

—Cuéntala —pidió Luar, sabedora de las buenas dotes narrativas que su tía compartía con su madre.

—Lo haré, pero debéis recordar que eran otros tiempos —

advirtió Tamara ante la atenta mirada de todos y antes de dar paso a su relato.

Sucedió a finales del siglo XIX en un pequeño shtetl *de las afueras de Skvyra, un pueblo situada al norte de Ucrania. Era el momento en que comenzaba el miserable auge de los pogromos de la Rusia zarista, viles actos de barbarie racista en los que la chusma, astutamente atizada por la Ojranka —la policía secreta de aquel tiempo—, arrasaba los poblados judíos matando sin piedad a cuantas personas encontraba a su paso, sin importarles lo más mínimo que fueran niños, mujeres o ancianos. Esas mismas huestes estaban compuestas mayormente por militares cosacos camuflados de civiles, que así aprovechaban para expoliar lo que les sirviera y reducir a cenizas lo que no pudieran llevarse.*

Detrás de aquella barbarie se escondía una profunda e insondable animadversión antisemita reforzada por una infame calumnia que circulaba por todo el imperio, según la cual, los judíos habían dado muerte al Zar Alejandro II en un atentado. Jamás se mencionó que el magnicidio había sido obra del grupo revolucionario Naródnaya Volya —Voluntad del Pueblo—, pues fue uno de sus miembros quien arrojó una bomba al paso del carruaje real y lo hizo volar por los aires. Al gobierno le resultó más provechoso culpar a los judíos y poder cargar contra los librepensadores, que comenzaban a demandar un mundo diferente regido por la igualdad y la libertad; los campesinos judíos fueron las víctimas colaterales, que por ser judíos tampoco vendrían mal.

Los que consiguieron escapar de esas razias huyeron y esto motivó una dolorosa emigración a países más seguros según fueran los medios de los que dispusiera cada familia. Hubo quienes consiguieron marchar a Norteamérica; otros en cambio se refugiaron en Polonia, República Checa, Rumania y países vecinos. Uno de los que pudieron escapar fue Harel Goren.

Harel era un joven al que el Todopoderoso había otorgado un especial atractivo físico que se reflejaba en una cara armoniosa, de ojos brillantes y rasgados, y pómulos pronunciados que le conferían aspecto de zíngaro. Poseía una boca de labios carnosos en la que con frecuencia se dibujaba una sonrisa encantadora que a todos gustaba. Su estatura era mediana, tampoco fueron altos su padre ni su abuelo, pero disponía de buenos músculos debido a su trabajo en el campo, de donde salía el sustento de la familia. Tenía también otras cualidades muy valoradas entre la gente del poblado; su religiosidad y obediencia a los preceptos eran las que más gustaban.

Ehud, su padre, era un hombre sencillo y piadoso que en su casa

cumplía y hacía cumplir la ley. Se sentía orgulloso de su hijo y, dado el atractivo del muchacho, muchas eran las chicas de la comunidad que soñaban con tenerlo por marido.

Todos los días a muy temprana hora y después de su oración de la mañana, Harel iba con su padre al campo, limpiaban los cultivos de las malas hierbas, recogían lo que podían destinar a vender y se quedaban con una parte para la casa: unas veces eran patatas; otras, calabazas, pepinos o aquello que la estación diera hasta que llegase el momento de la gran cosecha. Al caer el día, se hacía un buen lavado corporal, cenaba en familia y luego se recreaba tocando su música preferida. El muchacho era bastante ducho con el violín, pues tuvo la suerte de ser enseñado desde su más tierna infancia por el rabino de la comunidad.

En el poblado vivía también la joven Chaia. Harel tenía con ella un amor escondido que ambos se habían propuesto disimular vistiéndolo de profunda amistad hasta que el joven tuviera edad suficiente para solicitar permiso de casamiento. Se habían prometido amor eterno, y nada había que ella ignorara de él y viceversa. Para el chico, respirar el perfume que los cabellos de su amada desprendían era oler y sentir el universo al completo. Para ella, verse reflejada en los ojos de su amado era sentir la dicha infinita. Disfrutaban los dos del amor más puro que nadie pudiera imaginar y soñaban con el día en que el Todopoderoso los bendijera con el matrimonio y luego vinieran los hijos sanos y bondadosos que coronarían un hogar lleno de felicidad.

Una tarde de primavera, a la hora del ocaso, se encontraban los dos jóvenes junto a otros vecinos del poblado disfrutando de una velada musical cuando de pronto oyeron el sonido de los cascos de caballos al galope entrando en la aldea. Eran cosacos que, entre gritos y maldiciones, repartieron golpes y estocadas con sus afilados sables sobre aquellos cuerpos que encontraron en su camino. Harel vio como uno de esos sables pasaba de parte a parte por el cuello de su padre y como la cabeza se desprendía y rodaba por el suelo. La dramática visión lo dejó paralizado. El mundo se quebró en ese instante y su corazón también. A esa escena le siguieron otras igualmente atroces contra gente que corría despavorida en todas direcciones. En segundos, el poblado se convirtió en un caos interminable. Vio caer a los bebés de los brazos de sus madres y ser arrollados, pisados y destrozados por las patas de unos caballos dirigidos por endemoniados jinetes que parecían estar poseídos de una locura interminable. Las madre no corrieron mejor suerte y fueron lanceadas o pasadas a espada. Con los hombres hicieron otro tanto hasta que la tierra quedó sembrada de cadáveres mutilados. En la horrible matanza también tomaron parte muchos vecinos no judíos de poblados muy cercanos que, de la misma forma, dieron muestras de una

crueldad inhumana. Luego saquearon las casas, y con las antorchas prendieron fuego al poblado.

Durante la carga, Harel sorteó los cascos de los caballos, los sables y los palos que ansiosos buscaban cuerpos sobre los que estrellarse y arrancarles la vida. En aquel marasmo buscó la figura de su amada sin hallarla y corrió a su casa, pero esta ardía envuelta en llamas. Entonces huyó y alcanzó a salir del poblado. Corrió sin mirar atrás y sin saber adónde lo llevarían los pies. A punto de desfallecer, llegó a un punto en el que se abrían dos caminos, uno de ellos se perdía en un tupido bosque de árboles, y el otro se abría al llano entre cultivos. Se dio la vuelta y, a los escasos rayos de luz de un sol que se ocultaba, vio a lo lejos las figuras de dos cosacos que se aproximaban al galope. Aquella bifurcación se convirtió en la mayor encrucijada de su vida. «¿Qué rumbo seguir?», se preguntó. No se había dado cuenta de la figura de una campesina que saliendo del sembrado se aproximaba hacia él cargada con un haz de cebada a su espalda.

«Entra aquí, muchacho», le dijo levantándose las enaguas de su holgado vestido. El instinto por sobrevivir afloró, y en un acto reflejo se metió bajo los faldones. Contuvo como pudo la respiración entre aquellas dos piernas como pilares a los que asirse porque su corazón repicaba como un tambor que él creyó que los cosacos también oirían. Allí oculto oyó las voces de sus perseguidores al llegar.

—Mujer, ¿has visto a un maldito judío correr por aquí? —preguntó uno de los cosacos.

—Lo hemos perdido entre el trigo largo, pero no debe de andar muy lejos —gritó el otro sin dejar de recorrer el espacio con su mirada mientras el caballo relinchaba y se movía nervioso.

—No —contestó la mujer. Pero al sentir la mirada de desconfianza con la que era escrutada por los cosacos, apuntó con su dedo hacia el bosque—, aunque me pareció ver algo que corría por allí.

—¿Estás segura? —inquirió el que parecía más receloso.

—También podría ser un animal, apenas lo vi.

—Ese mal nacido y miserable judío es un animal, no te extrañe que así lo vieras.

«No puede estar sucediendo esto, el Señor no puede permitirlo», imploraba Harel para sus adentros.

El cosaco pareció convencerse de la sinceridad de la campesina, pero el otro volvió a la carga.

—No me fío —insistió.

—Si lo hubiera visto lo diría, mucho más si se trata de un judío —exclamó ella para después escupir en el suelo y hacerse en su rostro la señal de la cruz.

—Levántate las enaguas —exigió el receloso cosaco.

Harel tembló y se vio muerto en ese instante.

—Y lo siguiente ¿qué será? ¿Ultrajarme entre los dos? Además, me estoy orinando —renegó ella.

—Pues hazlo —le ordenó tajante el mismo soldado.

Sin más miramientos, ella abrió las piernas, dobló ligeramente las rodillasy se puso a orinar sin levantar su vestido. Un reguero de orín salió por debajo de la saya de la mujer.

Fue en ese momento cuando Harel tomó conciencia de que tenía su cara a escasos centímetros del sexo de ella y se vio regado por aquel líquido caliente. Jamás había estado tan cerca de esa parte íntima de una mujer.

—Nunca dejaréis de ser unas guarras. Si algo hubiera querido hacerte, con esto me has quitado las ganas.

Aquel reguero disipó en el cosaco toda duda de que pudiera ocultar al judío, arreó su caballo y los dos desparecieron al galope de regreso hacia donde estaba el resto de la tropa.

Ella enderezó el talle y los vio alejarse. Cuando desaparecieron de su vista, levantó su vestido y el muchacho salió de debajo sin poder ocultar el terror reflejado en la mirada.

—No quería hacerlo pero el miedo me ha podido —se disculpó ella echando a andar—. Sígueme y en casa te lavaré.

Caminaron un trecho bajo un cielo casi oscuro y llegaron hasta la granja de la campesina. Ella lo hizo pasar y encendió el candil de grasa, que poco a poco fue cogiendo llama hasta iluminar la estancia. Fue entonces cuando Harel vio con claridad la figura de quien había sido su salvadora; la vio moverse por la casa con sus ademanes hoscos mientras ponía un caldero de agua sobre el fuego. Él se mantuvo parado en medio de la estancia; parecía un espíritu ausente que no ocupa espacio y al que se puede traspasar sin sentirlo. La mujer seguía enredada en la preparación del baño hasta que lo tuvo todo a punto. Entonces lo tomó de la mano y comenzó a despojarlo de la ropa. Él estaba tan absorto en su terror que no parecía consciente de que estaba siendo desnudado. Ella lo hizo meterse en el barreño y fue vertiendo sobre el cuerpo desnudo el agua que había puesto a calentar. Cuidadosamente, lo fue lavando desde la cabeza a los pies mientras él seguía inmóvil, quién sabe si paralizado por la vergüenza: era la primera vez que unas manos de mujer lo tocaban de esa manera. Cuando hubo acabado, lo secó y lo ayudó a ponerse un holgado camisón, lo hizo sentar junto al fuego y le ofreció un tazón de leche caliente con miel. Harel no pudo beberlo porque su cuerpo no quería aceptarlo. La mujer habilitó un pequeño camastro próximo al suyo y lo hizo reposar allí, lo tapó con un par de

gruesas mantas y, en ese instante, él perdió el conocimiento, un conocimiento que tardó dos días en encontrar hasta que por fin despertó.

Durante ese tiempo sufrió fiebres y estuvo acosado por terribles pesadillas y delirios. Cuando recobró el sentido y sus ojos se abrieron, la primera imagen que vio fue la de la mujer que lo había ocultado bajo sus enaguas. En ese instante le pareció un precioso rostro de tez blanca, ojos grandes y verdes, cabello rubio recogido en un par de trenzas enrolladas sobre su nuca, nariz pequeña y bien perfilada, y una boca ancha con sus dientes al completo. Era su salvadora, no era judía, pero sí su salvadora, era la mujer que le había devuelto una vida que dio por perdida en aquella bifurcación de caminos.

Ella dijo llamarse Ludmila y le explicó cómo su poblado había sido arrasado por los cosacos del Zar junto a las enloquecidas huestes de campesinos de poblados cercanos. De nuevo volvieron a la cabeza de Harel las crueles imágenes de la barbarie y no pudo contener las lágrimas de dolor.

—Nada queda ya —terminó por decir la mujer.

—¿Quién vive contigo? —preguntó asustado mientras recorría con sus ojos cada rincón de la casa. Comenzaba a ser consciente de su soledad, y eso le procuró un terrible miedo.

—Soy viuda, casé a los quince años con un buen hombre, pero trece años después enviudé; de esto último solo hace dos. No tuve hijos y me apaño sola para cuidar la granja que me quedó en herencia —acabó diciendo.

—¿Cómo sabes que no queda nada de mi poblado? Ni siquiera te he dicho de dónde provengo.

—Solo un judío de Skvyra andaría siendo perseguido por los cosacos el mismo día que arrasaron el poblado.

—¿Me vas a entregar?

—No es cristiano hacerlo porque te matarían.

—¿Estás segura de que no queda nadie?

—A los cosacos no les gustan los testigos. Si alguien consiguió escapar, seguramente debe de estar lejos. Yo también lo estaría después de ver la crueldad con que actuaron.

Harel se llevó las manos a la cara para ocultar sus lágrimas, pero la mujer lo abrazó con compasión y él acabó llorando amargamente sobre su pecho.

—No te avergüences, el llanto ayuda a sacar el dolor que guarda nuestra alma —dijo ella pasando su mano con ternura por la cabeza del joven—. Te puedes quedar aquí el tiempo que quieras —lo invitó ella esperando calmar así la desazón del chico.

—Ahora solo querría rezar un kadish *por mi familia —pidió él.*

Ludmila asintió con la cabeza y salió del cuarto dejándolo solo con su oración. Aunque era una plegaria que exige la presencia de diez varones para su rezo, Harel lo hizo sin importarle el precepto. Estaba tomando conciencia de la muerte de su familia y más aún de la de su amada Chaia. También empezaba a ser consciente de su propia soledad.

Pasaron unos pocos días, y para no levantar sospechas entre las casas vecinas a su granja, Ludmila fue diciendo por ahí que el joven era un familiar lejano que se quedaría a ayudarla un tiempo. A Harel le ofreció la ropa de su difunto marido para que pudiera parecerse más a un campesino de la región, y le solicitó que echase una mano con las cosas de la granja.

El muchacho pronto se puso a la labor de ordeñar, hacer crema, mantequilla y queso; aprendió también a cocinar y, entre sus labores, se encargó de alimentar el ganado, limpiar el establo y cuidar la casa mientras ella salía al campo. El cambio de papeles perseguía garantizar la seguridad de Harel: cuanto menos se le viera por los caminos, menos posibilidades tendría de cruzarse con algún curioso y despertar sospechas. Por fortuna, la casa estaba un tanto apartada del pueblo.

Los días fueron pasando y se convirtieron en meses. Con los dos trabajando duro, las cosas en la granja iban mejor. Él no acababa de reponerse de la desgraciada pérdida de su familia y de su amada, y esto hacía que en su cabeza diera vueltas la idea de marcharse en cuanto le fuera posible. Pero sin quererlo, cada día se le hacía más difícil pensar hacia dónde dirigir sus pasos lejos de esa casa a la que ya se había acostumbrado.

Ludmila continuó prodigándole los mismos cuidados que le había dispensado el primer día; siguió lavándolo con mimo y dándole su tazón de leche con miel. Fue una noche en uno de esos momentos del baño cuando él no pudo contenerse y se echó sobre la mujer lleno de deseo y ardor porque un torbellino de sensaciones acabó por explotar. Tumbados en la cama, comenzó cubriéndola de besos a la par que la desvestía sin que ella prestara la menor resistencia. Cuando la tuvo tan desnuda como él, repasó lentamente ese cuerpo femenino bien formado de piel suave y blanquecina. Tenía grandes caderas y largas piernas, sus pechos estaban erguidos y firmes, y la visión del Monte de Venus, que en su primer encuentro pudo oler e incluso rozar con su nariz, se le mostraba ahora a las claras. Ante aquella visión quedó inmóvil, hasta que Ludmila pasó su mano por la cabeza del joven y la atrajo hacia su vientre. Él no sabía lo que tenía que hacer, pero el instinto dictó sus actos. Esa noche descubrió cosas que hasta ese instante no cabían siquiera en su cabeza.

Ludmila llevaba dos años sin sentir más cuerpo que el suyo y se dejó hacer, poco importó que Harel fuera torpe e inexperto. La noche fue tan larga que tiempo tuvo de aprender, y despiertos vieron el amanecer del día. A partir de ese momento, la mujer lo trató como si fuera su más preciado tesoro.

Él no abandonó sus prácticas religiosas, y ella, a pesar de no ser las suyas, no pidió explicaciones y se limitó a observar sin perder detalle, no tanto por respeto como por el temor a que él se marchara. Harel comenzó a pedirle algunas cosas que necesitaba para el cumplimiento de sus preceptos religiosos: que si unas velas, que si una camisa blanca... En las comidas dejaron de preparar liebres, carne de cerdo y ancas de rana, que él nunca probó por no ser kosher. *Lavaron con esmerada pulcritud las ollas, vasijas, cucharones y demás objetos de cocina, y separaron los alimentos lácteos de los que no lo eran. Él se esforzó por comer solo alimentos puros y ella comenzó a seguir su ejemplo.*

La mujer se encargó de retocar toda la ropa que aún guardaba de su difunto marido, y a base de costuras y pespuntes, la ajustó a la talla del muchacho. Ambos dejaron de trabajar los viernes al caer el sol, momento en que él abandonaba todo quehacer hasta el ocaso del día siguiente.

La relación entre los dos se fue haciendo cada vez más estrecha y cómplice. En él había una querencia hacia ella; Ludmila, en cambio, se había enamorado. Harel disfrutaba del inmenso placer que le procuraban las noches; dormir con ella y estrecharla entre sus brazos era un goce al que se había atado. Pero se sentía culpable porque, a sus propios ojos, consideraba que no estaba obrando debidamente. Siempre que rezaba y hacía su saludo matinal, algo en su corazón le decía que no era un buen judío. Se sentía en pecado porque esa mujer que tanto lo adoraba y cuidaba era una gentil, no una judía.

El tiempo fue pasando, y un buen día, Ludmila se levantó diciendo que quería tener hijos, todos los que no había podido tener de su primer matrimonio con aquel hombre que la sacó de la casa de huéspedes de Kiev en la que servía desde niña para llevársela casada a la granja que ahora les daba cobijo. Aquello provocó un tremendo pánico en Harel, y para evitar el compromiso, le explicó que antes debían casarse, si bien ese acto era tarea difícil no siendo ella judía.

—Vivo con un judío, cocino kosher*, respeto sus rezos y hasta los aprendo, ¿no me convierte eso en una mujer digna de consideración a ojos de tu Dios? —preguntó ella con aparente calma.*

—Buscaré una solución.

Sabía que allí el matrimonio sería imposible, de manera que acordaron vivir lejos. Ella se daba cuenta de que asumir esa decisión

significaría abandonar todo lo que tenía, pero aceptó sin rechistar y le dio las escrituras de propiedad para que dispusiera la venta según estimara. Esa muestra de confianza tan elevada dejó desconcertado a Harel y lo hizo sentirse doblemente mal. «No puede ser que el Señor se oponga a una unión con una mujer así», se dijo en su interior. Además, qué sería de él sin ella, pensar en no tenerla a su lado le resultaba desolador.

Decidieron entonces marchar a Polonia y establecerse en Varsovia, donde se comentaba que la comunidad judía era abierta y benevolente. Allí buscarían una casa y hablarían con el rabino y con el tribunal rabínico. Él les explicaría cómo ella había expuesto su vida sin pedir nada a cambio escondiéndolo y protegiéndolo de los asesinos, y cómo dejó de relacionarse con sus propios vecinos para que no se acercaran a la granja. Convertirla al judaísmo precisaría de ella aprender la Ley y después someterse a un profundo examen. Una vez que fuera aceptada, podrían casarse y tener hijos. Nada de eso asustó a Ludmila, pues ya tenía un amplio conocimiento de las reglas, que había ido aprendiendo con él en los meses convividos. Harel se puso con empeño a la tarea de enseñarle todo lo más que pudiera mientras preparaban el viaje e incluso la enseñó a leer y escribir en yiddish.

A finales del invierno lograron vender la granja y cobrar un precio más que justo. Entonces se trasladaron a Varsovia y encontraron un pequeño piso en la calle Zlota, cerca del mercado y en pleno corazón del barrio judío; incluso tuvieron la suerte de que contara con estufa para soportar mejor los inviernos por venir. Él la presentó como su mujer, pero a pesar del empeño que Ludmila puso por parecer judía, las demás mujeres del vecindario percibieron el engaño y evitaron todo trato.

—No es judía, se le ve a la legua, a quién quiere engañar —decían unas.

—Apenas habla yiddish *y con muy mal acento —comentaban otras.*

—Tampoco va tocada ni cubierta, y se ve que es mayor que él —apuntaron las más. Eso último lo decían no sin envidia por considerar a Harel un joven judío guapo y bien formado.

Era cierto, ella no iba tocada con peluca alguna y su acento era forzado. Todo eso la hizo sentir mal y le generó cierta inseguridad. «Ella lo amaba y lo cuidaba ¿Qué mal había para que el resto de las mujeres la despreciaran?» se preguntaba con frecuencia viendo el desdén del que era objeto. Estos hechos provocaron que la mutua relación de bienestar que llevaban los dos comenzara a flaquear, porque mientras ella sufría el aislamiento de los vecinos, él encontró un trabajo como empleado en una tienda de comestibles y en pocos días se había ganado la confianza

de todos.

Ludmila comenzó a volcar sobre Harel la ira que le producía el trato dispensado por las otras mujeres de la comunidad. Cuando llegaba tarde porque había estado haciendo inventario en la tienda, lo recibía entre reproches y llanto provocado por celos imaginarios: que si sonreía de más a la chica que vendía el pan, que si la de la esquina lo miraba mucho, que si las mujeres de la calle Mirowska se lo comían con los ojos, y así un largo suma y sigue. Él le hacía ver que no tenía por qué dudar de su fidelidad ni sentirse menospreciada por nadie, le debía la vida y eso lo tenía guardado en su corazón. Entonces ella cambiaba sus reproches por sentidas disculpas y acababa preparando la mejor comida y dándole los besos más apasionados.

A fin de evitar verse vencida un día por la furia y acabar enfrentada a las otras mujeres, se limitaba a salir de casa únicamente para hacer la compra, pero aun así siguió sintiendo el menosprecio. En la panadería le dejaban los baggels *más duros y quemados. En la carnicería se acababa llevando lo que sabía que las demás no querían. Y cuando no podía evitarlo y debía esperar cola para ser atendida en la frutería, las demás mujeres no dejaban que tocara a sus hijos. En alguna ocasión hubo quien le dirigió la palabra pero con intenciones propias de* yentas*, de mujeres proclives al cotilleo y a las habladurías ponzoñosas.*

—Tu marido es un hombre muy guapo e inteligente, lee muy bien en la Sinagoga. ¿Dónde os conocisteis? ¿Qué Rabino os casó? —Ella entendía el sentido de esas preguntas y guardaba silencio para no mandarlas al demonio.

Apenas llevaba un mes viviendo así y ya estaba cansada de aparentar. Deseaba un matrimonio en toda regla conforme a la Ley Sagrada para que acabaran de una vez las habladurías e insidias. Harel terminó por aceptar que había que dar el paso y fueron juntos a la casa del rabino. Le expondrían la situación y le pedirían que la iniciara cuanto antes en los preparativos de la conversión. El Reb Avraham Schechter escuchó la historia de los dos, pero entendió que en aquellas circunstancias quizá fuese posible que Harel solo se sintiera comprometido a casarse porque Ludmila le había salvado la vida. Luego señaló a los dos que esa no debía ser la única razón para la unión, pues era necesario que entre ambos se diera el amor por encima de cualquier cosa. Les recordó también que la conversión exigía que ella lo deseara de todo corazón y no como una obligación para poder casarse. Ambos dijeron desearlo por encima de todo, y el rabino, que era considerado un hombre justo y piadoso, se comprometió a ayudarlos ante el Consejo. A fin de cuentas, ellos tenían la última palabra respecto a la admisión de Ludmila en la comunidad. Para el aprendizaje de las enseñanzas dispuso

que se hiciera acompañar por otra joven judía de gran religiosidad, a fin de que la ayudara en todo y pudiera cumplir con la Mitzvá y el baño purificador de la Tevilá antes de su conversión. Con ese fin los remitió a la casa de estudios.

Para Harel, la conversación con el Reb había supuesto quitarse la pesada carga que llevaba encima ante el temor que le infundía dar el paso. Él y Ludmila recorrieron el camino embargados por la felicidad hasta que llegaron a la casa de estudios. La joven mujer que los ayudaría salió a recibirlos, pero cuál no sería la sorpresa de Harel que quedó petrificado al encontrarse frente a frente con Chaia. Los dos se miraron en un silencio que los dejó sin habla hasta que lo rompieron en un torrente de preguntas cruzadas a las que se sumó un mar de lágrimas y risas nerviosas. Esa explosión de júbilo incontrolado hizo entender a Ludmila la escena que tenía ante sus ojos, y tímidamente se fue separando de ellos hasta que salió de la estancia para regresar a su casa.

Chaia y Harel no percibieron que se habían quedado solos. Tan embelesados estaban el uno con el otro que todo lo que hacían era dar gracias a D-os por haberlos mantenido con vida y por permitirles el reencuentro. Ocuparon un par de sillas y se contaron sus vidas desde la separación. Ella le relató su odisea y cómo creyéndolo muerto huyó abandonando aquellas tierras y sumándose a una caravana con la que había llegado hasta Varsovia. Le mencionó también que aunque no se había casado aún, tenía un novio que era dueño de un pequeño negocio y estaban por fijar la fecha. Él también le contó su suerte y fue entonces cuando se percató de la ausencia de Ludmila. No quería irse de allí, no quería volver a separarse de su amada Chaia; había recibido un regalo divino y estaba dispuesto a retenerlo para siempre. Fue ella la que se disculpó precisando que su novio no tardaría en llegar, y ambos acordaron verse al día siguiente.

La confortable vida de Harel cambió desde ese instante y se convirtió en un infierno personal. Ludmila se inició en las enseñanzas para aprender a ser una buena judía bajo supervisión de Chaia; lo hizo sin hacer preguntas ni intimar siquiera. Para ella, lo más duro era verlos juntos cuando Harel iba a esperarla porque quedaba en un estado de amargura que difícilmente podía disimular. Él tampoco fue ajeno a los celos desde el mismo momento en que Chaia le presentó a Lirán, su novio. Saber que tenían planes de casarse, juntar un buen dinero y marchar a América lo llenaba de temor a perderla otra vez.

Una tarde que Ludmila no fue a la reunión por encontrarse enferma, Harel se acercó a la casa de estudio y esperó a que Chaia saliera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sorprendida de verlo.

—Es preciso que hable contigo. No puedo más. Sabes que te amo y no puedo seguir fingiendo que nada pasa entre nosotros.

Ella le pidió que callara porque, al igual que él, temía no poderse controlar.

—No hables así, Harel, pronto tendrás esposa. Ya casi lo es.

—¿Soy acaso el culpable de que la vida nos separara? —insistió él —. Te perdí, y ahora que te recupero, quiero que estemos juntos, como siempre soñamos.

—¡No puedo más! —exclamó ella con los ojos cubiertos de lágrimas —. Llévame a un sitio donde estemos a solas.

Así lo hizo y llevó a Chaia a un lugar donde no se hacían preguntas para ocupar una cama. Sobre ella se amaron con pasión y sin medida aprovechando cada minuto y cada segundo del tiempo que pudieron robar para ellos dos.

—Esta misma noche le diré a Ludmila que todo se ha acabado y que será contigo con quien me case, no puede ser de otra forma —señaló él.

—¿Qué le diré yo a Lirán? —preguntó ella—. No tengo fuerzas para decirle nada.

—Entonces se lo diré yo. —El tono de Harel era resolutivo porque se sentía capaz de eso y de mucho más.

Se presentó en casa después de dejar a Chaia dispuesto a resolver el tema con Ludmila, pero esta lo recibió sentada en la cocina y, nada más verlo entrar, encendió el fuego, calentó la cena y le dispuso un plato. Ni un reproche por llegar a esas horas ni un llanto, ni tan siquiera un gimoteo. Parecía que su carácter celoso de otras veces se hubiera esfumado como por encanto. Terminaron de cenar y ambos se fueron a la cama. Aun enferma como estaba, se ofreció a darle un masaje.

—Te veo cansado, deja que mis manos te relajen —pidió ella con la mejor de sus sonrisas.

Entonces, Harel no tuvo valor para decirle que la abandonaba, y no solo calló, sino que aceptó sus cuidados, sus besos y caricias que con tanta maestría sabía prodigarle. Porque en eso, Ludmila era puro fuego; conocía bien cómo hacerle sentir el hombre más dichoso, y era en esos momentos cuando ella perdía todo recato y llegaba a hacer cosas que estaba segura nadie más haría.

Por la mañana, Harel se levantó dispuesto a comunicarle lo que por la noche no había sido capaz de decir, pero al verla preparándole el baño y sirviendo el desayuno con tanta cordialidad, su ímpetu se frenó de nuevo y guardó silencio. Esa mujer no solo lo satisfacía con locura y sin mesura , sino que también sabía ser una esposa dócil, fiel y cumplidora. «Cómo decírselo sin herirla demasiado» se preguntaba.

El tiempo pasó y la relación con ambas mujeres, lejos de terminar, se

fue haciendo más intensa. Buscaba a Chaia desesperadamente, y sus momentos de amor se convertían en un placentero regreso al idílico sueño de sus vidas antes de la tragedia. En sus conversaciones, recordaban una y otra vez los mágicos instantes pasados juntos desde que eran niños y ya se amaban. Con ella, el placer tenía un significado distinto. Su cuerpo era delgado y ligero; sus labios, esos que él llenaba con besos delicados, sabían a manzana, y acariciar sus incipientes pechos, que parecían dispuestos a no desarrollarse más, lo transportaba a las tardes de verano en Skvyra.

La relación silenciada y consentida por los tres continuó, y se acabó conformando un triángulo extraño de vértices casi perfectos. Harel tenía con Chaia el amor y el placer en ese orden; con Ludmila, el placer y el cariño en ese orden también.

Ludmila aprendió la Ley con cada uno de sus preceptos de la mano de Chaia, y hasta llegaron a elegir juntas el que sería su futuro nombre: se llamaría Ruth, por la moabita, la mujer que, no siendo judía, supo aceptar la religión de su marido, e incluso cuando este murió, cargó de buen grado con su suegra Naomí, como mandaba la Ley. Aquella historia se le hizo muy cercana e incluso llegó a identificarse plenamente con el pasaje de Ruth 1, 16-17: «No me pidas que te deje y me aparte de tu lado, porque donde tú vayas, iré yo, tu D-os será mi D-os, y tu pueblo, mi pueblo. Donde tú vayas, iré yo».

Esforzada como era, fue aprendiendo cada día más. Preparaba el Shabat a la perfección, hacía jalots *a las mil maravillas, cocinaba siguiendo la prescripción* kosher *sin falta alguna, cumplía con esmero todos los demás mandatos de la Ley contemplando las Tevilá, el Mikve, los ayunos, las fiestas de guardar sin dejarse una e incluso comenzó a recordarle a su compañero qué días tenía que hacer ayuno; había alcanzado un nivel de conocimiento que asombraba al propio Harel.*

Mientras tanto, en ese transcurrir, los dos jóvenes enamorados mintieron, engañaron y sobornaron a cuantos tuvieron a su lado para poder estar juntos en secreto. A la vieja mujer con la que Chaia vivía la acabaron convirtiendo en su mejor tapadera para escapar de Lirán, sin levantar sospechas cuando ella decía acompañarla en sus visitas al balneario medicinal de Wieliczka. Allí se les sumaba Harel, y en complicidad con la anciana, disfrutaban de cortas y placenteras estancias en un hotel de la calle Kamierz, donde llegaron a sentirse marido y mujer.

En esos viajes, la pareja se olvidaba de todo y solo se tenían el uno al otro. Amanecer yaciendo pegados cuerpo con cuerpo en la cómoda cama del hotel después de una noche de amor era el despertar que tanto anhelaban para el resto de sus vidas. Pero en la cabeza de Harel,

víctima de un sentimiento de culpabilidad, afloraba también la imagen de Ludmila. ¿Hasta cuándo tendría que permanecer con ella y acabar de pagar la deuda de agradecimiento y ayuda que le había prestado en su tiempo? La incógnita de la respuesta le producía un desasosiego que oprimía su corazón. Quiso resolver la cuestión y se hizo el firme propósito de romper definitivamente al regreso del viaje.

Cuando volvió a casa, la fuerza se le fue nuevamente por los ojos al ver con qué mimo y esmero lo recibió y cuidó Ludmila.

—Los viajes de trabajo agotan —le dijo. Porque, además, ella le creía todas sus excusas sin dudarlo, o por lo menos, eso se esforzaba en hacerle creer. En ocasiones la encontró llorando en silencio, pero ni le pidió razón ni ella se la dio tampoco.

Una tarde llegó el momento que Harel más temía. Chaia, en un arrebato de cólera, lo amenazó con dejarlo.

—Si no le cuentas la verdad sobre nuestra relación y nuestro deseo de casarnos, no volveremos a vernos. Has hecho de mí «la otra», cuando yo fui tu primer gran amor y, lo que es aún más impropio, yo soy la judía de verdad, no ella. Es conmigo con quien debes casarte, y sin embargo, es a ella a la que antepones.

Él guardó silencio hasta que las palabras brotaron de su boca.

—No puedo abandonar a Ludmila; lo he intentado de mil formas, pero cuando estoy a punto de decírselo, su querer me desarma. Esa mujer me adora, soy lo único que tiene y sería capaz de cometer una locura, temo que pueda quitarse la vida. No es judía pero la quiero de verdad.

—Es una farsante —gritó Chaia fuera de sí—. Juega con tus sentimientos, y puedes estar seguro de que no se matará por ti. Hace todo eso para retenerte a su lado, pero tú no la amas, me lo has dicho siempre.

—Cada vez sé menos lo que quiero y lo que no quiero. Si tan claro lo tuviera, no me dolería abandonarla y sus lágrimas me importarían poco. Así está mi corazón desde hace tiempo —dijo él con amargura—, divido, roto en dos.

—Le estás agradecido, pero no puedes anteponer tu vida a un compromiso eterno porque te salvase aquel día. Eso no es amor. Además, ¿qué va a ser de mí? ¿Acaso yo también debo acabar representando el papel de afligida y conmoverte de pena? Un día querrás tener hijos y mejor que sean nuestros. Con ella nunca serán hijos de primera, por mucho que esa hipócrita pretenda acogerse al judaísmo para atraparte.

Llevada de los nervios, Chaia había perdido toda su dulzura.

—¡Qué más me da ser judío de primera o de segunda clase! —

respondió Harel contagiado ya de la violencia verbal—. La vida no es como uno la desea, no la escogemos siquiera, viene como viene y no toca más que aceptarla. Qué me importa ser de primera o última clase.

—No hables así, Harel. Si piensas de esa forma, será mejor que apostates antes de convertirte en el padre de unos hijos gentiles, porque sabes tan bien como yo que los verdaderos judíos son los nacidos de un vientre judío como el mío, no como el suyo.

—¿Crees que renegando de mi condición dejaría de ser lo que soy? Nací, viviré y moriré como judío, pecador si quieres, equivocado si lo deseas, pero judío aunque no reciba sepultura en cementerio hebreo —sentenció él.

—Pues actúa como tal y no cometas un error imperdonable —le reclamó ella—.

¿Quieres que sea yo quien le hable? —la pregunta fue directa.

Harel palideció; no quería que Ludmila sufriera, pero sabía que Chaia no pararía. El triángulo amoroso del que durante meses había gozado le mostraba lo que en realidad era: un trofeo en lucha entre las dos mujeres.

Se fue de allí cabizbajo y reconociendo haberse convertido en la marioneta que habría de obedecer a la que ganara. La idea lo llevó a pensar en huir y abandonarlo todo; sería un recurso cobarde pero también una liberación. Recordó la Ley del Todopoderoso cuando dice que aquello que no da alegría no puede ser bueno, y él no la tenía desde hacía ya tiempo. A las puertas de su casa perdió toda fortaleza y acabó aceptando resignado el destino que le tocara en aquella disputa. Fuera quien fuese la ganadora tendría toda su adoración, porque con esa experiencia había aprendido que el éxito del hombre consiste en amar a su mujer. Pero para su desgracia, él había acabado amando a dos y no teniendo éxito con ninguna.

Respiró profundamente y entró, fue directo a la habitación y comprobó que Ludmila dormía, se recostó a su lado y se acurrucó tras ella como hacía siempre. Su pelo olía a jabón, y su piel, a colonia de lavanda. Se sintió culpable de quererla y se separó para darse la vuelta. Entonces fue ella quien se volvió y depositó un primer beso, luego un segundo, y los siguientes los fue dejando por el resto del cuerpo bajando por su espalda hasta las nalgas. Esta vez, contrario a todo, Harel quiso imponerse.

—Déjame, Ludmila, quiero dormir.

El tono casi ausente de sus palabras la frenó, y él pudo oír los sollozos ahogados por el desprecio causado.

Chaia esperaba impaciente el momento adecuado para hablar con su oponente sobre aquello que ambas habían evitado afrontar; ya no podía

más y decidió hacerlo aquella misma tarde. Se citaron antes de la clase en el café de la calle Szeroka. Ella llegó con tiempo y se dedicó a pensar cómo la enfrentaría, pero no alcanzó a hallar el modo porque Ludmila apareció minutos antes de la hora convenida. Chaia la vio llegar a través del amplio ventanal. «Además de progresar en el estudio de la Ley, también lo ha hecho en sus modos y maneras», pensó al verla entrar vestida con clase y recato. Se saludaron con la fingida cordialidad de la que siempre hacían gala, fuera en público o en privado, y Ludmila tomó asiento.

—Voy a ir al grano —espetó Chaia con aspereza y nervios mal contenidos—. No quiero que sigas siendo una barrera entre Harel y yo. Nos queremos y debes abandonarlo de inmediato. No es tu marido, y tampoco eres judía ni lo serás por mucho que te esfuerces en aprender. Además, eres mayor que él.

—Tú y las demás mujeres podréis decir y chismorrear lo que queráis —respondió Ludmila con aplomo—, pero la verdad es que yo soy la mujer de Harel Goren, y tú solo eres su amante, la otra a la que tiene que ver a escondidas en cuartos donde van las putas o en hoteles elegantes que él paga con mi dinero. Por tanto, ya sabes quién debe irse.

—¿Amante yo? ¿Cómo te atreves a llamarme así cuando no eres más que una vulgar gentil? ¡Tú eres la guarra! Y de una vez te digo que no soportaré esta situación ni un minuto más. No sigas esforzándote por ser lo que nunca serás y acepta lo que realmente eres: una miserable campesina ucraniana más puerca e impura que las tripas de un cerdo. —Chaia estaba desatada, arrebata por la ira. Esa mujer no quería entender que su amor se remontaba a su infancia y que eso le otorgaba un derecho superior—. No eres judía, y él es el hombre con quien está escrito que debo casarme.

—Soy la mujer que lo ama, con la que vive, y si bien no nací judía, lo seré por él y cumpliré la Ley mejor que tú, pues sabiendo que Harel tenía un compromiso conmigo te metiste en nuestra relación y te aprovechaste hasta de mi dinero. No tienes ni un gramo de esa dignidad de la que siempre vas haciendo gala. Yo no miento en cuanto a mi vida como lo haces tú engañando a tu novio, al rabino y al resto de la comunidad. ¿Quién de las dos es más digna a los ojos del Señor? —Con lágrimas resbalando por sus mejillas se levantó y abandonó el café dejando a Chaia con la boca abierta.

La joven había imaginado muchas formas sobre cómo sería el encuentro, pero esa no la había considerado siquiera. En su cabeza resonaron las palabras mentiras, engaños, indigna *que Ludmila le había dicho a las claras. Un frío intenso le recorrió el cuerpo.*

Harel cerró la tienda y marchó para casa, sabía que era el momento

de enfrentar la verdad y sufría de impaciencia y desasosiego. Al entrar besó a su esposa en silencio y ella le devolvió el beso como si nada.

—Te he cocinado borsch *como a ti te gusta.*

—No traigo apetito.

—Cena un poco. Se te ve cansado, en la cama te frotaré la espalda con linaza.

El joven hizo lo que ella dijo y el silencio se adueñó de la casa durante el resto de la noche.

Al día siguiente, Chaia y él se dieron cita en el cuarto donde consumaban sus encuentros, pero esta vez ninguno de los dos se desvistió. Fue ella la que enfrentó la situación porque, igual que siempre, él se mantenía como convidado de piedra en ese triángulo.

—¿Qué pasa si te digo que no quiero volver a verte? —El rostro de Harel adquirió un tono blanquecino—. Esta situación me ha condenado a un estado que no merezco. Resulta que soy y he sido la amante, la otra a la que ves en este cuarto maloliente. No me has pedido en casamiento, y eso es una gran humillación para mí. Esperando que algún día lo hicieras he mentido a todos los que me rodean y hasta he postergado mi boda con Lirán una y otra vez con montones de excusas.

—Sí, es mejor que lo dejemos —aceptó él. Nunca imaginó que diría eso pero lo hizo.

Ella, mirándolo a sus tristes ojos, le hizo la que sería su última pregunta.

—¿Estás seguro de lo que dices, Harel Goren?

—No —contestó él—. Eres la mujer que amé desde niño, con la que soñé casarme todos y cada uno de los días que pasé en Skvyra. Pero hoy no tengo valor para decirle a Ludmila que la dejo. Cuando me salvó la vida, yo también le di a ella un motivo para vivir la suya y no puedo quitárselo, creo que nunca lo haré.

Chaia cogió su abrigó, su bolso y salió del cuarto, no quiso escuchar más y allí lo dejó con sus lágrimas mientras ella se llevaba las suyas. Con presteza se plantó en el restaurante del que era dueño Lirán y, sin mediar saludo, endulzó los oídos del hombre que en tantas ocasiones le había pedido su mano.

—Se hace necesario que hablemos con el Rabino. Fija la fecha de nuestra boda y también la de nuestro viaje a América.

Asombrado por el proceder, Lirán quiso preguntar la causa de ese cambio repentino, pero ella cerró su boca y él aceptó.

Ludmila esperaba a Harel sentada en el salón con la mirada perdida a través del cristal de la ventana. Cuando entró, antes de que él hablara se le adelantó.

—Creo estar embarazada, ya tengo un mes de falta. Parece que esta

vez no he hecho bien mis cuentas para evitarlo.

El rostro de Harel se iluminó. De repente recuperó todas las fuerzas que consideraba perdidas y, alborozado por la buena nueva, la abrazó.

—¡Magnífico! Entonces la semana que viene nos casaremos. Sé que el Beth-Din nos dará su aprobación. Evitaremos mencionar el embarazo para no incurrir en falta y asunto arreglado. Al fin seremos esposo y esposa ante la Ley.

—Me he sentido tu esposa desde hace mucho y ese acto no sería para mí más que un mero formalismo, pero ahora voy a tener lo que he anhelado desde que estoy contigo y por lo tanto nada nos deberemos ya. La vida con vida se paga. Yo te ayudé en su momento y tú ahora me das lo mejor que puedo recibir: un hijo que será carne de tu carne. Estamos en paz. Nada te retiene, puedes marchar con Chaia, como es tu deseo.

Era la primera vez que hablaba así y Harel la escuchó estupefacto. La campesina que parecía su sirvienta, la rubia ucraniana que se dejaba la vida por tratarlo a cuerpo de rey y que se había propuesto convertirse al judaísmo para matrimoniar con él y servir a su mismo creador era en verdad su ama y señora, pero lo dejaba libre cuando él había decidido seguir a su lado.

La noche dejó caer su manto oscuro como de costumbre y una idea comenzó a bullir en la mente de Harel: se casarían, tendrían a su hijo y marcharían para siempre a vivir a Norteamérica; allí las mujeres no rechazarían a Ludmila. Con ese pensamiento le llegó el sueño.

El tiempo pasó y aquel último deseo de viajar quedó solo en eso. Harel murió en 1938 a la edad de sesenta y nueve años, cinco después que Ludmila. De sus tres hijos, uno sí consiguió alcanzar el sueño americano, los otros dos murieron junto a sus familias en los campos de exterminio, donde no se preguntó quién era judío de primera y quién de segunda.

Terminado el relato, fue Luar la primera en saltar y dar la réplica.

—Ha sido un hermoso cuento, tía, pero como bien dijiste, y sin pretender deshonrar la memoria del buen Harel, eran otros tiempos. Hoy las mujeres no aceptan tan fácilmente la relación a tres, por mucho que se esfuercen algunas personas en hacerlas parecer *fashion*.

—Siento contradecirte, sobrina: esas relaciones siguen estando a la orden del día —apuntó Tamara—. ¿Sabes cómo llaman en México las propias esposas a las amantes? —Luar arqueó las cejas y movió la cabeza negativamente—. *Aquellitas*. Y te diré por qué. Si en una fiesta alguna mujer pregunta quién es la amante de algún respetable marido, siempre hay otra que señala con el dedo y dice

«aquella».

—Será cuestión de esperar a que en las fiestas, de los maridos también surjan los *aquellitos* —señaló Luar con sarcasmo.

—Pues si en esa lucha por la igualdad nos dedicamos a copiar los mismos malos hábitos y defectos que ellos arrastran, estaremos dando un paso al frente de camino al precipicio —sentenció su madre.

—«A mayor talento en la mujer, mayor indocilidad», dijo Shakespeare, y me congratulo por ello —terció Dorón dirigiendo una cariñosa mirada a su hermana.

Algún día le hablaría de su breve relación con Irene y del papel que en un triángulo amoroso juegan los tres lados, pero aquel no era el momento para una discusión tan valiosa, y menos con su primo David a un pie de la Jupá.

—¿Podría usar ese cuento para el libro que estoy escribiendo? —preguntó a su tía.

—Con los de tu madre podrías escribir hasta una colección, ella sí que sabe relatarlos bien… porque no habrás perdido semejante cualidad… —Tamara miró fijamente a su hermana.

—Puedes estar segura de ello —replicó Dorón de inmediato.

—A estas alturas, solo espero que alguno de mis hijos herede la costumbre —dijo Anne mirándolos con benevolencia.

—Lo siento —se adelantó él—, al contrario que tú, yo sé escribirlos pero no contarlos. Habrá de ser ella —propuso señalando a su hermana.

—Creo que esa es una cualidad con la que pocos nacen, y presiento que yo no la adquirí entonces —se excusó Luar.

—¡Tonterías! Eres una Horowitz. ¿Es que acaso el gen Benatar es un depredador del arte? —exclamó su tía.

—¡Hasta ahí podíamos llegar! —explotó Isaac con fingida vehemencia provocando la carcajada de todos.

—Los de tu madre son más enternecedores, y con gusto me quedaría a escuchar uno suyo, pero estoy cansada y supongo que vosotros también —se disculpó Tamara.

—No todos —dejaron escapar a dúo Miriam y Orit mirando de soslayo a Luar y Lizset.

—Pues conmigo no cuentes —indicó Emanuel a su esposa. Ariel lo secundó.

—Ni conmigo tampoco —exclamó Miguel frotándose las sienes con un ligero masaje— Yo aún sigo aturdido por el viaje.

—Es una pena que tengamos que irnos las cuatro solas a dar un paseo —apuntó Luar con una sonrisa cómplice hacia sus tres

primas.

Estas no parecían dispuestas a irse a dormir teniendo a sus pies una ciudad como Madrid.

—¡Es Shabat! —exclamó Tamara.

Se esforzó por mostrar una fingida rigurosidad en sus palabras con la intención de no desairar a su hermana, pero Anne sabía bien que mientras las Horowitz estuvieran allí, los preceptos sufrirían pequeños contratiempos en su cumplimiento sin que ello alterara su esencia. Conocía a su hija y a sus sobrinas, y sabía que todo lo que querían era estar juntas y hablar de sus cosas.

—*Recuerda el día para santificarlo* —declamó Dorón—. *Seis días habrás de trabajar y realizarás todas tus tareas, pero el séptimo lo consagraras a tu D-os y no harás ningún trabajo tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo ni tu esclava, así como tampoco tus animales*. Éxodo XX, 8-11 —concluyó el pasaje de la Torá—. Supongo que Hashem en su sabiduría sabrá comprender el buen ánimo de estas mujeres.

—Siempre lo he dicho, podrías haber sido un buen rabino —añadió su madre.

—Podría, tú lo has dicho, pero a mi sobrino lo caso yo con la hija de los Kolelt en menos de un mes —indicó Tamara—. Y es de las más guapas y ricas de México.

—Gracias, tía, pero ya sabes que a mí me va la mala vida, y esa chica que mencionas no tiene la culpa, evitémosle el castigo —concluyó él.

—Entonces tú serás quien las acompañe —señaló Anne.

—No hay problema, seré su carabina con sumo placer.

Un baile de besos y despedidas circuló por el salón. Minutos después, los cinco hacían corrillo en la plaza de Ópera.

—Bien, hasta aquí llega mi complicidad. La ciudad os pertenece, disfrutadla de verdad.

Deseaba llegar a su casa cuanto antes y caer en el sofá cama. Los dolores, si bien no tan intensos, aún persistían. Además, desde la muerte de Natalie se dejaba ver poco por los lugares donde sabía que encontraría a los amigos; aún no tenía cuerpo para ello.

Nada más abrir la puerta de la buhardilla se encontró a *Nech* parado como un fiel vigilante. En cuanto entró, el animal se introdujo entre sus piernas comenzando un baile de amores a la par que lo rozaba con su lomo y su cola. No era una mascota al uso, ya que no era Dorón quien lo había adoptado, sino al contrario. Fue el gato quien en un caluroso mes de julio de hacía tres años, entre todas las terrazas decidió colarse en la suya e instalarse con la mayor soltura y sin el menor atisbo de recelo. Buscaba la sombra y

quién sabe si también la música de la ópera en dos actos de la Flauta Mágica, de Mozart, que en aquel momento escuchaba tendido en la hamaca. Le llamó la atención el maullido del gato entre exigente y suplicante cuando él se llevó a los labios la cerveza fría que tenía en las manos y le dio un trago. Las miradas de los dos se cruzaron y un lánguido bostezo se dibujó en el rostro del felino. Ese acto de confianza le hizo suponer que quizá fueran viejos conocidos de vidas anteriores que se reencontraban nuevamente en la rueda del Samsara. Fue a la cocina, tomó un plato y puso agua fresca, luego se lo acercó sin tocarlo y volvió a sentarse para seguir a lo suyo. El felino se levantó, arqueó el lomo desperezándose y bebió. Ese acto selló para siempre la amistad que hasta el momento se prodigaban y se convirtió en un ejemplo de convivencia en el que cada uno respetaba la independencia del otro. Con el tiempo, y cuando la relación se hizo ya de total camaradería, abrió una pequeña trampilla en la puerta de la terraza que el gato aprendió a cruzar sin mucho esfuerzo y, de paso, a instalarse en el sofá.

El comedero tenía pienso y la bandeja estaba limpia, pero conociéndolo, sabía que *Nech* siempre estaba abierto a un ambigú de sus sobres preferidos de carne de buey en salsa que tanto le entusiasmaban. Aun cansado como estaba, consideró pequeño el favor que el gato pedía y sacó uno de los que guardaba en la parte baja de la alacena para servírselo.

Tumbado en el sofá cama con la mirada fija en el techo con vigas de madera, pensó en la unión cordial y amistosa que mantenía con el animal y en lo difícil que siempre le habían resultado las relaciones de pareja hasta que apareció Natalie. Con ella habría compartido su propio espacio vital sin importar que este se limitara a la pequeña buhardilla, y estaba seguro de que habría sido para siempre. Lo sabía porque, a pesar de los defectos de ambos, el tiempo que pasaron juntos resultó una experiencia que ahora le parecía irrepetible con cualquier otra mujer. Nunca apareció el sentimiento de posesión que hace saltar por los aires la convivencia si cada uno no encuentra su lugar con independencia del otro; lo había visto tantas veces entre sus amigos que había dejado de ser la anécdota para convertirse en norma. Esa necesidad de parecer siameses, de estar obligados a pensar, sentir y actuar como iguales les levantaba a los dos salpullidos en la piel. En una pared de la buhardilla próxima a la puerta tenía colgada una pequeña maderita que se había traído de México en uno de sus viajes. Impresa en letras plateadas estaba escrita la preciada máxima de Benito Juárez, padre fundador de la patria mexicana, que decía: «En las naciones,

como en las personas, el respeto al derecho ajeno es la paz». Una sencilla frase que al mundo le costaba Dios y ayuda entender pero que Natalie supo interpretar desde el primer instante que la leyó. Volvió a darse cuenta de que, aun ausente para siempre, seguía convirtiéndola en referente de todo.

Nech regresó a su lado relamiéndose los bigotes, y al verlo allí como el otro ser vivo existente en su pequeño universo personal, él se dejó llevar y convirtió su pensamiento en un nuevo soliloquio.

—Creo que viene siendo hora de hacer lo que se debe hacer. Es bueno no olvidar, pero también es preciso levantarse cada mañana y salir al encuentro con la vida sin que el pasado condicione lo que esté por venir.

Había dado el primer paso, el paso que su madre no se cansaba de pedirle: era tiempo de comenzar a caminar de nuevo. Envuelto en ese pensamiento le llegó el sueño.

El robo

La señora Brecht tenía su residencia en la colonia El Viso, una privilegiada zona de chalés que en su tiempo fue un ejemplo urbanístico de las llamadas ciudades jardín, que tan poco entusiasmo suscitaron en España y que sin embargo fueron gratamente acogidas en otros países de Europa, entre ellos Alemania. Era una zona con vigilancia constante de la policía por estar habitada en su mayor parte por personajes de la clase alta madrileña. A esas horas de la noche, la soledad y la quietud dominaban sus arboladas calles y sus adormecidas casas, pero esa tranquilidad estaba a punto de ser rota por Pittner y su acompañante Gunter. Los dos individuos estacionaron el coche justo enfrente de la casa de la señora Brecht, otearon la calle a uno y otro lado, y ágilmente treparon la valla del jardín y se introdujeron dentro. Con presteza anularon las alarmas ayudados de los sofisticados inhibidores que portaban, forzaron la puerta trasera y entraron. Sin perder tiempo, inspeccionaron la planta baja trasteando los muebles y rebuscando en armarios y cajones, golpearon sigilosamente las paredes con la oreja pegada a ellas en busca de falsos huecos que ocultaran cajas de seguridad, pero no hallaron lo que buscaban y subieron a la planta superior. A pesar de no conocer la casa, parecían tener claro dónde buscar y registrar, y lo hacían con la pericia del mejor ladrón. En uno de los cajones de una cómoda, Gunter encontró algunas joyas, las revisó sin mucho interés y acabó guardándose un par de relojes que fueron de su gusto. Repasaron toda la casa y algunas de sus partes hasta dos veces, pero no dieron con lo que buscaban. Con el mismo sigilo que entraron, volvieron a salir, se metieron en el coche y se alejaron. Mientras Gunter conducía, Pittne sacó el móvil y marcó un número.

Lejos de allí, el silencio del despacho tenuemente iluminado por el resplandor que ofrecía la pantalla marrón claro de una lámpara de mesa se vio rasgado por la llamada.

—*¿Algún problema?* —respondió la voz de Herr Schmidt sentado ante su mesa de estudio.

—Ninguno. La información facilitada por nuestro hombre aquí era correcta y en la casa no había nadie —respondió Pittner.

—*¿La habéis encontrado?*

—Hemos revisado todo, pero no hay ni rastro.

—*Sigue buscando. La familia tiene que tenerla en algún sitio.*

—Daré con ella —dijo antes de colgar.

Pocas veces había visto a su jefe tan inquieto, y eso lo llevó a

pensar que lo que buscaba tenía más importancia de lo que parecía.

En su precipitación, Rudolf Schmidt había comenzado a negociar su tesoro sin tenerlo aún en las manos. Ansiaba hacerse con un codiciado y jugoso contrato para el desarrollo inmobiliario del eje Moscú-Este, y en secreta negociación lo había sumado a su oferta. Sabía que el gobierno ruso premiaría esa donación y él haría el negocio de su vida, un negocio de muchos cientos de millones. Salió de la estancia con sigilo para no despertar a nadie en la casa y regresó a la cama.

Historia de los Brecht

Con un cielo azul oscuro veteado de líneas en rojo profundo, el ocaso cerraba su puerta al día y abría la de la noche madrileña. Mientras Dorón disfrutaba en su terraza de una copa de vino se recreó con el espectáculo celeste. Acababa de encenderse la iluminación de la basílica de San Francisco el Grande, y la potente luz blanca colaboraba a realzar más si cabe su grandeza, una grandeza que la llevó a ser considerada durante largo tiempo la tercera planta circular de mayor diámetro de la cristiandad. Momentos como ese en los que la belleza primaba sobre todo lo demás eran los que más lo reconfortaban, y la estampa de un atardecer como el que acababa de ver era la mejor arma contra el desánimo. La llamada de su móvil lo sacó del embeleso: era Cecilia.

—*¿Qué tal te encuentras? ¿Se curan esos golpes?* —preguntó ella.

—Casi está olvidado —respondió él un tanto sorprendido; no eran horas para una llamada de cortesía.

—*Pues a nosotros nos han dado un susto de cuidado. Alguien ha asaltado la casa de mi madre.*

—¿Le ha pasado algo? —preguntó de inmediato.

—*No, por fortuna pasaba el Shabat en mi casa, como de costumbre. Pero a la doncella por poco se le para el corazón cuando ha llegado a la casa y se la ha encontrado revuelta. Yo acabó de venir de allí.*

—¿Qué se llevaron? —se interesó él.

—*Dos relojes, y no de los mejores. La verdad es que fueron un poco chapuzas. No es que mi madre guarde en su casa joyas excesivamente valiosas, para eso tenemos la cámara acorazada de la empresa, pero algo sí que había, y esos ladrones las han dejado como si tal cosa. Supongo que porque les parecieron antiguas.*

—¿Podríamos vernos? —preguntó él.

Intentó mantener la calma porque algo le decía en su interior que ese asalto, al igual que el suyo, estaba relacionado con el tema de las escrituras, y que Herr Schmidt trabajaba rápido y con recursos.

—*Te lo iba a pedir yo, pero me daba reparo por si tenías algún compromiso* —se disculpó ella.

Acordaron verse en media hora y, llevado de la tensión, se arregló y vistió a toda prisa. Deseaba que esos asaltantes fueran los mismos alemanes que lo habían golpeado. Si ahora se los encontrase en Madrid, conocerían la rabia que a lo largo de esos días había ido acumulando por la impotencia. Había guardado la pistola después de la muerte de Natalie por temor a usarla sin la

debida dosis de razón que exige un arma, pero decidió convertir su Beretta en su acompañante inseparable desde ese mismo momento. El caso comenzaba a exigirlo a gritos.

Apenas tardó veinte minutos en llegar a Puerta de Hierro, un área residencial de gran lujo al noroeste de la ciudad, donde Cecilia tenía su casa. Llamó al timbre, y mientras esperaba que le abrieran, observó la presencia de una cámara de vigilancia en la parte superior de la valla del jardín. Un sonido seco anunció la apertura automática de la pequeña puerta situada a un lado de otra mayor para el acceso de vehículos. Cruzó el jardín hasta llegar a la puerta del chalet, bajo cuyo umbral lo esperaba ella. Pasaron al interior y se dirigieron al salón. La señora Brecht se encontraba sentada en uno de los sofás, y en el contiguo se hallaba sentado un señor mayor que de inmediato se puso en pie. Dorón pudo apreciar su buen porte.

—Señor Benatar, lamento molestarlo, pero este acontecimiento nos ha puesto algo nerviosas —se excusó la señora ofreciendo su mano sin levantarse, el bastón seguía pegado a ella.

—Me hago cargo —dijo él tomándola y llevándosela a los labios pero sin llegar a tocarla.

—Él es nuestro buen amigo Alfonso de Queralt, íntimo de la familia y albacea de mi difunto padre —indicó, haciendo las presentaciones protocolarias.

—Un placer —extendió su mano y estrechó la del hombre.

Cecilia le ofreció uno de los sillones y los cuatro acabaron sentados en torno a la mesa baja del salón, sobre la que reposaba una bandeja con un juego completo de café. Cecilia le sirvió una taza.

—No he tenido más remedio que contar a mi madre tu desencuentro en Berlín, por eso está Alfonso con nosotros.

—Mi hija me ha informado de lo que le sucedió. Lo lamento profundamente y siento no haberme enterado antes. Su madre es mi amiga, y no me perdonaría nunca que algo malo pudiera sucederle —señaló la señora Brecht con sentida preocupación.

—No le voy a decir que sean gajes del oficio pero se está expuesto a ello —contestó Dorón queriendo restarle dramatismo—. Aun así, le rogaría que no se lo contara a mi madre.

—Pierda cuidado, no lo haré si no es preciso.

—¿Cree usted que puede tener alguna relación el robo en la casa de la señora Brecht con las escrituras? —preguntó el señor Queralt.

—Mi intuición me lleva a pensar que así es. ¿Puedo saber cómo sucedieron los hechos? —se interesó Dorón— ¿Estaba sola la casa?

—Afortunadamente sí —indicó Cecilia.

—¿Han llamado a la policía?

—En cuanto lo supimos. Vinieron rápido, y según apreciaron, los asaltantes entraron por la puerta que da al jardín trasero. Parece que anularon las alarmas.

—¿Qué más descubrieron? —le interesaban los detalles por simples que estos parecieran.

—Dicen que seguirán investigando porque mi madre es la tercera a la que asaltan en la zona en los últimos meses.

—Me comentaste que solo se llevaron un par de relojes —quiso constatar él.

—Sí, pero había algunos otros objetos que un buen perista no dudaría en comprar.

—¿Dónde están las escrituras de la casa? —acabó preguntando a bocajarro.

—En la cámara acorazada de la empresa, donde guardamos nuestras existencias y demás cosas de valor. Te recuerdo que somos joyeros.

La señora Brecht, al igual que el señor Queralt, se había mantenido en silencio escuchando la explicación de su hija, pero consideró que era momento de intervenir.

—¿Quiere saber mi opinión? —Dorón asintió con la cabeza—. Yo sí asocio ambas cosas. No es que tenga un carácter desconfiado, pero no soy muy amiga de las casualidades en momentos tan puntuales.

—Nadie se expone tanto para llevarse tan poco —apuntó el señor Queralt.

—No dejan de ser simples conjeturas, pero hay cosas que no encajan y esa es una de ellas —dijo él.

—¿Cree usted conveniente poner el caso de las escrituras en conocimiento de la policía? —preguntó el señor Queralt—. Si esos hombres no han dudado en atacarlo y tampoco en asaltar la casa de la señora Brecht, deberíamos considerarlo.

—Yo esperaría a ver qué nos dicen los abogados de Berlín el lunes cuando los llame y me den noticias. De todas formas, y por precaución, sería conveniente que pasara usted unos días en casa de su hija —le recomendó—. Si nada tiene que ver con el caso y han sido ladrones inexpertos, no es de extrañar que comenten con su perista las cosas que han visto en la casa y puede que quieran volver a por aquello a lo que no han dado importancia.

Sabía que no eran ladrones del tres al cuarto los que habían registrado la casa, eran hombres de ese gánster alemán, pero no

quiso provocar más nerviosismo del ya existente.

—Lo que se van a llevar entonces será una sorpresa, porque he mandado a la compañía de seguridad cambiar la alarma por una de última generación. De todas formas, me parece una buena idea —apuntó Cecilia solicitando la aprobación de su madre, quien aceptó con un sencillo gesto de cabeza.

Dorón cambió el rumbo de la conversación para llegar a la figura de Ernst Brecht. No había olvidado las palabras de Herr Schmidt cuando se refirió a él y quiso saber más.

—¿Cómo acabó su padre en España? —preguntó a la señora Brecht.

—Aquello fue una aventura que comenzó nada más llegar a Berlín Occidental y que, si no le aburren los relatos de vieja, puedo contarle ahora.

—Nada hay más satisfactorio para mí, puede estar segura —respondió mientras se acomodaba en su asiento.

—La noche que logramos huir nos alojamos en una pequeña pensión en la que fuimos muy bien recibidos; llegamos con el miedo como fiel acompañante y allí nos dieron todo su apoyo. Para nuestra sorpresa y para sorpresa también del mundo entero, al día siguiente escuchamos por la radio que una legión de hombres y soldados levantaban el muro. Nos acercamos para verlo con nuestros propios ojos y, si bien yo no supe la trascendencia de aquel acontecimiento por ser una chiquilla, pude apreciar el dolor que significaba por las lágrimas que brotaban de los ojos de mi padre, de mi madre y de otra mucha gente. La ciudad estaba alterada y la tensión aumentaba según pasaban las horas. En la televisión no parábamos de ver como muchas personas saltaban las alambradas que extendían los soldados. Vimos a gente descolgarse por muros y ventanas de edificios intentando escapar, igual que lo habíamos hecho nosotros. Los obreros las estaban tapiando una por una. Aún recuerdo los abrazos que nos daba la señora que nos recibió, no paraba de agradecer a D-os nuestra suerte, aunque para mí era la mayor de las desdichas, y mucho más lo fue cuando mi madre dijo con los ojos húmedos por el llanto que jamás regresaríamos a nuestra casa.

»Aquellos días, muchas familias quedaron separadas por el muro, y mi madre se negó a seguir en la ciudad. Mi padre buscó trabajo y un fabricante de relojes le ofreció ir a Munich a su fábrica. Él aceptó y nos trasladamos.

»Durante unos meses vivimos allí. Mi madre me apuntó a un colegio y comencé mis clases llena de confusión. Todo lo que hasta

entonces había estudiado en Berlín Este no sirvió de nada. La historia de Alemania que me contaron en un lado no coincidía con la que me contaban en este otro. Para mis padres, el cambio tampoco fue como esperaban: recibieron el maltrato y el desprecio de mucha gente que no entendía o no quería entender por qué mi padre, siendo alemán, había disparado contra otros alemanes durante la guerra y se fue con los británicos; para esa gente simplemente era un traidor. Sin embargo, bien que guardaban silencio y hasta llegaban a negar enfáticamente que esos mismos alemanes contra los que había luchado mi padre hubieran sido capaces de matar a otros millones de compatriotas suyos en campos de exterminio; incluso ponían en duda su existencia. Eso a él, que fue de los que entró en uno de esos campos, y a mi madre, que sobrevivió al más cruel de todos, les enardecía el alma y la sangre. Hubo incluso quien maldijo a los judíos en su cara y quien le hizo el saludo nazi. Un día, un relojero español al que surtía y trataba con frecuencia le ofreció irse a España para que lo ayudase en su negocio. Mi padre aceptó, y hasta hoy día.

—¿Cómo les fue aquí cuando llegaron? —Dorón no ocultaba su interés.

—Nos costó adaptarnos hasta que conseguimos aprender español, luego todo fue bien. La gente nos trató siempre con respeto y cariño. Poco a poco nos fuimos integrando, y ya ve: ahora mi hija y mis nietos son de esta tierra.

—Es una historia apasionante.

—Todos los judíos tenemos una, supongo que usted también la tendrá —inquirió ella con una sonrisa.

—Siento decepcionarla, pero soy del montón con una historia del montón.

Le gustaba escuchar; su trabajo consistía en espiar la intimidad de otros, pero cuando le tocaban la suya se cerraba en banda.

—Quién lo diría para ser un detective existencial doctorado en Filosofía.

—¿Es usted doctor en Filosofía? —preguntó con extrañeza el señor Queralt.

—Entiendo que le parezca raro, pero conozco a maestros que trabajan de camareros y a enfermeros que son teleoperadores. Así son los tiempos —estimó que podrían continuar las preguntas sobre su persona y no quiso averiguar hasta dónde llegaría la curiosidad de los presentes—. Siento tener que dejarlos pero tengo un compromiso familiar ineludible.

Excusarse con el argumento de la familia era todavía un recurso

que ofrecía el mayor de los respetos.

—Si va usted a ver a su madre, ofrézcale mi agradecimiento por haberme recomendado un profesional de su talla y talento —indicó la señora Brecht.

—Favor que usted me hace —respondió él con una sonrisa, se despidió y salió.

No era tarde y supuso que en casa de sus padres estarían cenando, de manera que fue para allá.

Nada más entrar se encontró con su madre y su tía vestidas y perfumadas dispuestas para salir.

—¿Y la cena? —preguntó llevado de la extrañeza.

—En el frigorífico, sírvete lo que quieras —respondió su madre.

—Nosotros ya hemos cenado y estamos esperando a dos apuestos galanes entrados en canas para que nos lleven de fiesta, porque estoy segura de que esta ciudad, de eso está más que sobrada —dijo su tía.

—¿Y los primos?

—Están de paseo.

—¿Cuándo será la petición de mano?

—Los padres de Jacqueline llegan mañana —comentó su madre.

—Siendo ese un acto mercantil, estoy excusado de asistir, ¿verdad? ¿Puedo ver el pedrusco que has traído para la niña? —pidió a su tía.

—Tan grande como un frijol gordo, dos quilates y tallado con un mimo que ya lo quisiera yo para mí —respondió ella—, pero lo tengo guardado, ya se lo verás puesto.

—Bien hecho, tía. Si la cosa va de impresionar ¡A ver quién te puede! —exclamó su sobrino.

—Menudos somos los mexicanos para estas cosas —terminó por sentenciar ella.

Su padre y su tío Abby entraron en el salón y las dos parejas se fueron dejándolo solo en casa. Pensó en servirse algo y cenar, pero prefirió regresar a su buhardilla.

Kristín

Dorón disfrutaba de la tranquila soledad de su casa porque su hermana pasaba más tiempo fuera que dentro cumpliendo con su labor de cicerone. Las primas y sus maridos habían venido dispuestos a apurar al máximo los días y noches madrileñas, cuya fama había saltado fronteras. La variedad de restaurantes de alta cocina, sus incontables bares de tapas, cafés espectáculo y discotecas abiertas, unas hasta el amanecer y otras hasta el atardecer del día siguiente, habían convertido la ciudad en un oscuro objeto de atracción y deseo para sus visitantes.

Se encontraba apoyado en la balaustrada de piedra de su balcón con la vista perdida en los tejados sin un punto fijo en el horizonte. Después de escuchar la historia de los Brecht tan cargada de dolor y sufrimiento, le tiraba la idea de ver más cara que la suya y recrearse en observar. El trajín que le llegaba de la calle en plena noche de sábado terminó por empujarlo y bajar a tomar una copa; quizá fuera bueno dejarse llevar por el gentío que ocupaba bares y terrazas.

La Latina era uno de los puntos de encuentro diario de la noche madrileña, y él tenía la fortuna de vivir allí y a veinte metros de altura. La plaza era un incesante trasiego humano: unos iban y venían, otros hacían corrillos copa en mano a las puertas de los bares. Él entró en uno que en ocasiones visitaba, pero halló demasiado bullicio y en ese momento buscaba ambiente pero con un poco de apacible calma. Sabía dónde encontrarlo y buscó un taxi. Divisó uno libre que se acercaba, levantó la mano para darle el alto, pero justo en el momento en que se disponía a abordarlo, una chica coincidió en su deseo y se le adelantó.

—Perdón —se disculpó ella—, creí que era para mí, es que llevo unos minutos esperando y todos pasan ocupados.

—Entonces tómalo tú, yo esperaré otro —respondió él con tranquilidad.

—¿Me encuentro ante un caballero español o también eres turista? —preguntó ella al ver el gesto de Dorón abriéndole cortésmente la puerta.

—Soy de Madrid pero no de noble cuna.

—Si eres de aquí, podrás decirme dónde encontrar un sitio agradable un poco menos ruidoso que esto —señaló el gentío.

—Hacia allí iba yo.

—En ese caso podríamos compartirlo —apuntó ella con un pie dentro del taxi.

—Excelente idea —aceptó él fijándose en la chica y dándole un rápido pero detallado repaso.

Era hermosa. Su cabello rubio y corto le daba un aspecto desenfadado y sus ojos verdes eran como imanes. De estatura media, tenía un talle muy fino. Llevaba un minivestido de corte *revival* de los setenta color naranja que dejaba apreciar unas esbeltas y bien torneadas piernas. Inmediatamente, su vista se fue al calzado, un elemento que para él reflejaba gusto y estado de ánimo. Una disimulada mirada le permitió apreciar unas finas sandalias de tacón alto y tiras de tonos dorados que despertó su lado fetichista y le hizo fijarse en sus blanquecinos y cuidados pies con uñas pintadas en rojo mate. Le gustó el conjunto y, aunque no había salido con esa intención, se propuso probar fortuna.

—A la calle Reina, esquina con Clavel —indicó al taxista, luego se volvió hacia su acompañante y le ofreció su mano—. Mi nombre es Dorón y el tuyo... —dejó la frase a medio terminar.

—Kristín —dijo ella estrechándosela, pero él, en un suave movimiento, se la aproximó a los labios aunque sin llegar a tocarlos y acompañó el gesto con una leve inclinación de su cabeza—. Por lo que veo, sí estoy ante un caballero español.

—En ese caso, aprovecharé la fama que nos precede para no defraudar tus expectativas y cumplir con el noble tópico, si bien he de informarte que no soy torero ni lo seré, que tampoco soy bailarín flamenco aunque me gustaría serlo, y en lo que respecta a la furia española, es preciso que sepas que fui educado mansamente —apuntó—. ¿Es tu primera visita a Madrid?

—De hecho, es mi primera visita a España

—¿Te gusta?

—En los pocos días que llevo estoy completamente desbordada. No imaginaba tanta belleza.

—Me satisface que así lo percibas. ¿Piensas estar mucho tiempo?

—Dispongo de unos días. En mi trabajo no me dan todas las vacaciones que quisiera, pero estoy determinada a no desaprovechar ni un solo instante.

—Tómatelo con calma y déjate llevar. Verás cómo la ciudad te mostrará su cara más hermosa, amable y divertida —le explicó—. Este encuentro quizá sea una muestra de lo que te digo.

—Es posible, pero supongo que yo te haría la misma recomendación si estuvieras en la mía.

—Pongamos que hablamos de...

—Vilnius —recogió la invitación a declarar su origen.

—Siento delatar mi ignorancia pero... —volvió a dar paso a un

silencio que invitaba a ampliar mayores detalles.

—Los españoles la llamáis Vilna, es la capital de Lituania.

—Ahora sí, ya me sitúo.

—¿Conoces mi país? —preguntó ella.

—No, solo conozco lo bellas que sois las lituanas. Recuerdo vuestra fama cuando estudiaba en Londres. En aquel tiempo hubo una especie de migración masiva de chicas de tu tierra hacia allí.

—Sí, y penosamente, quienes fueron no eran las más representativas — declaró ella con un gesto de desagrado—. Me habría gustado que hubiesen llenado universidades en vez de clubes.

El taxi llegó a su destino y Dorón pagó la cuenta que ella se empeñó en compartir sin éxito. Entraron en el Cock, un bar de siempre para gente de siempre que él pisaba cuando el cuerpo le pedía degustar un cóctel en toda regla, como era el caso en ese momento. Ella observó con detalle el lugar, sorprendida por su decoración de estilo inglés revestido en madera pero con cierto punto decadente que aún lo hacía más sugestivo. Él consideró oportuno hacer alguna referencia al lugar porque en ocasiones le gustaba sorprender a sus acompañantes con pequeños detalles que consideraba de buen gusto y colaboraban a garantizar una cómoda presencia en el sitio donde estuviera.

—Aquí solía embriagarse con gusto y placer Francis Bacon.

—¿Te refieres al pintor?

—Al mismo —confirmó—. Era tan apasionado de Madrid que, incluso siendo irlandés, decidió que moriría aquí. Y así fue hace menos de veinte años.

—Qué suerte; en mi ciudad lo más irreverente que tenemos es la estatua de Frank Zappa.

—Un gran músico y un perfecto incorrecto.

Ella hizo ademán de dirigirse hacia una mesa libre, pero él, tomándola del brazo, le señaló la barra.

—Ahora verás por qué Bacon era un asiduo —dijo ante la extrañeza de la chica, que acabó tomando asiento en una de las sillas altas— ¿Te gustan los cócteles? —ella asintió con la cabeza— ¿Secos o dulces?

—Elige por mí, eso haría un caballero ¿no es así?

—Asumo la responsabilidad y también el riesgo —aceptó Dorón.

Se dirigió al barman, un cincuentón pulcramente uniformado con su traje negro, camisa blanca y pajarita también negra, a quien, si bien conocía por su nombre, siempre se dirigía con el «señor» por delante porque sabía que un buen profesional de la barra no es

amante de las distancias cortas. En su trato con Rodolfo había aprendido muchas leyes no escritas de esa profesión.

—Por favor, dos Dry Martinis en su punto de frío —pidió—. Observa y recréate —solicitó a la chica para que observara los modos y maneras del barman.

El hombre tomó la coctelera y la situó sobre el pequeño tapete azul frente a ellos. Dentro vertió seis cubitos de hielo, cogió una botella de ginebra Beefeater y vertió en un vaso medidor cinco partes que echó dentro del recipiente; en ese mismo vaso puso una parte de vermut seco que también añadió, tomó una cuchara larga de cóctel y mezcló el contenido, colocó en el interior de la coctelera el colador, puso sobre la mesa dos copas de cóctel y lo sirvió. Finalmente tomó un limón, cortó un fino trozo de corteza y la dobló con mimo para que expulsara una fina lluvia aromática sobre las bebidas. En inusual acto de autoexigencia, convirtió la piel en un pequeño cuenco como si fuera una cuchara y tomó una mínima cantidad para mojarse los labios y degustar. Asintió con la cabeza y acercó ambas copas a la pareja.

—¡Bravo! —exclamó la chica, que se llevó la mano al pecho asombrada por la pulcritud del ritual ofrecido—. ¿Y la aceituna?

—Eso es una decoración aberrante —dijo el barman sin cambiar un ápice la gravedad de su rostro.

Kristín tomó su copa y brindó con Dorón.

—*¡I sveikata!*

—*¡Lejaim!* —exclamó él.

—Conozco ese brindis. En mi país hay una gran comunidad hebrea.

—Pues yo no conozco el tuyo y me gustaría que lo repitieras despacio. Si nos vamos a ver más veces, como espero que así sea, querría utilizarlo con decencia —solicitó él—. Soy español y, en consecuencia, sufro de nuestro mayor defecto: el temor al ridículo. —Ella lo repitió y le hizo repetirlo unas cuantas veces hasta que llegó a sonar mínimamente correcto.

Alcanzado ya un pequeño grado de intimidad entre ambos, quisieron saber más el uno sobre el otro. Kristín explicó que era técnica agraria y forestal, y que trabajaba para el Zemés Ukio Ministerija, el Ministerio de Agricultura de su país.

—En Vilna —dijo él.

—Vilnius —matizó ella con una media sonrisa que dejó ver una batería de dientes blancos perfectamente alineados— ¿Y tú? —preguntó ella.

—Mi padre tiene una librería que además es taller de

restauración de libros antiguos y trabajo con él.

—Muy propio de vuestra condición —lo mencionó como si tuviera un cierto conocimiento de las costumbres judías.

—Yo creo que son costumbres de todas las culturas y pueblos del mundo, no solo de la judía.

—Cuando estudiaba la carrera en la universidad —expuso ella— tuve un profesor judío que con frecuencia recurría al Antiguo Testamento para explicarnos temas actuales que vuestra costumbres ya contemplaban hace miles de años. Nos decía que vosotros amabais la tierra por encima de todo.

—Amamos muchas cosas, pero sí, la tierra es de las más preciadas, quizá porque nunca nos dejaban poseerla, daba igual donde estuviéramos.

—¿A qué te refieres? —no entendió el comentario de Dorón.

—Durante muchos siglos, los judíos de toda Europa no pudieron poseer tierras por no disponer de la condición de ciudadanía que tenían los demás; no importaba que llevasen siglos allí, eran judíos y eso lo impedía. La Revolución Francesa fue la que hizo que todo cambiara, y en 1791 concedió plenos derechos civiles. Luego otras naciones comenzaron a hacerlo también.

—Por fortuna fue hace mucho tiempo.

—No tanto, para el antisemitismo no pasa el tiempo; la última vez que volvió a darse ese hecho fue hace menos de ochenta años. —Kristín hizo una mueca de extrañeza ante su puntualización y él se explicó—. Una de las primeras leyes dictadas por Hitler cuando subió al poder fue la de prohibir que los judíos alemanes poseyeran tierras.

—Mi profesor decía que vuestras costumbres recogían muy bien aspectos ecológicos que hoy están comenzando a enseñarse en las escuelas.

—Cuando el Eterno creó al primer hombre —explicó Dorón—, le mostró el Paraíso y le dijo: «Observa mi obra, cuán bella y digna de elogio es. Todo lo que he creado lo he hecho por ti, de forma que no corromperás ni destruirás mi mundo, porque si lo dañas, nadie podrá repararlo». Somos una cultura llena de preceptos, reglas y normas ¡Qué le vamos a hacer!

—¿Eres muy cumplidor de ellas?

—No las sigo por devoción, considero aquellas a las que el sentido común otorga un mínimo grado de razón. El resto implica una gran dosis de fe, de la que carezco, pero tienen mi respeto porque fueron hechas buscando un buen fin.

—¿No crees en la existencia de un Dios?

—Sigmund Freud, que también era judío, estimó que sería magnífico que existiera un Dios que hubiese creado el mundo, y que existiera también un orden moral en el universo y una vida futura; pero luego añadió que no dejaba de sorprenderle la coincidencia de que todo eso fuera exactamente lo que nosotros nos sentimos obligados a desear que exista.

—¿Entonces qué eres? —preguntó ella

—Dejémoslo en judío a secas, que con eso ya es bastante. Bien, ahora te toca a ti complacer mi curiosidad.

—Dispara.

—¿Te gusta viajar sola?

— Presiento que esa pregunta lleva camuflada otra implícita, así que responderé sin rodeos. Sí, me gusta viajar sola y sin compromiso —eso último lo mencionó de forma un tanto enfática en su deseo de dejarlo claro—. Suelo ahorrar durante el año y luego lo gasto visitando una ciudad y aprendiendo lo que pueda.

A Dorón le gustó su modo y manera, no se andaba por las ramas. Pidió dos copas más y, ahora sí, solicitó que se las llevaran a una mesa que se había desocupado. Allí sentados, seguirían matando a preguntas la curiosidad respectiva.

Entrada la noche se acabaron despidiendo a la puerta del hotel Petit Palace Posada del Peine, a un lado de la plaza Mayor, donde ella estaba alojada.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó él— Estás en uno de los hoteles más antiguos de Madrid, su historia se remonta a 1610.

—Pues quién lo diría por dentro —dijo ella con asombro ante el dato recibido.

—Se llama Posada del Peine porque en su tiempo disponía en cada habitación de una jofaina con agua para el aseo y un peine que colgaba de la cama con un cordel, pero a pesar de que se le consideraba un alojamiento de lujo para nobles y ricos, que de todo tenían, pronto trascendió la costumbre de llevarse el peine, como ahora se llevan las toallas.

—Miraré con detalle si lo hay y también yo me lo llevaré. Una costumbre es una costumbre.

—¿Podré volver a verte? —preguntó él

—Prueba a intentarlo.

—¿Puede ser mañana?

—Si te apetece contemplar cuadros en el museo del Prado, estaré encantada de contar con tu compañía.

—Pasaré a recogerte.

La vio perderse dentro del hotel y él continuó después hasta su

casa. Acababa de ligar con una hermosa chica y se había despedido de ella como si fuera un quinceañero sin cama donde invitarla porque aún viviera con sus padres. Al contrario que con Irene, que a los pocos minutos de charla y sin saber cómo, la lujuria se había hecho dueña de los dos en aquella librería, con Kristín no se lo había planteado, y había disfrutado lo suficiente únicamente con el solo hecho de hablar y escuchar.

Esta vez su hermana había llegado antes, posiblemente agotada por el incansable ritmo impuesto por la tropa mexicana. Nada más tumbarse en el sofá cama que Luar le había dejado preparado, y antes de que sus ojos se cerraran, la figura felina de *Nech* fue a posarse a su lado. Tras tantearlo y mullir lenta y pausadamente una de las esquinas de la cama con sus pequeñas patas almohadilladas terminó reposando su menuda figura hasta hacerse un ovillo. Él también se acabó durmiendo pronto.

El asesinato

Alfonso de Queralt era un hombre comprometido, lo había sido toda su vida. A sus setenta y cuatro años, y retirado del ejercicio de la abogacía, seguía desempeñando su labor de consejero en la fundación que, junto con otras personas de su círculo, había creado hace tiempo con el loable objetivo de promover proyectos de ayuda humanitaria a la infancia en el continente africano. Nunca se había casado ni tenido hijos, y quizá por ello necesitaba volcar todo su altruismo en labores filantrópicas para esos niños desnutridos y enfermos que con más frecuencia de la debida eran carnaza de noticiarios televisivos que buscaban audiencia y no conciencia.

Después de su reunión con la familia Brecht había estado cenando con su buen amigo Ignacio Roselló en un conocido restaurante. Los dos habían disfrutado de un exquisito lenguado a la sal bien acompañado con una excelente botella de Albariño fresco y suave que no llegaron a agotar: le gustaba cuidarse y era frugal en el comer y beber. Al finalizar la velada regresó a su casa. Estaba solo porque era el día en el que Elvira, la doncella, una señora boliviana muy limpia y trabajadora, pasaba la noche en casa de su hija con sus nietos, a los que se había traído de su tierra buscando para ellos un mejor futuro. Viendo que el sueño no le llegaba, decidió trabajar un rato en su despacho, conectó el equipo de música para escuchar a Brahms y puso un CD con la Sinfonía nº 4. «Perfecta para este instante», pensó al escuchar la melodiosa entrada de violines que iban ganando en alegría y viveza. No podía adivinar lo que se le venía encima.

Con una habilidad que ya habían mostrado en el asalto a la casa de la señora Brecht, Pittner y su acompañante abrieron la puerta de la casa después de haber conseguido abrir también el portal y acceder al edificio. Orientados por la luz que procedía del despacho, prorrumpieron de golpe y sorprendieron a Alfonso de Queralt. Gunter le colocó el cañón de su pistola en la sien.

—No tengo nada de valor —dijo el abogado una vez que logró sobreponerse al susto. Gunter cruzó sus labios con el dedo índice de su mano libre, la otra la ocupaba una pistola con silenciador, y lo hizo callar.

—No hable, únicamente escuche —le exigió Pittner—. Usted tiene dos cosas de valor: una es su vida y otra es algo que nos pertenece. Si nos da esta última, nos iremos dejándolo tranquilo y vivo. De lo contrario será su final.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañado y asustado el abogado.

—¿Dónde tiene la joya que le fue entregada por Ernst Brecht?

El fuerte acento germano del inesperado visitante hizo pensar a Alfonso que se encontraba ante los mismos asaltantes de la casa de la señora Brecht y supuso que se refería a las escrituras de la casa.

—El documento de propiedad de la casa de Berlín que buscan ustedes no está aquí, sino a buen recaudo en la caja de seguridad de un notario de absoluta confianza —mintió pensando en la familia Brecht y queriendo alejarla de esos dos hombres.

—Lo que buscamos es más valioso, y usted lo sabe. Por algo fue el abogado y hombre de confianza del señor Brecht hasta su muerte. No intente negarlo.

—No pienso negarlo, fuimos amigos y me enorgullezco de ello.

—Pues si ese detective contratado no lo sabe y la familia tampoco parece estar al tanto de la joya, únicamente queda usted para saber dónde está. ¿Acaso una vez que murió su buen amigo decidió quedársela y por eso nadie la ha visto?

—¿Qué joya? Sigo sin saber a qué se refiere.

A pesar de la calma que intentaba aparentar, el nerviosismo lo iba embargando. No sabía de qué joya hablaba ese hombre y eso lo desconcertó.

—¿Por qué razón ha estado en casa de la hija de la señora Brecht?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Dónde tiene su caja fuerte? —La mirada del abogado lo traicionó porque, automáticamente, esta se dirigió a uno de los estantes con puerta de su librería—. Veamos qué contiene —Pittner esperaba un acto reflejo como ese, se dirigió al sitio y la encontró sin problemas—. La clave, por favor —exigió—. No pretendemos estar mucho más tiempo en su casa ni alterar su tranquilidad, y cuanto más nos facilite el trabajo, antes nos iremos.

Alfonso de Queralt consideró que si el dinero que guardaba dentro lograba satisfacer a aquellos delincuentes, quizá se fueran sin hacerle daño y les dio la clave. El hombre abrió la caja.

—Pueden llevarse todo lo que contiene. En la casa no hay más metálico que eso.

—Esto no nos interesa —dijo el hombre viendo los billetes y las otras cosas de valor que había en su interior—. Lo que quiero es la joya. ¿Dónde la guarda?

—No sé de qué joya habla. Le repito que si se refiere a las escrituras de la casa de Berlín, no están aquí ni tampoco en casa de

la señora Brecht, como tampoco están en la de su hija.

Alfonso de Queralt no estaba fingiendo. Si no era el documento lo que buscaban, ¿a qué se referían entonces? Ernst jamás le habló de nada parecido a una joya. Aquel sobre que le había dado hace muchos años para que fuera entregado a su hija una vez fallecido él y su esposa no contenía joya alguna, tenía otras cosas que por supuesto no diría a aquellos hombres aunque le fuera la vida, pero dentro no había ninguna joya.

—Pierden su tiempo y el mío —insistió intentando mostrar la dosis de aplomo y seguridad que tan buenos resultados le había dado en numerosas ocasiones a lo largo de su vida profesional. Como abogado, su especialidad fue la de asesoría jurídica bancaria, muy lejos de esa otra que implicaba defender a delincuentes como los que ahora ocupaban su despacho, pero tanto en una especialidad como en otra, la calma era una exigencia que se convertía en cualidad para aquel abogado que la poseyera y supiera administrarla.

—Parece que me va usted a obligar a registrar toda su casa, y eso me resultará una enorme molestia y una pérdida de tiempo que no le perdonaré.

—Es tarde y no han sido invitados. Hagan el favor de marcharse o me veré forzado a llamar a la policía —descolgó el teléfono que tenía sobre la mesa de su despacho, pretendía amenazarlos con lo único que tenía a mano.

En ese justo momento, el hombre que empuñaba la pistola se la pegó nuevamente a la sien, mientras Pittner, que había subido el volumen de la música, se situó en el lado opuesto y sacó un pequeño bolígrafo del bolsillo de su chaqueta, le cogió la cabeza con fuerza y le punzó sorpresivamente en el cuello junto a la carótida. Alfonso apenas notó nada, pero comenzó a sentir una fuerte presión en el centro del pecho y un dolor intenso se le extendió a los hombros y le recorrió brazos, cuello y mandíbula. La intensidad del dolor fue en aumento y le resultaba cada vez más difícil respirar. Un frío casi glaciar se apoderó de su cuerpo, hasta que su vista se nubló y se desvaneció en su sillón. La luz de la vida se apagó al ritmo que marcaban las trompetas, oboes y trompas que sonaban de fondo. El asesino sujetó con sus manos la cabeza inerte de Alfonso y la acomodó sobre el respaldo. A simple vista parecía que dormía, pero era ya un cadáver.

—Qué útiles son estos nuevos inventos —dijo mirando en su mano el pequeño aparato similar a un bolígrafo pero en cuyo interior guardaba una pequeña dosis de una sustancia altamente

letal—. Nació para ayudar a los diabéticos a suministrarse insulina y ahora nos ayuda a nosotros a suministrar este potente veneno imposible de ser detectado. —Se lo guardó en el bolsillo y dio una orden a su acompañante—. Busca la joya por la casa, pero esta vez no cojas nada o acabarás como él. Procura que todo quede como está, no quiero un solo rastro de nuestra presencia aquí —exigió a Gunter mientras cerraba la caja fuerte y lo dejaba todo en orden.

Registraron por registrar ya que Pittner sabía que el viejo abogado no había mentido, pero también tenía claro que si lo hubiese dejado con vida, habría llamado a la policía en cuanto ellos hubieran abandonado la casa. Para él, la joya que buscaba significaba su jubilación de oro y la iba a encontrar de una forma o de otra. Terminada la infructuosa búsqueda, volvieron al coche. Mientras Gunter conducía, él tomó de nuevo su móvil e hizo una llamada.

—Tampoco la tenía el abogado y, además, parecía no saberlo.

—*¿Es posible que estuviera mintiendo?* —preguntó Herr Schmidt al otro lado del teléfono.

—Tengo mucha experiencia en eso y sé cuándo alguien miente. El viejo decía la verdad.

—*Entonces tendremos que ir directamente a por la familia. No te excedas con ellos hasta que no tengas la joya en tu poder, después procurad no dejar rastro de vuestra presencia en esa ciudad* —colgó sin despedirse.

Un día de museo

La alarma de su móvil despertó a Dorón, pensaba pasar la mañana con Krìstín y quién sabe si la tarde también, pero antes necesitaría hacer una gestión relacionada con el caso de Leonor Expósito. Se duchó intentando no hacer mucho ruido para evitar despertar a su hermana y después se preparó un buen desayuno, andaba hambriento. Extrajo del frigorífico una manzana, un plátano y un kiwi. Los lavó, peló y troceó hasta llenar un buen cuenco. Se acomodó en una de las sillas altas de la barra de la cocina y se dio al deleite. Al terminarse el plato, siguió con un yogurt griego y acabó con un té y una tostada. Aún faltaban dos horas para su encuentro con Kristín, así que cargó con el radiador y visitó la tienda de un viejo electricista del Rastro que sabía estaría abierta. El domingo era el mejor día para hacer negocio en el inmenso mercado al aire libre que se montaba para deleite de visitantes y, en especial, de carteristas bien entrenados en limpiar a despreocupados turistas. El trasto pesaba lo suyo y tuvo que callejear un poco hasta llegar a la tienda de Marcial, se saludaron al entrar y él le explicó lo que quería, le expuso el caso y las dudas que tenía respecto al aparato en cuestión. El viejo lo repasó de cabo a rabo y le comentó su teoría: la conexión estaba quemada por un sobrecalentamiento. A partir de esa constatación, le surgieron algunas dudas que necesitaría aclarar. Metido como estaba en el asunto de los Brecht, consideró que sería necesaria la ayuda de Rodolfo.

Se fue directo al café del Círculo y llegó justo en el momento en que abrían el salón. Encontró al camarero preparándolo todo con la presteza que lo caracterizaba. Sorteó las espléndidas columnas de capiteles jónicos que embellecían más si cabe el suntuoso espacio y ocupó su mesa habitual. Aquel lugar había sido y seguiría siendo por siempre su oficina, fuese detective, profesor o librero. No había sitio mejor en todo Madrid. Rodolfo no tardó en acercarse.

—¿Cuándo descansas?

—Mañana y pasado mañana.

—Entonces nos encontraremos aquí mañana a primera hora. Creo que voy a necesitar tu ayuda en un caso que puede ser interesante. Por supuesto, serás debidamente retribuido según los honorarios del gremio.

—Y hasta gratis trabajaría —dijo entusiasmado Rodolfo—, pero aceptaré gustoso el pago. Es la primera vez que cobraré como detective. ¿Podré utilizar el caso para mi proyecto de carrera?

—Me satisface oírte hablar así, me llenas de orgullo —

manifestó Dorón con un gesto de sincera admiración—. Llévate este informe a casa y léelo con detalle porque lo comentaremos en nuestra reunión —le ofreció una carpeta con el caso de Leonor Expósito—. ¿Seguro que no te ocasionaré problemas con la familia?

—No me he puesto a estudiar para avergonzar a mis hijos, a los que, por cierto, no les está viniendo nada mal la lección.

—Piensas y hablas ya como universitario.

—Porque soy universitario, cuarentón pero universitario —ambos rieron—. ¿Lo de siempre a estas horas? Tenemos unos cruasanes recién hechos que simplemente su aroma puede provocar un orgasmo —recomendó Rodolfo volviendo a sus labores.

—En ese caso tráeme dos y guarda alguno más por si no me quedo suficientemente satisfecho —ya había desayunado, pero no importaba. Si al final acababa conociendo la habitación de Kristín, un exceso de carbohidratos no le vendría mal.

Ambos sonrieron y el camarero regresó a lo suyo mientras la vista de Dorón se perdía a través del ventanal del café. Era un día radiante.

La amenaza

Cecilia conducía su Mercedes *coupé* por las silenciosas calles de la zona residencial en la que tenía su casa con dirección al Club de Campo, donde dejaría a su hijo. Era domingo, pero el chico pertenecía al equipo de *hockey* y, además, era uno de los capitanes, cargo que le exigía ser más puntual que el resto de compañeros. El automóvil se aproximaba al cruce para tomar la salida de la carretera de La Coruña cuando otro vehículo, en una brusca maniobra, lo adelantó a gran velocidad para luego frenar inesperadamente obligándola a parar. Un hombre se bajó deprisa mientras el otro seguía al volante con el motor en marcha y, sin tiempo para permitirla reaccionar, se acercó a ella. Ayudado de un fino punzón golpeó certeramente el cristal de la ventanilla y lo hizo añicos. El susto para ella fue mayúsculo y lo único que pudo hacer fue interponer su cuerpo delante del de su hijo en una reacción instintiva de protección.

—Usted tiene algo que nos pertenece y lo queremos. Si nos lo da, nadie sufrirá, pero si no lo hace, alguien puede perderse un día y es muy posible que nunca más vuelva a verlo —dijo en alemán y en un tono amenazador sin quitar la vista del muchacho mientras este observaba la escena asustado sin entender lo que el hombre le decía a su madre.

—¿A qué se refiere? No sé siquiera quién es usted —respondió ella sin acabar de recuperarse del susto producido por el violento acto que había esparcido sobre su vestido y también por el salpicadero del coche y las alfombrillas delanteras numerosos dados de vidrio que parecían haber sido cortados con precisión milimétrica.

En ese instante, un vehículo de vigilancia que hacía la ronda en la colonia pasó por allí, aminoró la velocidad y el conductor observó al hombre recostado sobre la ventanilla del coche de Cecilia en una pose de fingida calma. Sin embargo, la cara de temor infinito de ella le decía todo lo contrario, la conocía y sabía que era una vecina. De inmediato, detuvo el automóvil y se bajó. Al acercarse vio el cristal roto, y aunque tomó sus precauciones, no tuvo tiempo de nada más porque en cuanto el desconocido lo tuvo a tiro, le lanzó un potente puñetazo a la mandíbula que lo hizo desplomarse al suelo quedando tendido e inconsciente.

—Recibirá noticias nuestras —amenazó el hombre—. Y tenga cuidado con lo que cuenta a la policía o será lo último que haga.

Apuntó con su dedo a la cabeza de Cecilia y luego a la del chico.

A paso ligero pero con la seguridad y calma de un profesional del terror, se dirigió al coche que lo esperaba, y tras subirse, desaparecieron a toda velocidad con rumbo a la autovía en dirección a Madrid.

Ella seguía sin poder reaccionar ante lo que acaba de suceder y a su hijo le pasaba otro tanto, aunque fue el niño quien finalmente rompió el silencio.

—¿Quién era ese hombre? ¿Por qué ha golpeado al vigilante?

Al escuchar la última pregunta, Cecilia salió del *shock*, se bajó a toda prisa y, rodilla en tierra, intentó reanimar al hombre.

—Dame tu botella de agua y llama a la policía, es el 091. Diles que envíen una ambulancia y que vengan rápido —le exigió a su hijo en un tono imperativo, producto del temor y el nerviosismo que la invadían.

Otro coche que pasaba en ese instante se detuvo y el conductor bajó a cooperar. Entre ambos levantaron la cabeza del vigilante mientras el hombre le abría la boca para intentar sacarle la lengua y permitir una mejor respiración. No tardó en llegar una patrulla de agentes, y algunos minutos más tarde, apareció una unidad médica móvil que se hizo cargo del herido. Al lugar llegaron dos patrullas más que se adueñaron rápidamente de la situación. Un policía interrogó a Cecilia mientras otro hizo lo propio con el chico, si bien este solo pudo relatar lo que había visto y no tanto lo que había escuchado ya que no había entendido lo que el hombre había dicho.

El vigilante contusionado fue cargado en la camilla e introducido en la ambulancia, que arrancó hacia el hospital escoltada por un coche de la policía; otro escoltó a Cecilia y a su hijo hasta su casa. La señora Brecht se asustó al verlos entrar seguidos de la patrulla, y su hija la puso al corriente del incidente sin querer entrar en detalles; le prometió que se lo contaría todo cuando regresaran de poner la denuncia. Cambió de coche y, junto con su hijo, abandonó el chalet siguiendo al coche patrulla con rumbo a la comisaria.

Dorón se encontraba en el museo del Prado en el interior de la sala dedicada a Goya. Explicaba a Kristín el cuadro de *La maja desnuda* y el significado que tenía al haber sido la primera vez que en toda la pintura española se había pintado un desnudo sensual y provocativo sin alegorías místicas o religiosas de por medio, un hecho desafiante y peligroso que al pintor le trajo como consecuencia que fuera llamado por la Inquisición para ser interrogado.

El móvil vibró en el interior de su bolsillo, lo abrió y, tras

disculparse con Kristín, se alejó un poco. Con el susto en el cuerpo, la señora Brecht llamaba presa de los nervios; le explicó lo que acababa de suceder y él se comprometió a ir por Cecilia y su hijo de inmediato. Meditó una excusa rápida y regresó junto a la chica.

—Siento tener que dejarte pero me ha surgido un contratiempo familiar que no puede esperar, aunque quedas en grata compañía —se disculpó abriendo sus brazos en un deseo por abrazar el cuadro que tenía enfrente.

Por la expresión de su rostro, ella interpretó que era algo serio.

—Si te puedo ayudar… —se ofreció.

—Te llamaré en cuanto lo solucione y me comprometo a repetir la visita al museo porque estoy seguro de que te resultará imposible verlo todo de una vez.

Se despidieron y él abandonó el museo. Llegó hasta su coche y, dejando atrás algún que otro semáforo en rojo y atajando por las estrechas calles de Moncloa, llegó a la comisaría del distrito, donde la señora Brecht le había dicho que encontraría a su hija y a su nieto. Preguntó al policía de guardia por ellos.

—En estos momentos se encuentran declarando, puede usted tomar asiento y esperar —le informó el agente de uniforme.

Tomó asiento y esperó con la vista perdida en los rostros de los terroristas más buscados impresos en los carteles que colgaban de la pared.

Frente a uno de los agentes que la atendía, Cecilia se esforzó por hacer una declaración que aparentase un intento de robo. En ningún momento mencionó el asalto a la casa de su madre, ni tampoco hizo alusión alguna a la conversación real que mantuvo con el hombre, se limitó a señalar que este le había hablado en alemán pero con un notorio acento del Este de Europa.

—Es posible que pertenezca a una banda organizada y sepa que tengo un negocio de joyería. Por su acento yo diría que era búlgaro o quizá ruso —mintió porque de sobra sabía que era un alemán del Este—. Me pidió el bolso, el reloj y las joyas, pero justo cuando iba a entregárselo todo apareció el vigilante de seguridad y el asaltante lo golpeó, luego huyó hacia su coche a toda velocidad.

—¿Pudo apuntar la matrícula?

—Lo siento, estaba tan asustada que solo tenía ojos para mi hijo —se disculpó ella—Cuando pude reaccionar, únicamente me preocupé de auxiliar al que había sido mi salvador mientras pedía a mi hijo que los llamara a ustedes.

El policía redactó la declaración y se la hizo leer, luego le pidió

que la firmara y le entregó una copia. En el vestíbulo, y para su sorpresa, se encontró a Dorón.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó él al verlos.

—Con mucho susto pero ya un poco más tranquila. ¿Nos vamos? —solicitó ella arropando con los brazos a su hijo—. La comisaría no es sitio para un chico de su edad.

—Me llamó tu madre y me pidió que viniera de inmediato ¿Puedes contarme qué ha pasado? —solicitó él mientras se encaminaban al coche de ella.

—Lo haré en casa —respondió.

Dorón interpretó el mensaje. No quería hablar delante de su hijo y él no hizo más preguntas. Dejó su coche estacionado porque le pareció más prudente acompañarlos e incluso conducir el automóvil de Cecilia. Ya regresaría más tarde por el suyo. Durante el trayecto fue el chico quien hizo una pregunta tras otra a su madre, pero ella eludió las respuestas: estaba tan impactada por lo que había sucedido que la razón seguía bloqueada. Nada más llegar a la casa y entrar, Cecilia echó la llave a la puerta y fueron al salón, donde los esperaba la señora Brecht. La mujer abrazó a su nieto y a su hija, y se mantuvieron así un instante mientras Dorón se limitaba a mirar un cuadro colgado en la pared sin prestarle la menor atención, porque únicamente lo usaba para aparcar allí su mirada ausente y dejar que la escena familiar tuviera su pequeño momento íntimo.

—Gracias, señor Benatar, no sabe cuánto se lo agradezco —dijo la señora Brecht una vez que lo incorporó a la escena—. Fue usted la segunda persona que me vino a la mente, quizá ante el miedo que me produjo no poder localizar al señor Queralt, al que he llamado sin fortuna —se disculpó mientras le señalaba un sillón próximo a ella y le ofrecía asiento—. ¿Desea tomar algo?

—Agua, si es tan amable —pidió por pedir, ya que en realidad no le apetecía nada.

—¿También está usted asustado? —preguntó la señora dibujando una forzada sonrisa con la que intentar restar dramatismo al suceso y tranquilizar a su nieto, al que no soltaba y pasaba la mano por su cabello una y otra vez.

—Anda, cariño, ve a tu habitación mientras este señor y yo hablamos. Y no te preocupes por tu partido, el próximo domingo yo también te acompañaré. —El chico dio un beso a su abuela y salió del salón dejando a los tres adultos reunidos—. No es bueno llenarlo de congoja —pidió a su hija—. Dile a Clara que traiga dos vasos de agua, yo también la necesito.

Los tres se acomodaron, y Cecilia, sintiéndose más segura, relató

lo ocurrido. Explicó lo que pudo porque había sido todo tan rápido y aterrador que apenas logró quedarse con detalles. Aun así, describió al hombre que se acercó primero y la amenazó después.

—Parece que esas escrituras se hacen querer —apuntó Dorón, que por los rasgos descritos supo que era uno de los que lo habían asaltado en Berlín.

—Hay algo más que quizá deba usted saber —intervino la señora Brecht—. En el sobre que nos dio Alfonso, además de las escrituras, también había un papel con unos números y letras, y una llave —sacó ambas cosas del bolsillo de su rebeca y se las ofreció—. Creíamos que estarían relacionadas con la casa, pero cuando nos dijo usted que ya no estaba en pie, tanto mi hija como yo le restamos importancia porque no le encontramos sentido.

Dorón observó la llave y se fijó en que tenía impresas las iniciales P&C por ambos lados. El papel, por su parte, tenía escrito a mano una sucesión de letras y números sin ningún otro dato más.

—¿Puedo fotografiarlos? —preguntó sacando su móvil del bolsillo.

—Claro —respondió ella sin dudarlo.

—¿Nunca le habló su padre o su madre acerca de la casa? —insistió Dorón mientras hacía las fotos.

—El día que recibí el sobre fue la primera vez que vi esas escrituras. En nuestro recuerdo ya la habíamos dado por perdida —respondió ella—. Mi padre nunca habló del pasado, y mi madre rara vez hacía referencia a Alemania.

—¿Han recibido alguna explicación más del señor Queralt?

—Ninguna. Alfonso es un gran amigo de la familia y únicamente nos comentó que mi padre así lo había dispuesto —señaló la señora Brecht—. De hecho, él tampoco sabía lo que contenía hasta que lo abrimos. Desafortunadamente, y como le he dicho antes, no he podido contactar con él.

—Esta llave y estos números tienen que tener algún significado —estaba perdido ante aquel nuevo descubrimiento.

—Al principio creíamos que la llave sería de algún cofre guardado en la casa. El papel con las letras y los números no nos dice nada. La única persona que nos lo podría decir era mi padre, pero hace veinte años que murió repentinamente de un ataque al corazón en plena calle.

—Pues habrá que investigar el significado de estos nuevos elementos. Respecto a la amenaza recibida, creo que se hace necesario volver a tener un encuentro con el señor Schmidt —expuso Dorón esperando la aprobación de su cliente.

—La situación se está haciendo cada vez más delicada y peligrosa para todos. Por eso quiero pedirle que cuando vea a ese hombre cierre el asunto y acepte sus condiciones, sean las que sean. Nunca conté con el beneficio de esa casa y puedo seguir sin contar, porque de algo estoy segura: no volveré a Alemania. Nada se me ha perdido allí a estas alturas de mi vida.

—Si esa es su decisión, mañana mismo viajaré a Berlín.

—Le agradezco el rigor con que se ha tomado el caso. Nunca pensé que acabaría así, pero le pido encarecidamente que no se exponga ni mucho ni poco. Acepte lo que pida ese hombre y cierre el tema. Tiene usted toda mi confianza y le doy poder para hacerlo —añadió la señora Brecht.

—En ese caso las dejo, tengo que prepararlo todo y preciso enviar un *e-mail* a los abogados para que organicen la cita de mañana.

—No escatimes en seguridad ni tampoco en gastos. Cuanto antes esté resuelto el tema y regreses, antes podremos descansar y olvidarlo —indicó Cecilia.

—Necesito que me des la dirección y el teléfono de tu oficina, así como el modelo y matrícula del coche que vas a usar. También me gustaría conocer tu agenda de mañana y, si es posible, te pediré que evites exponerte si no es muy necesario, detállame todo en un correo y remítemelo. ¿A qué hora saldrás de casa mañana? —En su cabeza iba preparando el plan a seguir.

—Iré a mi oficina a las nueve, como siempre.

—Bien. ¿Puedo tomarte una foto? —solicitó él con el móvil preparado—. Es muy seguro que te hayan sometido a vigilancia y conozcan tus movimientos. Necesito que sigas haciendo vida normal para no despertar sospechas, pero evita las reuniones fuera de la oficina. Si por casualidad observas que alguien te sigue, es posible que sean ellos, pero no temas, también te estará observando alguien de mi entera confianza —dijo viendo la foto de Cecilia en la pantalla de su móvil. Luego se dirigió a la señora Brecht—. Mañana las llamaré desde Berlín inmediatamente después de mi entrevista.

—Gracias, señor Benatar.

El agradecimiento de la señora Brecht iba cargado de honda preocupación.

Cecilia lo acompañó hasta la puerta.

—Te mantendré informada.

Había aceptado el caso a regañadientes, pero según se sucedían los acontecimientos, más interés le generaba.

Dio un rodeo con su Smart por las calles próximas a la casa

repasando los pocos coches que había estacionados, pero ninguno de ellos estaba ocupado por dos germanos poco amistosos. Se dirigió al Café de Bellas Artes sin perder de vista el retrovisor por si era seguido. Nada más llegar, y sin tomar siquiera asiento, fue directamente a hablar con Rodolfo.

—Nuestra cita de mañana queda aplazada, tengo que salir a primera hora de nuevo hacia Berlín.

—Pues ve con cuidado. Yo que estaba tan entusiasmado con el caso… —señaló el camarero con una mueca de desagrado.

—Aunque no nos veremos, necesitaré tu ayuda en algo más gordo —dijo él extendiéndole un papel—. Quiero que vayas mañana a esta dirección antes de las nueve. En unos minutos recibirás en tu móvil un e-mail que te mandaré con la foto de mi cliente, es la que te presenté el otro día y a la que has de seguir con discreción. Te añadiré cuál será su agenda por si en un momento dado la pierdes de vista, así podrás recuperarla y mantener el seguimiento.

—Eso es ir sobre seguro.

—No quiero riesgos, se trata de protegerla. Si ves algo raro, avisa de inmediato a la policía —apuntó con firmeza—. Te llamaré por la tarde para ver qué tal va la cosa. Deberás tener mucho cuidado porque posiblemente también sea seguida por dos alemanes.

—Los que te hicieron eso, intuyo —dijo el camarero apuntando con su dedo el costado de Dorón.

—Presiento que sí, por eso quiero que seas prudente.

—Lo seré, aunque ya has conseguido excitarme. Esta es otra de las razones por las que estudio para detective. Mi vida precisa de ligeros sobresaltos que rompan tanta monotonía.

—Procura que sean ligeros, porque como has podido ver —hizo ademán de levantarse la camisa pero sin llegar a hacerlo— no siempre son así —se despidió.

Los alemanes de Herr Schmidt estaban en Madrid y eso le provocaba una honda preocupación por la señora Brecht y su hija. Tanto despliegue de medios por unas escrituras no le parecía razonable. Había algo más, pero ni siquiera intuía qué podía ser, y tampoco su cliente daba muestra alguna de saberlo. Tenía claro que habría negociación y que ese gangster tendría que pagar, pero fuera lo que fuese, ¿realmente merecía tanto riesgo? ¿Qué estaba sucediendo? Necesitaba sincerarse con alguien y solo tenía al de siempre, de forma que llamó a su padre y se citaron en la librería: no quería espectadores y la casa estaba muy concurrida.

Llamó al timbre de la puerta que daba al portal porque la entrada exterior tenía los cierres metálicos echados, esperó unos segundos y su padre le abrió, él entró y lo siguió hasta el taller. Sobre la dura mesa de madera se encontraba abierto un tomo con su título escrito en francés.

—*Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres*. ¡Jean Jacques Rousseau 1754! —exclamó con admiración al traducirlo— ¿Es un ejemplar de la época?

—Lo es —apuntó el librero.

—«El primer hombre al que, tras haber cercado un terreno, se le ocurrió decir "Esto es mío" y encontró a gente lo bastante simple como para hacerle caso, fue el verdadero fundador de la Sociedad Civil de hoy día». —declamó Dorón imitando lo que suponía podría haber sido un discurso del célebre pensador suizo.

—Últimamente se te dan muy bien las imitaciones. De todas formas, y aunque siento un gran aprecio por el autor, no lo mitifiques. Recuerda que tuvo cinco hijos, todos ellos confinados en un orfanato mientras él era considerado el padre de la pedagogía.

—Ya sabes: en casa del herrero, cuchillo de palo. ¿Lo vas a tener aquí algún tiempo? Me gustaría leerlo.

—Me temo que no será posible. Su dueño quiere que lo restaure cuanto antes para poder ponerlo en subasta junto a un lote de libros que son unas joyas. El afortunado que se haga con ellos se llevará un tesoro.

—Puja tú.

—Yo restauro, compro y vendo, pero no colecciono. Mi fortuna me permite verlos pasar, no quedármelos. Cásate con esa rica que dice tu tía y cómpralos tú.

—Demasiada carga.

—¿Para ti o para ella? —preguntó su padre con sorna.

—Para ella, por supuesto. A propósito, dile a tu amigo alemán que la elección del abogado en Berlín ha sido un acierto, es un bufete muy eficiente.

—Se lo diré, pero seguro que ya lo sabe. De lo contrario no me lo hubiera recomendado.

—Tengo que comentarte un tema porque es necesario que estés al tanto, pero no quiero que nadie más de la familia lo sepa.

—¿Regresas a la religión? —Isaac quiso restar tensión al comentario.

Sabía que la petición de discreción total solicitada por su hijo traía implícita la señal de peligro, pero bromeó porque quería restar dramatismo y que Dorón no se dejara nada en el tintero. Si lo

abrumaba con sus miedos, acabaría contando lo mínimo de lo mínimo. Y para resumir en sentencias, su hijo era de los mejores.

—Verás, tiene que ver con el caso de la amiga de mamá. Se están complicando un poco las cosas y hasta pueden llegar a salirse de madre.

El librero se dirigió hacia una pequeña bodega climatizada en forma de estante y extrajo una botella de vino de aguja natural del Penedés, un Canals & Munné rosado de muy buena salud, sirvió dos copas y se sentó en su cómodo sillón a un lado del escritorio, no quería perderse nada de su confidencia.

—Tenemos todo el tiempo que necesites.

Dorón contó el caso de principio a fin omitiendo el encontronazo físico con los alemanes. Su padre escuchó sin interrumpir en ningún momento y se limitó a dar pequeños sorbos a su copa de vino. Acabada la exposición de los hechos, le expuso las dudas que tenía y finalmente guardó silencio.

—Es un buen caso que posiblemente tenga un mal final — apuntó Isaac—. Alguien que lleva el delito fuera de sus fronteras lo hace porque se siente poderoso y sin límites. Debes tener cuidado con ese hombre.

—Lo haré, pero sigo sin entender por qué llegar tan lejos por algo que se puede negociar. Ese terreno ya está ocupado por los cimientos de un edificio a punto de levantarse. Si ese poderoso mafioso quisiera, podría poner una legión de abogados a litigar durante años y no creo que mi cliente esté por la labor de alargar un pleito con el que no contaba. Seguro que un acuerdo amistoso beneficiaría a ambas partes.

—Puede ser, pero si tu abogado berlinés se lo propone, podría ponerlo en serios aprietos. El documento oficial de compra lleva una firma falsa y eso es delito, lo que de entrada le supone un riesgo. Ahora bien, si logra hacerse con las escrituras, tu cliente se queda sin original, sin prueba, sin caso y sin dinero. Sufriendo como intuyo que sufre ese señor Schmidt de un alto grado de prepotencia al que debe de estar mal acostumbrado, es propio que piense primero en lograr las cosas por la fuerza y dejar la negociación para el final si no hay más remedio.

—Hay algo que me no me cuadra en todo esto, y desafortunadamente no sé lo que es, solo lo huelo pero no lo veo todavía — manifestó su hijo, dubitativo y con la mirada perdida en la fina línea de burbujas de gas que salía del fondo de su copa de vino.

—Sea como fuere, quiero que me mantengas informado de todo.

Así podremos dar respuesta rápida a cualquier contingencia que pueda poner en peligro tu integridad —no sabía que esa integridad ya había sido asaltada de malos modos.

—También tengo otro caso pero no sé si quieras oírlo. En él me tira más el corazón que la razón —expuso su hijo.

—Aún queda vino en la botella —sirvió las copas.

Por la tarde sería la petición de mano de Jacqueline, pero su hijo se estaba reencontrando de nuevo con la vida y para eso siempre tendría todo el tiempo del mundo.

Ya en casa, Dorón planificó su viaje a conciencia y diseñó la estrategia de cara al irracional y prepotente Rudolf Schmidt ¡Porque había que serlo para decidirse a actuar de manera tan abrupta y peligrosa!

La petición de mano tendría lugar en casa de unos familiares de la novia, los tíos de Jacqueline. Sus padres se hospedaban allí y habían venido a Madrid para conocer a los padres del novio y al ceremonial de la pedida de mano. Al acto únicamente asistirían los familiares más directos; imaginó que por parte del novio iría David, su tía Tamara, su tío Abby y sus propios padres, nadie más. El protocolo era el protocolo y había que cumplimentarlo con toda la formalidad que exigía, aunque conociendo lo exagerada que era su tía, él estaba seguro de que la sortija de la novia haría añicos más de un decoro.

El resto de la familia parecía seguir de *tournée* consumiendo las energías de su hermana. Como estaba solo, aprovechó para trabajar en su portátil. Su acción más inmediata fue buscar para el día siguiente el primer vuelo directo a Berlín, lo encontró con Iberia a las 8:50 h. y no le quedó más remedio que viajar en *business class* por ser lo único disponible; los vuelos más económicos hacían escala en Palma de Mallorca o bien lo llevaban a Munich y de allí a Berlín. Si tres horas de viaje se le hacían pesadas, ni que decir cinco.

El siguiente paso fue enviar un e-mail a Reyner poniéndolo al corriente de los sucesos acontecidos, tanto del asalto a la casa de la señora Brecht como de la amenaza sufrida por Cecilia. Le indicó la hora a la que estaría en su despacho y le solicitó que arreglara una cita con el señor Schmidt. Llevaba una propuesta de su cliente lo suficientemente atractiva como para que la escuchara, aunque evitó entrar en detalles.

No había comido porque había hecho planes pensando en Kristín, aunque ahora ya no podría ser como lo había previsto. Se

planteó llamarla pero desistió, lo haría por la noche. Decidió prepararse algo con lo que encontró en el frigorífico y luego descansó un poco. Dándole vueltas a los números y letras escritos en el papel que le había mostrado la señora Brecht junto a la llave, se quedó dormido en su cama aprovechando que Luar no estaba.

Las dos hermanas

Anne y Tamara compartían sofá en el salón ante unas tazas de té y café respectivamente. La petición de mano de los novios había salido a pedir de boca y disponían de uno de esos pocos momentos de intimidad que tanto echaban de menos debido a la distancia y que en ocasiones aplacaban con largas conversaciones telefónicas. Pero esas largas llamadas resultaban siempre insuficientes para las dos porque necesitaban la mirada que acompañaba la palabra, el gesto que reafirmaba el mensaje… en fin, el lenguaje del cuerpo.

—No creas que me seduce la idea de que mi hijo se case con Jacqueline, pero sé bien que el título de *madre* no me otorga el derecho a dirigir su vida.

—Jacqueline es una buena chica, me consta, y Melilla es una ciudad que te va a sorprender y a encantar. Además, la comunidad hebrea de allí está muy bien considerada y es una de las más antiguas de España.

—No lo digo por eso. Temo que con la distancia acabe perdiendo a David.

—Supongo que igual pensarán los padres de ella si los dos deciden vivir en México —apuntó Anne queriendo calmar la angustia de su hermana—. De todas formas, no es malo que ambos vivan lejos de su entorno en sus comienzos, eso une mucho más que cualquier otra cosa, así no cogerán los bártulos a la primera discusión que tengan para refugiarse con papá y mamá. Eso fue lo primero que prohibí a Isaac, porque mis comienzos en Madrid tampoco fueron un camino de leche y miel.

—Nunca me los contaste —dijo Tamara—, pero intuyo que no fueron fáciles conociendo a los españoles.

—Aunque ya sean historia ¿quieres que te los cuente?

—Sin perder detalle —pidió Tamara.

Anne comenzó explicándole lo que sintió cuando después de casarse con Isaac en México tuvo que mudarse a un nuevo país, a un nuevo continente, y no de forma temporal, sino para quedarse. La vida volvió a empezar de cero, y de la anterior únicamente le fueron quedando los recuerdos conforme pasaba el tiempo. En España corrían momentos convulsos. Franco había muerto dos años antes y se encontró con un país que, al igual que ella, buscaba comenzar una nueva vida y no había un solo día igual al anterior, así que se convirtió en un libro en blanco dispuesto a ser escrito con buena pluma.

—A tan joven edad y casada con el hombre a quien amaba, el

cambio no parecía importar en sus comienzos, pero cuando pasó la magia del principio y apareció la nostalgia, la realidad comenzó a resultar dura. Muchos son los que dicen que los judíos nacemos con un kit de supervivencia en tierra extraña metido en los genes, debido a las muchas diásporas sufridas a lo largo de nuestra historia. Eso es mentira. Todas las personas sienten el desarraigo, y claro que se echa en falta la familia, los amigos y la anterior vida cotidiana. De una tierra a otra todo cambia; cambian los gustos, la cultura, el trabajo e incluso la lengua. Las palabras no significan siempre lo mismo aunque también sea castellano lo que se hable.

»Conocí a los españoles de la mano de la panadera, de la tendera de la esquina, de los camareros del bar que había debajo de mi casa y de los vecinos que eran clientes asiduos. Todos ellos se encargaron de ilustrarme desde su punto de vista, sin duda interesante y valioso. Cuando Isaac se marchaba a trabajar a la librería, yo solía bajarme a desayunar a la cafetería; el olor a café, a porras, a cruasanes calientes era una atracción difícil de resistir. Recuerdo que me querían mucho y que les sorprendía que fuera pelirroja de ojos verdes siendo mexicana, porque ellos las imaginaban morenas y con trenzas, al estilo racial de María Félix. Con la naturalidad propia de mi ingenuidad al no saber distinguir las clases sociales, las tendencias, ni incluso la posible maledicencia de la gente, todo el mundo me arropaba y cada uno a su estilo me ponía al día de lo que había sido España y de lo que habían tenido que vivir, unos la miseria y otros la opulencia. Aprendí a comprar en los mercadillos, porque en el Madrid de aquel tiempo no había hipermercados como en México, todavía no se estilaban. Te aseguro que en aquel tiempo, el Distrito Federal era mucho más moderno y cosmopolita. Fíjate hasta qué punto llegaba la cosa que mis vecinos no se extrañaban de que fuera maestra pero sí de que hablara inglés, algo impensable para ellos.

»Los españoles de ahora han aprendido a sonreír, y poco a poco van bajando decibelios a su tono de voz. Recuerdo que todo el mundo me hablaba dando voces, porque como te habrás dado cuenta, los españoles susurran a gritos, y con frecuencia ese tono hacía que me sintiera humillada, hasta llegué a pensar que podrían estar enfadados conmigo por algo personal que no acertaba a saber. Además, vivían la política con una pasión casi desenfrenada y las discusiones eran tan apoteósicas que parecía que de nuevo habría otra guerra civil. Pero pronto comprendí que los cuarenta años de mordaza impuesta por el dictador habían sido demasiados y que todo lo que sucedía era que mi presencia en esta tierra coincidía

con el gran momento de catarsis contra el miedo que estaba teniendo lugar. En México nosotros vivíamos en una especie de limbo extraño de partido único en el que la política apenas nos rozaba. Aquí fui por primera vez a una manifestación a gritar a pleno pulmón ¡democracia y libertad! ¿Te lo puedes creer?

—Te envidio —señaló Tamara—. Tú aquí participando de un cambio histórico y nosotros allí en el gueto, como siempre.

—Ese punto también tiene su historia, porque para los españoles, decirles que eras judía era despertar en ellos el miedo atávico a los demonios que Franco y su Iglesia se habían encargado de meterles hasta lo más profundo de sus entrañas desde su más tierna infancia; provocaba que muchos en su ignorancia llegaran a preguntarme si eso se curaba. Sin embargo, en otra gente que con el tiempo aprendí a identificar como franquistas de pro, sus comentarios despectivos y crueles únicamente buscaban hacer daño. Lo que son las cosas: hoy ser judía en Madrid, París o Madagascar es contar con la enemistad de unos y de otros, que confunden su fobia a Israel con un antisemitismo visceral y nos señalan con el dedo acusador de todo lo malo que ocurra en el mundo. Incluso en una parte de la izquierda han rebrotado los prejuicios ancestrales que pertenecían en exclusividad a la extrema derecha y que todos creíamos superados. Ahora ellos también son incapaces de vernos como ciudadanos españoles, mexicanos o argentinos, y en sus conciencias nos vuelven a desposeer de nuestra identidad nacional, de nuestra ciudadanía, igual que hizo Hitler con los judíos alemanes. El odio irracional y la intolerancia llevan aparejadas estas cosas cuando se confunde política con cultura. Es doloroso, pero con el tiempo he aprendido a ir a mi aire y ahora sé que todas esas experiencias han sido únicas y puedo decir con orgullo que formo parte de la historia nueva de este país, que ya es el mío también.

—Supiste adaptarte y eso es una buena cualidad.

—Siendo sincera te diré que quienes realmente facilitaron esa adaptación fueron mis hijos, ya que nadie como ellos, nacidos, criados y educados aquí, supo explicarme con tanto acierto la idiosincrasia de los españoles —terminó por señalar Anne.

Era el momento de sincerarse, y Tamara, que lo había esperado y deseado durante mucho tiempo, no lo dejó pasar como otras veces, llevada bien por el dolor, bien por la vergüenza.

—Como tú, yo también he guardado muchas cosas que me habría gustado hablar contigo, pero cuando quise hacerlo era demasiado tarde ¿Me dejas contarte una historia?

—Estoy lista para disfrutarla —respondió Anne acomodándose

en el sofá con los pies subidos y recogidos para poder mirarla de frente.

—La historia que te detallo es una relación que tiene como trasfondo el amor, cosa extraña de narrar por una mujer que se las da de fría y poco propensa a las carantoñas, como así dicen que soy.

Ella era una niña próxima a cumplir los diez y él un poco mayor; ella era espigada, pizpireta y consentida, él, el hijo del panadero, un crío pelirrojo que ocultaba su ensortijado pelo debajo del gorrillo que su padre lo obligaba a ponerse cuando trabajaba y por el que se le escapaban los rizos. Con su camisa remangada dejaba al descubierto una piel llena de pecas; su cara siempre enharinada de andar amasando y horneando le había granjeado entre las hermanas de ella el sobrenombre de pambazo*, pues les recordaba al sabroso pan rociado de azúcar glas que tanto les gustaba. Todo eso que para las otras eran defectos, para ella eran virtudes.*

Bien es cierto que las novelas románticas buscan siempre decorados suntuosos con vestuario de satén y perfumes de azahar en los que hacer nacer el amor, pero en su caso, el escenario donde se dio su querer fue allí donde se cocinaban los jalots*, la* leikaj *de miel, los* baggels*, y hasta los bolillos y galletas.*

Los Shabat eran esperados por la chica no tanto para gozar de la festividad como para llevar el asado de carne a hornear allí, no eran tiempos en los que las casas dispusieran del equipamiento inteligente de hoy en día. Como había que hacer cola y luego pasar a recogerlo, ese hecho se convertía en la excusa perfecta para que Tamara, que así se llamaba, se pasara la tarde del viernes en un ir y venir a la panadería donde poder cruzar con Gabriel no solo las palabras, cortas y atolondradas, sino también las miradas, que eran intensas y secretas, y hacían vibrar sus corazones. Aunque intentaban ocultar sus sentimientos a los demás, cualquier espabilado se habría dado cuenta de ellos al observar cómo en el momento en que ella pagaba y él le devolvía el cambio, sus manos temblaban y las monedas se escurrían por los dedos hasta caer al suelo en un sin querer.

Con el tiempo el amor creció y crecieron también los abrazos interminables, las palabras al oído y los besos fugaces. Pero tanta felicidad no podía ser para siempre. La vida depara oscuras sorpresas, y un mal día, Liliana, la madre de Gabriel, abandonó su casa por un hombre que no era judío, un maestro rural morenito y rechoncho que había amasado una gran fortuna metiendo las manos en las arcas del sindicato del que era líder —ahora es un digno senador de la República que se perpetúa en su sillón sexenio tras sexenio—. La mujer se había cansado de ser pobre, de trabajar en la panadería desde el alba hasta el

ocaso, de llevar peluca y de ser una piadosa mujer judía. Un día cualquiera salió de casa con una excusa y únicamente volvió a entrar convertida en papel cuché, porque su imagen comenzó a aparecer con frecuencia en las revistas de moda elegantemente vestida de traje sastre del brazo del entonces maestro diputado. La panadería se convirtió en un lugar de cotilleo frecuente para toda la comunidad. Poco a poco, Enoch, el marido, que se había quedado a cargo de los tres hijos, se fue abandonando preso del dolor. El negocio comenzó a ir mal porque los ilustres miembros de la comunidad fueron cambiando de panadero al tran tran de comentarios mordaces, hasta que padre e hijos abandonaron la colonia Roma y cada uno tomó su camino. No se les volvió a ver por la sinagoga ni por ninguna otra parte.

A pesar de los hechos, el amor que Tamara sentía por Gabriel no flaqueó, siguió viéndolo a escondidas igual que cuando eran chiquillos: su amor parecía pecado mortal. Estudiando por las mañanas en la UNAM y trabajando por las tardes, el muchacho logró su licenciatura en Historia del Arte. Durante ese tiempo, ella le pidió incontables veces que regresara a la comunidad, que volviera a la sinagoga, pero él se fue llenando de ideas extrañas contra la religión y contra el modo de vida burgués que a sus ojos ella representaba. Se descubrió como un buen escritor en lucha por un mundo más justo y acabó colaborando con el periódico de la universidad. Sus alegatos contra el imperialismo eran muy leídos y comentados.

Tamara quiso seguir a su lado, esperaba poder casarse e iniciar una vida en común, pero el destino se había escrito de otra manera. Mientras Gabriel caminaba por la senda de la lucha revolucionaria que ocupaba su mente y su corazón, ella continuó siendo la chica responsable de la que todos se sentían orgullosos, aunque esto resultara una pesada carga. Por el contrario, con él, su cuerpo y su alma se mantuvieran en perpetua excitación.

El muchacho, guiado de sus ideales, se convirtió en líder estudiantil y formó parte de los manifestantes que asistieron aquel 2 de octubre de 1968 a la fatídica concentración de Tlatelolco. Fue un día triste y doloroso porque el ejército y la policía cargaron contra ellos y mataron a centenares en un ceremonial de sangre y fuego del que salió vivo de milagro.

Después de aquello, Tamara no lo dudó, y viendo que Gabriel no concretaba nada respecto al futuro de los dos, fue ella quien le pidió casarse porque no podía seguir viéndolo a escondidas. Para su sorpresa, él le indicó que ese acto respondía a una actitud burguesa ante la que jamás cedería: vivirían juntos pero sin ataduras sociales. Era un hombre de principios, lo malo es que en México en aquella época, solo ellos

podían tenerlos; si la mujer aceptaba irse a vivir con un hombre sin casarse, los demás se consideraban con derecho a sobrepasarse con ella.

Entonces apareció Abby, tan buen chico, tan cortés y dispuesto a ofrecerle un matrimonio formal y un hogar y unos hijos aún más formales. Sus padres aprobaron de inmediato el ofrecimiento y la empujaron a aceptar el enlace. Pero Tamara buscó a Gabriel una vez más con la esperanza de lograr convencerlo. En ese encuentro, ambos se dieron perfecta cuenta de que, a pesar del amor que se tenían, se habían convertido en agua y aceite.

¿Por qué iba a casarse?, preguntó él a voz en grito, ¿qué favor le había hecho la religión? ¿Acaso cuando eran judíos piadosos y su madre los abandonó, contaron con el apoyo de la comunidad? No, sufrieron escarnio y hasta repudio como si hubieran sido los culpables de aquel acto. Poco o nada quería volver a saber él de aquel mundo de convencionalismos del que ella no se atrevía a salir. Aquella tarde cada uno se sintió rechazado por el otro, y los sueños mutuos acabaron rotos para siempre.

Al poco tiempo, y pensando que un clavo saca a otro clavo, Tamara se casó con Abby en una boda repleta de tradición. Mientras tanto, Gabriel aprovechó una beca obtenida para estudiar en París y allí coronó sus estudios de cine y acabó convertido en un famoso realizador con grandes premios internacionales en su haber.

Para Tamara, aquellas risas de Shabat, las miradas furtivas, las monedas escurriendo entre sus dedos y los jalots *amasados por aquel niño enharinado fueron las postales de un viaje que jamás olvidaría; en ellas quedó la verdadera esencia de su vida. Con Abby la relación era cordial, pero nunca apareció la chispa que provoca el fuego del amor, y el alcohol se acabó encargando de adormecer el deseo y matar la ilusión.*

Tamara finalizó el relató con la mirada absorta en un punto cualquiera del salón.

—Bueno, ahora ya sabes por qué bebía.

—No puedo creerlo.

Anne se sentía abatida: escuchar la confesión de su hermana y saber que nunca había disfrutado de un amor pleno le producía una lástima infinita.

—¿Por qué no lo comentaste con nuestra madre o conmigo? Sabes que te habríamos apoyado.

—Para qué, el alcohol ya me ayudaba, me hacía creer que mis fantasías podían llegar a convertirse en realidades. Parece un vicio tan socialmente encantador que poca gente sabe que acaba llevándote a tres sitios a cada cual peor: la muerte, la cárcel o el

psiquiátrico.

—Tú conseguiste salir y todos en la familia estamos muy orgullosos de ello —quiso Anne hacerle llegar el apoyo que no pudo darle en su momento.

—La rehabilitación fue muy dura, pero si logras superarlo, aprendes a vivir sin beber y a aceptarte como eres, y yo era una mujer sumergida en una vida que nunca quise y en un matrimonio que acepté por despecho.

—¿Lo has vuelto a ver? —preguntó Anne movida por la curiosidad.

—El tiempo de Gabriel Rubinstein y Tamara Horowitz se agotó hace mucho.

—¿Estás hablando del director de cine? —preguntó sorprendida.

—¿Acaso ya olvidaste cómo se apellidaba el panadero? —cerró los ojos en su deseo por recuperar la imagen oculta en su mente del que fue su gran amor—. Un día los dos fuimos introducidos como sabrosas rosquillas en el horno del buen Enoch y alguien se olvidó de sacarnos; la que pudo ser la mejor hornada acabó convertida en cenizas. Por esa razón no me entrometeré en la decisión de mi hijo aunque el cuerpo me pida hacer lo contrario.

Anne se fundió en un abrazo con su hermana y así se mantuvieron un rato, en silencio, cada una con sus propios pensamientos y las dos con el mismo sentimiento.

Cena en Botín

A medida que pasaban los días y se iba metiendo cada vez más a fondo en los dos casos, Dorón notaba cómo su cerebro reverdecía de nuevo y la química neuronal fluía después de largos meses de quietud profesional. Con su viaje a Berlín arreglado, cambió de caso y se puso a ordenar la información que poseía respecto a la marca y modelo del radiador que se había traído de la casa de Leonor y que mantenía oculto en un rincón del salón cubierto por una bolsa de plástico de las que usaba para la basura. Resultó que ese radiador era un modelo aún vigente cuya salida al mercado coincidía en el tiempo con el fatal incendio. Leyendo las especificaciones, le llamaron la atención sus altas prestaciones y su elevado consumo. Le extrañó porque lo que había visto en aquella destartalada casa denotaba más austeridad que derroche, más vetustez que modernidad, lo propio del perfil de una familia empobrecida. Por eso, ese radiador no le encajaba del todo allí.

Según repasaba sus apuntes cundía en su interior un profundo interés por el destino de esa mujer. El email que le había enviado carecía de los lamentos o ruegos propios de quien se sabe culpable. Por el contrario, se percibía el esfuerzo y las ganas de luchar por su inocencia. Con un padre alcohólico, y casada siendo apenas una chiquilla con un marido maltratador que la abandonó a su suerte con dos hijos, era para que se hubiese resignado a su destino. A pesar de todo, ahí estaba, peleando contra los elementos. Se propuso conocerla.

Cerró la carpeta del caso y apagó el ordenador, estaba cansado y por ese día era suficiente. Probó a relajarse un poco y a su primer nivel de recuerdo vino la imagen de Kristín. Impulsivamente la llamó, por fortuna la encontró en su habitación.

—Te debo una disculpa formal por mi espantada, pero era un tema familiar —mintió él sin dar más detalles—. Parece que ya está todo arreglado.

—Me alegra saberlo, me quedé un poco preocupada cuando tuviste que abandonar el museo, tu expresión era de todo menos tranquila.

—¿Te gustó el Prado? —se esforzó por llevar la conversación lejos de ese tema.

—Lo cierto es que no he podido terminar de verlo, su colección es tan grande y tan preciosa que me ha faltado tiempo. Creo que volveré mañana.

Dorón sabía que era una invitación en toda regla.

—Me gustaría acompañarte, pero mañana tengo un vuelo a

Berlín a primera hora. ¿Has cenado?

Era una pregunta que sonaba a invitación y esperaba que ella así lo interpretara.

—*Me disponía a hacerlo, había pensado bajar a uno de esos bares de la plaza Mayor y picar algo, así decís vosotros ¿no?*

—Vas aprendiendo. En ese caso te recojo en tu hotel dentro de media hora.

Ya no estaba tan cansado, era el milagro de la vida. Se arregló y marchó a su encuentro. Al llegar a recepción la encontró sentada en el *hall* ojeando una revista. Salieron y tras caminar unos pasos entraron en la plaza Mayor por el arco de la calle de la Sal.

—¡Es hermosa! —exclamó ella.

Se vio en aquel magno espacio que acumulaba casi cuatrocientos años de historia y observó a su derecha la fachada coloreada de uno de los edificios con la representación de personajes mitológicos, entre los que figuraba la diosa Cibeles, un emblema que los madrileños habían hecho suyo y a cuya fuente acudían en masa siempre que algún acontecimiento merecía celebrarse a voz en grito.

—Esa parte de la plaza que estás mirando fue la Casa de la Panadería. La llamaban así porque allí se reunía el gremio de los panaderos. El que tienes al otro lado fue el de la Carnicería.

—¡Cuánto esplendor!

—Sin duda, aunque también guarda oscuros secretos, porque este lugar fue muchas cosas: mercado, plaza de toros y… —guardó silencio para luego proseguir—, lugar de autos de fe de la Inquisición.

—¿Quieres decir ejecuciones? —preguntó ella.

—Aquí juzgaron, y no muy lejos, en la calle Fuencarral, ejecutaron. En esta plaza se preparó uno de los más grandes autos de fe. Tuvo de todo: preparativos, pregones, indulgencias, misa, sermón. Duró hasta entrada la noche, y como colofón se llevaron por delante a ciento dieciocho reos de todas las edades, entre los que había una buena parte de judíos. El Santo Oficio soñó con ser martillo de herejes y acabó convertido en una forma útil de quedarse con los bienes de muchas de sus víctimas.

—¡Qué paradójico! La belleza y la brutalidad de la mano.

—Ahora preferimos llevar a cabo conciertos de música con grandes maestros del *bel canto,* le procuran un aura más agradable —señaló Dorón.

—¿Te gusta tu ciudad?

—Me encanta —dijo él recorriendo el lugar con la vista—.

Hemingway decía que Madrid era la más española de todas las ciudades de España porque aquí cabían todos. Yo, como madrileño, estoy de acuerdo. A propósito, él tenía por costumbre comer o cenar en Casa Botín, que está aquí al lado ¿Te gustaría imitarlo?

—Me encantaría, siempre que sea yo quien te invite.

—Dejaremos eso para cuando vaya a tu tierra, ahora estás en la mía.

Atravesaron el pasadizo del Arco de Cuchilleros bajaron la empinada escalinata que da a la Cava Baja y llegaron al restaurante. A pesar de no haber hecho reserva, los acompañó la fortuna y dispusieron de una mesa para dos con ventana en el piso superior.

—Si buscabas impresionarme, lo has conseguido —llena de asombro recorrió el lugar con la mirada.

—Si así fuera, habría hecho reserva en vez de jugármelo a la suerte, aunque esta vez haya estado de mi lado. Lo cierto es que pensaba llevarte de tapas, pero Hemingway me lo ha recordado y aquí estamos; yo dispuesto a entrarle con ganas a la merluza al horno y tú a lo que quieras. Tienes cochinillo y también cordero, que por cierto, te recomiendo.

—Me apuntaré a este último.

—Te contaré un pequeño chisme sobre este lugar ahora que conoces el Prado —dijo Dorón refiriéndose al museo—. El Libro Guinnes lo considera el primer restaurante del mundo, y de paso también menciona que tuvo trabajando de joven como friegaplatos a Francisco de Goya.

—¿Te refieres al pintor?

—Al mismo —apuntó él ojeando la carta del restaurante—. ¿Me permites pedir por los dos?

Comenzaron degustando unos entrantes de setas segovianas y berenjenas rebozadas junto con un revuelto de huevos con espárragos trigueros. Siguieron con los platos fuertes y acompañaron todo con un Rioja Crianza de 2006. Luego acabaron con unos deliciosos pestiños de postre y café en olla de barro.

—Esta cena me va a costar quemarla —se lamentó ella pasándose las manos por las caderas—, pero ha merecido la pena.

—Tengo entendido que el sexo quema muchas calorías —dejó caer Dorón.

—Algo he oído —se limitó a mencionar ella.

Él solicitó la cuenta y dejó la propina de rigor. Reconocía que era una costumbre en vías de extinción, pero consideraba una obligación mantenerla siempre que la atención en el servicio fuera la correcta. Un camarero está obligado a servirte con presteza, pero

no a regalarte su mejor sonrisa y sus atenciones personales. Si hace esto, merece ser recompensado.

Dieron un ligero paseo disfrutando de la noche y caminaron por la Cava Baja mientras él le detallaba todo tipo de pormenores respecto a la ciudad que tanto amaba. Le gustaba adoptar el papel de guía porque estimaba que cuanto más supiera un visitante del sitio en el que se encontraba, más captaba su espíritu, y más ganas tendría de volver otra vez. Para pasar por los lugares sin pena ni gloria ya estaban las postales.

—Esta calle posiblemente sea la que más sabor y olor de Madrid guarde en sus paredes —era su barrio y se lo conocía al dedillo—. Fue aquí donde se establecieron la mayoría de las fondas, tabernas y hospederías que recibían a los vendedores llegados desde otras partes de la región para vender sus mercancías en los mercados de la Cebada —apuntó al frente de la calle— o de San Miguel —señaló a su espalda.

—Espero mostrarte algún día Vilnius con la misma pasión con la que tú lo haces con Madrid.

—Lo hago porque soy madrileño y vivo aquí, pero si viviera en otro lugar, créeme, le pondría la misma pasión. Uno debe sentir cariño por el sitio en el que ve pasar los días; si no es así, es preferible que lo abandone. Por este mundo pasamos solo una vez hasta que alguien demuestre lo contrario, y ante ese hecho, por ahora irrefutable, conviene disfrutar de nuestra exigua existencia siempre que nos sea posible.

—Estoy de acuerdo ¿Vas a Berlín por negocios? —preguntó ella cambiando de conversación.

—Sí —respondió él con resignación—. Un cliente de mi padre que es coleccionista ha comprado un par de ejemplares únicos del siglo XVIII y quiere estar seguro de que son auténticos. De manera que iré a certificar que lo son.

—Mañana tenía pensado visitar Toledo ¿me lo recomiendas?

—Sin lugar a dudas. Toda la ciudad es un museo al aire libre. Y si pasado mañana nada me lo impide, me gustaría invitarte a visitar Segovia, es otra maravilla. Aunque todos los alrededores de Madrid lo son: El Escorial, La Granja, Chinchón, Aranjuez, El Pardo… Mires donde mires encontrarás una joya.

—Dispongo de pocos días, pero intentaré aprovecharlos —llegaron de regreso al hotel—. Te invitaría a subir, pero mañana tienes un viaje y debes estar descansado.

—Si me invitas subo —respondió Dorón con rapidez. Ella había dado el paso y a él le apetecía.

—A tu regreso —dijo ella—. No quiero sentirme culpable si luego te engañan en Berlín por falta de sueño.

—Todo puede suceder, pero no creo que estar un rato más contigo pueda ser causa de un posible engaño.

—¿Un rato? No me parece muy sugerente la oferta, en mi tierra esas cosas nos llevan tiempo.

—*Touché.* —Se llevó una mano al pecho como si se sintiera atravesado por un florete en manos de un hábil espadachín y se supo derrotado.

Kristín extendió su mano acompañando el gesto con una sonrisa y él la tomó, se la llevó a los labios y depositó un sutil beso.

—Poético —dijo ella con una sonrisa para luego entrar en el hotel.

En la buhardilla encontró a su hermana durmiendo, así que intentando no hacer más ruido del estrictamente imprescindible abrió el sofá cama dispuesto a tumbarse y coger el sueño cuanto antes: quería estar fresco y en forma al día siguiente para enfrentarse al mafioso Herr Schmidt. Era necesario parar en seco tanta agresión. Los golpes que había recibido en el viaje anterior entraban en lo que él estimaba gajes del oficio, pero lo sucedido a Cecilia había cruzado la línea imaginaria que separaba hasta dónde estaba dispuesto a permitir. Únicamente esperaba no ser atacado nuevamente, aunque si eso llegaba a suceder, esta vez no lo cogería por sorpresa y su reacción sería más contundente. No estaba dispuesto a dejarse patear sin contemplaciones una vez más.

Regreso a Berlín

Llegó al aeropuerto de Barajas con una hora de antelación como exigía la nueva normativa para viajes internacionales pero apenas hizo cola en la fila de embarque: viajar en *business class* tenía sus ventajas. En la sala *business* dispuso de todas las comodidades con las que matar el tiempo: acogedores sillones, periódicos, café, cruasanes, zumos y conexión *wifi* para su *iPhone*. Se sirvió un desayuno ligero y entró en su correo, desde el que mandó un nuevo mensaje a Reyner para avisarlo de que se encontraba a punto de embarcar.

Tras tres horas de vuelo en un asiento con espacio para sus piernas, llegó a Berlín. Nada más aterrizar recibió un mensaje del abogado; lo esperaba en la puerta de salida para dirigirse directamente a la entrevista. Con el avión ya en tierra y las puertas abiertas comprobó otros de los beneficios de viajar en *business:* eran los primeros en abandonar el avión, y como solo llevaba su mochila, se dirigió directamente a la salida, donde se encontró con Reyner.

—Nos está esperando —dijo tras estrecharle la mano—. Parece muy interesado en escuchar la oferta de tu cliente y, para serte sincero, yo también lo estoy.

Dorón le expuso lo acontecido el día anterior en Madrid sobre el encuentro de Cecilia con los dos matones. La expresión de asombro del abogado creció con cada palabra suya.

—¡Este hombre se ha vuelto loco! —acertó a exclamar Reyner mostrando su enojo.

—Eso mismo pienso yo.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría hablar el primero y ver hasta dónde está dispuesto a llegar. Si no percibo una buena disposición por su parte, nos iremos de inmediato, y entonces comenzará la guerra en los tribunales, pero sin cuartel.

Dorón aceptó al ver la resolución que Reyner tenía. No era lo que había acordado con la señora Brecht, pero para acabar bajándose los pantalones ante el cabrón de Herr Schmidt siempre había tiempo. Treinta minutos después se encontraban reunidos con él. En esta ocasión les hizo tomar asiento frente a su escritorio y fue directo al grano.

—¿Puedo conocer la propuesta de su cliente? —preguntó el osado mandamás de aires mafiosos.

En su tono denotaba la seguridad de quien utiliza violencia y poder para amedrentar a sus rivales. Dorón le mantuvo la mirada

pero guardó silencio, a duras penas podía contener las irrefrenables ganas de lanzarse contra él y golpearlo una y otra vez hasta que sus nudillos sangraran.

—La propiedad —intervino el abogado— ha sido tasada en novecientos treinta mil euros conforme a la escritura de la cual usted posee copia, pero como dicha propiedad ha sido derruida sin consentimiento expreso de su dueño, y en su lugar ya se edifica una nueva construcción, el valor final se incrementa y la tasación última alcanza la cifra de un millón trescientos mil euros.

—Es una cantidad alta —apuntó el hombre dirigiéndose a Dorón —, pero digamos que podría asumirse si su cliente me entrega la joya por la que, por supuesto, pagaría la misma cantidad que por el terreno.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Dorón.

La oferta lo desconcertó, igual que a Reyner, y ambos no pudieron disimularlo.

—Veo que su sorpresa no es fingida. Le recomiendo que hable con su cliente y le comente mi propuesta.

—¿Puede darme más datos? —solicitó Dorón.

—La joya a la que me refiero fue adquirida por el señor Brecht hace mucho tiempo. Yo sé que su familia la tiene y otras personas muy poderosas también lo sabrán, si es que no lo saben ya. La aparición de Ernst Brecht, entiéndame usted, hablo en sentido figurado, ha puesto las cosas difíciles para su familia.

—¿Cómo de difíciles?

—No lo sé. Desconozco hasta dónde llega el deseo que tienen esas personas que le he mencionado de hacerse con esa joya, pero intuyo que es grande.

Dorón confirmó en ese instante que los asaltos eran cosa suya y que sus palabras, más que un mensaje, eran una velada amenaza. Sus mandíbulas se pusieron duras como piedras y sintió que su cerebro bullía como si su cabeza fuera un volcán que despierta de su letargo. De buena gana se lanzaría contra el cuello de ese hijo de puta y le cortaría la lengua con el abrecartas que había sobre la mesa.

—Yo le daré dos millones seiscientos mil euros por las dos cosas, y además, libres de impuestos —continuó Herr Schmidt—. Estoy seguro de que con ayuda de sus abogados —en esta ocasión dirigió su mirada hacia Reyner, quien se mantenía expectante— sabrá convertirlos en dinero de curso legal.

—Creo que esta reunión exige un receso —expuso Dorón—. En necesario que hable con mi cliente.

—Le entiendo —señaló Herr Schmidt— ¿Le parece bien que la continuemos a las tres? Creo que es tiempo suficiente para que usted tenga una respuesta. No quiero dilatar mucho más este asunto —se puso en pie dando por terminado el encuentro.

—Al margen de la respuesta que pueda tener más tarde, quiero exigirle —Dorón hizo un silencio con el que reforzar el tono imperativo que daba a sus palabras— que sus hombres dejen de acosarnos. No más amenazas, no más golpes. De lo contrario, es posible que ambos, usted y yo, terminemos perdiendo.

—Siento decirle que esos hombres a los que usted se refiere no tienen nada que ver conmigo —mintió el preboste—. Es una de las razones por las que le ofrezco mi ayuda. Usted procure que su cliente me venda la joya y yo negociaré que no los molesten, pero no olvide decirle que son gente muy peligrosa. Hágame caso, por lo que su cliente posee hay quienes están dispuestos a matar sin poner reparo alguno.

Finalizada la reunión, tanto en Dorón como en Reyner podía leerse el desconcierto en sus caras. De regreso al bufete, llamó a Cecilia desde el coche para interesarse sobre la mencionada joya y la sintió inquieta.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

—*Alfonso de Queralt ha muerto* —respondió ella con la voz entrecortada.

—¿Cómo ha sucedido? —se temió lo peor y recordó las últimas palabras dichas por Herr Schmidt.

—*Un infarto, según el médico. Parece que murió mientras trabajaba en su despacho, pero estaba solo y la doncella no lo ha encontrado hasta hoy por la mañana cuando ha entrado en la casa. De hecho, ahora me encuentro en el tanatorio.*

—Lo siento, aunque solo lo vi una vez me pareció un hombre muy sano para su edad —comentó, quería asegurarse de que su muerte había sido por causas naturales.

—*Mi abuelo también murió así.*

—Transmítele mi pesar a tu madre.

—*Lo haré*.

—Me hago cargo de que no es un buen momento, pero necesito preguntarte algo ¿Qué sabes de una joya de gran valor que podría haber tenido tu abuelo?

—*¿A qué joya te refieres?*

—A una de gran valor, es todo lo que sé.

—*Pues que nosotros sepamos, ni mi abuelo, ni mi abuela hablaron nunca de joya alguna que no fuera de las que vendemos* —respondió

con desconcierto.

—Era solo una pregunta, únicamente quería confirmarlo. Te llamaré más tarde —dijo Dorón antes de colgar.

Pensó entonces en el papel y la llave que había en el sobre, pero no veía la conexión entre ambas cosas. No quiso hacer ningún comentario con Reyner sobre la inopinada muerte del señor Queralt. Si el forense había estimado que el fallecimiento había sido por causas naturales, no quería propiciar más conjeturas que sumar al caso.

—La familia Brecht no tiene ni idea de qué joya puede estar hablando el señor Schmidt.

—Pues si no lo saben, es posible que el señor Brecht se llevara el secreto a la tumba, en cuyo caso el problema persiste, ya que resultará difícil convencerlo de lo contrario. Yo recomendaría que tu cliente pusiera de inmediato en conocimiento de la policía todo el asunto.

—Yo también. Creo que ha llegado la hora de hacerlo, se lo recomendaré en cuanto regrese.

Una vez en el bufete entraron directamente en el despacho de Jules Moch y Reyner expuso la situación a su socio, que lo escuchó todo con atención y en silencio.

—Se enfrenta usted a una mafia muy violenta y sin escrúpulos de ningún tipo —avisó a Dorón—. ¿Tiene alguna pista que nos pueda conducir a desentrañar este asunto?

Dorón extrajo su móvil, abrió la carpeta en la que guardaba la imagen de la llave y el papel que había fotografiado en casa de Cecilia y se la mostró.

—Esto es todo lo que tengo y no sé siquiera si tiene que ver con el caso.

El señor Moch cogió el móvil y observó la imagen, buscó la mirada de Dorón y tras un instante breve pero intenso, le explicó.

—Esta clave alfanumérica corresponde a una cuenta de banco en Suiza, y la llave pertenece a una caja de seguridad.

—¿Está seguro? —Dorón iba de sorpresa en sorpresa.

—Hace tiempo llevé la demanda de una familia judía contra un banco suizo que guardaba en una de sus cajas de seguridad bienes de parientes que habían muerto en la Shoá. Costó mucho, pero al final ganamos el caso y se pudo recuperar lo que había en su interior, por eso sé de lo que le estoy hablando.

—¿De qué banco puede ser?

—Eso ya es más difícil, en Suiza hay más de seiscientos bancos. No obstante, si su cliente quiere, podemos investigar; tenemos

contactos allí y podríamos conocer el dato pronto.

—Pues hágalo, estoy autorizado por la familia Brecht para tomar decisiones.

—¿Qué hacemos con la reunión pendiente con Herr Schmidt? —preguntó Reyner.

—Asistir a ella —dijo Dorón tajante—. Necesito tener la seguridad de que esos hombres que hay ahora en Madrid no atentarán contra la seguridad de mi cliente.

—Ni contra la suya —apuntó el señor Moch.

—Esta vez iré solo. Quiero que disfrute de plena libertad para hablar.

—Manténganos informados y comuníquese con el señor Reyner nada más terminar. Nosotros comenzaremos la investigación sobre el banco.

Se despidieron y Dorón miró su reloj, el estómago le exigía trabajar un poco. Siempre pendiente de su seguridad, entró en un restaurante próximo, no quería exponerse mucho caminando por la calle. Una vez acomodado, pidió una comida frugal y ligera que acompañó con una botella de agua mineral. Mientras esperaba el servicio llamó nuevamente a Cecilia.

—Ya sé a qué corresponde esa clave de números y letras, y también la llave.

—*¿A qué?* —preguntó ella

—A una cuenta en un banco suizo y a una caja de seguridad.

—*¿Cómo lo has descubierto?*

—No he sido yo, han sido los abogados del bufete. Ahora falta saber el nombre del banco. Ya se han puesto a investigar. A lo mejor en esa caja de seguridad se encuentra la joya a la que se refiere Herr Schmidt.

—*¿Cómo es posible que mi abuelo no nos dijera nada?*

—No lo sé, quizá temiera por vuestra seguridad y luego no alcanzase a hacerlo. Me dijiste que su muerte fue repentina.

—*¿Y por qué mi abuela tampoco nos la mencionó?*

—Quizá ella tampoco lo supiera. A veces las personas guardan secretos que únicamente comparten con su soledad —apuntó Dorón.

—*¿Qué hacemos ahora?* —preguntó ella.

—Yo en estos momentos me dispongo a comer —quiso transmitirle calma—. Después asistiré a una nueva reunión con Herr Schmidt y luego regresaré a Madrid.

—*¿Qué le vas a decir?*

—Que necesitamos tiempo. Realmente lo que pretendo es que me dé información sobre los hombres que te amenazaron ayer. Él

dice que no es cosa suya pero de alguien tiene que ser. Apostaría tres a uno a que son sus hombres, aunque por ahora no puedo probarlo.

—*¿Qué joya puede ser esa por la que estamos en peligro?*

—Será otra de las preguntas que le haga. ¿Dónde estás ahora? —se interesó Dorón.

—*En casa con mi madre, se encuentra muy afectada por el fallecimiento de Alfonso.*

—¿Qué harás más tarde? —quiso saber él.

—*Dentro de una hora iré a recoger a mi hijo a la parada donde lo deja el autobús escolar; siempre va Clara, nuestra doncella, pero ahora también iré yo. He contratado un chofer armado para mí y un guardia de seguridad para la casa mientras dure esto, los estoy esperando.*

—Una buena decisión —señaló el detective—. Te voy a pedir que te quedes en casa cuando recojas a tu hijo y esperes a que yo llegue, iré a verte cuando aterrice en Madrid sea la hora que sea.

—*De acuerdo.*

—Tengo que dejarte o la comida que me acaban de servir se quedará fría. Quédate tranquila, solucionaremos este asunto —se despidió y colgó.

No era cierto que ya tuviera el plato en la mesa, lo que realmente quería él era llamar a Rodolfo, tenía previsto un cambio de planes.

—¿Qué tal está el patio por allí? —preguntó Dorón inmediatamente después del protocolario saludo de rigor con su socio ocasional.

—*Llevo toda la mañana dentro de mi coche escuchando más noticieros de radio de los que haya podido oír en todo el año. Respecto a tu cliente, te diré que ha visitado el tanatorio y luego ha regresado a casa ¿Ha sucedido algo? Porque esa parada no estaba en la ruta que me diste.*

—Nada que ver con el caso. Un amigo de la familia ha muerto de un infarto.

—*Lo siento. También te diré que hay dos tipos con pinta de alemanes que están siguiendo a tu cliente. Tengo el modelo del coche, la matrícula y fotos de todo, incluidas sus caras de mala leche. De hecho, se encuentran a unos cincuenta metros de donde estoy yo.*

—Mi cliente saldrá dentro de una hora a recoger a su hijo a la parada del autobús escolar. Quiero que cuando ella entre en casa, cambies de presa y vigiles a esos tipos, necesito que registres todos sus movimientos.

—*Cuenta con ello* —respondió Rodolfo.

—Por favor, no te confíes ni un gramo —le pidió antes de despedirse—. El asunto es peligroso.

Con la mente perdida en un sinfín de preguntas sin respuesta, Dorón no quiso alejarse mucho de las indicaciones gastronómicas que encontró navegando por la Red respecto a la cocina berlinesa y se ciñó a lo recomendado. Pidió los *bulleten*, unas sencillas pero exquisitas albóndigas de carne que, según decían los propios berlineses, dieron origen a la hamburguesa; las acompañó con una *kartoffelsalat,* y de postre solicitó la Rote Grütze, una especialidad compuesta de frutos de jardín que llevaba cerezas, bayas y frambuesas y una bola de helado de vainilla. Comió con gusto y agradeció a Internet la información recibida. Finalmente pagó la cuenta y salió. Tomó el primer taxi que vio y veinte minutos después se encontraba ante el edificio de oficinas que albergaba las de la RMZ Real Estate GMBH. Antes de bajar, llamó a Reyner y le pasó el móvil al conductor. El abogado le solicitó su número de licencia para luego ordenarle que esperara al cliente hasta después de su entrevista y lo llevara al aeropuerto. Por último le obligó a apuntar su teléfono y le pidió que llamara si el joven no regresaba al cabo de una hora.

La antesala que hizo para ser recibido por Herr Schmidt fue breve. Nada más entrar en el despacho, el empresario fue a su encuentro con una cordialidad que hasta ese momento había estado secuestrada y lo invitó a tomar asiento en la mesa de reunión. Supuso Dorón que semejante actitud condescendiente respondía al hecho de asistir sin la presencia del abogado.

—Veo que ha venido usted solo; mejor, así podremos hablar con más libertad.

Con semejante introducción quedaba confirmada su idea.

—He hablado con mi cliente y me ha pedido que le permita pensarse la oferta global; en sus planes únicamente estaba la venta de la casa.

—Por supuesto, salvo que el tiempo apremia y quienes se han cruzado en su camino no esperarán mucho.

—Si usted no los mandó, ¿puedo saber quién lo hizo? Ya que vamos a entablar tratos deberíamos acompañarlos de una pequeña dosis de confianza mutua.

—Si se lo dijera, me convertiría en cómplice de esos mismos señores.

—Ya lo es desde el instante en que me asaltaron aquí en su ciudad poco después de nuestra primera reunión. Son alemanes como usted, pero no voy más allá.

—No se deje llevar por las apariencias. Quienes buscan hacerse con la joya fueron hasta hace veinte años los verdaderos dueños de la mitad de Alemania.

—¿Se refiere al Politburó, que gobernaba antes de la caída del muro y del cual usted formaba parte?

Dorón no estaba dispuesto a aceptar excusas: la seguridad de la familia Brecht era lo más importante y quería respuestas concretas, no evasivas.

—Nuevamente se deja llevar por las apariencias. Nosotros no éramos más que simples marionetas de una lucha entre dos bloques que se habían repartido el mundo. Los verdaderos gobernantes de la extinta RDA estaban a dos mil kilómetros de aquí.

—¿Se refiere a los rusos?

—Usted lo ha dicho —se limitó a asentir Herr Schmidt.

—Y ustedes como alemanes permitieron una cosa así —le recriminó el detective torciendo el gesto.

—Éramos comunistas y nos guiaba un sentimiento internacionalista.

—Con el que disfrazaron ingeniosamente la llamada dictadura del proletariado con una dictadura de privilegiados.

Ya lo conocía lo suficiente y, aunque tenía que acabar negociando, no sentía por ese hombre el más mínimo respeto. Se veía obligado a disimular su desprecio hasta que todo hubiera acabado, pero luego le escupiría a la cara toda su desvergüenza y el rencor que le guardaba.

—«Las ideas no son responsables de lo que los hombres hacen de ellas» dijo Heisenberg, un filósofo y físico alemán. Como ve, yo también conozco algunas citas ilustres —apuntó Herr Schmidt.

—Tomo nota —se limitó a decir Dorón—. Debo entender entonces que quienes nos acosan son alemanes enviados por esos rusos que usted dice no conocer.

—Lo va captando a la perfección.

—En ese caso, y volviendo a la joya, ¿cómo sabe que la tiene mi cliente?

—Yo solo sé que quienes la persiguen llevan más de cincuenta años detrás de ella y seguirán otros cincuenta si es necesario. Con esto intento situarlo respecto a la importancia de la misma, no tanto por su valor económico como por el simbólico. El precio de dos millones seiscientos mil euros por el paquete completo es una cantidad más que respetable si con ello además se salva la vida, créame.

—En ese caso, estamos dispuestos a negociar a partir de tres

millones siempre que usted me asegure la integridad física de la familia Brecht y cesen las amenazas y los asaltos.

—Veré qué puedo hacer pero no le prometo nada hasta no cerrar el trato que sutilmente ha elevado. Ahora que el relojero vuelve a cobrar vida, entiéndame otra vez esta pequeña licencia figurativa en mi lenguaje, será difícil contener los deseos de quienes durante tanto tiempo han esperado este momento.

—¿Cómo es esa joya?

—¿No se la ha mostrado su cliente? Dígale que lo haga —se levantó y dio por terminada la reunión, como era su estilo.

—Lo llamaré en cuanto tenga una respuesta.

—No se equivoque una vez más, no hay *una* respuesta, solo hay *la* respuesta.

La contundencia de las palabras de Herr Schmidt no dejaba lugar a dudas. Se despidió y salió. En la misma puerta del edificio lo seguía esperando el taxi que lo llevaría al aeropuerto. Miró su reloj y comprobó que todavía le quedaban un par de horas que perder esperando su vuelo de regreso a Madrid. No lo dudó, prefería pasarlas dentro de la terminal aérea y en la sala de espera *business* a la que tenía derecho, porque no le seducía la idea de arriesgarse a otro encuentro con gorilas rusos, alemanes o selenitas por las calles de Berlín. Desde allí llamaría a Reyner para tranquilizarlo y luego a Cecilia para informarle sobre la hora en la que podría estar en su casa.

Por su parte, Herr Schmidt se encontraba exultante. Ahora sí, no tenía dudas de que la joya sería suya y llamó a Pittner para modificar su estrategia. Quería que no se despegara del detective porque este los llevaría hasta ella. Había hecho creer a ese investigador privado que eran los rusos los causantes de todo para que su sabueso pudiera seguir trabajando en Madrid sin problemas.

Se aproximaba la hora de embarque y Dorón hizo una última llamada a Rodolfo. Escuchó someramente el informe de su seguimiento y acordaron verse a la mañana siguiente en el café del Círculo a primera hora. El vuelo de regreso resultó algo menos cansado gracias a las comodidades de la clase *business* y hasta pudo dormir un poco.

Eran las nueve de la noche cuando subió a su coche estacionado en el aparcamiento del aeropuerto y se dirigió a ver a Cecilia. Durante todo el trayecto no quitó el ojo del retrovisor, quería asegurarse de si era o no seguido por los hombres de Schmidt.

Nada más llegar a la casa percibió la presencia de un vehículo de una empresa de seguridad, en cuyo interior se encontraba un vigilante uniformado que observó sin disimulo cómo estacionaba y luego se dirigía hasta la puerta. Llamó por el interfono, se identificó y esta no tardó en abrirse, atravesó el jardín a paso ligero y fue al encuentro de Cecilia, que esperaba en la misma puerta. La saludó y lo primero que hizo fue transmitirle sus condolencias por el fallecimiento del señor Queralt, luego se dirigió a la señora Brecht. Esta le pidió que se sentara a su lado, esperaba ardiendo en deseos de escuchar el relato de su viaje. La mención de esa joya escondida en alguna caja de seguridad en Suiza la tenía conmocionada, no podía explicarse por qué sus padres nunca le habían hablado de ello.

—Siento lo del señor Queralt —dijo Dorón antes de comenzar el relato de su informe.

—Mi padre murió de igual forma, salvo que él cayó fulminado en la calle cuando regresaba a casa. Si no fuera por ese antecedente y por el informe médico, pensaría una vez más que son demasiadas casualidades —manifestó la señora Brecht tomándole cariñosamente las manos—. Ahora cuéntenos su viaje. ¿Quiere que le preparemos algo de cenar?

—No es necesario, ya lo he hecho en el avión, pero se lo agradezco.

Paso a paso, fue relatando pormenorizadamente sus dos encuentros con Herr Schmidt intentando no olvidar cada una de sus palabras ni tampoco sus amenazas veladas. Era necesario que fueran conscientes de la situación en la que se encontraban. Cuando finalizó su exposición, Cecilia fue la primera en preguntar:

—Y eso ¿a qué conclusión nos lleva?

—La joya debe de ser bastante más valiosa de lo que ofrece puesto que subí el precio y lo aceptó sin regatear.

—En estos momentos, el valor es lo menos importante —expresó la señora Brecht.

—Lo sé, pero necesitamos tiempo para localizar la caja de seguridad. Su interés es grande y eso nos da un pequeño margen que intentaremos no desperdiciar.

—¿Cuánto cree usted que tardarán esos abogados en dar con el banco? —preguntó la señora Brecht.

—No tengo ni idea, pero no creo que mucho. El señor Moch dijo disponer de cierta experiencia. De hecho, nada más ver el papel supo lo que era.

—¿Le dio información ese tal Schmidt sobre la joya? —insistió

la señora.

—He venido pensando en ello todo el viaje y creo que sabe poco al respecto. Ese punto me tiene desconcertado.

—¿Por qué? —mostró Cecilia su curiosidad.

—No la ha visto, eso es evidente. Y sin embargo se lanza a hacer una oferta de más de dos millones de euros por el paquete y acepta tres sin rechistar. ¿Hay muchas joyas que superen ese precio?

—Necesitaría verla para hacer una valoración. Lo que no acierto a entender es por qué la poseía mi abuelo. ¿Cómo la obtuvo y cuándo? —se preguntó en voz alta.

—De eso sí tengo una pista, ya que el preboste hizo mención a los cincuenta años que los rusos andan tras ella.

—Que yo sepa, el abuelo jamás tuvo trato alguno con rusos —miró a su madre y esta asintió con la cabeza.

—Ahora la cuestión es otra —apuntó tajante la señora Brecht—. Si es cierto lo que ese hombre dice, tu vida y la de tu hijo deben ser lo más importante.

—La suya también —señaló Dorón.

—La mía está bien como está y me gustaría apurarla al máximo, pero perderla no me quita el sueño tanto como me lo quitan las de mi nieto y mi hija.

—Entonces esperaremos a que el bufete llame, nos indique cuál es el banco y podamos ir a ver qué contiene esa caja de seguridad. Ahora me despido, el viaje me ha dejado un poco cansado —dijo haciendo un ademán para levantarse, pero fue retenido por la señora Brecht.

—Señor Benatar, si esto termina bien, será usted ampliamente recompensado; en caso contrario, quiero que sepa que nunca fue nuestro propósito ponerlo en esta situación. De haberlo sabido o intuido, jamás le hubiera pedido el favor a su madre.

—Señora Brecht, no le voy a decir que disfruto con lo que está sucediendo, pero este oficio es así y hay aceptarlo. Nunca sabe uno dónde acaba metido por sencillo que parezca un encargo.

Dorón salió del chalet vigilado por el guardia de seguridad, subió a su coche y tomó rumbo hacia su casa. Apenas había abandonado la M30 y cruzado el Puente de Segovia cuando, de improviso, un vehículo lo adelantó con una temeraria maniobra, se colocó delante y pisó el freno bruscamente. Recordó la narración de Cecilia cuando fue asaltada y reaccionó metiendo marcha atrás, giró en la primera calle que encontró a su derecha y comenzó a callejear con el pie bailando entre el pedal del freno y el del acelerador. Por el retrovisor vio como el coche que se le había parado delante

seguía pisándole los talones. Discurrió cómo defenderse, pero había dejado su pistola en casa porque, a buen seguro, no habría pasado el control del aeropuerto. Llevado de una conducción temeraria en la que tenía todas las de ganar por conocerse la zona, buscó calles estrechas con cruces en ángulo recto donde su Smart se movía como pez en el agua; el de sus perseguidores fue dejando su marca sobre el asfalto, aceras y esquinas. En una calle de dirección prohibida, Dorón vio como asomaba el morro un vehículo que salía de un garaje y se fue directo hacia él sin levantar el dedo del claxon; este le echó las luces pero vio la decisión con que se le venía encima y retrocedió lo suficiente para dejarle paso. Su perseguidor lo vio, quiso hacer lo mismo pero las dimensiones del coche no le permitieron maniobrar con ligereza y el otro vehículo ya había salido del garaje y ocupaba la calle de sentido único. El escándalo que estaba montando el sorprendido conductor consiguió que el perseguidor tuviera que meter marcha atrás y retroceder, con lo que perdió de vista al detective.

Dorón llegó a su casa, se introdujo a la carrera en su garaje, bajó del coche y corrió hacia el portal, se ocultó tras la puerta sin encender la luz y esperó; quería saber si el coche que lo había seguido merodeaba por allí. Aguardó diez minutos pero no lo vio. A pesar del nerviosismo de verse acosado por los dos hombres que no pudo llegar a identificar, la adrenalina, ese elixir de la muerte cuando se es joven y sin freno, le produjo una sensación de euforia y excitación difícil de controlar. Le habría gustado disponer de su arma y verlos llegar. Sin dudarlo habría salido a su encuentro y les habría hecho besar el suelo, aunque esto supusiera meter a la policía en el caso. «Quizá ya venía siendo hora de hacerlo», se dijo. Guardaba en sus intestinos el rencor por los golpes recibidos en Berlín, pero más lo impulsaba el cobarde asalto perpetrado contra Cecilia y su hijo.

Herr Schmidt no parecía dispuesto a cumplir con su palabra: esos tipos eran sus hombres y lo habían seguido desde el aeropuerto. Estaba seguro porque, aunque no los vio, solo ese cabrón sabía que venía de regreso a Madrid. 0

Con la tensión en el cuerpo, su móvil lo avisó de un mensaje recibido. El corazón no se le paró de milagro, lo extrajo de su bolsillo a toda prisa y lo abrió para verlo. «Echo de menos tu lengua sobre mi cuerpo y la mía sobre el tuyo. Quiero verte. Irene». La inoportunidad del mensaje lo enfureció en un primer instante, pero segundos después le provocó una sonrisa al recordar a Oscar Wilde en una de sus célebres sentencias: «No hay nada como el amor de

una mujer casada. Es una cosa de la que ningún marido tiene la menor idea». No quiso responder. Cogió el ascensor y subió a su buhardilla.

Frente a la puerta de la vivienda, y antes de introducir la llave en la cerradura, hizo una respiración profunda y buscó controlar su excitación, abrió y entró. Su hermana estaba tendida en el sofá cama abierto devorando uno de sus libros.

—Parece que Berlín te pone —apuntó ella extrañada al ver la expresión de su rostro.

—¿Qué tal la familia? —intentó desviar la conversación.

—Nadie te echa de menos.

—Me alegra saberlo.

—Sabía que eso te gustaría, pero la realidad es que mamá anda un poco preocupada de tu ir y venir a Berlín.

—No tiene por qué. Mañana pasaré a verla. De la *trouppe* mexicana, ¿qué te cuentas?

—Que me tienen reventada, no paran, no sé de dónde sacan tanta energía.

—Del chile, no lo dudes

Lo dijo en una clara referencia al pequeño pimiento salvajemente picante como un demonio con el que los mexicanos condimentan sus comidas y al que él mismo se acostumbró durante una sus estancias en México, no sin sufrir *la venganza de Moctezuma*, que no era más que un terrible picor estomacal que se acentuaba cuando iba al baño, un mal que la primera vez le duró toda una semana.

—Hoy hemos ido en pandilla a Toledo y hasta se han apuntado los padres de Jacqueline. Chico, ha sido matador.

—Parece que las dos familias han comenzado a intimar, eso está bien —dejaba clara la socarronería en sus palabras.

—Mañana me toca museos —indicó su hermana.

—¿Has pensado en pasarle factura a mamá? —preguntó Dorón viendo la expresión de fatiga que ponía su hermana.

—Algo mejor. La tía Tamara ha dicho que vaya con ellos de vuelta a México y que pase todo el mes en su casa, ella me invita.

—¿A mí no me ha sumado?

—Ha dicho que únicamente si la dejas casarte allí.

—En ese caso, seguiré con mis viajes a Berlín como único aliciente —apuntó con una expresión de fingida decepción.

Estiró el cuerpo y movió la cabeza de un lado a otro; buscaba afanosamente desentumecer los músculos y encontrar una brizna de relax.

—Si quieres, puedes dormir en tu cama. Después de un viaje tan largo es lo menos que puedo ofrecerte.

—¿Harías eso por mí?

—Hoy me siento derrochadora.

—Entonces, te dejo. Estoy realmente cansado y mañana tengo una cita temprano.

Se dirigió directamente al baño, soñaba con una ducha caliente, y sabiendo que lo esperaba su cama, el placer fue en aumento.

Encuentro en la cárcel

Aún quedaban cinco minutos para abrir el café del Círculo cuando llegó Dorón. En el interior de la sala ya se encontraba Rodolfo esperándolo junto a la barra. Debido a que era su día de descanso laboral, actuaba como cliente y no como encargado de sala. Dorón entró y saludó a todos por su nombre; siendo un asiduo, la familiaridad era la nota más propia. Juntos se fueron hacia la «oficina» y ocuparon la mesa de siempre junto al ventanal.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Rodolfo.

—Algo ligero, un té y una tostada. —El camarero se dispuso a levantarse pero Dorón lo retuvo—. Estás en tu día libre, estate a la altura.

—Es cierto, la fuerza de la costumbre.

Levantó su mano para atraer la atención del servicio de sala.

—¿Qué pudiste descubrir de esos dos matones?

—Aquí van las fotos de sus caras, la matrícula del coche que utilizan y la dirección de los hoteles en los que se alojan, porque cada uno lo hace en un hotel distinto. Son profesionales, no hay duda. Estuvieron siguiendo a tu cliente hasta que llegó la seguridad privada, entonces se fueron —expuso Rodolfo entregándole un *pen drive* que contenía la información referida.

—¿Se sintieron vigilados en algún momento? —quiso saber él sin mencionarle que habían intentado asaltarlo en la noche.

—Los seguí a bastante distancia para que no me descubrieran porque los tipos prestaban mucha atención a todo lo que los rodeaba, estaban siempre en guardia. ¡Ah! Parece que son tres y no dos —matizó Rodolfo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dorón extrañado por el detalle.

—Que la banda la componen tres. Esos individuos se reunieron con otro que de alemán tenía más bien poco: yo diría incluso que es español. También le tomé una foto. ¿Me puedes contar de qué va la cosa o es confidencial?

—Es confidencial pero mereces saberlo.

Ahora sí, le expuso el caso siempre referido a las escrituras de la casa y omitiendo el detalle de la joya. Rodolfo escuchó con atención el relato sin interrumpir siquiera los silencios que en ocasiones hizo Dorón hasta que terminó.

—¿Todo eso por unas escrituras? Me temo que hay algo más. Debes investigar sobre ello.

A Dorón le maravillaba la sensibilidad que tenía Rodolfo, estaba convencido de que se encontraba ante un investigador de carácter

natural, de los que lo llevan en la sangre, de los que malgastan su tiempo y su capacidad si se dedican a otra cosa. En cuanto consiguiera aprender la técnica y obtener su título y su licencia, trabajaría con él sin ningún género de dudas.

—Ahora hablemos de Leonor Expósito ¿Has visto algo en el informe que te di que te haya llamado la atención? —preguntó el detective.

—Es un caso interesante. Todas las evidencias están en contra de esa mujer, y el informe de los peritos dice claramente que el incendio en la casa fue premeditado, que la alfombra de la habitación de los chicos tenía restos de oxígeno líquido y que la combustión que provocó el siniestro fue debida a una colilla dejada por ella en ese preciso lugar. Si a eso le sumamos que en repetidas ocasiones había hecho público el deseo de deshacerse de sus hijos, no es de extrañar que la crucificaran.

—Estuve en la casa el domingo, pero el escenario está muy contaminado por el paso del tiempo. No obstante, me llevé un radiador que me llamó la atención, y después de revisarlo me han surgido ciertas dudas que necesito aclarar.

—Lo más adecuado sería hablar con ella —estimó Rodolfo.

—Hoy es día de visita en el penal.

—En ese caso, si nos vamos ya, podríamos estar allí en menos de una hora.

—Definitivamente, no dejas de sorprenderme. —Para Dorón, su iniciativa merecía un sobresaliente.

Llegar a la cárcel les llevó el tiempo previsto. Hicieron cola detrás de un buen número de familias que esperaban para visitar a quienes tenían dentro. Rellenaron la ficha. Pasaron los controles y, minutos después, se encontraban con Leonor Expósito. Su aspecto frágil hacía juego con su cuerpo menudo y delgado, que aparentaba soportar más años de los que en verdad tenía. Parecía un pajarillo asustado en día de lluvia que ha perdido su capacidad de volar y se acurruca contra la pared de la calle buscando protección. Su mirada, si bien cargada de tristeza, no era lejana y huidiza, más bien parecía poseer fortaleza, pero carecía de la agresividad que propicia el ambiente carcelario. En su semblante no había odio ni rencor, sino la expresión de quien clama justicia en un entorno acostumbrado a no obtenerla.

—Creí que no le interesaba mi caso —dijo ella saltándose las presentaciones—. No he recibido respuesta al email que le envié.

—Me tomo mi tiempo —respondió Dorón.

—Eso es algo que a mí me sobra —apuntó ella—. ¿Quién es?

—Es Rodolfo Hurtado, mi colaborador y hombre de confianza.

El camarero pensó en ofrecer su mano, pero visto que la mujer pasaba de protocolos optó por una ligera inclinación de cabeza.

—Le dije en mi correo que no tengo dinero para pagarle en este momento, ¿aun así quiere ayudarme?

—Quiero.

—¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que es usted inocente, y el reto será demostrarlo, solo por eso.

La respuesta provocó un cambio en la actitud de Leonor, sus ojos adquirieron un brillo especial y su semblante se hizo más vivo; es posible que fuera la primera vez que alguien le decía eso.

—Le pagaría si pudiera. El abogado que me defendió únicamente se preocupó de cobrar y le di todo lo que tenía, aun así me han caído más años de los creo que pueda soportar aquí encerrada. Y para colmo, mi novio me ha dejado sin nada. Cuando me condenaron me pidió un poder para vender mi casa y con el dinero contratar un buen abogado que nos ayudara; no he vuelto a saber de él desde el día en que se lo firmé.

—Interesante —observó Dorón.

—¿Con qué limpiaba la casa? —intervino Rodolfo deseando entrar en materia.

—Con el detergente que me traía de la empresa, me salía gratis —se encogió de hombros queriendo disculparse, ahora que había logrado que se interesaran por su caso, no quería que pensaran que era una ladrona.

—¿Pudo usted derramar por error ese detergente sobre la alfombra? Según el informe de la policía estaba impregnada de oxígeno líquido, un elemento altamente inflamable que también se usa en los productos de limpieza por ser un buen desinfectante.

—No tengo ni idea, ni siquiera sabía lo que era. Lo dije en el juicio pero no me creyeron.

—En el informe de los peritos figura que encontraron una colilla suya en ese preciso lugar —continuó el camarero metido en su papel de investigador.

—Seguramente era una colilla vieja. Me propuse dejar de fumar porque en el trabajo me llamaban la atención si me veían hacerlo y hacía un par de semanas que ya no fumaba.

—¿Está segura? —inquirió Dorón—. A lo mejor no lo recuerda bien, la bebida borra muchos recuerdos.

—Este no —replicó secamente la mujer— porque casi me echan de la empresa por eso.

—También mencionó que aquella noche no dormía en su habitación mientras se incendiaba la de sus hijos —Rodolfo mantuvo su estilo.

—Esa noche estaba abajo, en la sala, viendo en la televisión *Cuéntame*; es mi serie preferida y me quedé allí durmiendo la mona. Había bebido demasiado. A lo mejor, si hubiera estado sobria, habría podido salvar a mi hijo. Pero una cosa les juro, yo no provoqué ese incendio.

—Sus vecinos dijeron en el juicio que usted siempre andaba deseando que se murieran para que la dejaran tranquila.

—Cuando la gente bebe dice cosas sin pensar.

—Pues a eso se agarraron para hundirla —intervino Dorón.

Las preguntas de Rodolfo eran demasiado directas para una primera entrevista y quiso rebajar la tensión que habían provocado en la mujer.

—Lo sé y no sabe cuánto me arrepiento, pero más me duele haber sido una borracha, porque por eso murió mi hijo.

—Su hijo murió por otra causa y es lo que vamos a esclarecer —dijo Dorón—. Por cierto, ¿por qué compró usted un radiador tan caro y de tanto consumo? Era un modelo de alta gama.

—No lo compré yo, nos lo regaló mi novio porque mis hijos se quejaban a veces del frío que hacía por la noche cuando dormían. Aunque parecía muy bueno, no daba más que problemas: en cuanto lo encendíamos ya no podía poner la lavadora ni la secadora ni incluso planchar porque saltaban los plomos por sobrecarga.

—¿Cómo se llama su novio? —nada de eso aparecía en el informe.

—Sebas —señaló el apelativo—, Sebastián Dabrio.

—¿Llevaban mucho tiempo juntos? —insistió él.

—Medio año más o menos. Se portaba bien con mis hijos, les compraba juguetes y a veces hasta me los cuidaba las noches que me tocaba cubrir suplencias nocturnas en el aeropuerto, es el mejor momento para pasar la mopa. Pero ya ven: «Ojos vemos, corazones no sabemos» dice el refrán.

—¿A qué se dedica él? —se interesó Rodolfo.

—Tiene algo que ver con la compraventa de casas y ese tipo de negocios.

—¿En alguna empresa?

—Supongo, aunque nunca supe cómo se llamaba ¿Por qué me preguntan tanto sobre él? ¿Acaso creen que tuvo algo que ver? Porque ese día estaba de viaje en Palma de Mallorca y no vino hasta el día siguiente.

—Es simple rutina. Se acaba el tiempo —señaló Dorón mirando su reloj—. Tenemos por delante un difícil reto tomando en consideración el tiempo transcurrido, pero «Nunca es tarde si la dicha es buena» dice otro refrán.

—Gracias —por primera vez mostraba una sonrisa sincera—. Presentía que era usted así, pero viendo que no me respondía...

—No pierda la fe en las personas —le solicitó Dorón—. Es lo único que nos queda a los existencialistas, y usted dijo serlo un poco.

—He leído sobre el tema, y aunque no entiendo gran cosa, a lo mejor lo soy porque va unido a la angustia que provoca tener conocimiento de nuestra propia existencia, y ya ve usted cómo es la mía.

—También se le asocia con la libertad, porque es uno quien se hace a sí mismo y usted lo está haciendo bien. ¿Me permite darle una recomendación? Continúe con sus estudios de informática.

—No creo que me sirvan de mucho aquí dentro, ninguna de las reclusas necesita una secretaria —un poso de desaliento envolvía sus palabras—. Además, solo me apunté para tener una forma de comunicarme con el exterior. Para mí, la escuela hace mucho que acabó.

—Un día le presentaré a alguien que podrá dar fe de que nunca es tarde para iniciarse en ello.

En el rostro de Rodolfo se dibujó una mueca de satisfacción, sabía que iba por él. Se despidieron y los dos regresaron al coche. De camino a Madrid analizaron el caso nuevamente, había aparecido un factor nuevo que hasta ahora no figuraba.

—Investigaré de inmediato a ese tal Sebas —se adelantó Rodolfo a lo que a buen seguro también estaba pensando Dorón.

—Y yo te lo agradeceré mucho. El hecho de haberse quedado con la casa lo convierte en sospechoso con un buen móvil.

—Si lo que pretendía era quedársela, todo se le habría ido al traste si ella también hubiese muerto en el incendio. Yo hubiera pensado antes en casarme para quedarme como heredero legal ¿no crees? —se cuestionó Rodolfo.

—Necesito darle otra vuelta al caso, esta entrevista me ha generado más incógnitas que las que en principio traía, y la más importante es que ella recuerda que no fumaba ya —respondió dubitativo.

—Es posible que lo haya olvidado. Como tú has dicho, el alcohol produce lagunas en la mente de las personas, y de ello puedo dar fe como camarero.

—Me estoy planteando otra teoría, pero necesito confirmarla —estaba pensando en el radiador—. Tú procura localizar al novio.

—Eso de que piensas que es inocente ¿lo dijiste en serio?

—Podría pensar que es culpable y que pudo ser un filicidio producto del llamado *síndrome de Medea.*

—¿Me lo puedes explicar?

—Ocurre cuando la progenitora mata al hijo para herir al esposo, pero con ella no es el caso. Leonor se odia a sí misma, no odia a ningún hombre ni busca hacer daño al padre de las criaturas. Me inclino más a pensar en ese amor de madre que, incapaz de enfrentarse a tanta pobreza y viendo su propio sufrimiento, decide evitárselo a sus hijos y los mata porque los considera de su propiedad.

—Podría ser, encaja en el perfil.

—Sí, pero me desconcierta, porque cuando una mujer hace eso, el paso siguiente es matarse ella inmediatamente después, y Leonor no lo hizo. Su pecado es que estaba borracha.

—Interesante ese síndrome ¿de dónde proviene?

—De la mitología griega, pero a mí particularmente me gusta más el que proviene de México, lo llaman *la Llorona* y es toda una leyenda callejera al más puro estilo mexicano. ¿Quieres oírla?

—Por qué no.

—Es la dolorosa historia de una campesina indígena mexicana de la época colonial española.

Cuentan que era una joven muy hermosa. Su padre ejercía de capataz en una importante hacienda cuyo dueño era un poderoso español terrateniente de alto linaje y mucho dinero que tenía varios hijos. Uno de ellos, incapaz de reprimir sus deseos hacia la chica, acabó haciéndola suya.

Si ya estaba loco por ella, después de aquel acto se enamoró hasta tal punto que accedió a todo aquello que le pidió, excepto a una cosa: casarse. Su padre ya lo había prometido por acuerdo en España con una mujer cristiana que era oriunda de su misma ciudad, Valladolid, donde ambas familias gozaban de gran renombre desde tiempos inmemoriales.

Pero ese particular poco le importó a la hermosa joven indígena, que acabó igualmente enamorada. Ambos vivieron a escondidas sus momentos de pasión hasta que ella quedó embarazada y de esa semilla nació un hermoso niño que heredó en la piel el color canela de su madre y el dorado pelo y fuertes facciones de su padre. Se decía que era el hijo más hermoso que nadie podía imaginar tener. La llegada del retoño trajo dicha y felicidad a la pareja hasta que el hecho llegó a oídos del terrateniente, quien obligó a su hijo a regresar a España y cumplir con el

compromiso adquirido de contraer matrimonio.

Al conocer la noticia, la enamorada lloró desconsolada y pidió a su amante que renunciara a esa boda, pero él era caballero de linaje y no podía romper el compromiso. A pesar de todo, le juró en secreto pacto que a su regreso la relación se mantendría y que nada cambiaría. El amor desmedido que la hermosa indígena le tenía la llevó a aceptar con resignación la propuesta de su amante.

El joven caballero español casó en la catedral de Valladolid con gran pompa y boato. Pasado un tiempo, regresó a México trayendo a su esposa y a un buen séquito familiar. Durante los primeros meses, el joven cumplió lo pactado y visitó a su amante indígena con regular frecuencia, la colmó de dinero, comida y regalos, también mimó a su hijo con todo tipo de presentes. Pero las visitas comenzaron a espaciarse cuando la esposa española quedó embarazada de su primer vástago; a partir de entonces las cosas ya no fueron igual. La indígena, desesperada, exigió a su amante el reconocimiento de su hijo, pero él se esforzó en recordarle el acuerdo que ambos tenían y la amenazó: si ella persistía en exigirle mayor responsabilidad pública, daría por acabada la relación. Y así sucedió. Le otorgó, eso sí, una buena suma compensatoria y aseguró el futuro del niño prometiéndole que lo haría empleado de la hacienda en cuanto tuviera edad para ello. Todo eso no le importó a la bella indígena, ella únicamente deseaba oír las palabras que siempre había soñado: «Os daré un nombre», tampoco oyó un «te amo y siempre seguiremos juntos». Por el contrario, el punto y final consumó la amenaza.

Desesperada al verse abandonada, lloró, gritó y pensó de mil formas volver a conquistarlo, pero la locura se hizo dueña de su mente y un día cogió al niño y lo mató arrojándolo al río para luego correr a casa de su amado y gritarle lo que había hecho. La conmoción en el pueblo fue grande y las autoridades la detuvieron de inmediato. El cuerpo de la inocente criatura no se encontró jamás, a pesar del esfuerzo de todos quienes lo estuvieron buscando durante muchos días.

El repudio hacia la mujer indígena fue total. «No se puede cobrar venganza matando al fruto de tu amor» decían. Tras juzgarla, fue condenada a la horca. Pero la desgracia no cayó solo en la asesina. Para el hacendado las cosas no fueron mejor, pues su esposa enfermó, perdió el bebé que esperaban y, aquejada de tremendas jaquecas, decidió regresar a España.

Desde entonces comenzó a correr el rumor de que trabajar para el rico hacendado traía mala suerte. Se dijo también que por las noches podían oírse en calles y campos los gritos de la matricida arrepentida de su cruel acto. Muchas personas tuvieron que ser socorridas por curas y

médicos porque juraban y perjuraban haber visto y oído a la indígena vestida de blanco flotando sobre el río gritando: «¡Ay de mi hijo!». Su hermoso rostro era ahora enjuto y cadavérico. El miedo se impuso y nadie volvió a trabajar en la hacienda. También cundió el hábito de rezar por las noches una oración que ayudara a apaciguar a esa alma en pena. «Ave María de todas las ánimas, concede el descanso a la Llorona*, que pena por su hijo derramando más lagrimas que guijarros tiene el mar en su lecho. Ave María de todas las ánimas, concede el descanso eterno a* la Llorona *para que el Señor permita unirla a su hijo en el cielo como lo estuvieron en la tierra. Ave María de todas las ánimas, perdónanos nuestros pecados y líbranos de ver a tu angustiada hija* la Llorona*, que cayó en la locura. Ave María de todas las ánimas, danos claridad para que jamás dañemos con nuestra diestra a nuestros hijos y con la siniestra los defendamos sobre todo mal que los aceche. Líbranos de* la Llorona *y que ella descanse en paz».*

Esta oración se hizo tan popular que incluso llegó a ser autorizada por los sacerdotes, y se llevaron a cabo misas, rezos y bendiciones con agua bendita en el río del suceso. Aun así, se sigue diciendo que en tardes de tormenta se puede oír el penar de la Llorona, *y cuando se camina por la vereda del río se arriesga uno a encontrarse con la figura de la mujer caminando sobre sus aguas en busca del hijo que mató y se llevó la corriente.*

Terminado el relato, Dorón guardó silencio y sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo, no era tanto por el cuento que acababa de narrar, sino por otra cosa.

—¡Joder! Por un instante me he sentido heredero del papel de cuentacuentos de mi madre, y dicen que cuando eso pasa hay que considerar dos cosas. Una: que te aqueja la vejez. Otra: que… —nuevamente calló.

—¿Qué?

—Déjalo, creo que he perdido el norte.

Rodolfo lo miró extrañado y regresó al caso.

—Esa mujer me ha sorprendido. Lo del existencialismo también tiene su punto.

—Lo mencionaba en su carta —señaló Dorón—. De todas formas, es un término que quien lo usa lo interpreta como mejor le viene. Pero si te interesa, mañana te llevaré un par de libros. Creo que Kierkegaard y Sartre te ayudarán a comprenderlo.

Entrando en Madrid, Rodolfo se apeó en la avenida de América para coger el metro que lo llevaría a su casa. Se despidieron y Dorón se dirigió hacia la de sus padres, aprovecharía para cumplir con el requisito inexcusable de pasar unos momentos con las visitas.

El banco suizo

Isaac se encontraba enfrascado en la restauración del libro que tenía sobre la mesa del taller cosiendo cuidadosamente los cuadernillos que lo componían. Tan metido estaba en faena que no cayó en la cuenta de la presencia de su hijo hasta que este habló.

—¿Sigues recomponiendo a Rousseau?

—Dicho de esa manera suena feo, pero sí, con él sigo —confirmó su padre.

—Os he reservado a los cuatro unas entradas para el teatro.

—¡Qué bien! ¿Para qué obra?

—*La importancia de llamarse Ernesto.*

—Vaya, Oscar Wilde. No está mal la elección. ¿Nos acompañarás?

—Me es imposible. Volver al trabajo y con dos casos a la vez me está ocupando mucho tiempo.

—Pues sube y díselo a tu madre y a tu tía, estoy seguro de que les va a hacer mucha ilusión. —Ver a su hijo enfrascado en algo más que no fuera alimentar su sentimiento de culpabilidad lo llenaba de satisfacción.

Dorón subió las escaleras hasta el primer piso y frente a la puerta de la vivienda meditó si llamar o abrir, llevaba llave. Decidió que haría las dos cosas, y tras introducir la llave en la cerradura, tocó al timbre antes de abrir. En la cocina encontró a su madre y a su tía enfrascadas con la lista de invitados.

—¿Tenéis algún plan para hoy por la tarde? —les preguntó a las dos.

—El que tú propongas, querido sobrino.

—He reservado cuatro entradas para la última sesión de teatro, para que disfrutéis de una buena obra. No puedo acompañaros porque tengo algo de trabajo, aunque me gustaría. Podéis solicitarlas en la taquilla, están a vuestro nombre.

—¿Qué obra veremos? —preguntó su madre encantada con la propuesta, el teatro era una de sus grandes pasiones.

—*La importancia de llamarse Ernesto* —apuntó su hijo.

—Oscar Wilde ¡Qué fantástico!

—¿Ves? —dijo su tía—. A un joven así de cortés y educado lo caso yo en México por todo lo alto en menos de lo que nuestro Señor tardó en hacer el mundo.

Él se limitó a sonreír.

—A pesar de todo el trabajo que tengas, recuerda que pasado mañana nos vamos a Melilla, como habíamos acordado —intervino

su madre— ¿Podrás? —temía que su hijo estuviera preparando el escenario para una fuga.

—Estaré en el aeropuerto a la hora indicada —quiso tranquilizarla.

—Deja al chico —atemperó su tía— si tiene trabajo que hacer y vive de eso, que lo haga primero —levantó las manos con desesperación antes de continuar hablando—. Este hijo mío *no tiene madres*, mira que ir a casarse a Melilla ¿Seguro que no es una aldea de esas en África?

Estaban comenzando a llegar a Madrid los invitados que venían desde México para asistir a la boda, y eso la ponía nerviosa. Para ella, el solo hecho de pensar que la ciudad estaba en África le generaba toda la desconfianza del mundo, a pesar de las explicaciones que sobre su belleza y encanto le habían expuesto sabiamente los Benatar desde que supieron que sería allí la boda.

—Melilla ha sido cuna de grandes rabinos y además la llaman *la ciudad de la amistad*, por algo será. —Anne pretendía tranquilizar a su hermana, pero sabía que eso no ocurriría hasta que no estuviera allí y lo viera con sus propios ojos—. No temas, todo el mundo lo va a pasar de maravilla, puedes estar segura.

—Tía, entiendo tu preocupación, pero la estimo innecesaria. Cuando la conozcas te vas a enamorar —señaló Dorón reafirmando las palabras de su madre.

—¿Cómo va el caso de mi amiga? Sé que fuiste a Berlín —le preguntó ésta en el deseo de evitar que Tamara continuara con sus miedos respecto a Melilla.

—No es más que un caso inmobiliario del que posiblemente la señora Brecht acabe sacando una buena tajada.

—Espero que así sea y que tú la ayudes a ello.

—¡Si es que es un caballero español! —exclamó su tía con vehemencia—. Digas lo que digas, en cuanto llegue a México me pongo a la labor.

Poco a poco la casa se fue llenando con la presencia al completo de la familia, incluidos los novios, que ahora sí, regresaban agotados de una mañana de museos. Entre vinos y platos se dio debido repaso a los preparativos finales de la boda: el vestido de novia, el vestuario de las damas, el obligado chaqué de ellos, el destino de la luna de miel y el piso en el que vivirían hasta que encontraran el nido de amor definitivo que aún seguía pendiente, debido a las reticencias de Jacqueline a emprender la aventura de vivir en México.

—Con la casa que allí tendrás —dijo Tamara— no echarás de

menos nada de aquí.

Fue en ese momento cuando Isaac golpeó su copa con la cucharilla del postre y reclamó atención. Su objetivo era cambiar el rumbo que tomaba la conversación, sabedor del punto de vista de su cuñada y también de la novia, ambos bastante distantes entre sí.

—Eso me recuerda lo que le aconteció a un judío ruso que no conseguía una casa del gobierno.

Un día hablando con un amigo le cuenta su pena.

—No hay forma de que me den una casa en el comisionado —le dice.

—¿Les has dicho que eres judío?

—Pues claro, es una de las preguntas del impreso.

—No, mal hecho, tienes que decir que eres ortodoxo, le responde el amigo.

—Ah, bueno, pues probaré como tú dices.

Vuelve una vez más a las oficinas y rellena un nuevo impreso, esta vez declarándose ortodoxo. Pero como ha ido tantas veces, el funcionario ya lo conoce, y mirando el papel con desconfianza le pregunta:

—¿Es usted ortodoxo?

—Claro.

—Veamos— pretende asegurarse—, ¿cuál es el nombre del Mesías?

—Jesucristo— responde el judío con aplomo.

—¿Y el nombre de su madre?

—María.

—¿Y su padre?

—José.

—¿Dónde nació?— continúa con el interrogatorio.

—En un establo en Belén.

—¿Y por qué nació en un establo?

—¡Porque era judío y no podía conseguir una casa!

La sonora carcajada de los presentes dio pie a una animada conversación respecto a cómo pasarían los días que estuvieran en Melilla.

Dorón recibió en ese instante una llamada en su móvil: era internacional y de inmediato pensó en Alemania, se levantó de la mesa y fue al pasillo a contestarla.

—*Ya tenemos el nombre del banco al que pertenece esa cuenta* —le informó Rayner—; *es del Pictet & Cie de Ginebra, uno de los bancos suizos más importantes. Te voy a remitir un* e-mail *con la dirección. Por nuestra parte, seguiremos adelante con la demanda interpuesta.*

—Me parece correcto, ya hablaremos.

Cortó ansioso por transmitir a Cecilia la información y la llamó.

—Es necesario que nos veamos, tengo información del banco en Suiza.

—*En estos instantes, mi madre y yo estamos saliendo del funeral de Alfonso. Voy a dejarla en casa y luego me dirigiré a la empresa* —señaló ella— *¿Podemos vernos allí?* —se le notaba la misma ansiedad.

—Mándame la dirección al móvil y estaré contigo dentro de una hora.

Se excusó ante todos por no poder quedarse más rato y salió a su cita. Tomando las debidas precauciones, llegó a las oficinas de la empresa de la familia Brecht. Antes de entrar, echó un rápido vistazo al lugar buscando el coche que lo había seguido la noche anterior; no lo vio ni tampoco ningún otro ocupado por dos matones con mala pinta, supuso que el refuerzo de seguridad del que Cecilia se había dotado había influido necesariamente en esa ausencia. En la recepción se identificó, y un par de minutos después ella salió a recibirlo. Pasaron a su despacho y Dorón le contó su conversación con Reyner.

—Deberíamos ir cuanto antes —propuso ella sin poder disimular su anhelo por conocer el contenido de la caja fuerte que hasta entonces se había mantenido oculta al conocimiento de la familia y que los había puesto en gran peligro.

—Yo diría que mañana mismo.

—¿Puedes?

Dorón asintió con la cabeza y ella descolgó el teléfono y solicitó a su secretaria que buscara dos billetes de avión a Ginebra para el día siguiente en el primer vuelo.

—Estoy realmente nerviosa.

—Pues yo estoy preocupado. Espero que allí haya una joya, porque de lo contrario vamos a tener más que problemas.

La secretaria confirmó los pasajes con salida a las 9.50 h. y acordaron verse en el mostrador de embarque. Luego se despidieron y él condujo hasta el hotel donde se alojaba Kristín, quería estar con ella aunque al día siguiente volviera a verse obligado a tomar un avión a temprana hora. Desafortunadamente no estaba en su habitación. Dio una vuelta por la plaza Mayor y observó cada mesa de las terrazas buscando su figura sin éxito. Ante la imposibilidad de encontrarla, dedicó lo que quedaba de tarde a ir de compras y buscar los complementos de vestir que no encontró en la tienda donde había alquilado el frac que llevaría en la boda.

De regreso a casa elucubró más de la cuenta respecto al

contenido de la caja fuerte hasta que estimó que era mejor pensar en otra cosa. Se acomodó en el sofá con el portátil en sus piernas y abrió la carpeta de Leonor. Repasó las notas del caso y escribió un resumen de la visita a la cárcel. La entrevista con ella había reforzado su percepción de inocencia y había abierto una vía de investigación que le parecía interesante.

Metido en Internet buscó información que hiciera referencia a accidentes domésticos con radiadores. Las notas periciales del caso no dejaban lugar a dudas sobre la intencionalidad del suceso, y eso conducía irremediablemente a la culpabilidad de la mujer, pero él comenzaba a considerar que el informe de los peritos no había sido el más correcto. Le pareció un informe redactado con la prisa burocrática de quien cree verlo todo tan claro que prescinde de una investigación a fondo. Le dio la impresión de que la policía se había dejado llevar por las apariencias y que habían pasado de esforzarse más. Al fin y al cabo, ¿quién era esa pobre miserable?

La actitud decidida de Leonor Expósito negándose a aceptar su derrota era una prueba del carácter que sale a relucir entre quienes se enfrentan a la adversidad convencidos de su inocencia. Anotó todas sus dudas y las convirtió en un breve cuestionario que le remitió a ella por *e-mail* para que se lo devolviera contestado lo antes posible; de paso le pidió alguna fotografía que todavía pudiera tener del ex novio en cuestión.

Viaje a Ginebra

Dorón se esforzó por llegar el primero al aeropuerto, pero las ganas de Cecilia eran aún mayores y ya lo estaba esperando en el mostrador de embarque. Pasaron a la sala *business* —últimamente estaba de suerte, y lo que es peor, se estaba acostumbrando—, se sirvieron café y él apreció en ella un nerviosismo más que evidente porque no paraba de mirar a todos lados sin saber lo que buscaba.

—¿Tienes la dirección del banco? —le preguntó.

—La tengo. Ginebra debe de ser bonita —dijo él buscando tema de conversación con el que intentar calmarla.

—La conozco. La visito en ocasiones. Allí se encuentran algunos de los fabricantes de relojes para los que distribuimos sus marcas.

Guardó silencio y él no quiso insistir.

Nada más abrir la puerta de embarque se colocaron los primeros en la fila *business*. Hasta que Cecilia no se vio dentro del avión no se calmó. Una vez acomodados, ella se dedicó a ojear la prensa hasta que se quedó ligeramente dormida; eso parecía con los ojos cerrados y la cabeza recostaba sobre el asiento, pero Dorón sabía que no era así. Él decidió disfrutar una vez más de todos los pequeños beneficios que ofrecía volar en clase *business*, por fin estaba descubriendo el verdadero placer de viajar en avión. Estaba acostumbrado al *low cost* de los vuelos baratos, con sus interminables colas de embarque, sus asientos en los que las rodillas buscaban desesperadamente un sitio donde encajar, el desasosiego que provocaba la incógnita de no saber si el viajero que tuviera delante se dispondría a dejar caer el respaldo de su asiento en un momento dado y oprimirlo aún más… Por todo eso y más merecía la pena recuperar el placer de volar, aunque su gozo fuese efímero.

Después de dos horas de viaje, el capitán anunció por megafonía que estaban a punto de aterrizar en Ginebra. El viaje había durado el mismo tiempo para todos los pasajeros, pero estaba seguro de que a él se le había hecho más corto que a los que iban en clase turista, todo era cuestión de espacio limitado a dos sencillas dimensiones: largo por ancho.

A la salida del aeropuerto subieron a un taxi y dieron al conductor la dirección del banco. De nuevo los nervios volvieron a apoderarse de Cecilia. Dorón consideró entonces que había llegado el momento de pasar de pedir y comenzar a exigir.

—No sé cómo son estas cosas, nunca he tenido una caja de seguridad, y la única cuenta de banco que poseo es la que recibe mis facturas —su tono era imperativo y alejado de toda

consideración—, pero algo sí sé: si nos presentamos allí con una sola muestra de intranquilidad, encenderemos todas las alarmas y es posible que nos quedemos con las ganas de ver el interior de esa caja. De manera, que cálmate, respira, sonríe y goza de una experiencia así.

Sabía que había dicho una soberana tontería; gozar de un momento así no podía ser posible cuando a causa de lo que iban buscando, a él le habían dormido el hígado a base de golpes y a ella la habían amenazado con hacer desaparecer a su hijo. Por fortuna, Cecilia reaccionó ante sus palabras y compuso la figura dotándola de cierto aplomo, el mismo que mantuvo a la llegada al banco y en los trámites que hubo de hacer hasta que finalmente, acompañada del empleado que los atendía, accedió hasta la caja de seguridad mientras él esperaba su regreso.

Fueron pocos los minutos que ella se demoró en la cámara acorazada, pero cuando la vio regresar, su semblante denotaba un nerviosismo aún mayor del que tenía al bajarse del avión. Se despidieron y salieron del banco en silencio para tomar nuevamente otro taxi.

—Hotel Bristol, por favor —señaló ella al conductor.

El silencio se mantuvo y Dorón no quería ser quien lo rompiera. Supuso que había encontrado algo importante, y aunque pasar la noche en Ginebra no era algo que tuviera contemplado, dejó que las cosas siguieran su propio camino. Llegaron al hotel y con la decisión de quien conoce el terreno que pisa, Cecilia fue directamente a la recepción y alquiló una habitación.

—Me suelo alojar aquí cuando tengo que venir por motivos de trabajo —le comentó mientras era atendida y le daban una tarjeta de acceso a la habitación.

Cogieron el ascensor y subieron hasta la tercera planta, buscaron el número y entraron. Ella se dejó caer sobre la cama, sentada con el bolso agarrado fuertemente a su pecho y los ojos cerrados. Él se acomodó en la silla que había junto al pequeño escritorio y dejó su mochila en el suelo manteniéndose en silencio mientras movía su cuello y hacía crujir sus huesos intentando eliminar la tensión que le causaba la situación en sí misma. Cecilia respiró profundamente antes de decidirse a mostrar lo que durante tantos años había estado guardado para todos.

—¿Quieres ponerla aquí? —pidió ella.

Se refería a la pequeña mesa circular de madera situada en medio de dos sillones tapizados en tono beige a juego con las cortinas y la colcha de la cama. Él lo hizo. —Acércate —le

solicitó.

Su temblorosa mano abrió el bolso y con especial mimo extrajo una bolsa de raso de color burdeos de cuyo interior sacó una figura: era un huevo blanco y dorado de apenas ocho centímetros adornado con piedras preciosas. Un anillo de oro en el centro abarcaba todo el perímetro de la joya, que reposaba acomodada sobre una pequeña peana de oro con tres patas.

—No entiendo mucho de esto, pero parece un huevo Fabergé —dijo Dorón temiendo cometer un desacierto.

—No es que lo parezca, ¡Es un huevo Fabergé! —exclamó entre aturdida y asombrada Cecilia—. Estas que ves aquí —señaló la copa del huevo coronado por un encaste de oro sobre el que reposaban cuatro hermosas piedras— son rubíes. Estas otras que simulan en relieve un mar de olas que rodea el huevo por encima del anillo central son esmeraldas, y estas otras, diamantes. La pieza es de nácar y está tan exquisitamente pulida —hizo un emotivo silencio mientras pasaba la yema de sus dedos por encima del huevo presa de excitación— que es suave como la piel de un bebé. Es la primera vez en mi vida que veo una joya convertida en auténtica obra de arte.

Sus ojos se humedecieron. Dorón se mantuvo callado porque supuso que para una joyera, aquel instante era un momento de éxtasis, igual que lo sería para él encontrarse ante la *Biblia de las 42 líneas* que imprimiera Gutenberg. Lo cierto es que la joya, a pesar de su reducido tamaño, sobrecogía por su hermosura.

—Tengo entendido que los huevos Fabergé solían contener bellas sorpresas.

No es que supiera mucho de joyas, pero algo había leído ocasionalmente respecto a esos famosos huevos.

Cecilia no respondió, recogió su bolso del suelo y extrajo un papel doblado que le cedió sin hacer comentario alguno, él lo abrió y leyó. No era siquiera una carta, se trataba de una sencilla nota de Ernst Brecht en la que explicaba cómo había llegado la joya a sus manos a cambio de un reloj de señora y cómo la guardó durante años sin saber qué era. También mencionaba que dos miembros de la Stasi, la policía secreta de la Alemania Oriental, habían estado preguntando por el hombre que se la había dado el día en que huyeron al otro lado del muro. Desde aquella visita supuso que aquella joya, además de valiosa, podía ser peligrosa. Asentado en Madrid, leyó una vez un reportaje dedicado a la famosa colección Fabergé y descubrió que lo que él tenía era uno de esos huevos, entonces decidió guardarlo en una caja de seguridad aprovechando

uno de sus viajes a Ginebra. Explicaba también que el huevo disponía de un mecanismo de apertura, y que a pesar de sus numerosos intentos, no había dado con la clave, pero tampoco había sido capaz de forzarlo, era relojero y amaba la mecánica de precisión. Lo ocultó incluso a su propia esposa aun sabiéndola discreta. Su deseo era regalárselo a su hija cuando supiera que poseerlo no le ocasionaría ningún peligro. Sabía cuán larga era la mano de la policía secreta comunista y cómo no la detenían leyes ni fronteras; por eso, cuanto menos supiera su familia, mejor.

—Ahora ya conocemos la razón por la que tu madre desconocía la existencia de esta joya.

—Mi abuelo se llevó el secreto a la tumba —dijo ella.

—No del todo, así habría sido si no hubiera tomado la precaución de guardar el número de la cuenta y la llave en el mismo sobre en el que puso las escrituras.

—¿Por qué no dejó también esta misma carta? —preguntó ella llevada por el dolor que le había producido su lectura.

—Las personas que han visto el mal como lo vio tu abuelo no llegan nunca a recomponer la fe en el ser humano, y eso hace que la confianza que podemos tener tú o yo, o cualquier persona que no ha pisado un campo de exterminio ni vivido bajo la presión y el miedo a la delación, detención y tortura por parte de quienes se supone que están para cuidarte y protegerte en tu propio país, no sea la misma que poseen ellos. Personas como tu abuelo, con ese cúmulo de negras experiencias a su espalda, acaban guardando celosamente las palabras con las que comunicar sus sentimientos, prefieren los actos porque no les supone tanto esfuerzo —respondió Dorón-. Para su desgracia, murió sin poder hacerlo.

—Sigo sin entender la razón de que nunca mencionara nada.

—Él murió sin ver la caída del muro, quizá seguía teniendo miedo. Yo lo tendría ahora que conozco las cosas de que fueron capaces los policías de la Stasi. Posiblemente su intención era decíroslo en su lecho de muerte, pero esta le llegó de repente y todo se acabó convirtiendo en un enigma.

—Regresemos a Madrid —solicitó ella con determinación guardando el huevo en el bolso.

—Antes dame unos minutos, vuelvo enseguida.

El detective salió de la habitación. En recepción se informó sobre una tienda de *souvenirs* próxima y allí se fue. Compró dos pequeños relojes de cuco y un par de pañuelos que pidió envolver para regalo. De regreso al hotel, no pudo resistirse a entrar en una chocolatería y abastecerse de una buena y variada dosis de

chocolates.

Cecilia lo esperaba preocupada por su impetuosa reacción. Nada más entrar, Dorón le entregó los dos relojes de cuco y los pañuelos, y le ofreció parte de los chocolates.

—No tenías que haberlo hecho —agradeció ella aceptando el ofrecimiento.

—Una pieza como esta en tu bolso de viaje puede llamar la atención de la policía; con estas otras pasará más inadvertida.

—Bien pensado. Es tanta mi impaciencia que no había caído en ello. ¿Nos vamos ya? —preguntó a la vez que guardaba todo cuidadosamente en su bolso de viaje.

En el aeropuerto consiguieron pasar los controles de embarque sin problemas y a él le llamó la atención el temple y aplomo que ella mantuvo en esos momentos; no parecía la misma persona que poco antes de entrar al banco era un manojo de nervios desatados.

Durante el viaje hablaron poco, y nada más llegar a Madrid, Cecilia quiso llamar al chofer, que en realidad ejercía más de guardaespaldas, pero Dorón había dejado su coche aparcado en el aeropuerto y se ofreció a llevarla. Treinta minutos después, llegaban a la casa. La señora Brecht los esperaba esforzándose cuanto podía por controlar su expectación.

Sin preámbulos, su hija extrajo del bolso la joya y con sumo cuidado se la ofreció a su madre, que nada más verla supo lo que era.

—¡Loado sea el Señor! ¡Es un huevo Fabergé! —exclamó llevándose la mano libre al pecho como si el corazón se le fuera a salir—. Cómo es posible que mi padre nunca me hablara de ello y mi madre tampoco.

Cecilia sacó la nota escrita y se la ofreció. Esther Brecht la leyó en silencio hasta que no pudo más, y dándole la preciada joya a su hija, extrajo del puño de su blusa un pequeño pañuelo con el que limpió las lágrimas que sus ojos habían comenzado a derramar. Su respiración se volvió entrecortada y acabó por levantarse y dirigirse a la ventana, donde se quedó a solas un momento. Su hija fue hacia ella y la abrazó con ternura. Si él, que seguía la escena plantado en silencio en medio del salón, hubiera podido elegir, habría pedido no formar parte de ese instante, era demasiado íntimo, solo les pertenecía a las dos mujeres.

—Disculpe usted estas lágrimas de mujer mayor. Para mi padre yo era su consentida, y saber que quería regalarme algo así y que nunca pudo hacerlo me parte el corazón.

—No se preocupe, lo entiendo. Estimo que tendrán cosas

personales de que hablar y yo mañana viajo a Melilla —se disculpó él.

—A la boda de su primo David —dijo la señora Brecht—. Con gusto habría asistido si no fuera por el accidente que tuve y que apenas me deja moverme. Su madre me ha invitado pero ya le dicho que no podré ir.

—El lunes estaré de vuelta y hablaré con los abogados en Berlín para ver cómo se resuelve el tema de la casa y terminar de negociar con Herr Schmit la venta de ambas cosas —se despidió y salió acompañado por Cecilia—. Si tienes algún problema durante mi ausencia, no dudes en llamarme. No obstante, te dejo esta tarjeta con los datos de un buen amigo y profesor, el teniente Navarro, de la Policía Nacional. No dudes en llamarlo y dar mi nombre como referencia.

—Creo que no será necesario con la vigilancia que nos ha puesto la empresa de seguridad, pero la guardaré por si acaso —cogió la tarjeta y se despidieron.

Antes de arrancar llamó a Kristín, pero en su habitación seguía sin haber nadie que cogiera el teléfono. Supuso que andaría disfrutando de la noche en compañía de alguien más atento que no la dejase tirada cada vez que sonaba el móvil. Dio por perdida la relación muy a su pesar, porque la consideraba una chica valiosa con la que le habría gustado mantener la amistad incluso en la distancia. A pesar de todo, estimó necesario despedirse como es debido e informarle de la imposibilidad de verla nuevamente debido a su viaje a Melilla. Con la desconfianza en el cuerpo, no quitó ojo del retrovisor mientras se dirigía al hotel, adonde llegó sin contratiempos. Después de dejar una nota en recepción pensó en buscarla una vez más por la plaza, pero estaba agotado, y aunque el deseo lo empujaba, el cuerpo se resistía. Este último acabó por imponerse.

En casa halló a su hermana preparando su maleta para el viaje, la cama estaba cubierta de ropa, y de su galán de noche colgaba un elegante vestido rosa que Dorón supuso sería el que llevaría puesto en la boda. La observó apoyado en el quicio de la puerta del dormitorio y sonrió. La vio coger cada prenda, ponérsela por encima, mirarse al espejo, dudar y finalmente doblarla con mimo y acomodarla en la maleta.

—¿Piensas llevarte todo el armario? —preguntó.

—No, pero casi —respondió ella concentrada en su quehacer—. Tú también deberías preparar tu equipaje, así mañana te evitarás las prisas. Recuerda que tenemos que estar en el aeropuerto a las

nueve.

—Estoy de aviones hasta el gorro, pero tienes razón. Esperaré a que termines y luego la haré yo.

—No te lo recomiendo —lo alertó ella—, lo mío va para largo. Serán cuatro días y muchos compromisos.

—¿Qué quieres decir con ello? —Dorón se esperaba lo peor.

—Que no pienso repetir vestuario en ninguno ¡Es una boda, no unas vacaciones!

Sentado en el sofá hizo un rápido repaso mental de lo que él se llevaría. Su selección fue simple: por las mañanas camisetas y por las noches camisas, un par de pantalones de vestir, otro par informal y el frac. Si algo más llegara a precisar, lo compraría allí.

A esa misma hora, desde un hotel de la ciudad, Pittner se comunicaba como cada día con Herr Schmidt para darle un detallado informe de los pasos seguidos por el detective, aunque esta vez fue algo más breve.

—Por la mañana temprano viajó en compañía de Cecilia Brecht a Berlín.

—*Es posible que ella quisiera hablar con los abogados. Lo más seguro es que vinieran a ultimar la negociación con el bufete* —dijo el preboste.

Comenzaba a pensar en un desenlace muy próximo. Por si acaso, se propuso disponer del dinero en su caja fuerte.

—Solo pudimos seguirlos hasta la zona de seguridad, pero a esa misma hora entre todos los vuelos que despegaban había uno directo a Berlín, creo que fue ese el que tomaron.

—*Deberías haberme llamado y les habríamos puesto seguimiento aquí nada más aterrizar.*

—Me desconcertó el hecho de que no llevaran equipaje y supuse que volverían pronto, como así fue. El dispositivo de seguimiento que le hemos colocado a él en su coche nos avisó. Regresaron por la tarde.

—*Es momento entonces de que presionéis con fuerza a ese investigador privado. Eso acelerará la negociación* —fue una orden y acto seguido colgó.

Pittner comenzó a ver su futuro más halagüeño y a soñar con Mallorca como su próximo paraíso, él también estaba dispuesto a sacar tajada de esto. Eran muchos los años trabajando a las órdenes de un jefe que se enriquecía cada vez más y a él le tocaban las migajas. Por fin le llegaba la oportunidad y quería parte del pastel.

Consideró que debía actuar pronto o se expondría a que sus planes se vinieran abajo.

Viaje a Melilla

Los dos hermanos cargaron las maletas en el taxi que habían solicitado y, para evitar complicaciones, pidieron al conductor que tomara el peaje que los llevaría directos a la terminal cuatro del aeropuerto. Llegaron con tiempo, pero tanto sus padres como la familia Horowitz al completo, la familia Lazraque y unos cuantos invitados venidos de México que él no conocía, ya los estaban esperando. Se hicieron las presentaciones debidas y se convino que sería tarea de los varones facturar el equipaje de sus respectivas mujeres mientras ellas esperaban en la cafetería. Dorón se hizo cargo del de su hermana.

El avión que les tocó era un Dash 8 biturbohélice que despertó las peores sospechas en la tía Tamara al tener que embarcar como se hacía antaño, subida en un autobús que los llevó por la pista hasta la escalinata del avión de apenas cinco escalones.

Fue un vuelo divertido y de los pocos en los que Iberia aún daba café, cruasanes y caramelos gratis. Después de estar viajando en *business class*, subirse a ese avión con capacidad para poco más de cuarenta personas en el que su familia e invitados casi lo llenaban le produjo la sensación de retroceder en el tiempo y verse inmerso en una escena de película de los años cincuenta.

Eran cerca de las doce cuando aterrizaban en el aeropuerto de Melilla. La familia Lazraque había dispuesto un autocar que trasladaría a todos al hotel que su padre había recomendado a la tía Tamara, y donde esta, ni corta ni perezosa, había reservado una planta al completo para esos días, ya que aún esperaba la llegada de más invitados. Dorón vio a través de la ventanilla del vehículo cómo a pesar del paso del tiempo, el desarrollo turístico en la ciudad no había alterado ni destruido su paisaje de manera tan notoria como había sucedido en gran parte de la costa en la península. Se volvió buscando la expresión del rostro de su padre para confirmar lo que ya intuía: cuando Isaac Benatar pisaba su tierra natal se transformaba, y su semblante irradiaba dicha y felicidad; no es que se sintiera a disgusto en Madrid, es que Melilla era la parte más cándida en la historia de su vida y allí estaba como en su casa.

El recorrido fue corto y el autocar estacionó a las puertas del hotel Ánfora, en pleno casco viejo y a cinco minutos caminando de todo lo interesante de la ciudad.

En la recepción les fueron asignando las habitaciones. Lo primero que él hizo nada más entrar en la suya fue deshacer la

maleta y colgar la ropa. El famoso slogan «La arruga es bella» que un conocido diseñador español puso de moda hace veinticinco años no iba con él. Posiblemente fuera del gusto incluso de las señoras de la época, poco o nada familiarizadas con el *lifting* en aquellos años, pero si hoy día ese mismo diseñador lo intentara de nuevo, arrancaría con el fracaso bajo el brazo. Desde su ventana veía el mar y la fortaleza, dos postales a las que era imposible resistirse por su belleza. Alguien llamó a la puerta, era su padre.

—Te veo contento —dijo Dorón— ¿Nos vamos a dar un vuelta hasta la hora de la comida? Te invito a un helado.

Era un ritual que habían hecho juntos en buen número de ocasiones durante los veranos en los que los cuatro Benatar iban allí a pasar las vacaciones.

—Antes quiero que me acompañes a ver a Jacob Warahón, hay algo de lo que quiere hablar contigo.

En el rostro de su hijo se pudo apreciar una mueca de incredulidad. Conocía al amigo de su padre pero nunca habían intimado lo suficiente como para requerir su atención.

—¿Esmoquin de camarero o chaqué? —preguntó Isaac mientras esperaban el ascensor.

—La pregunta ofende. Chaqué, por supuesto —respondió su hijo.

—¿Mocasines de terciopelo?

—Jamás, zapato negro de cordón y punta inglesa —concretó Dorón.

—Perfecto, como yo.

—No creo, mi corbata es rosa mexicano. ¿La tuya también?

Isaac lo miró de reojo y eludió responder, estaba acostumbrado a las excentricidades de su hijo.

—Vamos a su despacho, pero antes te pondré al tanto de algo que desconoces. Además de regentar este hotel, Jacob es un reputado buscador de expolios a judíos y todavía sigue en activo. Es una persona muy bien informada y cuenta con contactos en medio mundo.

Dorón no podía esconder su desconcierto, la perplejidad en su rostro lo decía todo.

—¡Qué callado se lo tiene el bribón! Buscador de expolios. No sabía yo de semejante doble vida. Suena incluso mejor que detective existencial. Nuevamente vuelves a sorprenderme.

Su padre señaló una puerta a un lado de la recepción, apuntó con la mirada a una minúscula cámara de seguridad que enfocaba directamente al acceso para que su hijo se percatara del detalle y

llamó; un sonido eléctrico la abrió. Entraron y se encontraron en un espacioso despacho donde parecía que el tiempo se hubiera anclado en los años cincuenta. Del techo colgaba un ventilador de aspas que daba vueltas de forma tan lenta que parecía que iba a comenzar a chirriar y morir de un momento a otro; era un adorno más en ese decorado porque el local disponía de un potente aire acondicionado capaz de sacar el moquillo en pocos minutos. Detrás de la mesa de escritorio de recia madera se encontraba Jacob, de espaldas a un gran ventanal con vistas al puerto. Tecleaba con soltura en el ordenador que, junto a la BlackBerry que reposaba al lado, eran los dos únicos elementos actuales. A Dorón le llamó la atención la cantidad de objetos artísticos repartidos por estantes y repisas; atraído por su encanto se fue directo hacia un pequeño cuadro que colgaba de una de las paredes y en ese momento quedó como ausente. Ni su padre ni su amigo rompieron el silencio hasta que él salió del trance.

—¡Es un Chagall auténtico! —exclamó lleno de asombro.

—Es de 1935. Lo pintó durante su breve estancia en España. Se lo compré hace muchos años al hijo de un ministro de Franco, quien consideraba que poseer un yate le daría más categoría que tener un Chagall. Cosas de niños ricos sin cultura. —Los invitó a sentarse, dispuso unas copas de vino, brindaron y fue directo al asunto—. De manera que tienes un caso entre manos que te puede deparar un serio disgusto.

—Yo no diría tanto —apuntó con desconfianza mirando a su padre.

—Quería saber si realmente corrías peligro —se disculpó Isaac por haber compartido la información que Dorón le había dado.

—Puedes estar seguro de que lo corres y tu cliente también, por eso le he dicho a tu padre que te trajera. ¿Habéis visto ya el contenido del huevo? —preguntó Jacob.

—¿Cómo sabe lo del huevo?

Se había pasado casi dos semanas investigando, y ese hombre allí sentado ya sabía lo que era. Inmediatamente pensó que Herr Schmidt también estaba al corriente.

—No te extrañe tanto. Tu padre te habrá informado de que, además de ser dueño de este hotel en el que paso mis mejores momentos atendiendo a clientes tan interesantes como tu tía Tamara, tengo otra faceta menos pública.

—La de buscador de expolios —apuntó Dorón acompañando la frase con un gesto de admiración.

—Buscador de expolios JUDÍOS —enfatizó la palabra que Dorón

había omitido—, conviene matizarlo para no dar la imagen de ese Indiana Jones del cine. Esa actividad me ha procurado buenos y fiables informadores por todo el mundo. ¿Sabéis qué contiene en su interior?

—Todavía no. El huevo dispone de un sistema de apertura compuesto por cuatro aros circulares colocados en la meridiana del huevo y cada uno de ellos tiene diez posiciones.

—Lo que otorga un total de diez mil variables. El señor Brecht dejaría la clave escrita en algún lugar —dijo Jacob

—Me temo que no. Según una carta que había junto a la joya, nunca dio con ella y tampoco quiso forzar el huevo.

—Como buen relojero que era, antes morir de curiosidad que romper una maquinaria tan audaz —volvió a apuntar el cazador de expolios—. ¿Puedes describírmelo?

Dorón lo hizo con todo lujo de detalles, todavía tenía la joya grabada en su retina. Mientras se la describía, veía como la expresión de Jacob se iba transformando.

—Una hermosa joya. Pueden creerme —terminó por señalar.

—Por lo que dices, creo que es más que eso. Es posible que el huevo Fabergé que tiene tu cliente sea el último y secreto encargo que el Zar Nicolás II hizo al orfebre para regalárselo a su hijo Alexéi, que pronto iba a celebrar su catorce cumpleaños. Pero según se supo luego, nunca llegó a dárselo, y muy pocos saben lo que contiene en su interior. Sin embargo, es señalado por los coleccionistas como el más importante de todos.

—¿Dice que nunca se lo llegó a dar? —preguntó Dorón.

—El zarévich Alexéi habría cumplido catorce años el 12 de agosto de 1918 si no hubiera sido ejecutado junto a su familia el 17 de julio de ese mismo año. Por eso es un huevo lleno de misterio, como misterioso y valioso es lo que se dice que guarda en su interior.

—¿Qué contiene?

—Muy pocos lo saben, y los que poseen esa información no la sueltan, es demasiado valiosa.

—¿Usted la conoce?

—Ya me gustaría.

—Si tan secreto es lo que contiene y usted no lo sabe, ¿por qué apunta que es el más valioso?

—Así lo tiene catalogado el servicio secreto ruso. Su expediente de búsqueda sigue abierto noventa años después de su desaparición.

—Luego su precio puede ser muy alto —apuntó Dorón. Poco a poco comenzaba a encajar el puzle que lo había traído de cabeza

desde el momento en que sufrió la primera agresión en Berlín sin poderse explicar por qué tanta violencia por una casa.

—Tan alto que podría alcanzar holgadamente las ocho cifras en cualquier subasta. Creo que los Brecht tienen un tesoro en sus manos, pero también una bomba de relojería.

—Ha conseguido usted despertar mi curiosidad respecto a lo que guarda.

—¿Crees que tu cliente podrá escanear la joya? Conociendo su contenido podría tasarse mejor su valor.

—No quiere moverlo de la caja fuerte de la compañía por temor a exponerse.

—Tú también debes cuidarte —aprovechó Jacob para reiterarle su aviso.

—Yo no poseo la joya —señaló él.

Intentaba restar importancia al asunto y evitar mayores preocupaciones a su padre, que escuchaba la conversación como convidado de piedra.

—La gente que anda tras esa joya lleva gastados muchos años en el empeño por recuperarla. Es posible que si no pueden hacerse con ella negociando, decidan usar la fuerza. Si así ocurriera, mi experiencia me dice que no dejarían ni un solo testigo, y tú eres uno muy importante. ¿Qué piensa hacer tu cliente?

—Parece dispuesta a aceptar una oferta que le llega de Alemania.

—¿De Alemania? —se extrañó Jacob.

—Es una larga historia —apuntó él con cierta desgana, no quería tener que explicar en profundidad su percance en Berlín delante de su padre.

—Tenemos tiempo y mucho interés —indicó Jacob mirando a Isaac; este asintió con la cabeza—. No pretendo entrometerme en tu trabajo aunque dé esa impresión, lo que ocurre es que eso último que has dicho me sorprende.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Dorón.

—Verás: quien busca esa joya afanosamente es el FSB, el Servicio Federal de Seguridad Ruso, al que antes todos conocíamos como el KGB. Por eso me llama la atención la presencia de Alemania en este asunto.

Después de semejante dato, Dorón estimó necesario contar el caso, evitando su doloroso encuentro con los dos matones alemanes pero haciendo especial hincapié en la amenaza ejercida sobre Cecilia. Mientras narraba los acontecimientos, sus dos oyentes se mantenían en silencio recreándose en sus respectivas copas de vino.

Cuando acabó su relató, el silencio se mantuvo hasta que fue roto por Jacob.

—La vida no deja de dar sorpresas. Decenas de años lleva Rusia tras esa joya, y tuvo que ser la casa olvidada de un sencillo relojero la que desatara todo esto.

—Decía Schopenhauer que el destino mezcla las cartas pero somos nosotros quienes las jugamos —apuntó Dorón. Había aceptado el caso en un principio pensando que sería un sencillo tema inmobiliario, y ahora estaba comenzando a ver la verdadera magnitud del problema al que se enfrentaba.

—Por eso tu cliente debe jugar bien las suyas. Intentaré informarme sobre ese Rudolf Schmidt. No obstante, si la señora Brecht me autoriza, puedo conseguirle una oferta tan atractiva que el precio de la casa será calderilla. Conozco bien a los rusos. Si los alemanes del Reich expoliaron a su antojo a los judíos, los rusos tampoco se anduvieron con tonterías con los alemanes una vez ganada la guerra.

—Se lo diré.

—Entonces esperaré tus noticias.

Jacob se puso en pie y los acompañó hasta el *hall* del hotel, donde coincidieron con parte de la familia, que se disponía a comer en el salón.

—¿Gustas acompañarnos? —preguntó Isaac a su amigo.

—No, pero lo haría si tu cuñada Tamara no estuviera casada —esto provocó una carcajada cómplice entre padre e hijo, era obvio que no la conocía.

Durante la comida, Dorón pudo apreciar el cambio de carácter producido en su tía. Ya no seguía con el semblante torcido por el desagrado inicial que le había provocado el viaje a África —terca en considerarlo de esa manera—. Ahora se la veía encantada y no paraba de enaltecer la ciudad, incluso hablaba de comprarse una casa estilo *art decó a* la que decía haberle puesto el ojo durante el recorrido que los Horowitz habían hecho en el autocar por Melilla, teniendo una vez más como guía a Luar y a Jacqueline. Estaba asombrada de la multiculturalidad de la ciudad, que según ella, se asemejaba a una pequeña Jerusalén. Ya hacía planes para dar fiestas y traer a sus amistadas hasta allí. Su sobrino quería pensar que se debía al embrujo que el lugar causaba en sus visitantes y no a al hecho de que su hijo David fuera a casarse con una melillense y haciéndose realidad ese dicho popular que señala que más tiran dos tetas que dos carretas. Tanto Abby como sus hijas no paraban de empujarla a que lo hiciera: les encantaba la idea de contar con una

casa en un continente tan sugerente como África, y más sabiendo que esa parte era suelo europeo.

El secuestro

Dorón salió a dar un paseo por la ciudad. Mientras caminaba y callejeaba por los alrededores de la avenida del Rey Juan Carlos, meditaba sobre todo lo que le había expuesto Jacob. Su cabeza era un hervidero de datos que buscaban conectarse entre sí. Las imágenes de Schmidt y también las de las caras de los alemanes que Rodolfo le había mostrado, la de Cecilia, y en especial la de la señora Brecht con lágrimas en los ojos cuando tuvo la joya en sus manos se agolpaban en su cabeza. El olor a té, café y especias que envolvía la zona acabó venciéndolo y decidió dedicarse a observar el ajetreo de la ciudad y disfrutar. Difícilmente podría encontrar en el mundo otro lugar donde pudieran andar mezclados los vistosos uniformes militares de los legionarios, los regulares, ingenieros o caballería junto a los ropajes, usos y costumbres de árabes, hindúes o judíos con sus tiendas de ropa, joyerías y abarrotes. Ese apreciable toque de reducto colonial con puerto franco que llegó a ser en su tiempo seguía estando en el ambiente. Habría pagado por darse de bruces con el café de Rick e incluso con el propio Rick allí en Melilla, y no en Casablanca.

Caminaba por una de las pequeñas callejuelas absorto en el trajín de la gente cuando se vio sorprendido por un individuo que se situó a su lado y le pasó la mano por el hombro con la familiaridad de quien parece ser un amigo del alma. Discretamente le encañonó el hígado con una pequeña pistola que pudo ver fugazmente y lo llevó hacia la avenida. Ahora sí lo habían pillado desprevenido y con la guardia bajada, porque allí era donde menos podía pensar que corriera peligro. Sin embargo, en ese preciso instante se vio obligado a subir a un coche de camino a quién sabe qué lugar. Sentado en el asiento de atrás junto al hombre que lo apuntaba con el arma, quiso decir algo, pero no pudo pasar de la primera palabra porque un golpe en la cara lo dejó casi noqueado. Con la nariz sangrando, ante semejante aviso supo que la cosa iba demasiado en serio y guardó silencio. No quería recibir otro golpe y se mantuvo quieto a pesar de que un pequeño reguero de sangre le sorteaba la comisura de la boca y la cruzaba llegando hasta la barbilla para acabar goteando sobre su camiseta. Se esforzó por dejar de lado el molesto picor de la sangre abriéndose camino y también el fuerte dolor que sentía por el golpe. Toda su atención se centraba en el recorrido que llevaba el coche. Parecía dirigirse al aeropuerto, y la idea, ahora sí, de ser secuestrado y metido en un avión con algún destino incierto y lejano lo obligó a pensar en un plan para escapar

de esos dos tipos como fuese.

El vehículo cogió un desvío y se adentró en un camino de tierra y polvo hasta llegar a unos barracones abandonados, dentro de uno de los cuales ocultaron el coche . El conductor fue el primero en bajarse, le abrió la puerta y su acompañante lo empujó para que se apeara sin dejar de apuntarlo con la pistola. Ninguno de los dos le quitaba la vista de encima y él no paraba de pensar cómo salir de allí.

Lo primero que hicieron fue atarle las manos a la espalda con una cánula de plástico de las que utilizan ahora los ejércitos con los prisioneros como esposas desechables. Lo siguiente fue arrearle un traicionero pero certero golpe en las pantorrillas que lo puso rodillas en tierra.

—Sabemos que tienes la joya y nos la vas a entregar —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

—Ya es usted la tercera o cuarta persona a la que oigo hablar de una joya que todavía no he visto. ¿Me pueden explicar qué es? —preguntó aún dolido por el traicionero golpe y esforzándose por mostrar una fingida extrañeza.

Un violento puñetazo de su interrogador se estrelló en su cabeza y lo dejó casi noqueado, a la vez que todo su cuerpo iba a parar contra el polvoriento suelo.

—El que hace las preguntas soy yo, y hasta ahora no te he hecho ninguna porque sé que la tienes. ¿Dónde la guardas? Esta sí es una pregunta.

—La tiene mi cliente —fue todo lo que pudo decir medio aturdido.

—¿Qué haces entonces en esta ciudad? ¿Buscas comprador?

—En algún sitio hay que hacerlo —fue lo primero que se le ocurrió, perseguía ganar tiempo y alejar a esos dos malnacidos del resto de su familia.

—Lo imaginaba. Es para algún rico árabe, ¿verdad?

—Parece usted muy sagaz.

—Y muy cruel cuando me provocan, como estás haciendo tú —respondió el secuestrador.

Ese tipo parecía gozar con la violencia porque no había terminado la frase cuando le soltó un fuerte puntapié en el estómago que lo hizo doblarse en el suelo y encogerse como un ovillo.

—Si sigue golpeándome, yo también voy a ser muy cruel y no se la voy a vender a usted.

Estaba jugando con fuego pero necesitaba tiempo, tenía que

reponerse rápido y pensar aún más rápido.

—¿Quién ha dicho que la vamos a comprar? Nos la vas a entregar sin coste si en algo aprecias tu vida. Por eso vas a llamar a tu cliente y le vas a decir que nos la entregue o acabarás flotando en el mar.

—A lo mejor mi cliente no accede, es hueso duro.

—Si esa mujer no lo hace, tú acabarás alimentando a los peces; luego iremos a por su hijo y lo enterraremos vivo para que alimente a los gusanos. Y si aun así sigue sin soltarla, haremos lo mismo con ella.

—Tendría usted que aprender un poco más sobre la cadena alimentaria, no es bueno mezclar carne y pescado, eso solo se hace en las bodas horteras.

—¿Te crees muy gracioso?

—No, pero me pregunto qué harán después cuando no quedemos ninguno.

—Algo me dice que no llegaremos a ese extremo; como mucho, es posible que seas tú el único que muera —hizo un silencio, se agachó ante el detective y lo miró fijamente—. Pero esto puede evitarse si convences a tu cliente para que lleve la joya a la estación de Chamartín, la deposite en uno de los cajeros de equipaje, y después meta la llave en un sobre y se lo dé a un camarero de la cafetería central que se llama Andrés. Allí la recogerá un socio nuestro, y cuando nos llame para confirmar que tiene la joya nos iremos. Un avión nos espera en el aeropuerto, de manera que tenemos algo de prisa. Si no hay problemas, en un par de horas estaremos en Madrid y desde allí llamaremos a tu cliente para que alguien te recoja con vida. Pero todo eso será siempre que tu cliente no llame a la policía ¿Lo has entendido?

—¿Por qué tengo que fiarme de su palabra? —preguntó Dorón.

—Porque solo te queda esa opción —dijo el hombre mientras se incorporaba.

—Si no hay otro remedio… —apuntó él mostrando sus manos atadas—. Las necesito libres para llamar.

—Bien. Pero recuerda que si dices algo que yo no entienda, te meteré una bala en ese instante —amenazó el captor clavándole la mirada mientras sacaba una navaja de su bolsillo y cortaba la cánula de plástico.

Dorón se incorporó como pudo y extrajo su móvil del bolsillo, buscó el número y llamó.

—Cecilia —no pudo seguir hablando porque su captor le arrebató el teléfono y se lo llevó al oído. Cuando se percató de que

era una voz femenina quien respondía y mencionaba el nombre del detective, se lo devolvió—. Escucha con atención y no hagas preguntas, limítate a hacer lo que te voy a pedir. Los hombres que te han estado siguiendo me tienen ahora retenido y amenazan con matarme si no les entregas la joya, por eso es necesario que la lleves a la estación de Chamartín, la metas en un cajero de la consigna y pongas la llave en un sobre que entregarás a un camarero de la cafetería central que responde al nombre de Andrés. Mi vida está en tus manos desde este instante.

El secuestrador le quitó el móvil y se lo guardó.

—Con eso es suficiente —dijo situándose a su espalda y golpeándole otra vez las piernas por detrás hasta que el detective volvió a quedar hincado de rodillas—. Por cierto, tu vida no está en sus manos, está en las mías y ya no nos eres de ninguna utilidad — hizo una señal a su compañero y este se situó ante Dorón sin dejar de apuntarlo con su pistola mientras él sacaba de su bolsillo algo parecido a un bolígrafo.

—Ese estúpido viejo amigo de tu cliente, el abogado, se negó a colaborar y ya ves, el corazón se le paró de repente, ayudado claro está, de una pequeña solución química que vas a probar tú también y que es indetectable.

Supo entonces que ese era el fin de la historia y el de la suya propia. La muerte le venía como nunca imaginó. En algunas ocasiones, después de lo de Natalie, se había parado a pensar en ello, ahora ese cabrón con su letal arma se disponía a ejecutarlo sin más. El odio le brotó desde lo más profundo de su estómago y lo cargó de la fuerza necesaria para dar pelea. Si iba a morir, no sería de rodillas.

De pronto, un sonido seco retumbó entre las paredes del abandonado recinto, y el hombre armado con la pistola se desplomó al suelo con la mirada perdida y un boquete entre ojo y ojo. El sonido seco volvió a repetirse, y el secuestrador que se disponía a inocularle el veneno en vena también cayó. Dorón vio la sangre que brotaba de ambas cabezas y cómo avanzaba por el suelo mezclándose con el polvo y convirtiéndose en un espeso charco.

Frente a él se situó una mujer morena de gafas oscuras que empuñaba una pistola. Se acercó hasta los cuerpos y los movió con un pie para cerciorarse de que estaban muertos pero sin dejar de apuntarlos. Él, que tan presto había estado a defenderse, se encontraba ahora bloqueado ante ella.

—¡Despierta! —le gritó la recién llegada— Coge el móvil y llama a tu cliente, dile que no entregue la joya —le ordenó mientras se

quitaba las gafas y la peluca mostrando entonces su verdadera identidad.

—¡Joder! —fue todo lo que exclamó al ver a Kristín.

—Llama pronto —insistió ella—. Es muy probable que el socio del que hablan intente matarla en cuanto tenga la joya—lo puso sobre aviso mientras desenroscaba el silenciador del cañón de su pistola y recogía los casquillos del suelo.

Dorón metió la mano en el bolsillo del secuestrador, ya cadáver, extrajo su móvil y llamó.

—Luar —Kristín oyó el nombre y lo apuntó con su pistola. Él se encogió de hombros—. ¿Qué quieres? Es a mi hermana a quien he llamado —le dijo mostrándole la pantalla del móvil—. ¿Puedo hablar con ella o también me vas a matar?

—No he venido aquí a matarte, he venido por la joya —replico ella, que siguió repasando el lugar y borrando todo posible rastro de huellas.

—*¿Estás bien?* —preguntó su hermana con voz nerviosa—. *Papá y yo estamos entrando en el despacho de Jacob. ¿Dónde estás tú? ¿Quién es esa mujer con la que hablas? Estábamos a punto de llamar a la policía.*

—Pues no lo hagáis… por ahora —mientras hablaba, veía a Kristín agacharse y recoger el cordón con el que lo habían maniatado—. Estoy en un barracón abandonado próximo al aeropuerto pero ya voy hacia allí. Esperad a que llegue —les pidió, y guardó su móvil.

—¿Te interesa contar esto a la policía? —preguntó ella apuntando a los dos cadáveres.

—En principio, no.

—En ese caso, espérame en la puerta y no te muevas. No toques nada.

Kristín inspeccionó el suelo y pasó un pie removiendo el sitio en el que había caído Dorón cuando le propinaron los golpes. Luego despojó a ambos cadáveres de toda la documentación que llevaban. Les quitó los móviles, los relojes, cadenas y anillos. No quería facilitar a la policía su identificación. Se fue hacia el coche de los dos hombres, metió su mano bajo el parachoques trasero y extrajo un localizador GPS. Abrió la puerta de los asientos traseros y repasó con un trapo el sitio donde había estado sentado Dorón.

Desde la puerta, él observaba la rapidez y precisión de sus movimientos. La vio echar un último vistazo a todo y mirar a un lado y otro antes de salir escudriñando los alrededores. Cuando se sintió segura, se dirigió hacia un Ford blanco estacionado a un lado

del camino.

—Sígueme.

A paso ligero cubrieron la distancia hasta el coche y ella le dio las llaves y le señaló el lugar del conductor.

—Tú conoces mejor esta ciudad, yo os he venido siguiendo de lejos —dijo mostrando el pequeño aparato que había quitado al vehículo de los secuestradores—. Es un dispositivo de seguimiento a distancia.

—¿Puedes explicarme qué pintas en todo esto y por qué ese disfraz? En este momento lo único que veo claro es que nuestro encuentro en Madrid no fue casual.

—Digamos que no —aceptó ella—. Te sigo desde que regresaste de tu primer viaje a Berlín. Y este disfraz, como tú dices, lo tuve que improvisar al verme obligada a viajar con tus perseguidores en el mismo avión.

—¿Para quién trabajas? ¿Para los rusos o para Herr Schmidt?

—Para los rusos, soy rusa.

—¡Ah! Ya no eres lituana.

—Nací en Kaliningrado, y aunque está dentro de Lituania, es territorio ruso.

—¡No me digas que me encuentro ante una agente secreto del KGB!

—Eso era antes, ahora somos el Servicio Federal de Seguridad.

—Entonces, esos tipos ¿quiénes eran? —preguntó mientras se acercaban al centro de la ciudad.

Mientras hablaban, Kristín se iba deshaciendo por partes de todo lo que había quitado a los secuestradores arrojándolo discretamente por la ventana del vehículo cuando veía que no tenían ningún coche detrás.

—Son matones de Rudolf Schmidt. El mayor de los dos era Bernard Pittner, su perro fiel y hombre de confianza. Lo tuvo como jefe de una unidad de la Stasi cuando él era un mandamás en el Berlín Oriental. El otro no sé quién era, pero creo que nadie lo echará de menos.

—¿Por qué es tan importante la joya? —sabía la parte que le había comentado Jacob pero buscaba conocer más.

—No lo sé. Mi misión es recuperarla y espero que así sea —apuntó ella con una expresión severa.

—El problema es que nosotros tenemos un compromiso con Herr Schmidt y ese cabrón ya ha intentado matarnos. Si no se la damos, algo me dice que lo volverá a intentar.

—Ese gusano quiere el huevo para presionar al gobierno ruso y

obtener un lucrativo negocio inmobiliario. Dijo que ya lo tenía y amenaza con venderlo al mejor postor. Ahora que sé que no lo tiene, le tocará sufrir. Está acabado.

El tono de Kristín no dejaba lugar a dudas.

—¿Podría ocurrirle algo a mi cliente si decidiera no venderlo?

Después de ver cómo se había cargado a dos tipos sin que le temblara el pulso, la pregunta podía parecer una obviedad, pero tenía que hacerla.

—Pues que dentro de poco seguramente aparecerán otros matones, y es posible que en esa ocasión no estemos nosotros. Lo de hablar con tu hermana ha sido muy inteligente, aunque eso únicamente habría servido para localizar la llamada y quizá detenerlos antes de que pudieran abandonar esta ciudad. Pero de una cosa sí puedes estar seguro: tú ya estarías muerto.

—Afortunadamente estabas allí. ¿Tan irresistible te parezco?

Dorón buscaba en el humor una forma de sacudirse la tensión que cargaba.

—No lo sé, todavía no nos hemos acostado.

—Pues Melilla es un buen escenario para ello —dijo él.

—Estoy aquí para localizar y recuperar el huevo.

—¿Conoces la sorpresa que guarda en su interior?

Buscaba saber hasta dónde llegaba su conocimiento sobre la joya.

—Ese es justamente el secreto mejor guardado —respondió ella cuando estaban próximos al centro de la ciudad—. Para un momento —le pidió.

Kristín se bajó y se aproximó a unos contenedores de basura, desperdigó por ellos la peluca y algunas cosas que aún tenía de los cadáveres, y regresó al coche.

—Ya podemos seguir.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—A mi hotel. Gira a la derecha en el semáforo.

—Hay algo que me tiene extrañado. ¿Cómo sabían ellos dónde estaba yo? A ti te lo dejé escrito en una nota en tu hotel, pero con ellos solo me he cruzado en Madrid una vez y de lejos.

Quería fiarse de ella pero necesitaba estar seguro, por mucho que le acabara de salvar la vida.

—Seguramente te pondrían un localizador en algún sitio en un momento de descuido. Los miembros de la Stasi fueron los mejores alumnos que el KGB entrenó en su tiempo.

—¿Ahora a quiénes entrenáis? —preguntó de forma un tanto cáustica. Ella sonrió como única respuesta—. Te propongo algo: si

vas a continuar siguiéndome, ¿por qué no te cambias a mi hotel? Así te facilitaré el trabajo. Se casa mi primo y hasta el lunes no regresaré a Madrid.

—¿Por eso estás aquí? —le preguntó sorprendida—. ¡Ahora lo entiendo! Pensé que tenía que ver con la joya, que a lo mejor andabas buscando comprador. Supongo que a los matones de Rudolf Schmidt les pasó lo mismo.

—Algo de eso me dijeron antes de que te los cargaras.

—Bueno. Visto lo visto, tendré que esperar.

—¿Has estado alguna vez en una boda judía?

—No.

—Pues te invito. Serás mi acompañante. Y esta noche cenaremos juntos, es lo menos que puedo hacer después de que me has salvado la vida.

—Acepto si me llevas a un restaurante judío.

—Hecho, aquí los hay muy buenos —apuntó él.

Kristín se bajó en la puerta del hotel donde se alojaba y le pidió que pasara más tarde a recogerla para hacer el traslado, necesitaba comprar algunas cosas. También le ofreció quedarse con el coche.

—Llévatelo; tal y como vas, llamarías demasiado la atención por la calle.

Dorón se miró en el retrovisor y, aunque se limpió la sangre de la cara, fue consciente de que no podría disimular la hinchazón de su nariz.

—Bueno, como judío es posible que nadie se extrañe por su tamaño —se la tocó provocando la sonrisa de ella.

Antes de arrancar, llamó a su padre y le informó de que no tardaría en llegar.

En el despacho de Jacob, su hermana, su padre y este lo esperaban con impaciencia y angustia contenida, una sensación que se vio aumentada más si cabe al verlo entrar con la cara golpeada y la ropa manchada de sangre. Luar lo abrazó con fuerza, parecía pretender tranquilizarlo, aunque más bien era ella la que perseguía calmarse. Su padre y Jacob también se pusieron en pie, el susto en los dos era patente, pero Dorón se esforzó por quitar hierro a su estado y rebajar la tensión. Se sentaron en torno a la mesa del despacho y él les relató lo sucedido sin omitir nada. Cuando llegó a la inesperada entrada en escena de Kristín, sí se vio obligado a hacer un paréntesis y explicar su «casual» encuentro en Madrid. Había salvado la vida de milagro y su familia tenía derecho a saberlo, ya que el caso no estaba resuelto ni concluido.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Jacob.

—Le diré a mi cliente que se lo venda a los rusos. Kristín tiene razón. Seguro que habrá nuevos intentos de alguien por hacerse con la joya y entonces puede haber muertos, y no de esos gángsters como ha sido ahora.

—En ese caso, dile a tu cliente que me ofrezco como negociador. Preséntame a esa chica y déjalo en mis manos.

—Si el trato no se hace público, seguirán acechando a la familia Brecht —señaló Isaac, preocupado como estaba por el relato de su hijo.

—Propondré que la transacción se haga de común acuerdo con el comprador, pero la disfrazaremos de subasta privada y utilizaremos una casa de prestigio, Christie´s o Sotherby´s tal vez. Estoy seguro de que se prestarán a ello y aprovecharán para darse notoriedad. Ellos se encargarán de comunicarlo a los medios de comunicación y dar a conocer la noticia. Se sabrá en todo el mundo —expuso Jacob haciendo gala de su experiencia.

—¿Qué va a pasar con los cuerpos de los dos secuestradores? —preguntó Luar.

—Se quedarán donde están hasta que la fiesta haya terminado. Tu tía no os perdonaría que la policía apareciera en la boda de su hijo pidiendo explicaciones.

—¿Y si los descubren antes? —insistió ella

—No hay nada que los relacione con tu hermano. La policía se pondrá a investigar pensando que seguramente ha sido un ajuste de cuentas por drogas y tardará su tiempo en identificarlos, si es que lo consigue, porque no creo que alguien reclame esos cadáveres, ni siquiera ese tal Schmidt. La chica fue muy lista al despojarlos de toda la documentación, aunque seguramente era falsa, como suele ser frecuente en las mafias cuando salen de su territorio. Os propongo que actuéis como si no supierais nada y disfrutemos de la boda de un mexicano con una melillense: es algo que no se ve con frecuencia.

Se notaba en Jacob que su oculta actividad de buscador de tesoros lo había dotado de un temple fuera de lo común.

—Ahora necesito dos cosas —solicitó Dorón—. Una habitación para ella y que usted me recomiende un buen restaurante hebreo al que llevarla a cenar, necesito seducir a una agente secreta rusa y obtener información sobre la joya.

—¿Quién te crees que eres? ¿James Bond? —comentó su hermana con una mirada picarona.

—Permítele que se adorne un poco —apuntó su padre entre risas.

—Déjalo de mi cuenta —se brindó Jacob—. Pasa por la recepción antes de ir a recogerla, tendrás habitación y, de paso, te dejaré la dirección y el nombre del dueño de un restaurante para que os atienda como es debido. Yo mismo haré la reserva. Procura descubrir qué oculta el huevo en su interior. Confío en tus buenas artes de seducción.

Los cuatro mostraron una sonrisa cómplice y Dorón se disculpó: necesitaba subir a su habitación para recomponer su maltrecho cuerpo. Quizá una buena dosis de hielo y una larga y relajante ducha consiguieran rebajar la hinchazón de su cara.

Lo primero que hizo nada más entrar en la estancia fue revisar su maleta con cuidado, pero no encontró nada anormal. Cogió también su mochila y la repasó tanteándola hasta que dio con un pequeño elemento de plástico metido en uno de los bolsillos laterales, lo extrajo y lo revisó. Aparentemente parecía un minúsculo llavero rectangular del tamaño de la llave de su buzón, pero con ayuda de su pequeña navaja suiza lo desmontó. En su interior halló un chip electrónico. Lo dejó con cuidado sobre la mesa junto a su cartera, el móvil y el reloj.

Después de una sesión cosmética con hielo durante un buen rato plantado en su cara, entró en la ducha y permaneció largo rato bajo el agua. Luego dedicó más tiempo que de costumbre a asearse, afeitarse y perfumarse. Se vistió con una camisa blanca casi impecable; hacía tiempo que había descubierto los beneficios de las camisas que no necesitan ser planchadas, cierto es que costaban más y que no eran fáciles de encontrar, pero salían de las lavadoras y de las maletas sin apenas arrugas. La combinó con unos pantalones oscuros de vestir con vuelta y unos cómodos mocasines negros italianos. El calzado era su perdición, y aunque confiaba plenamente en el zapato español, no podía dejar de reconocer que el italiano lo superaba en diseño. Se roció discretamente de *Issey Miyake*, su colonia de siempre, y fue a su encuentro con Kristín.

No tardó en llegar, y no hizo falta preguntar por ella porque la chica lo esperaba en la recepción del hotel vestida con un holgado suéter *beige* de fino algodón que caía sobre un entallado pantalón de raso de boca estrecha por encima de los tobillos. Como no podía ser menos, su vista se fue directa pero discretamente a los pies y vio con placer unas sandalias blancas de tacón fino con correa por encima del tobillo. Tenía un aspecto muy sensual.

—Espero estar bien, he tenido que equiparme aquí cerca e improvisar sobre la marcha.

—Pues quién lo diría.

—Aprendes a hacerlo cuando te ves obligada a seguir a unos tipos que no sabes adónde se dirigen ni por cuánto tiempo.

—Siendo sincero, te diré que verte así vestida y saber que además eres agente secreto me provoca un morbo que difícilmente puedo controlar.

—Pues más te vale que lo logres —dijo ella con una sonrisa— A mí me ponen los sacerdotes jóvenes célibes y los militares de botas altas.

—Lamento no entrar en ninguno de esos prototipos, ¿te sirve un detective existencial?

—Si no queda otro remedio… —respondió con una fingida mueca de resignación.

Cargó en el coche las bolsas de tiendas de ropa y calzado que ella llevaba, porque ese era todo su equipaje, y la llevó al hotel. En el trayecto, Kristín le contó cómo le había perdido la pista en su último viaje.

—Te hacía en Berlín con tu cliente y llamé a mi jefe para que te siguieran, pero nunca fuisteis allí.

—Digamos que la joya estaba en otro sitio.

—Lo supuse más tarde, pero me dieron orden de someter a vigilancia a esos hombres porque sabíamos cómo eran y lo qué podrían llegar a hacer.

—¿Sabías que ellos mataron hace unos días al albacea de la familia Brecht?

—No, pero tampoco me extraña. Por cierto ¿El hombre que también los seguía es tu ayudante?

—No sé de quién me hablas —evitó responder a la pregunta para no involucrar a Rodolfo.

Pararon frente al hotel y subieron directamente a la habitación que Jacob había asignado a Kristín en la cuarta planta, la misma en la que se hospedaban todos los invitados de la tía Tamara; dejaron las bolsas, volvieron a salir y él le entregó la tarjeta de acceso. Antes de tomar el ascensor, quiso pasar por la habitación de Luar para presentársela —los dos hermanos así lo habían acordado como medida de seguridad—, llamó a la puerta y ella abrió. Dorón hizo las presentaciones y Luar saludó a Kristín con un abrazo, quería mostrarle así el agradecimiento de los Benatar por lo que había hecho salvando a su hermano de una muerte segura, y se ofreció para todo aquello que pudiera necesitar.

La elección hecha por Jacob fue un completo acierto y él se esforzó por dotar a esa invitación de un carácter intimista que evocara su

primer encuentro, aquel en el que él creyó estar ante una bella turista con hambre de conocimientos y no frente a una agente del Servicio Federal de Seguridad Ruso. Para ello evitó hacer cualquier referencia al caso durante la cena y aprovechó para ponerla al corriente del protocolo de una boda judía al estilo berberisco. Ella tampoco quiso traerlo a colación en la mesa.

Antes de regresar al hotel dieron una vuelta con el coche hasta llegar al paseo marítimo y estacionaron en la zona del dique sur frente a la alambrada que dividía dos países y mucho más, y desde donde se podía ver el puerto de Beni Enzar, en tierra marroquí. La noche era cálida y agradable. Dorón estimó entonces que ese lugar y ese momento eran los idóneos para indagar algo más sobre el huevo, pero fue ella la que preguntó primero.

—¿Eres de los antiguos?

—¿A qué te refieres? —dijo Dorón extrañado por la pregunta.

—Que si eres de los que les gusta tontear en el coche.

—¿Puedo? —bromeó él.

—No me digas que eres de los que piden permiso.

—Con una chica que va armada, sin duda alguna —ella sonrió ante el comentario.

—Me has traído aquí para hablar de la joya, ¿me equivoco? —Dorón se encogió de hombros—. No creas que solo los judíos sufristeis el expolio de los nazis. San Petersburgo, Leningrado, como se la llamaba en aquel tiempo, también lo sufrió durante el infernal asedio de las tropas alemanas. Acabada la guerra, necesitamos diez largos años de intenso trabajo para conocer el estado en el que quedó nuestro patrimonio artístico. Uno de los objetos que faltaba era esa joya que tiene tu cliente.

—¿Tan importante es como para llevar ya tres muertos en su haber? A simple vista parece un huevo más de la colección Fabergé.

—Te lo dije una vez y te lo repito ahora. Mis órdenes son asegurarme de que es el que buscamos y solicitar su cesión al tesoro ruso. No dispongo de más información al respecto.

—¿Cesión? Querrás decir compra —matizó él.

—Pues que sea compra. No soy yo quien tendrá que negociar. Ya se hizo con la familia Forbes cuando le compramos nueve de los huevos, y no creo que haya problemas en hacerlo ahora con uno.

—La colección está compuesta por sesenta y nueve ejemplares, pero según las malas lenguas solo se conservan sesenta y uno. ¿Los tenéis todos?

Conocía de sobra la respuesta, pero estaba interesado en escuchar su explicación.

—Sabes bien que no. El de tu cliente es el más importante para nosotros, y te pediré que hagas todo lo que esté en tu mano para que llegue a las nuestras.

—Si se llega a un buen acuerdo, da por hecho que así será.

Kristín se esforzó sin mucho éxito en reprimir un bostezo.

—Me encanta este sitio, pero estoy cansada.

—Dame solo un minuto —pidió él bajándose del coche.

Se acercó lo más que pudo hasta la orilla del puerto, metió su mano en el bolsillo, extrajo el pequeño GPS de seguimiento que le habían colocado sus secuestradores en la mochila y lo arrojó con fuerza para que cayera al otro lado de la alambrada, en Marruecos.

Al poco rato la dejaba en su habitación y quedó en despertarla por la mañana para visitar la ciudad. Pero en su cabeza bullían otros planes bien diferentes.

La clave

Bien temprano, Dorón llamó a la puerta de la habitación de Luar, que tardó en abrir. Entró y cerró tras de sí.

—Necesito que me hagas un enorme favor.

—¿A estas horas? —preguntó ella medio somnolienta.

—En cuanto te levantes, quiero que llames a Kristín, desayunes con ella y luego os perdáis de paseo por Melilla. Invítala a comer y entretenla todo lo que puedas.

Luar recobró de golpe toda su conciencia. Las palabras de su hermano no presagiaban nada bueno, y después de lo sucedido, no lo iba a dejar correr más riesgos.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo una corazonada y necesito demostrarla lo antes posible. Es muy importante lo que te estoy pidiendo. Dile que he tenido que ir a cumplir con el compromiso ineludible de visitar a un buen amigo de la infancia en Nador. Le explicas que está al otro lado de la frontera, en territorio marroquí, y que no la he invitado porque seguramente no la dejarían entrar sin visado. Estaré de regreso por la tarde.

—¿Adónde vas? —le preguntó extrañada mirando su reloj: apenas eran las siete de la mañana y tenía delante a su hermano con la mochila al hombro dispuesto a desaparecer sin más.

—A Nador, ya te lo he dicho.

—Pero tú no tienes ningún amigo allí, que yo sepa.

—Confía en mí. Estas son las llaves de su coche, úsalo.

Salió del hotel para subirse al taxi que había pedido en recepción, solicitó al conductor que lo llevara al aeropuerto y, mientras hacían el recorrido, sacó su libreta y revisó los apuntes que apenas lo habían dejado dormir durante la noche. La charla con Jacob respecto al huevo le había abierto el camino a las posibles respuestas que podía tener la pregunta que lo acosaba desde el momento que escuchó la historia del huevo: ¿Qué contenía en su interior que lo convertía en el más valioso de la colección? Se había pasado la noche navegando por Internet en su iPhone y había encontrado ciertos datos de interés que, estaba convencido, lo ayudarían a dar con la clave. Tenía también un email de Leonor que necesitaba mostrar a Rodolfo, así que mataría dos pájaros de un tiro.

Al llegar al aeropuerto se fue directamente al mostrador de Iberia y compró un billete de ida y vuelta a Madrid en el vuelo que saldría al cabo de una hora. La gestión que tenía pensado hacer le

llevaría poco tiempo y quería estar de regreso en la tarde. No deseaba que Kristín tuviera conocimiento de ese viaje.

La hora y media que duró el trayecto la pasó revisando sus notas. Nada más aterrizar, cogió otro taxi y llamó a Cecilia; le pidió que le esperara en su despacho, era urgente.

A pesar de saber muertos a los alemanes, él seguía mirando con frecuencia a su espalda, había estado a un paso de su final, y ese hecho lo había vuelto precavido en exceso. Nada más llegar, ella lo recibió y él fue directo al grano; le pidió que le mostrara la joya y ambos se dirigieron al pequeño búnker de que disponía la empresa en su interior. Cecilia abrió la cámara acorazada donde se guardaban las valiosas joyas y relojes que surtía a sus más importantes distribuidores, sacó el huevo y lo puso sobre una pequeña mesa de acero inoxidable con ruedas que había a su derecha pegada a la pared. Él tomó la joya entre sus manos y la observó con detalle. Si la primera vez que la vio le pareció exquisita, ahora preso de la emoción por conocer su interior, le resultó mágica.

—Es realmente bella. El esmalte del huevo es impresionante, varía con la luz —dijo girándolo lentamente.

—Fabergé fue el primer joyero que logró ese efecto, así realzaba el oro y el platino en los que engarzaba los diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Era un gran maestro —manifestó ella con admiración.

Dorón no quiso olvidar para qué estaba allí, y tras abrir la dorada corona que ocultaba los cuatro anillos que rodeaban el perímetro del huevo, movió cada uno de ellos contando los saltos para cerciorarse de que el engranaje funcionaba correctamente. De su mochila extrajo la libreta en la que había recogido los apuntes de su investigación y explicó a Cecilia lo que se disponía hacer.

—Diez mil combinaciones son demasiadas para probarlas todas. De manera que tendremos que jugar con aquellas que posean algún significado digno de ser usado para su apertura. Si fue un regalo para su hijo Alexéi y pensaba dárselo el día de su cumpleaños, probaremos con el año en cuestión: 1918.

Movió el primer anillo y lo colocó en el uno, el segundo en el nueve, el tercero en el uno y el cuarto en el ocho, pero la joya no se abrió. Cecilia, en silencio, se frotaba las manos presa de excitación y nerviosismo.

—No ha habido suerte. Probaremos ahora con la fecha de nacimiento del chico: 1904 —repitió la operación con igual resultado—. Si nada tiene que ver con el hijo, pensemos en el

padre. 1896 fue el año de su coronación —mientras colocaba los aros en sus correspondientes posiciones, siguió con su teoría—. Quizá esperaba llegar a ver la entronización de su hijo en un futuro y era una forma de decírselo —expuso. Pero el huevo siguió sin abrirse, para mayor decepción de los dos—. Me temo que la cosa va para largo, traigo un listado un poco extenso.

—¿Y si no se trata de fechas? —apuntó ella llevada por la desesperación.

—Este huevo era una joya, no una caja fuerte. Estoy seguro que la clave de acceso es una fecha con algún significado, como las anteriores. He estudiado a conciencia la figura del Zar y su sentido de la tradición, y eso me ha llevado a esta otra fecha, la de 1613.

—Es muy lejana en el tiempo ¿no? —dijo Cecilia algo confusa.

—Es el año en que el primer Romanov fue elegido Zar de todas las Rusias, y con él se inició un periodo que terminó con la abdicación de Nicolás II, que, no olvidemos, era otro Romanov.

Colocó los anillos en los números señalados y un ligero sonido avisó entonces de la apertura del huevo. Aquel ruido los llenó de emoción y los dos quedaron paralizados: a él su corazón le latía con fuerza y supuso que a ella le ocurriría otro tanto. Satisfecho de su investigación, cedió a su cliente el honor de abrir el huevo, pues se encontraban ante un momento trascendente y estimó que tal derecho le correspondía a ella. La mujer lo abrió con delicadeza y pudieron ver la sorpresa. Sobre una peana de oro bellamente labrada, reposaba un pequeño frasco cuyo tamaño recordaba a las muestras de perfume con que obsequian las marcas cuando están de promoción. La pequeña cápsula de cristal estaba protegida por una pequeña red de oro engarzada con pequeños rubíes, que lo atrapaba en su interior como las antiguas botellas de coñac francés con malla de esparto. Coronando la botella destacaba un diamante de una belleza extrema y tan grande como un garbanzo. Fue él quien rompió el silencio.

—Hay algo dentro de la botella.

—Eso parece. Pero por lo que puedo observar, si intentamos abrirla, romperemos la joya. Está sellada por la redecilla de oro que la reviste —observó ella.

Mientras Cecilia se recreaba en analizar al detalle el diamante, él se dio cuenta de que en el interior de la parte superior del huevo había una leyenda escrita en cirílico, el alfabeto del idioma ruso. Sacó el móvil de la mochila y navegó por Internet hasta encontrar la configuración de un teclado de ordenador en esa lengua. Algunos de los signos no venían recogidos y recordó haber leído que el

alfabeto actual había sufrido una reforma en 1918 cuando el Zar ya no reinaba. Pensó en Kristín y decidió copiarlos en un papel.

—Es hora de guardar la joya —pidió él nada más terminar de tomar los apuntes.

Ella acató la indicación y la volvió a introducir dentro de la cámara acorazada, la cerró y fueron a su despacho, donde ambos tomaron asiento aún embargados por la emoción.

—¿Qué hacemos ahora? El huevo ha resultado ser una joya más valiosa de lo que a primera vista parecía: solo el diamante que corona la botella tiene un tamaño, color y corte por el que se pagaría una cantidad de siete cifras bastante abultada. Ya no te digo por toda la joya en su conjunto —expuso Cecilia.

—Es posible que esta joya guarde algo más, y tenemos que saberlo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la joya en sí misma. Puedo considerar la avaricia de Herr Schmidt como una motivación de peso para hacerse con ella, pero todavía no acabo de entender el interés de los rusos para considerarla un caso abierto que sesenta años después precise la movilización de su servicio secreto.

—¿De qué rusos hablas?

—Tienes que saber algo más.

Dorón comprendió que debía contarle su encuentro con los dos matones aunque ello significara decirle también que el señor Queralt no había muerto de forma natural, sino asesinado, y que de no ser por Kristín, él también sería ahora otro cadáver que sumar. Le explicó con detalle los acontecimientos y pudo ver como la expresión de Cecilia se descomponía hasta llegar a la angustia.

—Si esa joya trae tanto dolor y muerte, no la queremos, valga lo que valga —acertó a decir.

El descubrimiento realizado había multiplicado el peligro de poseerla, y ella pensaba en su hijo, en su madre y en el propio Dorón.

—En ese caso, es preciso que hables con tu madre y me concedáis permiso para negociar su venta al estado ruso. Un buen amigo de mi padre, con gran experiencia en estos menesteres, podrá ayudarnos.

—No es necesario que hable con ella. Desde este momento cuentas con el permiso, pero con la condición de que la venta se haga pública una vez realizada para que todo el mundo sepa quién la tiene y no la busquen más en nuestra casa.

—Ya lo tenía previsto —afirmó él.

—¿Por qué no me llamaste cuando esos hombres te lo pidieron? Les habría dado la joya sin pensarlo.

—Yo estaba muerto se la dieras o no, pero llamando a mi hermana podía conseguir ganar tiempo para que la policía lograra detenerlos antes de salir de Melilla, y al menos vosotras estaríais a salvo.

—Nunca sabremos cómo pagarte lo que estás haciendo —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Yo sí —añadió él mostrando una cálida sonrisa, necesitaba transmitirle tranquilidad—. ¿Hemos hablado del diez por ciento?

—Hablado está —sentenció ella contagiada por la seguridad de Dorón mientras se limpiaba las mejillas y le ofrecía su mano. Él se la estrechó y quedó cerrado el trato.

—En ese caso, regreso a Melilla y nos vemos el lunes a mi vuelta.

Cecilia pidió a su secretaria que solicitara un taxi y acompañó al detective hasta la puerta. Pidió al conductor que lo llevara al centro de Madrid, al café de Bellas Artes; quería saber si Rodolfo había hecho algún progreso en su investigación del caso de Leonor Expósito. Si no era así, hablaría directamente con el teniente Navarro para que lo ayudara.

Cuando llegó le solicitó que pidiera tiempo muerto y utilizara otra vez la excusa de salir a fumar un cigarrillo; acordó que lo esperaría en la puerta de siempre. Rodolfo no tardó en llegar.

—Me ha sido imposible encontrar alguna pista que me lleve al tal Sebastián Dabrio. No figura por ningún sitio.

—Yo tengo una —le participó Dorón— y estoy seguro de que cuando la veas te va a sorprender más de la cuenta. Para mí se ha convertido en un verdadero enigma.

Sus palabras no habían hecho otra cosa que provocar la ansiedad de Rodolfo.

—Suéltalo ya —le apuró el camarero.

—Le pedí a Leonor que me enviara una foto de su novio. Me dijo que al señor en cuestión no le gustaba que lo fotografiaran, pero ella le tomó una en cierta ocasión en que se quedó dormido en el sofá —sacó su móvil, buscó el email y abrió el documento adjunto que venía—. ¿Te recuerda a alguien?

—¡Joder! Ese es el tipo que vi hablando con los alemanes cuando me pediste que los siguiera. ¿Qué relación guarda con el caso? —preguntó extrañado por la coincidencia.

—Ese es el enigma del que te hablo y que vamos a tener que resolver.

—¿Por dónde empezamos? —se ofreció Rodolfo lleno de excitación.

—¿Vuelves a descansar el lunes?

—Puedo hacerlo.

—En ese caso, a primera hora vas al Registro Público de la Propiedad y preguntas a nombre de quién está ahora la casa de Leonor Expósito ¿Podrás hacerlo?

—Cuenta con ello —confirmó Rodolfo—. Me resulta difícil creer que un dato así se le pasara por alto a la policía.

—Es que ese dato no lo tenían, ya que en el informe no hay ninguna alusión al novio. ¿Y sabes por qué? Porque su coartada era perfecta. No estaba en casa el día del incendio, y tampoco había un móvil que lo pudiera relacionar.

—¡Claro! —exclamó el futuro detective—. El poder para vender la casa se lo pidió después del juicio, cuando ya había sido condenada y el caso estaba cerrado. ¿Cómo se arriesgó tanto? Ella también podía haber muerto en el incendio.

—Era una posibilidad. No obstante, recuerda que en ese momento, Leonor estaba en el salón viendo su serie favorita y lejos del fuego. Si él sabía que no se perdía ningún capítulo del *Cuéntame* debió de pensar también que acabaría durmiendo la borrachera allí mismo.

—Entonces nos encontramos ante un tipo muy astuto y a quien no le preocupan lo más mínimo las consecuencias de su acción.

—Más bien creo que nos encontramos ante un codicioso sin escrúpulos que sacia su apetito robando a pobres miserables y que ha tenido un buen maestro —recordó la figura de Herr Schmidt—. Tú busca ese dato el lunes. Yo buscaré el nombre de ese tío, sé de alguien que conoce a su jefe y a lo mejor me lo puede proporcionar. Ahora tengo que regresar a Melilla o mi familia me hará picadillo. Se despidieron y Dorón fue directamente al aeropuerto.

A las seis de la tarde estaba de vuelta, pero antes de regresar al hotel fue al barrio árabe y compró un precioso caftán marroquí de seda, de color azul brillante con bordados en hilo de oro. Regateó el precio con soltura, como era preceptivo si no se quería ofender al vendedor, y pidió que lo envolviera para regalo. Llamó a su hermana y le preguntó por Kristín; ésta le dijo que hacía media hora que la había dejado en su habitación. Tomó un taxi y pocos minutos después estaba llamando a la puerta. Nada más abrir ella, Dorón le extendió el regalo.

—Recuerdo de Nador.

—¿Qué es? —preguntó extrañada por el obsequio.

—Tengo por costumbre hacer siempre un regalo a quien me salva la vida —Kristín lo invitó a pasar y cerró la puerta.

—¿Puedo abrirlo ahora o debo hacerlo en tu ausencia?

—Es tuyo, tú decides, pero me gustaría que fuera ahora por si no es de tu talla y tengo que ir a cambiarlo. Nador no está aquí al lado.

Ella abrió el regalo, tomó la prenda entre sus manos y la extendió: sus ojos se abrieron de par en par.

—Es un caftán de seda bordado en hilo de oro, un vestido tradicional marroquí muy típico entre las mujeres —explicó él.

—Y muy bello. No deberías haberlo hecho, no había obligación.

—Pero había deseo.

—Date la vuelta, voy a probármelo.

Dorón lo hizo, y cuando se volvió avisado por Kristín, la encontró deslumbrante. A pesar de su pelo rubio casi platino y su piel blanca, el vestido le daba un aire exótico y sensual.

—Unos días navegando y gozando del Mediterráneo te dará el color suficiente para que seas candidata a reina mora.

—Me queda muy bien —dijo mientras se miraba al espejo y pasaba sus manos por el vestido notando al tacto la suavidad de la seda—. Es precioso.

—En ese caso, un viaje que me ahorro. Pasaré a recogerte a las ocho y media.

—Estaré lista.

—Un favor más —solicitó él extrayendo de su bolsillo el papel en el que había apuntado la leyenda que figuraba escrita dentro del huevo— ¿Me puedes traducir lo que dice aquí?

Kristín vio el texto garabateado, levantó la vista y en su cara se dibujó una sonrisa.

—Has conseguido abrirlo, ¿verdad?

—¿Qué dice? —se limitó a preguntar él.

—«Con esta sangre, mi sangre, te doy mi amor, y verterás la tuya si es preciso por la Gran Patria Rusa. A mi hijo Alexéi. 1918». ¿Cómo es? —lanzó ella la pregunta sin rodeos.

—¿El qué? —respondió Dorón evadiendo la respuesta.

—La sorpresa que hay dentro del huevo.

—La verás si tu gobierno acepta pagar el precio que tiene la joya y las condiciones de su venta.

—Dile a tu cliente que no lo ponga difícil.

—La joya no tendrá más comprador que vosotros, pero el precio será el que determinen los expertos. Y como única condición, mi cliente quiere que se haga público para que todos sepan que está en

vuestras manos.

—Se lo transmitiré a mis superiores ¿Es contigo con quien deben hablar?

—No. La negociación la harán con alguien que te presentaré esta noche.

—¿Qué tal estaba el cielo de Madrid esta mañana? —preguntó ella sonriendo.

—No sé, yo he estado en Nador —respondió él devolviéndole la sonrisa antes de salir y cerrar la puerta.

Sin demora, buscó a su padre y juntos bajaron a recepción y preguntaron por Jacob Warahón. El empleado descolgó el teléfono, habló y, un minuto después, este salió a recibirlos y los hizo pasar a su despacho.

—He podido abrir el huevo —dijo Dorón sin preámbulos.

—¡Fantástico! ¿Cuál es la sorpresa que guarda en su interior? —preguntó Jacob.

—Un pequeño frasco revestido de rubíes y coronado por un diamante tan gordo como un garbanzo. Según mi cliente, solo ese brillante puede tener un precio de siete cifras altas.

—¿Qué hay en el frasco? —solicitó Jacob. El diamante le importaba más bien poco.

—La sangre del Zar Nicolás II.

Un suspiro de admiración escapó de las bocas de su padre y de su amigo.

—¡Sensacional! —exclamó Jacob preso de la emoción—. Es el hallazgo del siglo, el último huevo de la colección Fabergé, el más buscado de los que faltan y el más deseado de todos.

—He propuesto a mi cliente que usted negocie la venta con los rusos y está de acuerdo.

—Sacaríamos más dinero si lo vendiéramos en subasta abierta pero estimo por vuestra seguridad que deben ser ellos quienes lo tengan.

—Ese es el factor que debe primar en este caso —recalcó Isaac a su amigo.

—Mi cliente también lo cree así —se sumó Dorón.

—Seguramente lo comprará alguno de esos nuevos magnates del aluminio o del petróleo con fortunas escandalosas logradas al amparo del poder y que son muy amigos del presidente ruso. Luego se lo cederá magnánimamente al tesoro ruso. Es la típica acción del prestanombre que suelen utilizar los políticos para adornarse y ganar popularidad.

—Usted sabe más de eso. Logre el mejor precio posible para la

familia Brecht —solicitó Dorón.

—No temas. Ese huevo superará ampliamente los dieciocho millones de dólares que se pagaron por el de Rothschild hace unos años. ¿Podré verlo antes de la entrega?

—Si se traslada a Madrid…

—Por supuesto que lo haré. Hijo, lo que has hecho es historia.

Se estrecharon las manos con energía, y antes de que Dorón saliera del despacho, su padre se dirigió a él.

—Recuerda que tenemos la cena de Shabat en casa de la familia de la novia.

—¿Puedo llevar compañía?

—Debes llevarla —respondió su padre al instante sabiendo a quién pretendía invitar—. Te salvó la vida.

—Pero dile que se invente una profesión más corriente que la de agente secreto —matizó Jacob entre risas.

—Ya la tiene. Acordaos de que trabaja para el Ministerio de Agricultura de Lituania como os conté.

Los tres sonrieron y él se despidió para subir a su habitación y dejarse caer en la cama: estaba agotado pero satisfecho.

A la hora fijada, Dorón y Kristín llegaron a la casa de los Lazraque. Las familias ocupaban una amplia mesa en U en el jardín. Fue Isaac quien se levantó a recibirlos ante el asombro, por no decir pasmo, de Anne y también de los Horowitz. Su hijo hizo la presentación formal de su acompañante, la describió como una buena amiga que había invitado a la boda para amortiguar la dolorosa soledad que le producía ver a su primo enamorado de Jacqueline, a quien consideraba una mujer guapa y sensata, si bien matizó que eso último no acababa de tenerlo del todo claro conociendo al novio como lo conocía. Fue un comentario que provocó la risa de los presentes y rompió el hielo, que, a fin de cuentas, era lo que perseguía para desviar la atención sobre Kristín. Se fueron a sentar junto a su padre que ya les tenía dos sillas dispuestas, pero antes de hacerlo tomó la precaución de presentársela a su madre.

La cena fue ritualista y emotiva para gozo de Kristín, quien nunca había asistido a un Shabat. Luego corrieron las viandas y el vino de un lado a otro de la mesa con los brindis preceptivos hasta llegar a los postres, donde abundó la miel que simboliza el deseo de que los novios tengan una vida dulce y rica.

Mientras se hablaba sobre los preparativos de la boda, él quiso explicarle a ella el significado de las tradiciones en un acontecimiento de los más importantes en la cultura hebrea.

—Salvo que el interés mostrado sobre nosotros en el primer encuentro que tuvimos haya sido solo aparente, puedo comentarte algunas de las cosas que verás mañana y pasado.

—Tuve que informarme a la carrera sobre ti e inventarme lo del profesor, pero te aseguro que disfruto mucho con tus explicaciones y estaré encantada de ampliar mis conocimientos al respecto.

Entre vino y vino, Dorón expuso a Kristín el significado del matrimonio, un acto que según los rabinos era considerado uno de los mandamientos más importantes del buen judío, en tal grado, que era costumbre en el pasado que los maestros de las *yeshivás* llevaran a sus alumnos a la ceremonia y participaran de los festejos para aprender y, de paso, arropar a los novios deseándoles toda clase de dichas.

—Como a mí lo que me va es la mala vida, no gozo de esa buena consideración rabínica, y ese hecho a mi madre le crea una profunda intranquilidad —bromeó al respecto.

»Estaba escrito en los preceptos del Génesis 1/28: «Creced y multiplicaos», una *mitzvá* o regla que en otros tiempos se cumplía a temprana edad. Los chicos lo hacían a partir de los dieciséis años por considerar que desde esa edad ya se era apto para mantener a la que sería su esposa. No obstante, había quien decía que ese ceremonial era una sencilla formalidad que oficializaba el precepto no escrito de que cuarenta días antes de que un bebé naciera, este ya había sido emparejado en el cielo con quien sería su esposa. Aquí en la tierra únicamente veníamos a cumplir lo que ya había sido sellado arriba.

»Si no, ¿Cómo te explicas que mañana se casen un mexicano y una melillense que se conocieron en Madrid no hace mucho tiempo y que lo hagan profundamente enamorados y seguros de que son la media naranja el uno del otro? Mira que soy poco crédulo de aquello que estimo está fuera de toda razón —miró a la pareja—, pero a veces encuentro cosas que me dan que pensar.

Le siguió relatando cómo sería la ceremonia y ella aprovechó para demostrarle que poseía un mínimo de conocimientos. Le dijo saber la razón por la que el novio pisaba y rompía una copa en la boda después de las bendiciones del rabino; según había leído, era para recordar la destrucción del Templo de Salomón. Él le explicó que el significado del acto era un mensaje implícito en el Talmud sobre lo transitoria que puede ser la felicidad.

—En muchas ocasiones, las tradiciones a base de ser repetidas una y otra vez se acaban conformando en reglas. Una de ellas narra el caso de un sabio judío del siglo IV que se puso tan nervioso en la

boda de su hijo por el buen discurrir de la misma que, temeroso de que tanta excelencia acarreara una desgracia, decidió romper una copa para que no fuera todo tan perfecto. Quién sabe si la costumbre no salió de allí y luego fue convertido en algo más épico para que ese detalle gozara de mayor predicamento. La felicidad o la buena suerte conviene aceptarlas con cautela y sin alardes para que no se tuerzan, dice mi madre —explicó Dorón.

Su madre, Anne, lo llamaba en *yiddish kayn aynhoreh,* y siempre que alguien piropeaba en exceso a sus hijos, ella soltaba su *kayn aynhoreh* en voz baja, que era como decir «que el diablo se lleve su parte» para así espantar el mal de ojo y evitar que los *dibuck* o entes del averno, siempre deseosos de destruir todo aquello que poseyera luz y belleza, se acercaran a ellos.

—Como ves, somos muy amantes de convertir actos en tradiciones y basta con que funcionen con éxito para que queden instituidos —concluyó.

Como los novios debían retirarse pronto y continuar con su preparación cumpliendo con los preceptos, las familias se despidieron, y los Horowitz, junto con los Benatar, regresaron al hotel.

Antes de subir a las habitaciones, Dorón mostró a Kristín la foto del supuesto novio de Leonor que llevaba cargada en su móvil.

—¿Conoces a este tipo? —le mostró la imagen que aparecía en la pantalla.

—No sé quién es, pero sí te puedo decir que es un hombre de Schmidt; es el español que lleva su representación en Madrid.

—¿Qué representación? —preguntó extrañado.

—Cuando se reunificó Alemania, Rudolf Schmidt reconvirtió parte de su red de espías esparcida por toda Europa en representaciones del emporio inmobiliario que inmediatamente montó con todos los bienes y propiedades de los que había podido apropiarse. Es muy astuto para los negocios y sabe que los bienes raíces son una buena tapadera para blanquear dinero en cualquier lugar del mundo. De hecho, la costa española es una de las que ofrece mayores facilidades. Lo sé porque la propia mafia rusa también está presente.

—Necesito un favor ¿Podrías conseguirme su nombre y también la dirección de esa representación?

—No tiene relación con la joya. Puedes estar tranquilo.

—Gracias, eso me tranquiliza. Pero considéralo un capricho. Y ya que estoy haciendo todo lo posible para que vosotros os hagáis con la joya, creo que es lo menos que merezco.

—Está bien, haré la consulta.

Mientras esperaban el ascensor, Dorón quiso probar fortuna.

—Hablando de otra cosa, creo que mi cama tiene un ligero problema de inclinación que no me deja dormir bien. ¿Podría hacerlo en la tuya?

—Pide que te la cambien. Además, estás en Shabat y no sería propio.

—No importa, aceptaré gustoso que no sea sexo *kosher*.

—No quiero sentirme culpable de ello.

—¿Nunca mezclas el placer con el trabajo?

—Lo intento —dijo ella antes de cerrar su puerta con una sonrisa.

El profesional

El rico magnate Mikhail Cheviniev reposaba inquieto sentado en el sillón de su despacho con la vista perdida a través de la ventana de su lujoso y panorámico ático londinense; intuía que algo había salido mal. La falta de noticias de Bernard Pittner en lo que estimaba la recta final en su camino a la joya no lo dejaba pensar en otra cosa. Una y otra vez miraba la pantalla de su móvil deseando ver reflejada la llamada que esperaba, pero esta no llegaba y lo ganó la impaciencia. No esperaría más, y allí donde intuía que Pittner había fracasado, Gólubev no lo haría. Se sentó frente a su ordenador personal y envió un email: un lugar y una hora fue todo lo que escribió. Poco después llegó la respuesta que confirmaba la cita.

Hasta ese momento había confiado en que el antiguo agente de la Stasi pudiera hacerse con el huevo Fabergé y se lo entregara. De esa forma, el Servicio Federal de Seguridad, que también lo buscaba, cargaría contra Rudolf Schmidt al saber que su hombre de confianza lo había robado. Solo él sabría que Pittner había estado jugando a dos aguas. Por un lado había hecho creer a su jefe en Alemania que cumplía sus órdenes, y por el otro había sucumbido a la golosa oferta económica que le había puesto sobre la mesa: un millón de euros para él solo. Era una cantidad que no haría mella en su enorme fortuna pero que, sin embargo, a ese perro de presa le resolvería la vida y podría buscarse un refugio en Mallorca donde asentarse y camuflarse entre los miles de alemanes que habían elegido la isla española para pasar su retiro y disfrutar de una dorada jubilación al sol gozando de mujeres, vino y rosas.

Con la joya en la mano, él, Mikhail Cheviniev, fundador del MRL, el partido que había estado financiando desde su dorado exilio en la capital británica, prepararía su regreso a Rusia como un héroe. Y ante ese hecho, ni el propio presidente se atrevería a exigir que se cumpliese la orden de busca y captura que pesaba sobre su cabeza.

Soñaba con regresar a la arena política de Moscú y ya se veía entrando en la Duma en loor de multitudes. Con esa joya como ofrecimiento a la nación se imaginaba ganando las próximas elecciones presidenciales sin tener que recurrir al golpe de estado que tanto tiempo llevaba gestando y en el que había gastado mucho tiempo, dinero y esfuerzo.

Si al día siguiente seguía sin tener noticias de Pittner, se vería con Zakhar Gólubev, un asesino profesional cuya efectividad

conocía desde los tiempos en que formó parte del poder en la Rusia de los 90 a la sombra de un presidente que se entusiasmaba en exceso con el vodka. La precisa información ofrecida por Pittner respecto al rastro de Ernst Brecht en Madrid ayudaría a que Zakhar se hiciera con la que sería la joya más importante del tesoro ruso. Conoció la existencia de esa pieza única durante unas vacaciones de Pascua como invitado a la dacha presidencial en Crimea, allí supo de ella y de su trascendencia por primera vez. En esa joya estaba recogida la parte de la historia más importante de la nación en los últimos dos siglos.

Fue el entonces máximo jefe del KGB quien se lo explicó una de aquellas noches mientras los dos daban cuenta de una botella de vodka. Con la lengua suelta por el elixir de alta graduación, le contó que el Zar Nicolás II, desde el retiro en el que los revolucionarios lo tenían confinado junto a toda la familia imperial, pudo encargar secretamente a Fabergé el que sería su último huevo de Pascua. Se lo pensaba regalar a su hijo por su cumpleaños, convencido como estaba de que el Ejército Blanco y las tropas checas los liberarían pronto de su cautiverio. Para ese huevo especial le había remitido al orfebre el regalo sorpresa que guardaría en su interior: un pequeño frasco con su sangre. Ese acto tenía un doble simbolismo: por un lado iba dirigido al heredero del trono imperial ruso, su hijo Alexéi, quien tenía que vivir siempre con la gran preocupación que representaba el problema de su hemofilia, lo que suponía para el Zar una gran tragedia, pues cada herida que sufría el infante se convertía en un calvario para toda la corte al ver que la sangre no coagulaba. La segunda intención de aquella joya era simbolizar su fe en la Gran Rusia por la que ambos tendrían que estar dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre. Pero sucedió que, ante el temor de que los Romanov fuesen liberados, el Soviet decidió fusilar a toda la familia cuanto antes y destruir después las pruebas del hecho. Y así ocurrió la madrugada del 17 de julio de 1918. Ocho días después del fatal asesinato, el palacio en el que habían estado recluidos cayó en manos del Ejército Blanco, demasiado tarde porque el Zar se encontraba ya enterrado en un lugar secreto del que nadie supo hasta hace bien poco.

El gobierno ruso persiguió la joya desde el mismo momento en que supo de ella, la buscó con ahínco durante decenas de años pero siempre se le había resistido. Le habría venido muy bien contar con ella cuando tuvo que hacer frente a un buen número de demandas en tribunales internacionales sobre los derechos de la herencia del Zar, que una legión de jóvenes farsantes, muy bien aleccionadas e

instruidas, le reclamaron asegurando ser la gran duquesa Anastasia, hija de Nicolás II. Aquella noche en la dacha presidencial, esa historia le pareció un relato inverosímil producto de los efluvios del vodka, pero ahora estaba dispuesto a todo por conseguir el preciado huevo.

La boda berberisca

Desde la balconada de la habitación, Dorón veía entrar en el puerto marítimo los pequeños barcos de pesca con su casco pintado cada uno de un color distinto, parecían juguetes que el mar mecía buscando dormirlos. Se mantuvo así unos minutos observando al fondo los colores anaranjados del cielo que se apagaba con la caída de la tarde y cuyas brasas parecía querer tragarse el agua. Se sentía reconfortado por volver a ver la vida con los ojos que buscan la belleza, y también se encontraba cómodo por haber resuelto con éxito el caso de la señora Brecht. Era la dosis de satisfacción que necesitaba para volver a pensar en aceptar nuevos casos.

Miró su reloj y consideró prudente comenzar a prepararse para la fiesta de la noche, una gran fiesta que sería la antesala de la boda del día siguiente. Abrió el armario, y tras repasar con su mano cada una de las perchas con su ropa colgando, se decidió por estrenar los pantalones de vestir blancos de lino con corte recto que no había podido resistirse a comprar nada más verlos en el escaparate de un *outlet* de la calle Almirante. Eligió para el conjunto una camisa rosa pálido y dio brillo a sus cómodos mocasines. Daba la impresión de ser una víctima de la moda pero nada más lejos: su ropa era una consecuencia más de las agotadoras esperas cuando andaba dando seguimiento a sus presas; en esos paseos de un lado a otro había ido descubriendo tiendas por Madrid que eran auténticas joyas, y en las que la buena calidad convivía con precios más que decentes.

Se miró en el espejo, alborotó con sus dedos su poblada media melena y pasó a recoger a Kristín. Llamó a la puerta de la habitación y ella lo recibió vestida con el caftán que le había regalado. Ahora sí, Melilla era morisca en todo su esplendor. Otra imagen que sumaría al álbum de los grandes recuerdos.

—¿Voy acertada para la ocasión? —preguntó ella dubitativa.

—Vas perfecta.

Jacqueline había solicitado a las dos familias casarse siguiendo las antiguas tradiciones sefardíes de su tierra, y todos accedieron de buen grado. Esa noche, la última que la novia viviría en casa de sus padres, era *la noche de paños,* que se iniciaba al término del Shabat. Las familias de los novios habían decidido que la fiesta tuviera lugar en la terraza del propio hotel Ánfora. La ceremonia, cargada de un hermoso simbolismo, dejaba en las manos de la madre del novio la responsabilidad de las presentaciones. No fue problema que la tía Tamara fuera ashkenazí: estaba tan fascinada que con la ayuda de

Isaac y Anne dispusieron todo conforme al rito sin que faltara detalle.

La hermosa novia hizo acto de presencia con el suntuoso traje herencia de su madre, era una joya digna de admirar y más aún de portar. Un vestido berberisco en terciopelo rojo y granate con su pequeño peto bordado en hilo de oro que le cubría el pecho. Encima del peto llevaba puesta una chaquetilla bordada también con adornos en hilos de oro que formaban símbolos circulares, era corto de mangas como exigía la tradición y dejaba a la vista unos delicados paños de gasa fina confeccionados en seda pura con hilillos o flecos de oro que colgaban y le daban un aspecto de halo dorado. Cuando Jacqueline movía los brazos producían un resplandor especial que atraía las miradas como un imán. La falda era larga y bordada en la parte inferior con ricos galones de oro, y sobre ella, marcando el contorno de las caderas, llevaba cerrado un fajín en lujoso terciopelo y seda bordado en oro.

Jacqueline era la viva imagen de una princesa traída de los jardines de la antigua Babilonia. Anudado a la nuca lucía un pañuelo que caía hasta el suelo como un largo manto. En su cabeza coronada llevaba puesta la *hemar,* una hermosa diadema cuajada de pequeñas perlas, seiscientas trece en total, el mismo número que simboliza las *Mitzvot,* los preceptos que el judío debe respetar.

La *kala*, como en su tiempo llamaban a la novia, cruzó el salón acompañada del grupo de hombres con candiles encendidos que iluminaban su paso. Los murmullos de admiración de todos no se hicieron esperar. Dorón vio el gesto de embeleso del *Jatan*, el novio, que la esperaba ocupando uno de los dos tronos cubiertos de tules de colores colocados en medio de la terraza y que tenía como única cúpula el firmamento de un cielo estrellado. Una vez más pensó si acaso el destino no estaba escrito como decía su madre. Miles de kilómetros separaban el nacimiento de esos dos novios, y aun así, ellos se habían impuesto por encima de océanos y montañas para llegar a encontrarse y estar juntos.

El paseo de ida y vuelta a lo largo del pasillo formado por los hombres con las antorchas encendidas lo repitió la novia siete veces, como manda el ritual, y en el último se hizo acompañar de su padre, que la entregó al novio y deseó que su nuevo hogar fuera siempre refugio de gozo y felicidad. Al día siguiente sería esposa, pero esa noche era una reina. Cuando se hubo sentado en su trono dio comienzo el besamanos de los asistentes.

Kristín estaba absorta en la escena sin fin que se producía ante sus ojos, nunca en su vida había visto nada igual. Se puso en la cola

junto a Dorón hasta que les llegó el turno y besaron la mano de los novios. En ese instante, y viendo a la novia de cerca, Kristín quedó muda ante su belleza.

—¡Qué maquillaje tan sorprendente! —dijo cuando regresaron a su sitio.

—Ahí donde lo ves, ha sido un trabajo de muchas horas. Va a parecer ridículo que te lo explique un hombre pero es tan sorprendente que vale la pena conocerlo. Es un maquillaje que le hacen las propias mujeres de la familia y comienza recargando sus ojos con polvos de *khol*, luego pintan sus labios de un rojo a juego con el vestido, y tatúan con henna sus manos dibujando hermosas filigranas.

—Me he dado cuenta cuando me ha ofrecido su mano. Casi no podía soltarla.

—Es un trabajo muy laborioso, pero hoy ella es una reina y como tal lo exige. Por eso llenan sus dedos de anillos y sus brazos de pulseras con campanillas, esas que oías cada vez que Jacqueline las movía.

Para el convite, la tía Tamara había organizado con Jacob hasta el último detalle, desde la iluminación hasta la música y el *catering*, y habían acordado elaborar un menú compuesto por un extenso surtido de exquisitas tapas *kosher,* regadas para la ocasión con vino traído de Monte Carmelo.

Anne se acercó hasta su hijo, no quería perderse su expresión feliz y sonriente; la había echado tanto de menos durante los últimos meses que necesitaba volver a familiarizarse con ella porque eso la reconfortaba.

—¿Te gusta la ciudad? —preguntó a Kristín.

—Me encanta. Luar me la ha mostrado hoy y no la imaginaba tan bella. Ver tantas culturas juntas conviviendo sin tirarse los trastos a la cabeza es poco frecuente hoy día.

En otras partes del mundo podía ser así, pero en Melilla, la armonía era la norma.

—¿Has estado alguna vez en una boda berberisca?

—Mamá, es *goyá* —Kristín se sintió un poco perdida, no entendía lo que él había dicho—, así llamamos a los que no son judíos —comentó él.

—En *yiddish* significa «ciudadano, vecino». Es solo una expresión sin ninguna doble intención -«por mucho que otros se esfuercen en dársela», le faltó agregar.

Tomó a los dos del brazo y se los llevó a la mesa donde estaba parte de la familia.

La fiesta fue mágica y divertida, incluso en algunos momentos hasta alocada, sobre todo cuando hicieron entrada al son del *Hava Nagila,* con trompetas, violines y guitarrones, los ocho mariachis que tía Tamara había contratado en secreto en Madrid. Para sorpresa de todos, cruzaron la terraza hasta llegar ante el trono donde estaban los novios y allí mismo les dieron la serenata. Como no podía ser menos, aquello revolucionó a los presentes, que corearon la letra, y los más valientes abrieron el baile en círculo.

Tras la triunfal entrada, los mariachis recorrieron la terraza y se fueron deteniendo ante las mesas de los invitados sin dejar de entonar un buen repertorio que incluyó *El Rey, Volver, Cielito Lindo* y los boleros *Si nos dejan, De qué manera te olvido* y otros que enternecieron en especial a las mujeres ante el regocijo de sus respectivos cónyuges. Entonces sí, la nutrida representación mexicana se dejó notar y de qué manera.

Dorón aprovechó la oportunidad para presentarle a Jacob, y los tres charlaron sobre los modos y maneras que podían darse para negociar la venta de la joya. Ella se comprometió a transmitir el mensaje a su superior para que pudieran iniciarse las gestiones de inmediato.

Aunque la noche llevaba camino de ser larga, los novios se retiraron; para ellos el ritual continuaría con rumbos diferentes. Ella, camino de la *Mikva*, el lugar para el baño ritual en el que tendría que sumergirse hasta cubrir su cabeza para su purificación y donde sería acompañada únicamente de las mujeres casadas, las solteras no podían participar. Él, hacia la sinagoga para la oración de Kipur acompañado de los amigos y familiares varones que tendrían que estar a su lado hasta el mismo momento de la boda. Para el resto de los invitados, la celebración continuó al ritmo que marcaban los mariachis.

Su tía Tamara, en labor protocolaria como le correspondía, se mantuvo presente y compartió conversación y sonrisas con todos. Dorón se sirvió del momento para pedirle opinión sobre algún lugar recogido en México en el que pudiera disfrutar de unas vacaciones tranquilas que se tomaría una vez cerrado el caso.

—Sin lugar a dudas, el sitio que buscas es Mazunte —le recomendó ella.

—No me suena.

—Solo les suena a las tortugas marinas porque es el sitio que tienen para desovar en la costa del Pacífico. Está cerca de Puerto Ángel y Pochutla, en Oaxaca. Estoy segura de que te encantará.

—Buscaré entonces un buen hotel y a lo mejor, si bien no puedo

desovar, sí podré «tirar hueva», como se dice en México —dijo Dorón entre risas.

—De hotel nada, tu tía aquí presente —replicó llevándose la mano al pecho con energía— tiene una casa allí que con mucho gusto te ofrece. Dime cuándo vas a ir y llamaré a Pancho y a Dolores para que la tengan preparada. También puedes llevar invitados si lo deseas —miró a Kristín de reojo—. Y ya me contarás, porque de esto no tenía yo conocimiento.

Los abrazó con ternura y se despidió para seguir atendiendo a los presentes. Él tomó del brazo a Kristín y se alejaron hacia uno de los rincones de la terraza.

—¿Qué te parece la fiesta?

—Todavía creo estar sumergida en un maravilloso cuento de las mil y una noches. La ciudad, su ambiente, esta boda tan deslumbrante…

—Melilla es así, un decorado que se adapta a tus sueños y que solo te pide que hables de ella a los elegidos.

—Lo haré.

—¿Sabes?, aquí nació mi padre, y de aquí guardo recuerdos tan gratos que hoy día los envidio.

—¿Algún amor? —quiso saber ella.

—El más tierno y puro, el primero —dijo él—. Fue un verano. Yo era un mocoso al que esas cosas todavía le quedaban lejanas, o eso creía. Mis padres me mandaban con mi abuelo para que pasara las vacaciones junto al resto de los Benatar.

—Cuéntame más.

—Por aquel tiempo, casi toda la familia vivía en el barrio del Polígono. Era una pequeña Jerusalén en la que muchos vecinos eran judíos, y otros tantos, árabes. Aunque hoy puede que te suene extraño, en aquel tiempo la convivencia en el vecindario era de una armonía que daba gusto. Aún recuerdo a mi abuelo de visita a los cafetines en época de Ramadán para jugar al parchís o al dominó con sus vecinos árabes hasta altas horas de la noche para ayudarlos a hacer más llevadero el ayuno. Los cristianos estaban en el centro de la ciudad, donde también vivían los judíos acomodados, los dueños de esas casas *art decó* que has visto por la mañana y que tanto te han impresionado.

»Durante aquellos veranos me pasaba los días viviendo en la calle sin parar de jugar. Pero ese verano, el de mi primer amor, fue especial. Algunos de los chicos se habían fabricado unos pequeños carros de bolones, simples tablas de madera a las que habían puesto unos rodamientos de bolas y con las que se tiraban calle abajo sin

control. Una mañana, mi amigo Mordi me dejó el suyo y yo me lancé con tanta fuerza que acabé estrellándome y rasguñándome codos y rodillas. Mientras toda la familia me sermoneaba sobre los peligros de semejantes vehículos, mi abuelo decidió que me fabricaría uno más seguro y cambió la tabla por una caja de madera que fuera resistente. Yo habría preferido tener un *skateboard* igual al de los chicos mayores que veía haciendo piruetas los domingos cuando iba con mis padres a dar una vuelta por el parque del Retiro de Madrid; era una costumbre que teníamos porque a mi padre le gustaba pasarse a buscar algunas gangas de libros en la Cuesta Moyano. Cuando regresemos a Madrid te la mostraré porque es única, una pequeña calle empinada llena de encanto que hace pared con pared con el Jardín Botánico y donde hay instaladas unas docenas de casetas todas iguales, pero con tantos años en su haber que da la sensación de que están allí desde que aparecieron los libros.

— ¿Qué pasó con el carro?

—Lo que tenía que pasar cuando a un viejo testarudo se le mete algo en la cabeza, que convirtió la idea en un vehículo al que añadió un manillar con el que hacer girar las ruedas y convirtió aquella caja en el Rolls Royce de los carros del barrio. En aquel momento, yo me convertí en una estrella.

»Mientras los demás chicos se enfrascaban en la labor de tunear su carro a imagen y semejanza del mío, yo invitaba a subir de acompañante a todo aquel que aceptara, y Jana fue la primera chica que me lo pidió. Lo adecuado habría sido que yo rechazara su ofrecimiento, debido a su condición femenina —todavía eran tiempos en que los chicos jugaban con chicos, y las chicas, con chicas—, pero acepté. Cuando ella se subió a mi cajón y se acomodó pegando su cuerpo a mi espalda y pasando sus manos por mi cintura, la tierra pasó a ser el cielo, y el cajón, una alfombra mágica. Repetimos el viaje unas cuantas veces más, y desde ese instante no hubo en mis sueños más mundo que el que yo imaginaba con ella.

»No hubo beso siquiera, eso era impensable, pero sí nos cogimos de la mano con disimulo en las sesiones de tarde del cine Goya amparados por la oscuridad y después de hacer juegos malabares para que a mí me tocara cerrar la fila de los chicos y a ella iniciar la de las chicas.

»Cómo agradecí la llegada de las nuevas farolas al barrio. Eso cambió la noche y la hizo eterna. Las tertulias de los mayores en la calle se prolongaban hasta bien entrada la madrugada, lo que a

nosotros nos permitía seguir jugando hasta el cansancio.

»El verano acabó y yo regresé a Madrid llevando en mi pecho una carga invisible que me lo oprimía y cuya sensación me duró su tiempo.

—¿Está Jana por aquí? —preguntó Kristín buscando entre los asistentes quién pudiera parecerse a esa niña que ella se había imaginado en su pensamiento.

—Está felizmente casada y vive en Málaga. Aquel encantamiento fue breve, pero yo lo recuerdo con cariño. También me acuerdo de los Shabat, con doce o más a la mesa, con la calle oliendo a cordero los viernes y a adafina los sábados, y ahogándome en *fruchamp* en las tardes de calor; era un refresco de color rosa que se llamaba Kiss y cuyo símbolo eran unos atrayentes labios pintados en la botella. Son esos los recuerdos que espero me acompañen de por vida.

—¿Dónde está ese barrio? —quiso saber ella.

—Allí, a la izquierda —apuntó con su dedo un enjambre de pequeñas luces—. Eso que ves iluminado en primer plano es la ciudadela antigua y sus fortalezas. El mastodonte que destaca es el cañón que llaman El Caminante y que en 1862 sirvió para delimitar la ciudad mediante un disparo que alcanzó los 2.900 metros. En torno a esa distancia se trazó el radio que acabó demarcando la frontera con Marruecos. Un poco más arriba está el Polígono.

—Eso otro de allí ¿qué es? —apuntó Kristín con su dedo.

—Aquello que ilumina esta luna casi llena es el paseo marítimo —llevado de su pasión continuó describiéndole el paisaje—. Aquí abajo, a los pies del hotel, está la Melilla moderna y a la derecha, al fondo, el puerto marroquí, que es otro país. Porque así es esta pequeña ciudad, frontera internacional e intercontinental. Desde mi habitación, la vista es aún mejor.

—Hoy no vengo armada —aceptó ella.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo él, era el momento.

En pocos minutos estuvieron frente a frente en medio de la estancia. Fue él quien tomó la iniciativa envolviéndola con sus brazos y atrayendo su boca a la de ella; los labios iban por un sitio y las manos por otro. Allí, parados, con la respiración entrecortada y los suspiros sin control se fueron desnudando sin separar sus bocas. Se dejaron caer sobre la cama y se fueron haciendo el amor el uno al otro y luego los dos a un tiempo. No fue solo entre las sábanas donde brotó la energía avivada por el deseo, también lo hicieron mirando al mar desde la balconada, reprimiendo los gritos a duras penas hasta convertirlos en jadeos y murmullos, y acabar agotados

viendo los primeros rayos de sol.

La otra boda

Alguien llamó a la puerta de la habitación rompiendo el plácido sueño de la pareja. Dorón se levantó, alcanzó a recoger del suelo sus calzoncillos, se los puso y abrió. Frente a él estaba su padre vestido con elegante chaqué.

—¿Todavía estás así? Es casi media mañana —le dijo a verlo semidesnudo—. La familia ya está levantada y tu madre me ha pedido que te avisara. Ahora que te veo así, me doy cuenta de que te conoce a la perfección.

Mientras le hablaba, vio en el suelo el caftán de seda que Kristín había llevado la noche anterior y en su cara se dibujó una sonrisa cómplice.

—Daos prisa o te las tendrás que ver con tu tía y con tu madre, y yo que tú no arriesgaría tanto —le avisó antes de marcharse.

Él echó un fugaz vistazo a ambos lados del pasillo y cerró la puerta. Lo que su padre le había dicho no era una recomendación, sino un aviso en toda regla. Kristín se encontraba escondida bajo las sábanas.

—Tenemos que apurarnos o mi vida correrá peligro —solicitó él.

Entró al baño y abrió el grifo de la ducha, se metió a la carrera bajo el chorro y tardó escasos minutos en salir. Ella entró a continuación mientras él se afeitaba y arreglaba. Parecían dos soldados en el cuartel escuchando de fondo el aviso de la trompeta llamando a revista.

El día era precioso y el sol brillaba con fuerza, un tiempo perfecto para casarse. En la cuarta planta del hotel, el ambiente que reinaba sugería alegría a raudales. El caos propiciado por el ir y venir de unos y otros a voz en grito por las habitaciones daba idea de lo que conlleva el arreglo de los asistentes a una boda donde todos acaban conformando una gran familia; entre mexicanos no podía ser de otra forma. Las carreras entre las chicas entrado y saliendo de las habitaciones dejaban vaporosas estelas de perfume flotando en el pasillo. Las puertas se mantenían abiertas para permitir el trasiego de quien buscaba unas tenacillas de pelo, un secador, medias de repuesto, apósitos contra las rozaduras de los zapatos nuevos... Se acercaba el gran momento. Dorón también se vio obligado a ese baile empujado por Kristín, que lo enviaba a por una u otra cosa a la habitación de su hermana, hasta que decidió llevarla allí para que pudiera disponer de todo lo que necesitara y arreglarse a su antojo.

—¡Gran día! —dijo una vez solo ante el espejo de su habitación

mientras se hacía el nudo Windsor de su corbata.

Terminó de ponerse el chaqué y se acicaló un poco el pelo, lo justo para no ir despeinado. Antes de bajar al salón pasó una vez más por la habitación de Luar: las dos chicas se encontraban sentadas cada una a un lado de la cama, espejo en mano y con todos los cosméticos esparcidos por encima, inmersas en un proceso de transformación que aún les llevaría su tiempo.

—Os veo en el *hall* —se limitó a decir sin recibir respuesta.

En el salón ocupó una de las sillas libres en la mesa en la que estaban su padre, su tío y otros invitados; empleaban el tiempo charlando de las tradiciones y de las anécdotas de la noche pasada mientras daban cuenta de una bandeja de deliciosos pastelillos, acompañados de café aún caliente. Se sirvió una taza y en un instante se comió tres dulces.

—Una noche ajetreada —apuntó su padre viéndolo devorar los pasteles.

—Estuvimos hablando hasta muy tarde —comentó él.

—Ya —respondió escuetamente Isaac—. Por cierto, tu corbata es... valiente, podríamos llamarlo así —no le quitaba ojo.

—¿Dónde está David? —preguntó él haciendo caso omiso del comentario.

—A buen recaudo, para que no intente huir —soltó su tío Abby entre risas.

Poco a poco fueron bajando las damas vestidas con sus mejores galas; los piropos y aplausos de los presentes no se hicieron esperar. Como era de suponer, ninguna quiso probar bocado y se apresuraron a acomodarse en el autocar que las llevaría hasta la sinagoga. Kristín ya se había colgado del brazo de Luar, y Dorón esperó al segundo viaje. Con gusto se habría ido caminando, tan cerca como estaba, pero no quiso arriesgarse a más sorpresas.

En la puerta de la sinagoga, su madre le ofreció el *kipá* blanco de raso que le regaló en su día y siempre le guardaba. El recinto estaba casi lleno, pues faltaba poco para el inicio de la ceremonia. Uno de sus cuñados le dio una antorcha eléctrica y fue con él hasta donde un grupo de jóvenes amigos del novio venidos de Madrid y de México guardaban a David bailando en círculo a su alrededor; se notaba que el chico era un manojo de nervios. Su primo se acercó, y él se levantó discretamente las perneras del pantalón y le mostró los zapatos.

—¿Notas algo raro? —preguntó visiblemente preocupado—. Me había comprado unos zapatos iguales a otros que tenía porque son los que mejor me quedan, pero con los nervios me he acabado

haciendo un lío y me he puesto uno de cada par —en su cara se podía apreciar su inquietud .

—Mejor —apuntó Dorón conocedor del carácter supersticioso que por defecto acompaña a todo judío y más si es mexicano—, trae buena suerte, dice mi madre. ¿Cuál es el nuevo?

—El izquierdo —respondió con cautela David.

—Fantástico, entonces éxito seguro, es el que está en el lado del corazón. Tío, todo te va a salir de lujo.

La cara del novio se iluminó. «Qué paradoja», pensó él: un amante de la razón y la lógica inventándose lo que con el tiempo podría convertirse en una nueva tradición sin pies ni cabeza pero sí con zapatos cambiados.

A los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelssohn, los presentes enmudecieron y Jacqueline hizo su entrada del brazo de su padre, vestida con un exquisito vestido blanco de larga cola que la hacía resplandecer. Recorrieron el pasillo y se detuvieron ante David, que la esperaba preso de emoción, como podía leerse en sus ojos sin mucho esfuerzo. Los dos contrayentes se colocaron bajo el dosel nupcial de la *jupá f*rente al rabino. «Baruj Baruj Atá Ado-nay Elo-he-nu Melej Haolam asher kideshanu vemitzvotav vetzivanu leit-atef betzitzit...» —se le oyó entonar con su potente voz.

En ese momento, Dorón giró la cabeza y vio a su hermana en la parte destinada a las mujeres susurrando algo al oído de Kristín, que no perdía detalle. Sus ojos se cruzaron con los de su madre y ambos sonrieron. Él supo la pregunta que aquella mirada llevaba implícita: «¿Cuándo estarás tú bajo la *jupá*?».

La ceremonia transcurrió con la ritualidad exigida y los novios se colocaron los anillos. Ante una copa de vino se recitaron los *Sheba Berajot*, las siete bendiciones de los novios para que el nuevo matrimonio goce siempre de prosperidad y bienestar; bebieron el vino y David envolvió la copa en una servilleta, la pisó y la rompió sin problemas. De todas las gargantas salió el grito de felicidad, ¡Mazel-Tov! Luego, el rabino dio lectura a la *Ketuba*, el contrato matrimonial que una vez firmado sería entregado a la madre de la novia para que lo guardara. Una mirada cómplice de Kristín y Dorón fue captada por Anne.

—En el primer día de la semana —fue leyendo el rabino—, domingo 23 de Iyar del año 5769 a partir de la creación del mundo, y correspondiente al 17 de mayo del año 2009, con detalles que contamos aquí en la ciudad de Melilla situada a las orillas del mar Mediterráneo, testificamos:

»Que el novio, joven soltero de nombre David, hijo del

honorable y distinguido señor D. Abraham Shlomo Eisen, hijo del muy distinguido y anciano D. Iezer Eisen (q.e.p.d.), apellidado Eisen Horowitz, dice a la novia, joven y soltera señorita Jacqueline, hija del honorable y distinguido D. Israel Lazraque, hijo del muy distinguido y anciano D. Rafael Lazraque (q.e.p.d.), apellidada Lazraque Barluchi: he aquí que serás mi esposa de acuerdo con la Ley de Moisés y del pueblo de Israel. Y con la ayuda de Hashem todopoderoso, te prometo solemnemente que te protegeré, honraré y mantendré como corresponde a un buen judío proteger, honrar y mantener a su esposa con honesta fidelidad. Cumpliré con todas mis obligaciones materiales y morales, así como de toda naturaleza hacia ti, como lo dictamina la ley judía. Estas palabras son leídas y escuchadas por la novia, que acepta todo lo anterior convirtiéndose en su esposa.

»Todas las tradiciones y costumbres relativas a este contrato nupcial mantienen fielmente la tradición heredada de nuestros antiguos sabios judíos de las antiguas comunidades sefarditas expulsadas del Reino de Castilla.

Finalizado el protocolo, de nuevo resonó el grito de felicitación, ¡Mazel Tov!, y la alegría contenida se convirtió en un baile de besos, abrazos y parabienes al ya matrimonio y, por extensión, a los padres de los contrayentes. Dorón fue felicitándolos uno a uno hasta llegar a su tía.

—Hermoso detalle el de tu corbata —mencionó ella.

—Sabía que tú lo entenderías —apuntó él.

—¡Qué mexicana no entiende el significado de ese color! ¿Acaso hay otro cielo fuera de Acapulco capaz de ofrecer a los ojos atardeceres rosas?

—Felicidades, tía, lo has hecho todo impecable.

—Igual que lo haría contigo. Tu acompañante es muy guapa, pero si me dejases, te casaría con la reina del mundo.

Dorón la besó y fue en busca de Kristín.

—¿También piensas casarte así algún día? —preguntó ella.

—¿Es acaso una declaración formal?

—No entra en mis planes por ahora —dijo la chica.

—¿Y por qué habrían de entrar en los míos? Mejor disfrutemos de la fiesta — sugirió él.

De regreso, junto a otras personas que también prefirieron dar un paseo, fueron caminando hasta el hotel donde se celebraría el convite, que, como era de esperar, tendría de todo y en abundancia.

Regreso a Madrid

La boda había sido todo un acontecimiento en Melilla, como pudieron comprobar Dorón y Kristín en los periódicos que les dieron en el avión de regreso a Madrid y que recogían el evento con una profusa reseña en la sección de ecos de sociedad. El resto de la familia estaba felizmente agotada y regresaría el martes.

A la salida del aeropuerto tomaron un taxi que los llevó al hotel donde se alojaba ella. El plan era que lo dejara y se trasladara con él a su casa para así poder pasar juntos el día; al día siguiente la llevaría temprano al aeropuerto para el viaje de regreso a Moscú con la tarea hecha. La dejó próxima al hotel y quedaron citados en la recepción media hora más tarde. Él siguió hacia su buhardilla.

Nada más entrar abrió las ventanas de par en par, encendió unas varitas de incienso que repartió por la estancia, recogió algunas cosas que tanto su hermana como él habían dejado tiradas de cualquier manera y bajó al garaje, de donde salió con su Smart de vuelta al hotel. El tráfico era el normal de la zona y apenas tardó unos minutos en recorrer el trecho. Como no podía llegar con el vehículo hasta la puerta del hotel por ser zona peatonal, lo dejó en el *parking* público de la plaza Mayor y se fue caminando. Ella lo esperaba en recepción con la maleta hecha y la cuenta pagada. Juntos se encaminaron hacia el estacionamiento, y una vez allí, mientras acomodaban el equipaje en el pequeño maletero del Smart, alguien se acercó de improviso y encañonó a Kristín.

—Cambiamos de coche —ordenó el hombre armado—, nos vamos en ese —señaló uno próximo.

Los hizo subir delante, Dorón de conductor y ella de copiloto. El desconocido se situó detrás sin dejar de apuntarlos con el arma en todo momento.

—Vamos a buscar la joya, y no te equivoques de sitio o morirás un segundo después porque sé dónde está.

—Hazlo —dijo ella secamente.

—Eres una chica muy lista —señaló el asaltante—. Ya la has oído, en marcha —ordenó a Dorón golpeándole la espalda con la culata de la pistola.

Éste se esforzó por mantener el mismo aplomo que transmitía Kristín controlando cada uno de sus gestos sin un ápice de nerviosismo.

—No hay llave de contacto —indicó él volviéndose hacia el secuestrador.

Creía estar convencido de que las amenazas habían acabado en

Melilla y ahora se daba cuenta de que el huevo le llevaba una y otra vez hacia una peligrosa espiral sin fin.

—Haz un puente, estúpido ¿Acaso crees que es mi coche? —exigió el desconocido.

Kristín se adelantó y se agachó. De un tirón arrancó unos cables, los unió con maestría haciendo un puente e hizo contacto. El motor se puso en marcha y salieron del *parking* hacia las oficinas de Cecilia.

El gesto serio de la chica indicaba a Dorón que esta vez no debía arriesgarse.

—Sé quién eres —dijo ella al desconocido que los encañonaba—. Zakhar Gólubev, asesino a sueldo. Tu ficha circula por las mesas de la FSB ¿Quién te ha contratado esta vez?

—¿Quién eres? —preguntó el aludido sorprendido y descolocado al saberse identificado.

—Soy quien ocupa una de esas mesas, por lo tanto hazte a la idea de que si me pasa algo, todo el servicio secreto ruso se te echará encima. Hasta ahora, tus trabajos no nos han importado, los has hecho fuera de Rusia, y cuando han sido dentro, han servido a nuestros intereses; pero esta vez no es así.

—No contaba con esta sorpresa. Nadie me habló de ti. Parece que la vigilancia de ese idiota de Pittner no ha sido todo lo buena que debería haber sido. Por cierto, ¿sabes dónde está? Mikhail Cheviniev espera una llamada suya.

—Pues va a tener que seguir esperando. Pero tú, si eres inteligente, te bajarás aquí mismo y te irás mientras nosotros regresamos al sitio donde nos encontraste.

—Sucederá como dices pero me iré con la joya, siempre cumplo mis contratos. Ahora cállate, la conversación me aburre y no estoy aquí para hacer amigos.

Rodearon Madrid por la M-30 y tomaron la salida A1 dirección Burgos. Cuando alcanzaron el desvío de Alcobendas abandonaron la autovía y se metieron en el polígono industrial de naves y oficinas donde estaba la empresa de Cecilia. Al llegar, el hombre ordenó a Dorón que se comunicara con ella.

—Dile que coja el huevo, suba a su coche ella sola y se dirija a un terreno en el descampado que hay al final de la calle pasada la última rotonda y próximo a las vías del tren. Avísala de que no llame a la policía, o ambos moriréis y ella también.

Dorón siguió las indicaciones y a los pocos minutos vieron salir a Cecilia de una de las naves subida en su Mercedes. El hombre indicó al detective que fuera detrás, y cuando ya estaban en la zona

despoblada le ordenó que adelantara al Mercedes e hiciera una señal para que los siguiera. Llevó a cabo la orden y recorrieron un largo trecho por un camino de tierra hasta llegar a una pequeña casucha abandonada en medio del campo, pararon y los hizo bajar. Cecilia se mantuvo dentro de su coche unos metros más atrás. El secuestrador, con un gesto de su mano, le indicó que se acercara; ella se bajó llevando una pequeña bolsa en la mano y se aproximó con paso tembloroso.

—No quiero la joya —le dijo al hombre armado— puede llevársela, que no denunciaré el hecho.

—Quiero verla —exigió el asesino a sueldo.

Cecilia abrió la bolsa y extrajo el huevo, pero su nerviosismo era tan grande que este se escurrió entre sus sudorosos dedos y cayó, aunque Dorón se lanzó a atraparla antes de que tocara el suelo. Fue un instante, un solo instante pero suficiente para propiciar el desconcierto en el asesino. Kristín lo aprovechó para lanzar un certero golpe a la cara del hombre que le hizo perder el equilibrio y soltar la pistola, que fue a caer al suelo. En un abrir y cerrar de ojos le descargó otra potente patada que lo estrelló contra el coche en el que habían venido. Rápidamente, el asesino logró recuperar el equilibrio, y dándose la vuelta, descargó toda la fuerza de su pierna derecha contra el cuerpo de ella y la tumbó. Dorón no lo dudó y se abalanzó contra él embistiéndolo como un toro y lo derribó. Ambos rodaron por el suelo, forcejearon e intercambiaron golpes hasta que el asesino extrajo como pudo de su bota un cuchillo dispuesto a enterrarlo en el cuello de su oponente. Un disparo seco sonó y la bala le atravesó la cabeza. Dorón vio como el secuestrador perdía la fuerza en un segundo y su cuerpo le caía encima. Al empujarlo a un lado se fijó en Kristín, que empuñaba la pistola que había recogido del suelo mientras Cecilia se mantenía muda con los ojos abiertos de par en par, atenazada por el miedo y con la joya entre sus manos.

—¿Estás herido? —preguntó Kristín sin dejar de apuntar al cuerpo inmóvil.

—Estoy bien —se incorporó del suelo con presteza y se cercioró de que su oponente era ya cadáver.

—Dile a tu cliente que suba a su coche y nos espere en la carretera —le ordenó con viveza señalando a Cecilia—, tú tienes que ayudarme.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo mismo que pensaba hacer él con nosotros —apuntó la chica entrando en la casa abandonada y saliendo al momento—.

Nos trajo hasta aquí con un propósito, lo tenía todo preparado —volvió a mirar a Cecilia y esta vez le dio la orden directamente—. Váyase de aquí antes de que alguien pueda vernos y apunte la matrícula de su coche —insistió—. Espérenos en la rotonda por la que hemos pasado.

—Vete —le pidió Dorón abriéndole la puerta del coche para que subiera—. Espéranos donde dice.

La mujer arrancó y los dejó allí.

—Ahora —dijo Kristín— vamos a meter a este asesino en la caseta, y no hagas preguntas: necesito estar concentrada.

Después de meter el cuerpo, ella cogió una bolsa llena de un líquido amarillento que había en una esquina y roció el cadáver hasta no dejar gota. Dorón supo por el olor que era gasolina.

—Como ves, lo tenía todo preparado —apuntó ella mientras palpaba los bolsillos del asesino. De uno de ellos extrajo un mechero, prendió fuego a la bolsa y la arrojó sobre el cadáver, una lengua de fuego se extendió con rapidez y lo envolvió.

—Vámonos antes de que el humo atraiga la atención de alguien. —Echó a andar a paso ligero seguido de Dorón hasta el coche en el que habían venido con el asesino.

Él condujo a toda prisa. Cecilia, que los esperaba con el motor en marcha, los siguió a una señal de Kristín cuando se vio rebasada. Callejearon por el polígono mientras se alejaban todo lo que podían.

—¿Puedo saber adónde vamos? —preguntó él atento a las indicaciones de su amiga.

—Busco un lugar discreto en el que puedas dejar este trasto bien estacionado. Tenemos que evitar que llame la atención por lo menos en unos días.

Cuando lo encontraron, los dos abandonaron el vehículo para subirse al de Cecilia. Dorón se puso al volante y Kristín pasó detrás.

—Conduce hacia tu casa —le pidió la chica en un tono casi imperativo.

—No —dijo él mirando a Cecilia—, iremos primero a la suya.

—Como quieras —aceptó de mala gana—, pero arranca ya.

—¿Has estado en el ejército?

El estilo de ordeno y mando que salía a relucir en ella en esos momentos de tensión le llamó la atención.

—Tres años —es todo lo que tuvo como respuesta.

—¿Van a seguir encadenándose las amenazas, los secuestros y las muertes? —quiso saber él mostrando su malestar—. Porque ya he agotado mi ración por un tiempo.

—Procurad que la negociación se cierre lo antes posible o

tendréis a más Schmidt y Chaviniev dispuestos a hacerse con la joya a toda costa.

—Ese Mikhail Cheviniev ¿es el magnate ruso que aparece con frecuencia en la prensa con declaraciones explosivas contra tu gobierno? —preguntó Dorón llevado de la curiosidad.

—El mismo, y no me gustaría estar en su pellejo cuando esta información llegue a oídos del presidente, porque sin duda llegará.

—No nos importan vuestras luchas, sino nuestra seguridad. —Cecilia estaba visiblemente alterada y el miedo se estaba transformando en ira.

—Aquí ha habido un doble juego —apuntó Kristín—. Schmidt fue quien mandó a Pittner, su perro fiel, a recuperar la joya, pero no contó con que este lo traicionara por Cheviniev.

—Si nos promete que nada nos pasará, se la puede llevar —dijo Cecilia—. Mi familia únicamente quería saber qué había pasado con una casa en Berlín, no es nuestro deseo ver como hay personas que se matan por esto —cogió la bolsa para dársela, pero Dorón retuvo su mano.

—Será de ellos, pero la sangre inocente del señor Queralt no será gratuita. Estoy seguro de que nuestro negociador ya debe de estar haciendo gestiones.

Llegaron a casa de Cecilia y Dorón le pidió el coche para regresar al estacionamiento donde había dejado el suyo. Ella no puso objeción y se despidió no sin antes agradecerle lo que estaba haciendo; también dio las gracias a Kristín por su intervención y le transmitió el deseo de que finalmente la joya acabara en Rusia.

Lo sucedido no había dejado muy buen cuerpo a ninguno.

—Llévame al hotel. Si consigo un vuelo a Moscú esta misma tarde, me iré de inmediato.

Dorón no puso objeción ni hizo esfuerzo por retenerla, sabía que aquello era el final. Llegaron al estacionamiento, recogió la maleta del Smart y se despidieron.

—Ha sido una experiencia interesante —dijo él.

—Me hubiera gustado que terminara de otra forma, pero las circunstancias son las que son —añadió ella—. Adiós.

La vio alejarse hacia la salida y la perdió de vista tras la puerta que conducía a la escalera. Él se subió al Mercedes y se dirigió a su casa; necesitaba tranquilizarse, ya volvería más tarde a por su coche.

Por la tarde se citó con Rodolfo en el café del Círculo aprovechando

que era lunes y el camarero descansaba, pues quería ocupar su mente en otra cosa y arrinconar en su recuerdo la catarata de acontecimientos sufridos. El caso de Leonor Expósito seguía pendiente y sería el mejor remedio.

Sentados frente a frente evitó hacer mención de los sucesos acontecidos, un cadáver de por medio sumado a los de Melilla podía acabar complicando su vida y la de Cecilia, no tanto la de Kristín que, como buen agente secreto, seguramente no dejaría ni rastro de su paso por España y se convertiría en un fantasma poco más que inventado.

—Fui al Registro de la Propiedad y la casa pertenece a una empresa: International Real Estate. Me puse a investigar y los únicos datos que he encontrado de ella me llevan a una dirección en Palma de Mallorca y de allí a otra con sede en Luxemburgo. De nuestro sospechoso, ni rastro —expuso Rodolfo.

—Yo sí tengo algo. El tipo en realidad se llama Pablo Calero y es un corredor de bienes raíces que, por algún capricho del destino al que llamaré SUERTE, está indirectamente relacionado con el caso de la familia Brecht y trabaja para el tal Rudolf Schmidt. Ahora solo tenemos que dar con él y ajustar las piezas para que todo este puzle encaje —comentó el detective—. Mañana volveré a la prisión para hablar con Leonor.

—Te acompañaría, pero tenemos aquí un evento importante y me toca trabajar —se excusó Rodolfo.

—Te mantendré informado.

Se despidieron y cada uno tomó un rumbo diferente.

Regreso a la cárcel

La mirada de Leonor tenía otro brillo. Ver a Dorón otra vez la reconfortó porque era una señal que la hacía sentirse menos abandonada. Ese detective mostraba interés por su caso y eso le daba esperanzas. Él le contó aquellos aspectos de su investigación que estaban directamente relacionados con ella, pero omitió toda referencia que pudiera cruzarse con Alemania.

—¿Cómo conociste a Sebastián Dabrio? O si prefieres, mejor lo llamamos por su nombre real: Pablo Calero.

—¿Así se llama? ¿Quiere decir que me mantuvo engañada siempre?

—Me temo que así fue ¿Dónde lo viste por primera vez? —insistió él.

—En el aeropuerto. Yo había parado mi trabajo de limpieza un momento para fumarme un cigarrillo y salí a la puerta; él estaba allí haciendo lo mismo mientras esperaba a alguien que tenía que recoger porque el avión venía con retraso. Estuvimos hablando y nos caímos bien; luego quedamos un día para salir, de regreso me llevó hasta mi casa y a partir de ahí comenzó nuestra relación.

Leonor no era una tigresa ni lo aparentaba, su cuerpo menudo de piel blanca unido a un rostro casi aniñado transmitía dulzura, era el perfil de mujer desvalida que cualquier hombre querría proteger del pasto de los lobos. Sin embargo, en su vida no se había cruzado más que mala gente, desde unos padres incapaces de valorar su fuerza hasta un marido malnacido que impuso la suya a golpes, y para rematar la faena, un perverso hijo de puta que no encontró mejor trabajo que meterla entre rejas asesinando a su hijo y cargándole la culpa para robarle la casa. La observó con cuidado y apreció que detrás de su frágil aspecto se escondía una belleza natural que bien vestida y arreglada podría levantar pasiones sin esfuerzo. Fue posiblemente esa sensación de mujer sin acabar de hacer la que causó su fatal destino con el infame Pablo Calero.

—¿Sabes cuánto puede llegar a costar ahora tu casa?

—¿De qué me sirve pensar en eso si ya no la tengo? Seguramente la habrá vendido y estará disfrutando del dinero mientras yo me consumo aquí dentro.

—¿Nunca pensaste en venderla antes?

—Es una casa muy vieja, seguramente no me habrían dado mucho. Además, yo nací allí.

«Mal asunto —pensó él— cuando se juntan en una sola persona la ingenuidad y la ignorancia».

Era cierto que la casa carecía de valor, pero el terreno era una joya.

—Estoy haciendo todo lo que puedo por ti, pero quiero que tú también hagas algo por mí. Prométeme que en cuanto te saque de aquí seguirás estudiando —era todo lo que podía pedirle.

—Estás demasiado seguro de sacarme.

—Promételo

—También tendré que trabajar.

—Exacto, promete que harás las dos cosas.

—Lo haré —dijo ella con una cándida sonrisa.

Fue breve y se despidió pronto porque ya tenía la información que buscaba y que únicamente le había servido para corroborar su presentimiento, pero era necesario hacerlo. En un mundo tan traidor y cada vez más desprovisto de unos valores mínimos que ayuden a hacer más benigna la existencia de los seres humanos, las personas desasistidas como Leonor Expósito eran las más vulnerables al instinto depredador de las alimañas voraces. En los animales tenía una razón: la supervivencia, pero en los hombres como Pablo Calero o Rudolf Schmidt no tenía más objeto que la codicia desmedida y sin límites. Él también lo había padecido en sus carnes con la muerte de Natalie ordenada por otros codiciosos sin escrúpulos pero con gran poder. Quizá por eso se identificaba de alguna forma con esa mujer.

El homicida localizado

Con los datos recibidos de Kristín referentes al novio de Leonor, Dorón siguió rastreando pistas hasta dar con un domicilio y se preparó para montar guardia dentro de su coche hasta que el fulano apareciera. Habría sido más sencillo preguntarle al portero del inmueble, pero intuía que el personaje estaría considerado un vecino modelo e inmediatamente sería puesto sobre aviso. Las falsas apariencias resultan siempre de gran utilidad para los malhechores, y frases como «siempre tan educado y correcto» o «parecía tan trabajador», aparecen con frecuencia en boca de los vecinos cada vez que la policía acaba deteniendo a un terrorista o a un asesino.

Eran casi las nueve de la noche, y a esa hora, en pleno mes de mayo, todavía se reflejaba el sol sobre los cristales, por lo que no tuvo dificultad en identificar al personaje cuando entró en el portal del edificio. Sacó su Nikon con lente de gran alcance y lo fotografió cuantas veces pudo. Disponía ya de datos suficientes para crear una duda razonable en la policía respecto a la no culpabilidad de su cliente.

En su casa redactó un informe detallado donde lo explicó todo de forma pormenorizada. Leonor había dejado de fumar un par de semanas antes del incendio y era muy seguro que la colilla hubiese sido puesta allí a propósito por alguien. El fuego no se inició por la mencionada colilla, sino por el sobrecalentamiento del enchufe al que estaba conectado el radiador de gran potencia, que también fue puesto allí con toda premeditación; lo demostraba el estado de los cables que produjeron la chispa que provocó el incendio. El hecho de que se propagara con tanta celeridad fue debido a que la alfombra había sido impregnada del oxígeno líquido que una mano asesina se había encargado de rociar previamente. Esa mano, la misma que lo había preparado todo no era otra que la de Pedro Calero, presunto novio de la inculpada. ¿El móvil? Quedarse con una casa desvencijada, y aprovecharse, sin embargo, de ese terreno edificable en el centro de Alcalá de Henares, algo que seguramente le reportaría ganancias millonarias.

Ahora debía mostrar al teniente Navarro el camino que, de la mano de ese criminal sin escrúpulos, llevara también hasta los oscuros negocios de Herr Schmidt en España. Cerró el detallado informe con una sentencia que estaba seguro haría las delicias del policía: «La alevosa muerte de un niño no debe quedar impune». Paradojas de la vida, no era solo Leonor quien se había beneficiado de su trabajo como detective, también él había recibido de ella su

buena parte de ayuda. Añadió al informe las fotos tomadas de la casa, del radiador, y las del auténtico causante de la muerte de un crío inocente. Lo imprimió todo, llamó a Rodolfo y se citaron para la mañana siguiente en el café a primera hora. Algo más relajado se fue a la cama.

La luz de la mañana colándose sin permiso por su terraza ocupó la habitación, le gustaban los despertares radiantes, y más cuando la suerte le había sonreído. Con tiempo de sobra para llegar a su cita se arregló y marchó a pie, cruzó la plaza Mayor, y al abandonarla por el soportal que da frente a la antigua Posada del Peine, dirigió su vista al hotel y le dedicó una de sus mejores sonrisas. Atravesó la puerta del Sol y siguió por Alcalá hasta llegar al café del Círculo de Bellas Artes, donde lo esperaba Rodolfo vestido como un pincel con su uniforme de jefe de sala. Acababan de abrir y no tuvo reparo en sentarse con él, la sala estaba casi vacía de clientes.

—Te traigo un informe que recoge la investigación que hemos realizado. Junto con las conclusiones preliminares está la dirección actual de ese criminal al que la policía debe pillar lo antes posible.

—¿Tienes alguna idea de cómo lograrlo? —preguntó el camarero.

—Sin duda, pero tienes que ayudarme. Necesito que entregues el informe al teniente en calidad de alumno aventajado que eres. De esa manera lo pondrás en un compromiso ante el que no podrá negarse, y ten por seguro que le dará cauce urgente. Dile también que siga el rastro de la compra de la casa de Leonor.

—Si lo hace, lo llevará a International Real Estate, como me pasó a mí.

—Pues que investigue a esa empresa, seguro que descubrirá cosas muy interesantes.

—Eso merece hacerse sin pérdida de tiempo ¿no crees? —dijo Rodolfo poniéndose en pie.

—¿No te dirán algo por marcharte sin más? —se extrañó Dorón ante la iniciativa del camarero.

—Ya buscaré una excusa, por el camino me leeré tus conclusiones.

Se le notaba entusiasmado, casi eufórico, y no quiso romper el encanto. Era un momento de gloria en pareja aunque la expresión sonara un tanto extraña. Se despidió y abandonó el café.

Con el destino sí se juega

La familia Horowitz había regresado a México después de pasar unos días en París, y Luar se habían ido con ellos. Los recién casados andaban de feliz luna de miel por las Islas Maldivas para después recalar en el Distrito Federal, donde la tía Tamara les tendría dispuesto un fiestón de los que harían historia. El acoso a la familia Brecht parecía haberse apagado después de que diera la vuelta al mundo la noticia de la compra de la joya por Oleg Egorov, un magnate ruso del acero que se hizo con ella en la subasta llevada a cabo por la galería Christie´s. Todas las agencias de noticias se habían hecho eco del caso significando la importancia del huevo Fabergé que contenía en su interior la sangre del Zar. El millonario la había cedido luego al estado ruso para que fuera incorporada al tesoro de la nación y se la había entregado en mano al presidente.

Mikhail Cheviniev se encontraba hospitalizado en Londres; había sufrido un grave accidente automovilístico del que milagrosamente salió con vida gracias al blindaje del vehículo. La policía británica había abierto una investigación para esclarecer los hechos.

Para Dorón, la vida volvía a su cauce normal y se reencontraba de nuevo con su profesión. En su móvil había recibido una llamada de su madre citándolo sin falta en casa a las seis de la tarde. Particularmente intrigado por la insistencia en no faltar, se presentó a la hora señalada y, para su sorpresa, la encontró en el salón en compañía de la señora Brecht. Al verlo, la mujer no dudó en incorporarse y abrazarlo como lo haría alguien de la familia.

—Nada mejor que ver a dos buenas amigas disfrutando de un delicioso té —dijo él.

—Me pidió que no te avisara —se disculpó su madre señalando a su amiga Esther.

—Querido Dorón, y me vas a permitir que te tutee: al fin y al cabo lo vivido juntos me otorga ya un grado familiar, pequeño pero grado a fin de cuentas. Como sabrás, el trato de la venta de la joya se ha cerrado felizmente gracias a los buenos oficios del señor Warahón, quien, por cierto, me ha invitado gustosamente a visitar Melilla, y hasta es posible que acepte, ya que no pude asistir a la boda de tu primo.

—No desaproveche la ocasión, es una ciudad que merece la pena visitar.

—El de la casa, por el contrario —siguió ella—, aún sigue en litigio, pero los abogados que con excelente criterio nos propusiste, están seguros de acabar logrando un buen acuerdo.

—Me alegro.

Dorón estaba al tanto, ya que había recibido algunos correos de Reyner que reproducían las noticias de los periódicos alemanes sobre la caída en desgracia de Rudolf Schmidt, todo debido a una serie de filtraciones que estaban saliendo a la luz sobre ciertos negocios turbios de blanqueo de dinero relacionados con una extraña fundación en Luxemburgo asociada a la empresa International Real Estate. La policía alemana, con ayuda de la Interpol, seguía el rastro de ese dinero por diversos países europeos, incluido España. Veinte años habían pasado desde la caída del muro, pero él albergaba la esperanza de que el peso de la ley obligara a ese poderoso gángster a pasar una larga y tediosa estancia entre rejas en el que cada uno de sus días le resultara más largo que el anterior. Recordó la amenaza de Kristín y supuso que detrás de esas filtraciones estaría la mano de la FSB.

—Creo que ha llegado el momento de echar cuentas —dijo la señora Brecht.

—Me va a perdonar pero todavía no me he sentado a hacerlas.

—Yo sí, y aquí tienes el talón. Si estimas que no es suficiente, me lo haces saber, aunque esta vez te adelanto que negociaré a cara de perro.

Sacó el cheque de su bolso y se lo entregó en mano. Dorón lo vio y el corazón le dio un vuelco.

—Creo que se ha equivocado en la cantidad.

—¿Es menos de lo que pensabas cobrarnos? Porque si es así, sentémonos a discutirlo.

—Es excesiva, si me permite decirlo.

—No, no te lo permito —fue tajante la señora Brecht.

—En ese caso, mamá, tienes un hijo millonario.

—Y además un buen detective —replicó ella abrazándolo ante la atenta mirada de su amiga.

Tomó el té con las dos y los tres tuvieron la delicadeza de no hacer referencia al caso durante la conversación. Después de disfrutar un rato en tan agradable compañía, se despidió de ellas y bajó a la librería, donde encontró a su padre dando los últimos retoques al libro de Rousseau.

—¿Podré leerlo?

—Ya te dije que no, mañana viene el comprador.

—¿Qué precio tiene?

—Olvídalo, no creo que pudieras pagarlo.

—¿Ni con esto?

Dorón puso el talón encima de la mesa del taller, su padre lo

miró sin mucho interés, pero al ver la cantidad lo cogió, pasó los dedos por el papel y lo levantó al contraluz.

—No es que tenga una gran calidad, su impresión es bastante deficiente, y de la firma… ¿es real?

Su hijo sonrió, sabía que había conseguido impactarlo aunque intentara disimularlo.

—Me satisface saber que ya no tendré que preocuparme por ti y que por fortuna podrás cancelar la hipoteca de tu casa para que yo pueda retirar la mía en garantía ¿Qué piensas hacer ahora?

—Primero, tomarme unas ligeras vacaciones en México viendo desovar a las tortugas. Después, seguir trabajando, porque aunque en algún momento haya parecido lo contrario, me gusta el oficio.

—Sabes que cuentas con mi respeto, pero recuerda siempre que la vida es lo más valioso que poseemos, procura no exponerla más de lo necesario.

—Lo sé. Ahora debo irme, hay un diezmo que debo pagar.

—¿El que yo supongo? —preguntó su padre.

—El mismo.

—Tu madre y yo te esperamos a cenar. Eso —señaló el cheque— hay que celebrarlo.

—Cuenta con ello, yo llevaré el vino.

—Nunca he tenido la oportunidad de degustar un Único de Vega Sicilia.

—Esta noche lo haremos —se comprometió su hijo.

Ambos se fundieron en un abrazo que llevaba implícito un silencioso mensaje de felicitación mutua y Dorón salió hacia su banco, donde se recreó gustoso mirando la expresión de asombro del director al ver la cantidad del talón conformado que iba a ingresar. Como si de un hechizo se tratase, ese chupatintas con actitud soberbia y prepotente que siempre lo había acompañado desde el día en que le solicitó el crédito para la hipoteca de su casa, se transformaba ahora en un solícito lameculos. No parecía recordar el día que le preguntó sobre la fuente de ingresos con la que pagaría las letras de la buhardilla y la cara que puso cuando él le dijo que era detective privado; ese botarate con cargo nunca se la habría concedido de no ser por el aval de su padre. Ahora soñaba con el viaje, pero a su regreso ajustaría cuentas con él, y de paso, estudiaría bien qué hacer con ese dinero lejos de sus manos.

En el despacho de abogados Torner y Asociados esperaban su llegada. La reunión que tuvo fue breve, porque después de un intercambio sucesivo de email y de algunas conversaciones

telefónicas, ya no quedaba más que definir la estrategia legal que sacaría de la cárcel a Leonor Expósito.

—Con la información que nos ha brindado, nuestro trabajo será relativamente sencillo. Con toda seguridad, conseguiremos que la señora Expósito salga en libertad y quede exonerada de todos los cargos. Después nos volcaremos en obtener la custodia de su hijo e intentaremos recuperar todo aquel dinero que se pueda de la venta de la casa —expuso el abogado—. Por cierto, debo decirle que su investigación nos ha llamado mucho la atención, ha sido muy precisa ¿Le interesaría tenernos como cliente?

—Lo podemos estudiar, pero ahora tengo un viaje que me llevará un par de semanas. ¿Qué le parece si lo vemos a mi regreso? —propuso Dorón a la vez que extendía un cheque y lo depositaba sobre la mesa—. Este talón cubrirá sus honorarios, y el sobrante quiero que se lo haga llegar a nuestra clienta con la condición de que siga estudiando.

Estaba seguro de que la mujer necesitaría algo de ayuda para reiniciar su vida. Se despidió y abandonó el bufete. De camino a la calle Lagasca, donde había una exquisita tienda *gourmet* que visitaba con menos frecuencia de la que le gustaría, recordó su paso por la yeshivá siendo un crío. Mientras estudiaba la Torá, aprendió que todo buen dinero ganado exige su Tzedaká, *caridad*, la llamaban muchos, pero como decía el rabino Mozes Marhi: «Eso es de todo punto incorrecto, porque no es caridad, es nuestra aportación en el deseo de una mayor justicia social». El pago de esos honorarios sería su Tzedaká.

En casa y frente a su portátil preparó el viaje que tanto ansiaba: compró los billetes de avión en clase preferente, llamó a su tía anunciándole su próxima llegada y remitió saludos para todos, pronto los vería. Abrió un email enviado desde el periódico con el que colaboraba: era el señor López urgiéndolo a que le hiciera llegar lo antes posible un nuevo relato bajo la sempiterna amenaza de convertir su espacio en anuncio publicitario y se puso a la labor. Se le ocurrió escribir un relato imaginario basado en la figura de Leonor Expósito y lo tituló *Con el destino sí se juega.* También había otro correo de Irene invitándolo a un nuevo encuentro y proponiéndole la realización de otro de sus sueños eróticos sin cumplir, por lo que supuso que su relación matrimonial seguiría como antes. No respondió pero tampoco lo eliminó, el sexo con ella era siempre excitante.

Para la cena, Dorón cumplió con su palabra y fue a casa de sus

padres llevando una caja de tres botellas de vino Vega Sicilia y alguna otra cosa más.

—He querido acompañar este espléndido vino —le ofreció el estuche a su padre— con un buen plato de jamón ibérico de bellota, pero a pesar de estimar que bien podría ser la parte *kosher* del cerdo, ningún rabino lo ha querido certificar, por lo que continuará proscrito, muy a mi pesar. Pero —entregó a su madre el otro presente que guardaba en la bolsa— lo he cambiado por este jamón de pato francés que sí parece contar con el sello rabínico, según pone en su cuidado envase.

Isaac abrió con gran mimo una de las botellas de vino, aspiró el olor que desprendía el corcho y sirvió un culín en la copa de su hijo, quien hizo los honores reposando el sorbo en sus papilas antes de tragarlo.

—Elegante, sobrio, perfectamente cuidado — confirmó él.

Su padre sirvió en el resto de las copas e hizo el brindis que tanto lo conmovía, porque un brindis «por la vida» era para él palabras mayúsculas.

—*¡Lejaim!* —Dorón y su madre lo siguieron, como era preceptivo.

A los postres, fue Anne quien buscó el tema exponiéndose a que su hijo lo rechazara, pero esta vez no fue el casorio, sino su profesión.

—Es posible que pienses que el dinero que has ganado con el caso de mi buena amiga Esther Brecht ha logrado dotar de respetabilidad ante mis ojos la profesión de investigador privado. D-os sabe que no es así, porque sigue sin parecerme bien que fisgonees en la vida privada de las personas.

—Siempre han sido los demás los que han curioseado y fisgado en las nuestras por ser diferentes, deja que esta vez seamos nosotros quienes lo hagamos. Además, así es el trabajo.

—Pero viendo el resultado de tu trabajo, me he dado cuenta de que no hay ninguna profesión mala, sino el mal uso que se haga de ella. Tu padre me ha contado el caso de esa mujer injustamente encarcelada y lo que has hecho en su ayuda, y mi reflexión final es que si un trabajo como ese puede servir para enderezar una injusticia, será un trabajo que contará siempre con todos mis respetos —era la misma reflexión personal que se había estado haciendo él a lo largo de los últimos días—. Aunque me haría más feliz que fueras profesor universitario o incluso médico, para qué negarlo —padre e hijo sonrieron y este último sirvió más vino.

—Ganado tu respeto, ¿tendrías inconveniente en amenizarnos

con uno de tus cuentos?

—Esta noche estaré encantada y lo haré con uno que encaja muy bien con la lección que he recibido. Lo titularé *El showman.*

El telón del Folksbiene Yiddish Theatre de Nueva York se abrió, y la pesada cortina de terciopelo color escarlata con ribetes de hilo dorado y flecos de seda se descorrió con timidez escénica. Los hombres presentes en palcos, platea y gradería guardaron un profundo y reverencial silencio mientras las damas contenían la respiración con la vista puesta en el escenario. Eran las diez en punto de la noche, la hora culmen teatral, solo destinada a la máxima estrella del espectáculo.

El público había esperado ansioso para ver la gran luminaria, que se hacía esperar a capricho. Desde la ocho y media, hora en que se abrieron las puertas del teatro y comenzaron las actuaciones, fueron pasando por el escenario y amenizando la espera artistas de paja, teloneros, principiantes y aspirantes deseosos de ganarse un puesto en la vida siempre dura e inconstante del enterteintment way of living.

La rutilante estrella que pisaba escenarios de todo el mundo y había hecho que las taquillas del teatro yiddish *del Lower East Side de la Gran Manzana pusieran el cartel de «agotado» no era un buen artista más: era el rey del* showbusiness*, el mismo que viajaba por Europa presentando su* performance *y consiguiendo llenos tan espectaculares que eran recogidos por toda la prensa mundial. Así que al ver que las cortinas se abrían con el peculiar rechinar de la maquinaria que descorría sus grandes faldones, el silencio se apoderó del lugar, únicamente roto por el carraspear de algunas gargantas secas por la emoción. El cañón de luz circular enfocó justo el centro del escenario. El redoble de tambores dio paso a la voz en* off *del locutor, que anunció la entrada del artista más deseado: «*Ladys & Gentlemen*: con ustedes el gran, el incomparable, el insuperable… ¡Chaím Pinsky!». Era el momento de la apoteosis.*

El fondo musical que daba entrada al espectáculo apenas se oía, apagado por los sonoros aplausos de los espectadores, puestos en pie. Cinco largos minutos continuados de vítores que finalmente acabaron enmudecidos por la suave voz del artista.

«Señoras, señoritas, caballeros, jóvenes y demás asistentes. Por favor no intenten ajustar sus binoculares ni limpien sus gafas, tampoco supongan que es un problema de vista cansada porque eso sería ofender a sus optometristas y no hay razón para hacerlo; simplemente… soy así de pequeño. El metro de altura me lo puse como meta y aún hoy día no lo he alcanzado. Tampoco es que encogiera en un mal lavado, a pesar de que vine al mundo con la etiqueta wash & wear *—lavar y secar— escrita en la frente, pero cuando mis padres quisieron rectificar,*

únicamente leyeron esa otra que decía: «No se aceptan devoluciones», y aquí estoy. Soy Chaím Pinsky y mido lo que ven sus ojos. ¡Buenas noches, público mío! Gracias por estar aquí una vez más en nuestra cita neoyorkina».

Cruzó sus pequeños brazos en un simbólico abrazo que brindó al público, y la música subió de volumen ante el clamor de los asistentes. El pequeño gran showman *sabía que había que esperar a que el público desahogara su emoción, y por eso hacía frecuentes altos en sus monólogos para que todos aplaudieran y rieran a mandíbula batiente.*

El pequeño hombre que caminaba sobre el escenario con sus diminutas piernas había elegido para esa noche un elegante frac del mejor paño, zapatos finos de charol, camisa de seda con gemelos de oro y plata, chistera y bastón blanco de marfil.

Comenzó su monólogo con chistes y referencias a su amado pueblo ucraniano de Yavoriv, un shtetl*, un poblado judío tan pobre que lo único que había tenido en exceso habían sido pogromos, tantos que a sus habitantes se los acabó llamando por razones obvias* Los olvidados de D-os.

Plantado en el escenario, empezó por describir con meticulosidad, no exenta de sorna, la impresión de asombro que a las tres de la mañana de una fría noche del mes de diciembre, veintinueve años atrás, había causado su nacimiento en el Reb Mendel Yacobi Ben Juda, rabino de la comunidad, cuando la comadrona le mostró el pequeño cuerpo estirado que tenía en sus manos y que no pasaba de los quince centímetros.

—«¡Es Pulgarcito! —dijo con asombro—. Para que luego digan que los hermanos Grimm bebían demasiado mientras escribían sus cuentos. ¿Qué podemos hacer?» —se preguntó lleno de extrañeza.

»Como era un hombre sabio, rápidamente encontró un mundo de ventajas para mi escasa estatura. «Al menos, supondrá un notable ahorro a la hora de alimentarlo, una sola castaña bastará para saciarlo. Sucederá igual a la hora de vestirlo y calzarlo».

Chaím Pinsky seguía explicando otros muchos beneficios que tenía ser pequeño.

—¿Adivinan ustedes lo que queda a la altura de mi cara cuando me planto frente a las chicas del ballet?

Su expresión se tornó lujuriosa, y la complicidad del público no se hizo esperar, una atronadora carcajada dejó clara la respuesta.

—Piensen lo que quieran. Pero sepan los hombres altos que las mujeres nos adoran por pequeños, atraemos su lado más maternal y siempre quieren cargarnos y llevarnos en su pecho, acto al que, por supuesto, jamás me he negado ni me negaré. Muy al contrario, soy propenso a los cariños y me dejo mimar.

El pequeño artista detallaba con soltura otros muchos beneficios de su estatura, como era el hecho de ir siempre de punta en blanco a precio muy módico.

—¿Saben ustedes la satisfacción que supone entrar en Bloomingdale´s y comprar en la sección de niños a precios reducidos?

Relataba también cómo habían llegado a considerarlo un hombre culto por haber recorrido el mundo, y lo poco que eso le había costado.

—Siempre que viajo, pago la media tarifa, es la que se asigna a los pequeños. Pero lo mejor de todo es que hay veces que ni necesito pagar, porque aprovecho las promociones en las que los menores viajan gratis si van acompañados de un adulto. Para esos casos suelo buscar una chica con la que ir de la mano. De esa forma la invito al viaje y me sale casi regalado —decía con un desparpajo desprovisto de todo complejo.

Su mínima estatura era considerada una deficiencia entre los incultos y poco instruidos, explicaba él desde el escenario.

—Si esos hombres y mujeres escasamente ilustrados leyeran más, sabrían que en la mitología escandinava somos considerados héroes y custodios de las riquezas de la tierra, en especial de aquellas que se extraen de las minas, como el oro y los brillantes. No me negarán, en especial las damas, que somos afortunados, ¿verdad?

De su mordaz lengua no se escapaba ni su aspecto, y sobre ello hacía diversas consideraciones. La más destacada se refería a los problemas que le ocasionaba no llevar barba, como era preceptivo en los hombres pequeños.

—¿Nunca se han parado a pensar por qué a los enanos, incluyendo a las mujeres, nos dibujan siempre con barba? Por mi parte, me lo he preguntado muchas veces, pero sigo sin encontrar una respuesta que estime lógica. Yo mismo la llevo, pero cada vez que regreso a los Estados Unidos me veo obligado a afeitármela; pretendo no llamar la atención de los oficiales de la aduana, aunque sirve de poco, porque nada más bajar del barco, todos me miran.

»Recuerdo que en la primera visita que hice a este país me confundieron con un rabino a medio hacer y sin acabar de terminar. No me querían dejar entrar porque aquí todo tiene que estar muy hecho... Qué le vamos a hacer. Así es América. El verdadero problema lo tengo ahora, porque quitarse la barba es cosa seria entre nosotros los enanos —dijo poniendo cara de circunstancias—. Cuando regreso a Europa me veo obligado a sufrir el desaire y la indiferencia de los míos, especialmente la de los irlandeses. No pueden imaginar lo escrupulosos que son ellos con las tradiciones.

Mientras hablaba, recorría el escenario de un lado a otro porque sabía que a la gente le gustaba verlo andar; con esos pasitos cortos y

lentos parecía un juguete de niña.

—Les he dicho que en este país nadie lleva barba, salvo los de Brooklyn, pero ni por esas. El otro día fui invitado por unos amigos que viven en ese barrio y estuve paseando con ellos. No pueden imaginar mi sorpresa cuando descubrí que incluso hay una calle que se llama Rue de las Crenchas. Seguro que quienes sufren son los calvos y los lampiños. Eso no es justo, señores, porque todavía no hay remedio descubierto contra la alopecia, y es jugar con ventaja.

El público encadenaba una carcajada con otra hasta sentir que le faltaba el aire.

—Qué distinta era la vida en mi pequeño poblado de Yavoriv. No es que con mis vecinos tuviese yo mucha fortuna, porque aquí donde me ven, bueno…, los que puedan verme, me vi obligado a ejercer una profesión tras otra sin mucho acierto, nadie se fiaba de mi estatura. Al principio quise ser mohel, en la seguridad de que haría las más pulcras y estéticas circuncisiones a los recién nacidos. A los más crecidos me negué en redondo porque siempre exige mucho tocamiento y es difícil dar con la... —guardó silencio mientras se miraba la bragueta sin querer llamarlo por su nombre— ustedes ya saben a qué me refiero, la pobre se esconde del puro miedo. Con los recién nacidos era otra cosa: como la tradición manda que el padrino se siente en una silla con el neófito en brazos mientras se le da el corte ahí mismo, debido a mi estatura me veía obligado a tener que ponerme de puntas y alzaba los brazos hasta alcanzar la cosita —se esforzaba por imitar con sus dedos el acto de corte de la circuncisión—, con el riesgo que supone perder el equilibrio, errar el tajo y ¡zas! provocar el desastre —se encogió de piernas y se tapó la bragueta con las manos—. En definitiva, tuve que aceptar que nunca daría la talla.

En sus monólogos no dejaba títere con cabeza pero le gustaba parodiarse a sí mismo y a sus circunstancias porque no era partidario de utilizar a otros para ganar la risa de los espectadores.

—Cuando me hice mayor —levantó la cabeza como si buscara algo y el público rio—, es un decir, entiéndanme. Como les decía, cuando me hice mayor, me casé con mi primera mujer, que era de Odessa, pero nuestro matrimonio fue tan breve como mi estatura, pues pronto pidió el divorcio. Yo creo que nunca me quiso. Entonces, ¿por qué se casó? se preguntarán ustedes. Por curiosidad. Sí, como lo oyen, por curiosidad. Bueno, y también un poco por lujuria. Unas amigas que no la querían mucho le dijeron que los enanos teníamos eso… —volvió a mirarse la bragueta— muy, pero que muy grande, desproporcionadamente grande. La pobre se lo creyó, pero la primera noche de nuestra luna de miel le llegó la decepción, tanto que quiso matarme, y no es que mi cosa…. ya

saben —dijo mirándose la entrepierna— no tenga un tamaño decente, pero no sé en qué dimensiones pensaba ella. Y resulta que ahora que se ha vuelto a casar con un chico rumano muy alto y de enormes pies, reconoce que la mía era mejor. Siempre será una eterna insatisfecha. De todas formas, ya no se puede volver atrás porque yo me he vuelto a casar y ella no podría divorciarse argumentando una razón tan banal como es el tamaño. ¿Seguro que es banal? —se preguntó dirigiéndose a una de las señoras sentadas en la primera fila de butacas.

La señora se cubrió la cara con las manos, muerta de vergüenza pero sin dejar de reír a carcajadas.

—En Europa eso no se hace —continuó él—, está muy mal visto. Pero creo que aquí en América, si ellas esgrimen ese argumento, se quedan con la casa y la pensión.

Durante el espectáculo también cantaba y bailaba, unas veces tocaba el violín, y otras, el piano, al que se solía encaramarse una vez que terminaba la canción. Tanto el atril como el violín, el piano y la silla eran acordes a su estatura y eso a la gente le encantaba.

Él apreciaba el contacto con el público y en ocasiones decidía improvisar invitando a algunos espectadores a subir al escenario para que entonaran a su lado una canción en yiddish. *Si los invitados lo hacían bien, el auditorio ovacionaba con fuerza, pero si desafinaban, él exigía los aplausos aún con mayor entusiasmo.*

Su incansable esfuerzo por convertir el show *en una experiencia maravillosa para los sentidos, lo había llevado a aprender y perfeccionarse en el baile a pesar de su tamaño. El claqué, tan de moda en aquel momento, era su preferido, y lo ejercitaba con destreza haciéndose acompañar de las hermosas y espectaculares bailarinas de espléndidas curvas que llevaba su compañía. La coreografía final siempre acababa de la misma forma porque al público le encantaba: las chicas elevándolo por encima de sus cabezas.*

Al finalizar el show *se despedía con un guiño cómplice a su auditorio.*

—Muy señores míos y muy señoras... de sus maridos, porque la última vez que dije «señoras mías» algunos resentidos me estuvieron esperando a la puerta del teatro con aviesas intenciones, a todos ustedes les deseo una feliz noche. Un beso para todos, repártanselo como puedan, y un beso para cada una de todas. No olviden que soy Chaím Pinsky y que estaré aquí mañana a la misma hora.

Era el mejor showman *que presentaba el teatro. Pero la vida de ese pequeño gran hombre no había sido un camino de rosas. Su verdadero nombre era Avrum Chaím Bercovi, fue el último de la familia y nació detrás de sus hermanas Ruchel, Mindel y Fruma, tres hermosas mujeres*

de las que su padre, Jersón Bercovi, estaba orgulloso. Pero llegó él y quedó tan horrorizado cuando le enseñaron al niño que solo acertó a decir que el Altísimo lo había castigad. No quiso que la comadrona se lo pusiera entre las manos y salió de su casa escupiendo y dando tal portazo que retumbó en todo el shtetl. *Se negó a aceptarlo y tampoco lo quiso llevar a la ceremonia del Brit Milá, incumpliendo así los mandamientos.*

Jersón era grande y corpulento, como el que más del poblado, y siempre creyó haber contado con la bendición del Todopoderoso. Su negocio de producción y distribución de madera era un éxito y entre el vecindario era una figura respetada, pero ahora, con el nacimiento de su hijo, se sentía humillado. ¿Cómo era posible que sus tres primeras hijas fueran preciosas, de talle exquisito, mejillas rosadas, labios brillantes, pelo abundante y piel color miel que brillaba con el sol y, sin embargo, su hijo naciese enano? Su esposa y madre de sus hijos, Broche Lowitt, era también hermosa, una buena mujer recatada y cumplidora de la ley. Se consideraba a sí mismo un hombre dadivoso, pero lo cierto es que su carácter era aciago y poco propenso a dejarse llevar por los buenos sentimientos. Muy al contrario, siempre había sido exigente, posesivo, egoísta y austero con el dinero. No soportaba el mal uso ni el despilfarro del mismo y exigía cuentas hasta del gasto más ínfimo.

Tras el nacimiento del pequeño Chaím, su carácter se volvió aún más negro. Su presencia en la casa era para lo más indispensable y desde aquel día no volvió a tocar a su mujer ni permitir que su hijo se le acercara. Broche, su esposa, le reprochaba ese comportamiento de desprecio siempre que estaban a solas.

—Es un ser humano como todos. ¿Qué hay de malo en ser pequeño? ¿Qué hay de malo en ser diferente? —decía ella.

Pero Jersón se negó a aceptarlo y acabó culpabilizándola de haber parido semejante monstruo ante sus ojos.

—El señor te ha castigado, quién sabe por qué razón, y puedes estar segura de que yo no cargaré con ello. No te echo a la calle por mis otras hijas, pero el día menos pensado solicitaré el divorcio. Quiero volver a sentir que mi casa es un buen hogar sin que me repugne, como me sucede ahora por ese monstruo —gritaba él fuera de sí.

Chaím creció escuchando esas palabras y sintiéndose culpable de la desdicha de la familia, que a partir de entonces sufrió también el rechazo de su comunidad. Sabía que todos en Yavoriv lo veían con reparo, pero él se esforzaba por demostrar que, aun siendo diferente, era un ser humano igual que todos. Cuando tuvo que asistir a la casa de estudios, su hermana Fruma encargó que confeccionaran una silla y una mesa acorde a su estatura y la llevó a la escuela. A sus pocos años había

crecido, aunque no igual que los demás niños, su altura no alcanzaba los cincuenta centímetros. Con una estatura así, provocaba con frecuencia numerosas risas y bromas del resto de la clase. Tampoco faltaba el ojo oculto de alguna vecina tras la ventana dispuesta a criticarlo mordazmente cuando caminaba por la calle. De todo había, pero él no se quejaba.

Una tarde, su padre se presentó en casa con un comité rabínico, llevaba en su mano un acta de divorcio. Quería separase de Broche y para ello argumentó que su situación con ella era insostenible.

—Necesito mi libertad para empezar una nueva vida —dijo a todos.

A nadie sorprendió porque ya era de sobra conocido que su nueva empleada, una mujer veintitrés años más joven que él, tenía toda la intención de ocupar el puesto de su esposa. Se trataba de Rozie Yonklowitz, una pelirroja frívola y explosiva que cuando se sintió cortejada por Jersón y supo de su fortuna, no dudó en buscar la forma de atraparlo. Ella fue quien, con ayuda de su madre, se encargó de ir hablando en la casa de baños y en el centro de mujeres cosas horribles de la madre de Chaím. Madre e hija llegaron a decir que Broche había tenido un niño amorfo por haberse hartado de comer alimentos impuros, que era una devoradora de mariscos, y eso no era kosher. *Tampoco tuvieron reparos en achacarle una falsa adicción a las galletas cocinadas con manteca de cerdo mientras estuvo embarazada de su hijo.*

—Tenía antojo de cosas que cocinaban los gentiles —decían sin que las ahogara la injuria de sus mentiras.

Cuando los dos esposos tuvieron un careo ante el comité del poblado, Jersón acusó a Broche de todo lo que Rozie y su madre Freyde habían divulgado, y con un infame menosprecio añadió algunas otras cosas aún más escandalosas que las dos le habían aconsejado decir. Llegó a culparla de ser una mujer impura y de haberse visto afectado de su proceder insano al haberlo emborrachado y forzado a hacerle el amor en luna llena y con menstruación.

Cuando el Rabino supo todo eso se horrorizó de tanta calumnia, pues conocía bien a cada cual, y le exigió que se desdijera porque, como acabó explicándole, lo que le sucedía al bueno de Chaím no era otra cosa que una malformación que provocaba enanismo. Jersón no quiso entender y se mantuvo en la sospecha de que ese enano no era suyo. Acordó estar dispuesto a concederles la casa y dinero suficiente para que los cinco salieran adelante, pero exigió el divorcio.

La situación familiar mejoró en cierto modo porque en la casa cesaron los gritos e insultos y volvió a reinar la armonía, no así el dinero, lo que obligó a Broche a trabajar impartiendo clases de piano. Para ayudar en la casa, las dos chicas mayores también buscaran

trabajo, Ruchel en una tienda de pasteles y dulces, y Mindel en la confección de sombreros y guantes de piel. Fruma quedó a cargo de llevar y traer a Chaím de la escuela. Era mejor comer poco y en paz que mucho con zozobra y humillación.

Jersón acabó casándose con Rozie en una gran boda donde el derroche y el mal gusto fue lo más destacado. La novia no presentó dote, pero Freyde, la madre, mujer de malos modos, nula cultura y notoria inclinación por el vodka, se encargó de gritar a los cuatro vientos que la dote de su hija era su juventud al completo. Desde ese día, madre e hija pasearon ufanas por todo Yavoriv haciendo ostentación de su recién adquirida categoría .

A Rozie se le llenaba la boca con frecuencia al hablar de su marido y de lo buen cumplidor que era en el lecho conyugal aunque este le doblara la edad. Su impertinencia y mala educación no tenía límites y siempre que se cruzaba con Broche o con alguna de las chicas, profería contra ellas los más bajos insultos. Con un menosprecio por el que se colaba la envidia, las tachaba de impuras y pecadoras capaces de engendrar monstruos; hasta de brujas las llegó a calificar y no tuvo reparos en mentir diciendo que practicaban rituales con el maligno.

El día que quedó embarazada lo dio a conocer a bombo y platillo. Siendo tan joven y esbelta, prometía que lo que llevaba en su vientre sería niño, y que sería grande, y no como el de Broche.

—El tamaño de mi tripa ya lo dice a gritos —indicaba a quien quería oírla. Ante su constante insistencia, Jersón acabó por ponerle dos criadas. A las pobres las llevaba de acá para allá siempre subidas con ella en un lujoso carruaje con chofer en el que también se hacía acompañar por su madre, mujer que, sin estar embarazada, no paraba de engordar de todo lo que comía y bebía. La vieja jamás mantenía la boca cerrada, porque cuando no comía, hablaba y hablaba, casi siempre para soltar venenosos exabruptos. Extrañamente, a ellas Jersón no les reclamaba el dinero que gastaban en lujosas ropas, calzados y en tantas alhajas que las convertían en sonajeros andantes.

Chaím sentía una gran pesadumbre por todos los escarnios que sufrían su madre y hermanas a manos de su padre y de aquellas dos mujeres. Pensaba que de no haber nacido él, ellas no habrían sido desplazadas por Rozie. A fin de sobrellevar el dolor, se refugió en los estudios y se convirtió en el alumno más aplicado. En su casa, y ayudado por su madre, aprendió a tocar el piano y el violín y a escribir versos. Su pasión por la lectura de cuentos en los que los personajes eran como él le llevó a crear un mundo paralelo donde gnomos, duendes, enanos, leprehaums, naugin*, elfos, menguados,* gonnhirrim, goblins, koboldes *y* cheneques *corrían las más extrañas aventuras. Estaba*

convencido de que existían tierras lejanas donde todo era pequeño, y que por alguna desconocida razón había nacido en otro mundo, en uno que no le correspondía. Añoraba poder volver un día al suyo como el que vuelve de un largo periplo de sinsabores para disfrutar después del placer de la semejanza… porque se había dado cuenta de la dolorosa soledad que provocaba ser diferente.

Los meses pasaron y llegó el día en que Rozie dio a luz. Para sorpresa de todos, fueron dos niñas, pero el escándalo fue grande al ver que estas eran iguales a Chaím, también salieron enanas. Desde el primer instante, tanto la madre como el padre no pudieron soportarlo. Ella gritó y blasfemó como antes no se había visto ni oído. Se negó a comer y tuvo que ser su madre quien amamantara a las niñas con biberones de leche de jóvenes nodrizas que rebajaba con agua de anís para que las pequeñas aceptaran el alimento. Rozie se negaba a verlas, y cuando se las acercaba gritaba como si los dolores del parto volvieran. Jersón volvió a hacer lo mismo que la primera vez: desapareció, aunque esta vez sin dejar rastro. Abandonó la casa y también su negocio. La gente lo buscó y preguntó por los pueblos cercanos, pero no hubo forma de saber de él.

La joven madre, en su locura, gritó una y mil veces que Broche y sus hijas le habían hecho brujería y que le habían enviado a dos monstruos como el que ellas tenían. Los vecinos de Yavoriv que pasaban frente a la lujosa casa oían los gritos sin mucho esfuerzo, gritos que no paraban día tras día. Fue entonces cuando los cuchicheos cambiaron de acera.

—Pobre Broche, lo que ha tenido que soportar. Pensar que durante años Jersón la hizo culpable de tener un enano y la repudió públicamente. Ese hombre y esa mala mujer deberían pagarle por todas las difamaciones y calumnias que han vertido contra ella —decían algunos.

Una vez más, el rabino buscó tranquilizar a la madre, pero ella parecía poseída. Escupía, gritaba y maldecía; no dejaba entrar a nadie en la habitación donde se había encerrado y lanzaba contra quien se atreviera a abrir y cruzar la puerta todo objeto que tuviera a su alcance, fuera un jarrón, un libro o un zapato, con toda la intención de descalabrarlo. Finalmente, cayó en una profunda melancolía y acabó sentada frente a la ventana, de la que no se movía. Solo su madre pudo acercarse, y al ver el estado de su hija, llegó a sugerir la posibilidad de que las niñas fueran dadas en adopción.

Un buen día, y para sorpresa de todos, Rozie se levantó temprano, pidió el desayuno y solicitó que le prepararan el coche porque saldría de compras. Freyde la vio tan decidida que la creyó felizmente recuperada y ordenó a los sirvientes que lo dispusieran todo para su hija. La joven

madre desayunó abundantemente, se vistió y arregló con sus mejores galas y salió con su chofer y su criada sin querer ver a las niñas ni tampoco preguntar por su marido. Volvió a las cuatro horas con ropa nueva, sombreros, zapatos y abalorios como si nada hubiera sucedido. Su madre, que no sabía si reír o llorar, le preguntó qué tenía pensado hacer con las bebés, pero ella no respondió.

Al amanecer del día siguiente, Rozie se levantó antes que su madre y ordenó a las criadas que prepararan algo de comer y unos biberones; también pidió al chofer que preparara el carruaje porque quería dar un paseo. Tomó una canastilla, puso en ella a las niñas y para llevarlas consigo; quería ir al campo aprovechando el buen día que hacía y alegó que sería sano para las tres. El conductor pensó que por fin afloraba el instinto materno y que a partir de entonces, únicamente sería cosa de tener paciencia. Salieron de la ciudad y llegaron hasta un idílico paraje. La madre se bajó llevando a sus dos hijas y paseó por el lugar oliendo las flores y mirando al cielo con frecuencia hasta acercarse al río Rubnytsa, que bañaba la ciudad. Seguida del fiel chofer, caminó por la vereda hasta llegar a la parte baja donde la corriente fluía con furia debido a las cascadas y desniveles que tenía que sortear el agua en su recorrido por lo abrupto del terreno. Se sentó a descansar en un recodo y decidió que sería allí donde pasarían la mañana.

—El ruido del agua me calma —dijo ella.

Luego pidió al chofer que fuera al coche y trajera el almuerzo y las tetinas. Cuando estuvo a solas, inició una peligrosa subida canasto en mano por la ladera de rocas que tenía a su espalda hasta alcanzar el saliente de una de ellas, desde donde se veía el agua romper con fuerza en su caída y brotar una espuma blanca en remolino.

A medio camino hacia el coche, el chofer tuvo un mal presentimiento que lo hizo regresar a la carrera, pero llegó justo en el momento en que Rozie sacaba a una de las niñas del canasto y la lanzaba al río sin hacer caso a sus gritos mientras se esforzaba en trepar rápido para detenerla. Aún le faltaba un tramo para llegar cuando vio con horror como la mujer hacía lo mismo con la otra mientras dictaba sentencia.

—Ya no habrá más monstruos.

Los pequeños cuerpecillos cayeron y fueron tragados por el agua. El chofer quedó estremecido ante la visión de aquel acto; se detuvo porque el cuerpo no le respondía, estaba paralizado y con la vista fija en aquella mujer con su vestido blanco parada en lo alto de la roca. Pero aún quedaba un acto más, el que cerraba la tragedia, porque Rozie inclinó su cuerpo hacia delante y se arrojó al río. El hombre reaccionó como pudo e inició el descenso a toda prisa, llegó hasta la orilla y penetró en el agua en un vano intento de rescatar algún cuerpo, pero la

corriente era fuerte y a punto estuvo él mismo de no salir con vida. Preso de la angustia, llegó a la ciudad, contó lo ocurrido entre sollozos y solicitó ayuda con desesperación.

La policía local rastreó el río durante horas, y unos cientos de metros más abajo, entre unos matojos próximos a la orilla, encontró el cadáver de la mujer, únicamente el de ella porque de las niñas solo se halló un minúsculo canesú rosa que el río había vomitado a más de un kilómetro del lugar de la tragedia.

Freyde, a quien le entregaron cuerpo y ropita, lloró inconsolable sin parar de preguntar a D-os por qué la había elegido para semejante castigo. Fue un drama que consternó a todos en el poblado.

Aunque la noticia corrió como la pólvora, no pareció llegar a oídos de Jersón allí donde estuviera, pues ni siquiera se presentó al funeral de su esposa e hijas. Todos aceptaron que Rozie había actuado llevada por su locura y con su mente resquebrajada como un cristal roto, pero aun así no tuvo Levayá al haberse quitado la vida y también las de sus hijas, ya que tanto la suya como las de las pequeñas solo las tenía como las tenemos todos: en calidad de préstamo que nos da el Creador.

El tiempo fue pasando y la empresa de Jersón empezó a tambalearse. Los trabajadores no sabían a quién debían dirigirse, si a Broche o a Freyde. Esta última se había refugiado más si cabe en la bebida y se pasaba la mayor parte del día borracha y sin sentido. Chaím, que seguía sintiéndose culpable de lo sucedido, quiso ser quien se hiciera cargo del negocio; al fin y al cabo, pequeño o grande era el único hombre de la familia. A Fruma semejante propuesta le pareció una locura, Mindel y su madre se asustaron; únicamente Ruchel estuvo de acuerdo y se propuso ayudarlo, los dos se harían cargo. Hablaron con el rabino y con el resto de la comunidad y nadie se opuso. Se acordó entonces que si en el plazo de siete años Jersón no regresaba, se le daría por desaparecido y los bienes pasarían a manos de los deudos.

Los dos hermanos comenzaron a dirigir la fábrica de maderas y poco a poco la fueron enderezando. Con el beneficio que se obtenía se siguió manteniendo a la familia y también a Freyde, que se pasaba el día ahogando su pena en alcohol sin moverse de su casa, engordando sin control y al cuidado de una criada que continuamente la oía quejarse de sus angustiosos dolores de piernas, espalda y cabeza.

Todos por primera vez en Yavoriv empezaron a darse cuenta de la verdadera estatura de Chaím: estaba demostrando que era capaz de mantener a los suyos y también a la vieja Freyre, que tanto daño les había hecho en el pasado. Su nobleza y valor pasó a estar en boca de todos.

Así pasaron cinco años, durante los cuales, Ruchel casó bien con el

capataz de la empresa y tuvo un hijo. Mindel hizo lo propio con su pretendiente de siempre. Solo la joven Fruma se mantuvo soltera. La calma era la tónica dominante en la vida de todos, hasta que una tarde, Jersón se personó por sorpresa reclamando su negocio. No dio explicación alguna de su ausencia ni tampoco de su regreso y se limitó a exigir lo que era suyo. A pesar de ser informado sobre la buena gestión llevada a cabo por su hijo, poco le importó este extremo e insistió en recuperar sus bienes; hasta se mantuvo en su negativa de aceptar verlo. El tribunal rabínico tuvo que asumir que aún no había transcurrido el tiempo acordado para darlo por desaparecido y que, por lo tanto, la fábrica le seguía perteneciendo, aunque se le impuso la obligatoriedad de pagar en proporción a quienes se habían hecho cargo de ella en su ausencia. Chaím sintió un gran dolor en su corazón al sentir una vez más el rechazo de su padre.

Jersón volvió a presentarse en la fábrica con su hosco carácter a cuestas. Tenía las sienes blanquecinas y la barba grisácea y descuidada, sus ojos se habían tornado marchitos, y en ellos se apreciaba rencor por la vida. Nada preguntó sobre nadie y se limitó a ponerse al día del negocio.

A quien sí le afectó el regreso fue a Broche, que al poco tiempo cayó enferma y murió en su lecho rodeada de sus hijos, quienes le rezaron el kadish *en su Levayá y cumplieron con rigor los días de guardar.*

Fruma y Chaím se quedaron con la casa y pensaron en poner un negocio del que seguir viviendo, quizá una zapatería en la que también vender bolsos, guantes y sombreros confeccionados a medida. Él ya había demostrado ser un excelente comerciante, y Fruma sabía coser muy bien y tenía talento para el diseño. Además, tradicionalmente los enanos habían sido considerados unos excelentes zapateros, por lo que se ayudaron de esa idea, aunque no fuera su caso, y emprendieron el negocio. Sin demora, viajaron a Lublin para comprar el material y las máquinas necesarias.

Pasaron dos días allí visitando proveedores, y fue a la salida de una de esas visitas cuando Chaím oyó una música pegadiza que venía de la calle. Todo el mundo salió gritando «¡Allí vienen! ¡Allí vienen!». De repente, ante sus ojos, como si de una de las siete maravillas se tratara, vio un desfile de payasos, bailarinas, elefantes y trapecistas. Era el Yiddish Milfort Circus. Sobre una carroza tirada por caballos, iba un león enjaulado que en ocasiones rugía abriendo sus fauces y moviendo su enorme melena. Los elefantes, en un caminar lento y tranquilo, saludaban levantando sus trompas y moviendo sus enormes orejas azuzados por su cuidador. Una mujer con barba iba montada en un caballo blanco y saludaba a la gente que se arremolinaba en las aceras.

Pero fue una trouppe *de payasos, todos pequeños como él, quienes lo dejaron boquiabierto; daba envidia ver con qué dignidad llevaban su mismo reducido tamaño. Eran cinco chicos y tres guapísimas chicas. Todos vestían con gracia unos llamativos pantalones a rombos de colores y zapatones en punta; portaban sobre sus cabezas unos pequeños bombines, y sus pelucas eran de colores llamativos. Además, llevaban puestas unas pelotitas rojas en sus narices, y hacían prestidigitación y juegos malabares mientras marchaban y lanzaban al aire caramelos que los niños recogían con ansiedad desmedida. Las personas los aplaudían entusiasmadas a su paso.*

Chaím quedó tan fascinado que supo en ese justo momento que había encontrado su camino en la vida y que jamás volvería a Yavoriv. Sería artista de ese circo. Y así lo hizo porque ese mismo día se despidió de su hermana y se sumó a la trouppe.

No tardó en ascender dentro de la compañía y cosechar grandes y clamorosos éxitos gracias a su enorme talento y unos elaborados monólogos que despertaban grandes carcajadas entre el público. Cinco años después saltó al Gran Circo Bronnett. Allí los artistas eran todos de renombre, y por su pista habían pasado ilustres de la talla de Harry Houdini, el tragafuegos Albert Robbins y otros menos conocidos pero de gran calidad; era la época dorada de los espectáculos circenses. Aupado al estrellato, montó su propio espectáculo, con el que se perfiló como el genial showman *en que acabaría convertido para siempre.*

En cuanto consiguió hacerse con cierto renombre, pidió a su hermana Fruma que se uniera a él. Ella aceptó y desde entonces lo acompañó trabajando para él en el backstage. *Lo ayudaba con su vestuario, maquillaje y con todo aquello que necesitase. Tuvo fortuna y la chica encontró al hombre de sus sueños, con el que se casó. Pero lejos de abandonar a su hermano, ella y su marido se convirtieron en los representantes del gran artista.*

Chaím pasó del circo al teatro y dio la vuelta al mundo. Actuó con éxito en todas las capitales del Este de Europa y cruzó el Atlántico hasta llegar a Nueva York, donde triunfó. Desde allí viajó a Buenos Aires y Río de Janeiro, y actuó también en México. Tras recorrer medio mundo con su espectáculo, decidió establecerse en Nueva York, la ciudad de la Gran Manzana. Allí era aclamado día sí, día también. Tanto fue su éxito que su fortuna le permitió traer a sus hermanas con maridos e hijos. Sabía bien que la vida en Ucrania no era fácil, y lo sabía porque se carteaba con el rabino para tener noticias de su padre.

A través de él supo que seguía con su negocio en Yavoriv y también con su infeliz y amargada existencia. De Freyde recibió noticias de que la habían encontrado muerta en el cuarto de baño con una botella de

vodka en la mano y una pastilla de jabón en la otra; en los últimos años de su vida se había convertido en una mujer que no hacía más que beber todo el día, iba sucia y apenas comía porque todo le sentaba mal al estómago. Su padre estuvo obligado a mantenerla en casa hasta ese día y a convivir con ella a pesar de ser un infierno diario, pues cuando regresaba después de cerrar la fábrica, ella en su permanente estado de embriaguez lo insultaba y atormentaba. Innumerables veces, el hombre la había amenazado con echarla si no callaba, pero eso acrecentaba en la mujer su encendido odio hacia él y lo culpaba de la tragedia de su hija. El mismo día que la vieja murió, Jersón mandó deshacerse de todas las pertenencias de ella; entre sus enseres encontraron una caja cerrada con un cordel que al abrirla mostró su tesoro: un mechón de pelo rojo de Rozie y el diminuto canesú color rosa que había sido encontrado en el río, perteneciente a una de las gemelas muertas.

Por encargo de Chaím, el rabino visitaba al viejo con cierta frecuencia para interesarse por su estado de salud. Durante esas visitas le pedía insistentemente que hiciera la paz con sus hijos y se fuera con ellos, pero este seguía negándose, en especial con Chaím, del que si antes decía sentir vergüenza por ser enano, cuando supo que también era actor de circo aún sentía más.

La situación en Europa empeoraba, y la miseria que reinaba también acabó afectando a Jersón, cuyo negocio se fue hundiendo irremediablemente. Chaím conoció la situación y a partir de entonces envió al rabino una cantidad todos los meses para que se la hiciera llegar de la forma que considerase oportuna. Conocía a su padre y sabía que este jamás la aceptaría de su mano. Le pidió también que hiciera lo imposible por convencerlo de que fuera a América con todos ellos.

La guerra mundial estalló, y con ella, la gran persecución de los judíos por la cruel mano del nazismo. Una mañana, Yavoriv se despertó sitiada por los alemanes, y las matanzas y deportaciones no se hicieron esperar. Jersón escapó milagrosamente porque ese día estaba en Rozniv, donde había vivido durante su prolongada ausencia. Pasó allí la noche y eso le salvó la vida, pues al saber los habitantes que también los tanques llegarían a la ciudad, se echaron al monte y se refugiaron en las cuevas que los viejos del lugar conocían bien. Él fue con ellos.

Permanecieron escondidos seis días con sus noches, sin apenas comer ni moverse para no encontrarse con los soldados que peinaban la zona en busca de los huidos. Desde su escondite, los vecinos de Rozniv no paraban de oír disparos y explosiones. Jersón sintió entonces que sus días tocaban a su fin y reconoció el profundo error que supuso pelear contra los suyos cuando el peligro que realmente acechaba y mataba a los judíos era otro bien distinto. ¡Qué insulsas quedaban ahora sus

rencillas viendo la verdadera cara del enemigo! Dentro de aquella cueva se conmovió al ver que a pesar de ser un anciano, hombres y mujeres que no conocía lo cubrían con sus cuerpos para que no se congelara en las frías noches que pasaron hacinados en el interior. Ahora que él estaba allí, perseguido por los alemanes para matarlo por ser judío, por ser diferente, pensó en Chaím y en el daño que le había hecho con su desprecio por eso mismo, por considerarlo distinto. ¿Acaso haber nacido de otra condición era motivo suficiente para tener que morir? No pudo contener sus lágrimas y lloró en silencio recordando el daño que había infligido a su esposa Broche y a sus hijas, y con resignación aceptó sin excusas la gran culpa que había tenido en la muerte de sus dos pequeñas y de Rozie. Su arrepentimiento fue sincero, pero el daño que había hecho era ya irreparable.

Oyó a los hombres decir que si eran descubiertos, los enviarían a campos de trabajo, de donde no saldrían vivos. Los alemanes comenzarían por matar primero a los viejos por no servir siquiera como mano de obra, luego a las mujeres y niños, y finalmente, a los hombres una vez que les hubieran consumido todas las fuerzas. Sollozó en silencio y lágrimas amargas corrieron por sus mejillas. Tan lleno de rencor había estado que había olvidado la calidez del llanto. Su vida entera pasó por su cabeza en un instante y a todos pidió perdón sin decir palabra.

Casi una semana después de la huida, el acoso cesó y la gente fue abandonando las cuevas. Jersón decidió dirigirse a Yavoriv junto con otros dos hombres que igualmente querían llegar hasta allí, pero nada más entrar en el pueblo fueron delatados a las autoridades y detenidos. En la cárcel, mientras esperaba la deportación, fue reconocido por uno de los guardias, que de joven había sido su empleado en la fábrica. El hombre, sabedor de que su hijo era un rico artista que vivía en América, vio la posibilidad de sacar provecho. Mientras hacía gestiones para dar con Chaím, se las apañó para retener al viejo. Cuando logró el contacto, le hizo llegar el mensaje y le solicitó un dinero con el que enviar a su padre a América más otra cantidad mayor para quedársela él. Chaím no escatimó medios para rescatarlo y, aprovechando su fama de artista reconocido, movió cuantos contactos tenía hasta que, de común acuerdo con el cónsul americano, fue emitido un pasaporte para Jersón haciéndolo pasar por un viejo campesino con visado para emigrar a América.

El dinero que recibió el guardia fue mucho y vino acompañado de la promesa de recibir otro tanto una vez que el viejo llegara sano y salvo. Con la ambición reflejada en los ojos, el centinela entró en la celda gritando toda clase de improperios contra el anciano y tachándolo ante

los demás soldados de sucio judío mentiroso que había logrado engañarlo con sus embustes, se ofreció a llevarlo el mismo hasta Kiev desde donde sería deportado. Pero una vez fuera de la cárcel, y antes de llevarlo al tren, le cortó el pelo y le afeitó las barbas, le puso ropa de campesino humilde que lo ayudara a pasar desapercibido, y juntos viajaron con rumbo al puerto de Odessa, donde un marino griego que los esperaba recogió al anciano y lo llevó en barco hasta El Pireo. Desde allí partió con rumbo a los Estados Unidos de América.

La única lengua que Jersón hablaba era el yiddish*, y al no entender otra, su temor a acabar ahogado por el fuerte oleaje de un océano embravecido se fue haciendo mayor durante los cuarenta días que duró la travesía sin saber adónde lo llevaban. Cada uno de esos días recordó a todos sus hijos, y en especial a su pequeño Chaím. A su mente vinieron las escenas en las que entraba en su casa gritando y sembrando el pánico sin que Broche pudiera detenerlo. «¿Por qué lo hice? ¿Por qué no lo quise como era?», se preguntaba una y otra vez mientras se lamentaba de no poder volver a verlo para expresarle su arrepentimiento, pues estaba convencido de que lo llevaban a su destino final en Alemania. Debilitado por el hambre al negarse a comer lo que le daban por no ser* kosher*, un día arrastró como pudo su encorvado cuerpo y subió a la cubierta, desde la que imploró perdón mirando al cielo.*

—Perdóname, hijo mío, por todo el mal que te hice— gritó. En ese grito cargó el deseo de que dichas palabras viajaran por el aire y llegaran a oídos de Chaím, luego cayó al suelo como un fardo y no vio ni oyó más.

Cuando Jersón abrió los ojos y se vio tumbado en una blanca cama de hospital y rodeado de sus hijos, el primero a quien miró fue a Chaím y creyó que ya no formaba parte de los seres de este mundo, que el día del juicio final había llegado. ¿Qué hacían allí con él? ¿Era quizá la oportunidad que el Altísimo le otorgaba en su seno para pedir perdón? pensó. Se esforzó por incorporarse pero no pudo. Su hijo le tomó la mano y esta vez él no la retiró, al contrario, se aferró a ella y se le oyó balbucear: «Mi querido hijo, mi niño del alma». Chaím solo sonrió: era demasiado mayor para que lo llamara así, pero le gustó por ser la primera vez que su padre utilizaba una palabra dulce con él. Luego, los ojos del anciano se cerraron.

A pesar de su debilidad, consiguió reponerse y se instaló en casa del pequeño gran artista. Por fin pudo conocer a Natalie, la esposa de Chaím, una mujer hermosa, de talla mediana que le había dado ya descendencia igualmente normal. Comprobó también cuán querido y admirado era Chaím al ver su foto en los periódicos y asistió por

primera vez a una de sus funciones en el teatro. Para su mayor asombro, vio con sus propios ojos al público puesto en pie en cerrada y larga ovación a la par que su hijo respondía agradecido desde el centro del escenario con los brazos abiertos.

Jersón vivió unos cuantos años más, tuvo el privilegio de ver nacer a tres nietos de sus otras hijas, y durante todo ese tiempo se volcó en recuperar todo aquello que no había sabido disfrutar por ser incapaz de aceptar que la felicidad radica en el amor y que la grandeza de un ser humano no se mide por su estatura ni por su condición social, raza, color, religión o belleza exterior. Aprendió también que el respeto hacia todos los seres que pueblan la tierra es la única medicina que puede curar los males que la aquejan. Su hijo era la mejor muestra de ello porque siempre tuvo gran respeto por todos y a pesar de su limitada estatura, había demostrado poseer la fortaleza de un gigante.

Las miradas de Isaac, Anne y Dorón se cruzaron, era un momento para el recuerdo y fue él quien esta vez entonó otro emotivo brindis.

—¡*Mazel Tov*!

En su pensamiento estaba el recuerdo de Leonor Expósito y el profundo deseo de que esa mujer fuera capaz de romper la cadena heredada que exigía culpabilizar a los hijos de las desgracias propias. Deseaba también que en el nuevo devenir lograra edificar su hogar e iniciar una vida en la que el pasado sirviera para honrar a los seres queridos y olvidar el resto; él había aprendido a hacerlo. Nunca podría borrar el recuerdo de Natalie, eso era impensable, pero el futuro que la vida le deparaba seguía aún por escribirse.

A la mañana siguiente visitó a Rodolfo en el café del Círculo, y una vez más hizo el recorrido a pie tomándoselo como lo que era: un paseo de sensaciones. Cruzó la puerta del Sol y subió por Alcalá, llegó hasta la plaza de Canalejas y allí se detuvo un instante. Para su gusto, esa plaza era una de las más bonitas de Madrid. En otro tiempo fue el centro financiero de la ciudad y acaparó las sedes de todos los grandes bancos de la época, pero sus poderosos inquilinos cambiaron de barrio y se llevaron todo menos los edificios, quién sabe, quizá porque no podían, porque esa gente no dejaba ni los céntimos. Por fortuna, esos edificios continuarían allí para deleite de los viandantes, que seguirían extasiándose con los dorados relojes que los coronaban y las carrozas aladas tiradas por cuadrigas al trote a las que no les faltaba detalle. No había más que ver el del Banco de Santander, flanqueado en sus puertas por las esculturas de la Economía y el Comercio —de qué otra forma si no—, o el del

Banco Español de Crédito, con su hilera de ménsulas en forma de cabezas de elefante, animal inteligente, pesado y seguro que posiblemente alguna lumbrera quiso identificar con el negocio bancario. Junto a ellos y compitiendo en belleza estaba también el edificio Meneses, coronado por un tambor encolumnado que parecía disparado al cielo. La casa Allende con su espléndido torreón. Y qué decir de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando o del Casino de Madrid, espléndidos por dentro y por fuera. Esa plaza recogía toneladas de arte abierto al público. Plantado en medio, y con los ojos recorriendo los trescientos sesenta grados de perímetro de esa plaza sin desperdicio, volvió a adorar Madrid con la misma fuerza de siempre.

Llegó al café y encontró a Rodolfo en la barra. Con un disimulado ademán y sin entrar en la sala le pidió que se acercara.

—Di que vas a fumarte uno de esos falsos cigarrillos tuyos, que te espero junto a la puerta del teatro —le indicó para luego dirigirse al lugar del encuentro.

Un par de minutos después apareció el camarero, y Dorón lo recibió con la mano extendida y un talón doblado entre los dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañado mientras lo abría y leía—. ¡Joder! ¿Así son los honorarios de un detective? —exclamó Rodolfo al ver la cantidad.

—Ni de cerca, pero acostúmbrate a no cuestionar lo que te ofrezcan en este trabajo, yo lo aprendí ayer.

—Jamás he rechazado una buena propina, lo que ocurre es que en este asunto hasta habría puesto dinero de mi bolsillo. Además, ha sido un caso relativamente fácil de solucionar.

—No te confíes. Ese tipo era muy listo: esperó a que el caso estuviera cerrado y continuó con su plan pensando que nadie prestaría atención a la asesina de su propio hijo. No voy a decir que por sencillo no fuera el crimen perfecto, pero se aproximó mucho.

—Ella tuvo suerte enviándote el e-mail.

—Nosotros también la tuvimos al escuchar, casi de forma anecdótica, su infortunio respecto a ese cabrón finalmente detenido. Como dijo el trágico Sófocles «Ocasiones hay en que la justicia misma produce entuertos».

—¿Sabes que la exposición que hice en clase referida al caso de Leonor Expósito me ha valido la máxima nota del teniente Navarro?

—Te felicito.

—Por cierto, el teniente siguió el rastro de la venta de la casa como tú dijiste y parece que el tipo cantó datos muy jugosos durante los interrogatorios respecto a cierta red internacional de

blanqueo de dinero. —Dorón supo que se refería a las actividades ilícitas de Rudolf Schmidt—. Dice que a ver qué día tomamos algo y se lo explicas.

—Me voy de viaje un par de semanas, será a mi regreso. Mientras tanto cuida mi «oficina».

Rodolfo sonrió, se dieron un abrazo y se despidieron.

El reencuentro

El taxi en el que Dorón viajaba se acercaba a la T4 del aeropuerto de Barajas.

—Me dijo usted «llegadas», ¿verdad? —quiso confirmar el taxista.

—Sí, por favor —respondió sin entrar en más explicaciones.

—Es que como lo veo con la maleta, he pensado que quizá no había entendido bien.

—No se preocupe, usted déjeme en llegadas que ya me apaño yo —apuntó él.

—Total, para la salida de su vuelo con destino a México no tendría más que coger el ascensor y subir una planta.

En la zona de llegadas echó un rápido vistazo a las mesas de la cafetería: en una de ellas, sentada con un libro en las manos y la maleta entre las piernas se encontraba Kristín. Cuando sus miradas se cruzaron, una leve sonrisa se dibujó en sus rostros. Puesta en pie, extendió su mano; él se la estrechó y la atrajo con fuerza hacia sí hasta que sus bocas se unieron en un prolongado beso.

—Podemos seguir en tu casa, me quedé con ganas de conocerla —había en su comentario el deseo retenido a duras penas.

—Pues tendrás que esperar un poco, tengo otra idea mejor —propuso él mostrándole los dos billetes de avión.

Mazunte y sus tortugas esperaban.

FIN